

Heima els höggar en isländs

LAIA SOLER

neo 

Heima
es
hogar
en
islandés

LAIA SOLER

Plataforma
Editorial



Primera edición en esta colección: febrero de 2015

© Laia Soler, 2015

© de las fotografías: Josep Maria Soler Balaguer y bancos de imágenes, 2015

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2015

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B 2896-2015

ISBN: 978-84-16256-43-3

Realización de cubierta: Lola Rodríguez

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Prólogo

Parte 1

1. Reikiavík
2. Sólfar
3. Bláa lónið
4. Strokkur
5. Laugarvatn
6. Barnafoss
7. Snæfellsnes
8. Snæfellsjökull

Parte 2

9. Hvítserkur
10. Blönduós
11. Siglufjörður
12. Húsavík
13. Fosshóll
14. Goðafoss
15. Mývatn
16. Dimmuborgir
17. Hverfjall
18. Ásbyrgi
19. Ásbyrgi (2)

Parte 3

20. Hofteigskirkja
21. Hallormsstaðaskógur
22. Lagarfljót
23. Atlavík
24. Jökulsárlón
25. Jökulsárlón (2)
26. Kirkjubæjarklaustur
27. Kirkjubæjarklaustur (2)
28. Vík í Mýrdal
29. Vík í Mýrdal (2)
30. Skaftafell

31. Skaftafell (2)

Heima

«Qué dicha para todos los hombres, Islandia de los mares, que existas. Islandia de la nieve silenciosa y del agua ferviente. Islandia de la noche que se aboveda sobre la vigilia y el sueño.»

Islandia, Jorge Luis Borges

A mis padres, por hacer desaparecer las fronteras de mi mundo.

Gracias por descubrirme los secretos de Islandia.

A Laura, por acompañarme en todos mis viajes.

*Y a vosotros, que, como tantas otras luces, os apagasteis
demasiado pronto. Seguid brillando, allá donde estéis.*

Prólogo

Ver la vida en blanco y negro no es divertido.

Cuando eres niño, tu profesora te regaña por pintar el sol del color del mar o a las personas como la hierba. Tus padres intentan que identifiques los colores y, como no puedes hacerlo, creen que les ha salido una hija un poco lenta de entendederas. Tus amigos se quejan cuando en clase les hacen ver una película en blanco y negro y tú finges saber de qué hablan, aunque no lo hagas, porque no lo entiendes. Y cuando creces, te da pánico salir a la calle pareciendo un payaso porque lo que en tu espejo era gris, en el mundo real es una mezcla de colores horripilante.

No entiendes nada. Y lo que es peor: te sientes diferente, pero no sabes por qué.

Cuando yo tenía once años, mis padres se dieron cuenta de que mi problema iba más allá del daltonismo que me habían diagnosticado en preescolar. Me llevaron de nuevo al médico y tras mil y una pruebas dieron con el problema: acromatopsia, una palabra que me inquietó nada más oírlo. A-cro-ma-top-sia. Suena a enfermedad terminal –o al menos eso pensé yo cuando el doctor escupió la palabreja con los ojos clavados en mi madre, que aguardaba el diagnóstico sin atreverse a respirar–, pero ni siquiera es una enfermedad degenerativa que me impida desenvolverse como una persona normal. Lo único que me sucedía era que no podía ver los colores, aparte del negro, el blanco y los tonos intermedios. Es decir, que mi vida sería siempre como una película de los años veinte.

Mis ojos siempre serían como los de un recién nacido y los colores siempre estarían fuera de mi alcance. No había cura ni tratamiento, dijo el doctor antes de que mis padres pudieran siquiera abrir la boca para preguntárselo; tendría que aprender a vivir con la enfermedad.

Con el paso del tiempo, incluso conseguí ver mi acromatopsia como algo positivo. Después de todo, me hacía especial, como me repetía siempre mi madre. Lo que nunca sospechó es que yo no era alguien especial entre treinta y tres mil, el porcentaje de

personas con acromatopsia en el mundo, tal como dijo el médico. Siempre fui especial más allá de eso, y a lo largo de mi vida me encontré con muy pocas personas que supieron verlo.

De todos modos, yo nunca habría utilizado «especial» para definirme; la palabra adecuada para describir cómo me había sentido toda mi vida era «rara», con sus dos consonantes, sus dos vocales y sus millones de consecuencias. Así es como me sentía tres de cada dos días.

—Es la azul —repitió la niña, señalando insistentemente una de las dos chaquetas que había junto a mí. Me miraba con una mezcla de desesperación y de condescendencia enervantes.

Cogí la que creía que quería y le pregunté con un hilo de voz si era la suya. Resopló, como si fuera evidente, y asintió con vehemencia antes de arrancármela de las manos sin ninguna delicadeza. Ni siquiera me dio las gracias antes de salir corriendo hacia la cola de facturación donde sus padres esperaban junto a dos maletones.

La chaqueta de chándal que se había quedado sola en el asiento contiguo me miraba replegada sobre sí misma, como intentando asumir que nadie volvería a por ella. Probablemente, su dueño estaba en aquellos momentos abrochándose el cinturón de seguridad en el avión mientras se preguntaba con el ceño fruncido por qué tenía frío.

Aparté la vista de la chaqueta y miré a mi alrededor.

Turistas, azafatas, asistentes de vuelo, hombres y mujeres de negocios, pilotos y maletas, muchas maletas.

Adoraba los aeropuertos.

Son lugares que no pertenecen a nadie, donde es imposible sentirse en casa. La gente que está ahí o bien trabaja o bien espera. Como mucho, algunos se entretienen paseando entre las tiendas, intentando matar el tiempo que los retrasos o las malas conexiones los obligan a pasar ahí. Nadie quiere estar en un aeropuerto más tiempo del estrictamente necesario, porque no es nada más que la conexión entre dos realidades: el origen y el destino. Es un limbo, un territorio neutral. Supongo que por eso estaba ahí, en mitad de la indeterminación, protegida de la realidad exterior para decidir qué camino tomar. Lo único que quería era que me llevara lejos de aquel lugar de paso. Lo demás no me importaba.

La gente caminaba con premura, arrastrando maletas grandes y pequeñas, de tela y plástico, algunas estampadas y otras dignas de un presidente del gobierno. Yo tenía la

mía junto a mí, tan reluciente como descolorida, llena de todo cuanto había podido embutir en ella. Ropa de verano e invierno, dos pares de zapatos, mi portátil y un neceser. Además de eso, sólo me acompañaban un bolso con mi documentación, mi cámara de fotos y un libro sin estrenar de crucigramas. Fuera adonde fuera, estaría entretenida.

Los paneles que anunciaban los despegues y aterrizajes no servían de ninguna ayuda. No podía decidirme por un único destino habiendo tantos posibles. ¿Cómo decidir entre el romanticismo de París, los canales de Venecia o los téis a las cinco en punto de Londres? Me parecía imposible, pero tenía que elegir pronto si no quería pasar la noche en el aeropuerto. Según el reloj de la cafetería que tenía delante, ya llevaba tres largas horas ahí sentada, sola con mis meditaciones.

Había decidido que debía alejarme de esa ciudad hacía menos de veinticuatro horas, y si no me había plantado antes en el aeropuerto había sido únicamente porque necesitaba hacer algunas cosas antes de desaparecer del mapa sin dar ninguna explicación. Principalmente, comprar una maleta lo bastante grande para meter más de la mitad de mi armario y sacar dinero de la tarjeta de crédito por si a mi padre se le ocurría bloquearla cuando se diera cuenta de que me había ido sin avisar ni pedir permiso. Para él, casi dos décadas de vida no eran suficientes para justificar una mínima independencia. Y para mí, vivir de su bolsillo no era una razón suficientemente buena para que él pudiera decidir cómo gastaba yo su dinero. De todos modos, ese tampoco era el motivo de mi repentino viaje.

No quería independencia. Sólo quería espacio y aire para respirar.

Al bajar la vista, mi mirada tropezó con la de una anciana que acababa de sentarse delante de mí. Se colocó el bolso encima del regazo y curvó los labios hasta que toda su cara fue un campo de arrugas amables.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó, colocándose bien las gafas, tras las que se escondían dos ojos tan pequeños como inquietos. Yo negué con la cabeza y señalé la maleta que tenía junto a mí. La mujer pareció sorprendida—. ¿Viajas sola?

—Sí.

—Qué valiente. —Lo dijo como si hablara con una niña, y aunque normalmente eso me irritaba, esa vez lo pasé por alto—. A mí no me gusta volar. Sólo lo hago cuando voy a ver a mis nietos, que viven en Estados Unidos. En Seattle. Suerte que viene mi marido y me entretiene durante el viaje, porque no me atrevería a subir sola al avión. Ahora ha ido

a buscarme una tila. Para los nervios, ya sabes. Mi Antonio no me deja tomar pastillas para dormir. «A ver si no te vas a despertar», me dice. ¿Y tú adónde vas?

Sonreí ante la verborrea de la mujer, que me observaba con gesto cariñoso. Los años se agolpaban alrededor de sus ojos.

—Aún no lo sé. Tengo que decidirlo.

Frunció el ceño y las arrugas de su rostro se intensificaron. Vi en sus ojos que no entendía cómo alguien podía subirse a un avión sin tener un propósito fijo. Para ser sincera, tampoco a mí me apasionaba volar. Lo detestaba, en realidad. Todos esos sonidos extraños de las máquinas, la voz incomprensible de los comandantes, las sonrisas falsas de las azafatas, sus caras cubiertas por una tonelada y media de maquillaje barato, y las caras pálidas de algunos pasajeros no la convertían en la mejor de las experiencias. Sin embargo, era uno de los miedos que impiden hacer lo que uno quiere y yo no estaba dispuesta a doblegarme ante él.

—¿Quiere que le diga un truco para volar tranquila? —le pregunté, recordando algo que mi madre solía decirme cuando era pequeña y me ponía nerviosa al sentir que el avión empezaba a hacer maniobras en la pista. Ella asintió—. Cuando esté en el avión, busque a alguien especial, cualquier persona que le llame la atención, como un niño. No piense, sólo busque a alguien que le parezca único. Si es alguien especial, no puede ocurrirle nada malo, ¿verdad? Y si usted se encuentra en el mismo avión que esa persona, tampoco a usted puede sucederle nada malo, porque el avión tiene que llegar sin incidentes a su destino.

La primera vez que mi madre me contó eso, le pregunté qué pasaba si no había nadie especial a bordo. «Siempre hay alguien; sólo tienes que fijarte bien», me dijo entonces.

Por su gesto vacilante, esperé que la mujer me hiciera la misma pregunta. Sin embargo, se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza.

—Lo haré. De todos modos, voy a necesitar una tila. O tres o cuatro.

Un hombre enjuto que escondía sus arrugas tras una frondosa barba blanca apareció junto a ella y, sin decirle nada, le dio un beso en la mejilla al tiempo que le ponía un vaso de plástico en la mano. La mujer me dedicó una última sonrisa, se puso de pie y la pareja se alejó lentamente hasta perderse entre el bullicio de la terminal.

Sentí un agudo pinchazo en el estómago al darme cuenta de que no era capaz de encontrar a nadie que estuviese solo. Todo el mundo estaba con alguien, ya fuera porque

viajaban acompañados o porque habían ido a despedirlos o a darles la bienvenida. Incluso los ejecutivos iban en pareja o en grupo.

Yo estaba sola con mi maleta nueva, mi libro de crucigramas sin estrenar y mi querida cámara de fotos. Estaba sola y yo era la única culpable de aquella situación, lo que lo hacía incluso más insoportable. No le había dicho a nadie dónde estaba y mucho menos adónde pretendía ir, así que nadie podría venir a despedirme por mucho que quisiera. En mi defensa diré que tampoco tenía muchas personas a las que avisar.

Suspiré. No podía estar todo el día observando cómo los vuelos aparecían y desaparecían de los paneles informativos, a la espera de una señal que me indicara adónde tenía que ir. Cerré los ojos y decidí que el primer nombre que leyera en la pantalla sería el lugar al que me dirigiría.

Antes de que pudiera despegar los párpados, sentí un golpe en la pierna seguido por un gemido. Abrí los ojos bruscamente, dolorida por el impacto, y vi a una niña rubia de unos cuatro años mirándome con cara de susto desde el suelo.

Nos quedamos mirándonos a los ojos durante lo que pareció una eternidad, demasiado aturdiditas como para reaccionar.

—Perdón —dijo alguien en inglés.

Parpadeé.

La disculpa venía de un hombre de unos treinta años, tan rubio como corpulento. Levantó a la niña, que seguía sin decir una palabra, como si no pesara nada, y le dijo algo al oído mientras me señalaba con los ojos.

—*Fyrirgefðu* —murmuró ella. Su padre volvió a decirle algo al oído y ella se llevó las dos manos a la cara para esconder el rostro. Pasaron unos segundos antes de que se atreviera a retirar un poco sus pequeñas manos de la boca y, aun con los ojos escondidos tras ellas, repetir la palabra en inglés que había dicho su padre—: Perdón.

—No pasa nada —me apresuré a decir, en la misma lengua.

El hombre asintió con la cabeza y se alejó con la niña aún en brazos.

Fue en el momento en el que padre e hija se reunieron con una mujer que llevaba un bebé en brazos, que los esperaba a unos metros de nosotros, cuando me pareció comprender la estupidez sobre buscar a alguien especial que tanto repetía mi madre. La niña despegó por fin las manos del rostro y me miró dedicándome una sonrisa tímida.

Quizás ella era la señal que me mandaba el universo, me dije a mí misma. Y si no, fingiría que lo era. Estaba más que harta de intentar elegir por mí misma recurriendo a la

razón y la lógica. Si yo no podía elegir, tendría que cederle las riendas de mi futuro al azar.

Me colgué la cámara en un hombro, el bolso en el otro, agarré la maleta y corrí hasta quedarme a unos cinco metros de la familia. ¿Cómo podía saber adónde iban? No podía seguirlos hasta la puerta de embarque, porque no tenía billete, así que sólo me quedaban dos opciones: seguirlos hasta que dijeran algo que pudiera ayudarme a descubrir cuál era su destino o preguntarles directamente. Opté por la más rápida y efectiva.

—¡Perdonen! —les grité en inglés mientras me acercaba a ellos. Cuando el hombre se dio la vuelta, le ofrecí mi expresión más amable—. Perdonen, no quería molestarlos. Es la primera vez que viajo sola y estoy muy nerviosa. No sé adónde tengo que ir ni qué tengo que hacer. ¿Puedo subir la maleta al avión?

No podría haber dicho más mentiras en menos segundos. Por suerte, tenía experiencia en ese gran arte y los dos turistas me miraron con expresiones compasivas. La mujer me explicó amablemente todo el proceso que debía seguir para poder embarcar mientras yo asentía como si no supiera de lo que me estaba hablando.

—Muchas gracias. Entonces, voy a facturar la maleta antes que nada. Muchas gracias. Espero que disfruten sus vacaciones.

—En realidad, volvemos a casa —dijo la mujer. Era evidente: su piel, de un blanco nórdico y quemada por el sol del Mediterráneo, no dejaba lugar a dudas.

—¿De dónde son? No he reconocido su idioma antes. ¿Del norte, quizás?

—Somos de Reikiavik.

Hice una rápida regresión a mi educación secundaria para intentar situar esa ciudad en el mapa. Oslo con Noruega, Estocolmo con Suecia, Helsinki con Finlandia, Copenhague con Dinamarca, Reikiavik con...

—¿Islandia? —balbuceé. De todas las ciudades, de todos los países a los que volaban los aviones de ese aeropuerto, el destino había elegido para mí una isla perdida en el océano Atlántico de la que no sabía nada. Lo único que podía recordar sobre Islandia era que había hielo, glaciares, volcanes y más hielo. Y frío.

La niña intervino, dirigiéndose a mí en lo que ahora ya sabía que era islandés. Bajé la mirada hacia ella y me encontré con sus grandes ojos observándome sin pestañear. Se rascó la nariz y me sonrió. Su timidez se había esfumado.

—Pregunta que adónde vas tú —tradujo su madre, que le recordó a la niña que debía hablar en inglés con los extranjeros. La pequeña no dejaba de sonreírme.

El destino había lanzado los dados. Ahora era mi turno. Podía mover ficha o quedarme en la casilla de salida.

—Qué casualidad. Yo también voy a Islandia.



Parte 1



1. Reikiavik

Aunque llevaba horas deseando darme una buena ducha, no aguanté más de siete minutos debajo del agua de esa ciudad. Olía a huevos podridos. Me enrollé la toalla al cuerpo y me dejé caer sobre la cama al tiempo que soltaba un sentido suspiro. Mientras el agua que chorreaba de mi cabello empapaba la colcha, volví a preguntarme cómo había terminado ahí, en una habitación individual de un hotel en el centro de Reikiavik, únicamente acompañada por el hedor que aún desprendía mi cabello.

Gracias a mi maldita impulsividad, por supuesto. De la noche a la mañana había decidido que no quería pasar todo el verano en casa, había hecho la maleta y me había ido al aeropuerto sin avisar a nadie. Necesitaba salir de mi casa y sabía que, si se lo decía a alguien, ya fuera a mi familia o a Larisa, no iba a conseguirlo. Había dejado que el azar eligiera el lugar donde iba a pasar esas vacaciones de lobo solitario y... ahí estaba. En una ciudad que, según lo que había podido leer en los folletos que había cogido de la recepción del hotel, no tenía más de doscientos mil habitantes, y eso contando el área metropolitana.

Iba a morirme del asco. Me encontrarían dentro de varios días tirada en esa misma posición, oliendo a huevos podridos, y en mi lápida escribirían: «Nunca supo distinguir los colores ni elegir un buen destino para sus vacaciones. Descanse en paz». Eso siempre que consiguieran encontrarme, porque no me había dignado a avisar a nadie. ¿Qué clase de persona era?

Solté un gruñido exasperado y me obligué a levantarme para hacer lo que mi conciencia me decía que era lo correcto. Rebusqué en la maleta hasta dar con mi portátil. No me apetecía llamar a nadie, así que tendrían que contentarse con un correo electrónico. Les dediqué unas cinco líneas a mis padres –un correo para cada uno, por supuesto– y otras tantas a Larisa, a quien prometí llamar en cuanto pudiera. No di explicaciones ni una fecha de regreso: por ahora, decirles que me había marchado por voluntad propia y que no me había fugado con un traficante de drogas tendría que ser

suficiente. Agarré el bolso, la cámara de fotos y la chaqueta más gruesa que encontré en el desorden que era en esos momentos mi maleta y salí a la calle. Para mí eran más de las diez de la noche, aunque los relojes de Reikiavik marcaran poco más de las ocho. Mi barriga exigía una buena comida y lo último que me apetecía era quedarme encerrada en el hotel.

Un viento helado me saludó en el momento en el que puse un pie en la calle. Cerré la puerta de madera a mis espaldas y, mientras me abrochaba la chaqueta, empecé a enfilar por la calle que me había llevado hasta el hotel. Si encontraba la parada en la que me había dejado el autobús que me había llevado del aeropuerto de Keflavík, sabría cómo llegar hasta la única calle comercial que había visto desde el autobús.

La encontré en menos de diez minutos, y me bastaron otros cinco para darme cuenta de que ahí sólo encontraría restaurantes y tiendas dedicadas a turistas, y no era el tipo de lugar que yo estaba buscando. Era de las que opinaba que a esas personas que van de viaje y comen siempre en locales de comida rápida o en restaurantes italianos se les debería retirar el pasaporte de por vida. Después de tantas dudas y horas de viaje, quería vivir el país en el que me encontraba, incluyendo su gastronomía, de modo que me aparté de la calle principal y me perdí en busca de un restaurante en condiciones.

Me decidí por uno dedicado exclusivamente al pescado y al marisco. El edificio, de madera pintada de algún tono claro, y con una bandera islandesa en el tejado, fue suficiente para convencerme. Marisco, un edificio de madera coloreada y una bandera: ¿podía haber algo más típico que aquello? Probablemente sí, y estaba segura de que aquel local estaba ideado para engatusar a turistas inocentes como yo. Aun así, era el mejor lugar que había podido encontrar y yo llevaba horas sin comer –a no ser que alguien considerara comida el sándwich con sabor a plástico y químicos que me habían servido en el avión–.

–¿Querrá una mesa? –Una camarera me abordó dos segundos después de que cruzara el umbral del restaurante. Debían de entrenarlos para identificar a los turistas en menos de medio segundo, porque no había titubeado al dirigirse a mí en inglés–. ¿Cuántos van a ser?

–Sólo yo.

La mujer disimuló su sorpresa en las comisuras de una sonrisa digna de un anuncio de dentífrico y me invitó a acompañarla hasta mi mesa, demasiado grande para una sola persona, mientras me explicaba el funcionamiento del bufé libre. Cuando me senté,

apuntó un agua sin gas como bebida y desapareció diligentemente. Hice crujir mis nudillos mientras observaba a la gente del local, de paredes, suelo y muebles de madera. Como en el aeropuerto, yo era la única que estaba sola, a excepción de un chico que comía ensimismado mientras observaba lo que sucedía al otro lado de la ventana junto a la que estaba sentado.

Debió de percibir mi mirada, porque se volvió de repente hacia mí y, como si le hubieran clavado un anzuelo en la comisura derecha de los labios, dibujó una sonrisa demasiado ensayada. Desvié rápidamente la vista y seguí observando a los comensales del local. Aunque había unos cuantos turistas, también veía a muchas personas con el pelo y la piel de un color tan claro que sólo podían ser islandeses. Eso era una buena señal.

El sonido del móvil rompió mi estado de paz interior en mil pedazos. Observé el nombre que apareció en la pantalla mientras me decía que sería de mala educación colgarle el teléfono a la única persona que parecía tener interés en lo que estaba haciendo. Descolgué.

—¿Que estás dónde? Pero ¿tú estás loca? ¿Qué se te ha perdido en Reikiavik? ¡Si odias el frío! ¿Es que no piensas en los demás? ¿Qué clase de amiga eres? —La voz de mi amiga sonaba atronadoramente cercana, pese a que nos separaban tres mil kilómetros.

—Larisa...

—¡No me vengas con Larisa! ¿Desapareces sin decir nada y crees que un correo electrónico va a tranquilizarme? En serio, Laura, ¿Islandia? ¿Qué haces ahí? ¿Pescar bacalao? ¡Si ni siquiera te gusta! ¡Y encima ni te dignas a preguntarme si quiero ir contigo! ¿Es que no has pensado...?

—¡Larisa! —chillé, más fuerte de lo que había pretendido. Algunas personas se giraron, incluido el chico de la sonrisa torcida. Bajé la voz—. Escúchame. Necesitaba irme, ¿de acuerdo? Sé que es egoísta, pero necesito alejarme de mis padres unos días.

Mi amiga suspiró al otro lado del auricular.

—Sé que la situación en tu casa es difícil y que...

—No es por mi madre. Ya tiene edad como para saber lo que hace y a quién se lleva a la cama. Además, están separados, ¿qué más me da?

—Entonces...

—Entonces —la corté, antes de que pudiera terminar la frase—, es sólo que no me gusta que sus problemas reboten en mí, ¿de acuerdo? Ya tengo suficiente con mis cosas. Sólo

quiero unas vacaciones de todo.

–Pero... ¿en Reikiavik? Pero ¿qué vas a hacer ahí, Laura? Lo que menos te conviene ahora mismo es estar sola, y más después de los problemas con...

No dejé que mencionara su nombre.

–Haré de turista. Mañana a primera hora iré a la oficina de información y me sacaré el carné de guiri.

Las tripas empezaban a rugirme y la camarera se acercaba con mi botella de agua, así que me esforcé en convencer a Larisa de que estaba bien, aunque estuviera sola y en un país del que no sabía nada. Tras hacerme jurar que la llamaría si tenía algún problema, logré que me dejara colgar sin responderle cuándo iba a volver. La comida estaba esperándome, así que guardé el teléfono, cogí una bandeja y empecé a desfilar por delante de mil tipos distintos de pescado, cocinados de todas las formas imaginables: rebozados, al vapor, a la plancha...

–Me gusta tu pelo.

Me giré hacia mi derecha. El chico de la sonrisa de plástico y pelo corto y oscuro dejó caer su bandeja a mi lado y llenó su plato de gambas salteadas mientras me observaba por el rabillo del ojo. Reprimí una sonrisa. No era la primera vez –ni sería la última– que un chico se me acercaba e intentaba entablar conversación hablándome del color de mi pelo. Mi respuesta era siempre la misma, aunque en aquella ocasión respondí en inglés, la lengua en la que me había hablado el chico.

–Gracias. Es mi color natural.

–¿Violeta?

–Y cuando era pequeña era verde. Cambió con la pubertad –respondí al tiempo que ponía dos trozos de bacalao en el plato.

El chico no pudo reprimir la risa y se inclinó hacia mí. Me sonrió y me alargó la mano. Al ver que no reaccionaba, insistió hasta que se la cogí. Sus dedos estaban fríos.

–Me llamo Orri –dijo con una voz demasiado empalagosa–. Y tú... ¡Espera! No me lo digas. ¿*Heima*?

Lo dijo con tal seguridad que me quedé muda durante tres segundos, los suficientes para aumentar su confianza. Su sonrisa se ensanchó y sus ojos, apoyados sobre unos mullidos mofletes, parecieron cantar victoria.

–*Heima* significa «hogar» en islandés. «En casa», si quieres ser literal –susurró al mismo tiempo que apretaba mi mano. La retiré abruptamente y él dijo, con el mismo

tono dulce—: Estando a tu lado me siento en casa.

En esa ocasión, no necesité ni medio segundo para reaccionar: mi carcajada estalló tan repentinamente y con tanta intensidad que el chico se apartó de mí de un salto.

—¿Te ha funcionado eso alguna vez? —logré pronunciar entre risas.

Intentó recuperar la compostura. Levantó ligeramente el cuello en un gesto orgulloso y dijo:

—De hecho, está a punto de...

—Ni en tus mejores sueños —lo corté. Lo empujé para que avanzara y seguí poniendo comida en la bandeja hasta llenar tres platos por completo. Debía de haberlo dejado fuera de combate, porque no me dijo nada ni me siguió cuando me alejé hacia mi mesa.

Por primera vez ese día, el mundo se confabuló a mi favor y ni el móvil ni el chico volvieron a interrumpir mi cena. La tregua, sin embargo, duró poco. En el mismo instante en el que la camarera me devolvió mi tarjeta de crédito junto a la cuenta y cogí mis cosas, Sonrisa de Plástico se levantó y me siguió hasta el exterior. Aceleré el paso hacia la calle por la que creía haber llegado al restaurante, hasta que la certeza de que estaba a punto de tomar el camino de vuelta equivocado hizo que me detuviera. El chico aprovechó esos instantes de duda para colocarse delante de mí.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—No, aunque es evidente que tú sí.

Rió e inmediatamente torció el gesto hasta convertirlo en una especie de puchero.

—¿Tan malo es mi acento?

—Revelador, más bien. Ya he oído a unos cuantos islandeses hablando en inglés como para reconocerlo.

—Pues en realidad no soy de aquí, sabelotodo. Soy de Þorlákshöfn. Está en el sur.

—De acuerdo. Oye...

—Orri —dijo, al notar la vacilación de mi voz.

—Orri —repetí—. No quiero ser grosera, pero estoy de vacaciones y tú no entras en mis planes, ¿de acuerdo?

Esperó unos segundos antes de responderme, como si estuviera intentando elegir las palabras correctas.

—Perdona por lo de antes. No era mi intención molestarte.

Entrecerré los ojos y aguanté la respiración, hasta que el chico se vio envuelto en un sutil halo anaranjado. Solté aire antes de que la neblina pudiera terminar de formarse y,

algo más relajada, me obligué a calmar mi mal humor.

–No te preocupes –respondí, conciliadora. Esa luz siempre conseguía tranquilizarme, incluso cuando estaba a punto de perder la paciencia con alguien–. Aunque deberías cambiar tus frases para ligar. Por cierto, es Laura.

–¿Qué?

–Mi nombre. Laura.

Orri esbozó una sonrisa sincera y cruzó los brazos.

–Sigue gustándome más Heima, pero como quieras. Así pues, Laura –dijo, enfatizando cada una de las letras de mi nombre–, ¿te has perdido?

–Veo que eres observador.

–Los turistas sois previsibles. ¿Necesitas ayuda?

La vida está hecha de elecciones, de decisiones habitualmente disfrazadas de banalidad, como la pregunta que en ese momento me formuló un islandés con demasiado poco que hacer. Nadie te avisa de que te encuentras en un cruce que marcará toda tu vida, así que no eres capaz de valorar todo lo que comporta tu elección. Podría haber antepuesto mi orgullo y haber mentido y, sin embargo, aunque ese había sido mi primer impulso, me sorprendí asintiendo sin demasiada convicción. Pese a su más que cuestionable gusto para elegir frases para ligar, sabía que no tenía malas intenciones.

–Creo que no sé cómo volver al hotel.

–¿Cómo se llama? –preguntó, a lo que respondí encogiéndome de hombros.

–Está en una esquina y tiene una puerta grande de madera oscura.

–No son muchos datos, ¿sabes?

–De camino he pasado por una calle llena de tiendas de recuerdos, restaurantes y más tiendas. Creo que podría volver desde ahí.

–¿Laugavegur?

–¿Qué?

–La calle de las tiendas. ¿Te refieres a Laugavegur?

–Si supiera los nombres de las calles, sabría por dónde volver, ¿no crees? –resoplé.

–Calma ese mal humor o te dejo aquí tirada.

Lo miré con los ojos muy abiertos, retándolo a que lo hiciera.

–No te preocupes, vete. Ya encontraré el hotel yo sola. Y si no, morir congelada en la noche de Reikiavik no es tan malo, ¿no? Incluso es mejor que morir en la habitación del hotel oliendo a huevos podridos.

Orri se echó a reír, me agarró del brazo sin miramientos y me empujó hacia la calle que quedaba a nuestra izquierda.

—No seas tan dramática, por favor. Aquí el termómetro no baja de los cero grados en verano. Además, ahora prácticamente no tenemos noche; el sol se pone pasadas las once —dijo, señalando el cielo. Debían de ser más de las nueve y el sol aún iluminaba el cielo con total descaro—. ¿Y huevos podridos? ¿De qué hablas?

Aparté la mano que se aferraba a mi brazo y seguí caminando a su lado mientras le explicaba mi no tan relajante experiencia con el agua de la ciudad.

—Eso es el azufre, y más vale que te vayas acostumbrando a él si tienes pensado quedarte muchos días por aquí, porque es el olor habitual del agua caliente por esta zona. El agua viene de manantiales naturales subterráneos, y el azufre abunda por aquí, así que no vas a librarte de ese olor si quieres ducharte con agua caliente.

—Genial. ¿Algo más que deba saber de este gran país, además de que su agua apesta?

—¿Es que no te has informado antes de venir? No llevas ni una guía, ni mapas... ¿Qué clase de turista de pacotilla eres?

—Llevo una cámara —me defendí, señalando la funda que llevaba colgada del hombro.

—Sólo tienes un punto sobre diez. Sigues siendo una turista de pacotilla.

Tenía dos opciones: encogerme de hombros o contarle mi historia. La segunda opción me permitía tenerlo entretenido al menos durante una parte de nuestra caminata, de modo que me incliné por explicarle qué me había llevado hasta Reikiavik, haciendo una selección previa de qué iba a contarle y qué iba a guardarme para mí.

Recapitulé hasta hacía más de un año, hasta el momento en que mis padres habían decidido separarse. Aunque admito que fue un golpe duro e inesperado en su momento, no tardé en asumirlo y superarlo. Si mis padres no eran felices el uno con el otro, la mejor decisión era continuar sus vidas por caminos separados, aunque para mí eso significase decir adiós a la vida que había conocido hasta entonces. Durante todo el proceso intenté no ser una molestia; acepté tener que pasar dos fines de semana al mes en la nueva casa de mi padre, fingí no oír sus discusiones por teléfono o sus amenazas de sacar a sus abogados de la recámara, no tuve en cuenta los cambios de humor de mi madre ni los intentos desesperados de los dos por agradarme y ganarse mi favor. Intenté ser un títere casi invisible para hacerles la vida más fácil. Durante un tiempo funcionó. No me gustaba tener que callarme mis opiniones, pero lo había conseguido hasta principios del mes de mayo. Los hilos que me unían al comando, compartido por las

manos de mi madre y mi padre, se rompieron la mañana en que me encontré con el mejor amigo de mi padre en el rellano de casa. Ropa arrugada, camisa desabrochada, bragueta sin subir y un tartamudeo nervioso al verme.

Mi madre, esa mujer que llenaba mis tartas de cumpleaños de estrellas porque decía que yo era una estrella fugaz que se había desprendido del cielo durante la lluvia de estrellas de las perseidas, se había cepillado al amigo de la infancia de mi padre. Mi madre, tan especial y espiritual para lo que quería, y tan típica y tópica para eso.

Fue la gota que colmó el vaso.

El secreto le estalló a mi madre en las manos –no por mi culpa, sino por los remordimientos de Roberto después de que la hija de su amante y de su mejor amigo lo pillara en la puerta de casa–, y lo que hasta ese momento había sido una separación casi modélica se convirtió en un campo de pruebas para la Tercera Guerra Mundial.

Si meses antes había sido un títere, desde mayo había sido un escudo. O peor, un pelele del que siempre se acordaban cuando tenían que echarse algo en cara, pero del que nunca se acordaban para preguntarle cómo iba su vida o para saber por qué desde hacía meses no parecía ella misma.

El títere-escudo-pelele aguantó hasta que los exámenes finales desaparecieron detrás de ella. Aguantó hasta que se le agotaron la paciencia y las fuerzas para seguir soportando esa situación.

–Yo creía que, cuando las niñas de papá os fugabais de casa, elegíais el Caribe o algún otro lugar con mucho sol y playa.

–No me he fugado, y tampoco soy una niña de papá. Me dieron la tarjeta de crédito para emergencias, y esto es una emergencia. Quería irme, así que me he ido, y como son ellos los que han creado esta situación, son ellos los que tienen que pagar los platos rotos –dije con tono convencido, a pesar de que muy en el fondo, en ese lugar recóndito de mí taponado por la rabia, sabía que no tenía razón.

Había muchas cosas en mi vida que hacían que el aire que me envolvía fuera irrespirable. Mis padres eran sólo la punta del iceberg. Eran la única parte evidente y visible, y yo no estaba preparada para sacar a flote lo que estaba escondido debajo del agua, así que les había tocado cargar con todas las culpas.

–Pero ¿por qué Reikiavik?

–Fue el primer vuelo que vi –mentí. No quería dar explicaciones que implicaran que me mirase como si me faltara un tornillo.

–Eres una turista muy extraña –dijo Orri, mientras me indicaba con la mano que torciera la esquina hacia la derecha–. Esta calle es Laugavegur, la calle comercial por excelencia de la ciudad.

Observé detenidamente la calle en la que nos encontrábamos hasta que reconocí una tienda de recuerdos con una estatua de un monstruo grotesco de más de metro y medio en la puerta. En el camino de ida me había quedado un buen rato observándolo. Llevaba un casco con dos grandes cuernos que parecía apoyarse en su nariz, alargada y colorada. Iba vestido con unos pantalones caídos y agarraba por el filo una espada más alta que él. Una sonrisa desdentada completaba la figura, ya de por sí inquietante.





—He venido por ahí —dije, señalando a mi derecha—. Recuerdo haber visto eso.

Había capturado todos sus detalles cuando había paseado por ella hacía unas horas. Verla sin tener delante el visor de la cámara hizo que fuera consciente de que la calle comercial más importante de Reikiavik no era digna ni siquiera de una capital de provincia. Los edificios eran bajos, de ladrillo o de madera pintada de colores que yo no podía ver. No había ni rastro de un rascacielos ni de un centro comercial decente.

Lo único que demostraba que aquel conjunto mal repartido de edificios era realmente una ciudad era la gran cantidad de *pubs* y bares que había por todas partes y los grupos de jóvenes y no tan jóvenes que caminaban por la calle con una (y dos) copas de más. Al menos parecía que aquella gente había encontrado formas de divertirse a pesar del frío.

Por lo demás, Reikiavik era peor que una capital de provincia. Si aquella era la capital del país, temblaba al imaginarme cómo serían el resto de las ciudades. En cuanto a los pueblos... ni siquiera me atrevía a pensar en ellos.

Vivir ahí tenía que ser deprimente. El frío, la poca población, las ciudades que se

creían pueblos... y aquella cosa horrible que había reconocido y que en esos momentos señalaba Orri.

—Eso —dijo él, reproduciendo mi tono de disgusto—, mi querida turista desinformada, es un trol. Más vale que te acostumbres también a ellos, porque las tiendas de turistas están llenas de estatuillas del estilo.

—Agua que huele a huevos podridos y monstruos. Cada vez me gusta más tu ciudad.

—¿Para qué viajas si no quieres ver cosas nuevas? Y te lo he dicho antes: soy de Þorlákshöfn.

—Lo que tú digas. Bueno...

—... Orri.

—Eso. Gracias por traerme hasta aquí, Orri. —Iba a despedirme cuando empezó a negar con la cabeza vehementemente.

Insistió tanto en acompañarme hasta la puerta del hotel que antes de que me diera cuenta ya estábamos andando por esa calle de nombre impronunciable mientras Orri me explicaba que estaba en la ciudad de paso. Estaba haciendo un viaje por carretera alrededor de la isla con un amigo.

—Tiene tendencia a desaparecer del mapa —me explicó—. No me importa. Me da la oportunidad de conocer a chicas como tú. Aunque eso de «como tú» es un decir. Es evidente que tú eres especial.

En ese instante, harta de escuchar tanta frasecita enlatada, me quedé con lo superficial de esas palabras. Si hubiera escarbado un poco más, me habría dado cuenta de que aquella en concreto escondía más de lo que parecía a simple vista. Pero no lo hice, así que me limité a soltar un bufido y responder:

—¿No te cansas nunca? ¿No tienes un botón de apagado? De verdad, eres bastante simpático cuando dejas de lado esa faceta de «terror de las nenas».

A pesar de que el tono de mi voz no lo reflejaba ni tenía ninguna intención de admitirlo, lo cierto es que ese chico empezaba a resultarme extrañamente agradable. Esa máscara de «terror de las nenas», como acababa de definirla, parecía una marca de la casa, algo sin lo que no sería él mismo. Su interior no era tan duro como pretendía hacerle creer al mundo.

Dejé que fuera él quien llevara la conversación durante el resto del camino. Me habló de Islandia, todos los lugares que debía ver antes de volver a casa (todos maravillosos,

bellísimos, apabullantes), de la comida, de la gente, de su pueblo. Tuve que detenerlo cuando empezó a hablar de mitología; casi sin darnos cuenta, habíamos llegado al hotel.

Orri miró el nombre del hotel, asintió para sí mismo, como si de pronto lo reconociera, y se volvió hacia mí con una amplia sonrisa.

–Puedo acompañarte hasta la habitación.

–Adiós, Orri –dije, poniendo los ojos en blanco.

–Vamos, era una broma –se excusó–. Oye, voy a estar uno o dos días más por aquí. Podemos vernos y te enseño la ciudad.

–No eres de aquí –le recordé.

–No es la primera vez que vengo a Reikiavik. Seré un buen guía turístico, te lo prometo. Y de todos modos, creo que será fácil superar a tus mapas y tus guías. Oh, espera. No tienes, porque eres...

–... una turista horrible. Lo sé –dije. Fingí que valoraba la oferta, aun cuando sabía que iba a aceptarla. En esas pocas horas de viaje, había descubierto que no me gustaba la soledad, al menos cuando era impuesta. Estaría bien tener compañía, aunque sólo fuera durante un par de días.

–A las diez de la mañana aquí mismo.

–Ya veremos –respondí, dibujando una media sonrisa, antes de entrar en el hotel sin decirle adiós.

2. Sólfar

El teléfono empezó a sonar. Con cada nuevo pitido, mi entereza se resquebrajaba un poco más. Había estado esperando ese momento durante toda la mañana, preparando mentalmente un discurso épico sobre la libertad, la juventud y la independencia. Ahora, sin embargo, sentada en una terraza con una patata frita en una mano y el móvil en la otra, mi convicción estaba desapareciendo. Me sentía como una niña a punto de ser castigada.

Al menos no era mi madre quien llamaba. Ella estaba enfurecida. Mi padre, simplemente atónito, lo que en cierto modo aún me ponía más nerviosa, porque no sabía para qué debía prepararme. Lo único en lo que habían coincidido los dos en los correos electrónicos que había leído esa mañana justo después de despertarme era en culpar al otro por mi desaparición, además de terminar con la misma advertencia: más valía que fuera haciendo las maletas, porque mi aventura de niña rebelde estaba tocando a su fin.

No había sido la mejor manera de recibir un nuevo día en esa ciudad con complejo de pueblo. Después de leer los correos, apagué el ordenador, abrí las persianas y me froté los ojos cuando el sol me cegó. Al menos no iba a morir congelada, me dije para animarme antes de dirigirme a la ducha. Tal como me había aconsejado Orri, no calenté el agua, lo que redujo considerablemente la peste a huevos podridos.

Antes de salir de la habitación me eché una ojeada en el espejo. Tejanos, deportivas, camiseta y una chaqueta en la mano. Con la otra agarraba el móvil, que amenazaba con empezar a sonar de un momento a otro. Después de hablar con Larisa el día anterior, sabía que no estaba preparada para enfrentarme a ellos. Incluso había sopesado la posibilidad de dejar el teléfono en la habitación. Si llamaban, no tendría que inventarme ninguna excusa para no responder. Era una buena opción, pero no me gustaba la idea de salir a recorrer una ciudad que no conocía con un chico que acababa de conocer sin llevar encima el teléfono. Mientras cerraba la puerta de la habitación a mis espaldas, casi podía oír la voz de mi abuelo maldiciendo esos «cacharros enviados por el demonio».

Cuando yo era joven, me decía siempre, cuando yo era joven ni se nos pasaba por la cabeza llevar un teléfono encima; si necesitábamos algo, nos las apañábamos solos, y si nos sucedía algo malo, alguien se encargaría de avisar a nuestras familias. Las malas noticias siempre llegan a su destino, solía añadir mi abuela.

Vi a Orri desde el vestíbulo. Estaba apoyado en los grandes ventanales que separaban la sala de espera del hotel de la calle, donde pese al sol soplaba una brisa que hacía ondear su camiseta. Llevaba una chaqueta en la mano.

–Interesante combinación de colores –me saludó en cuanto salí a la calle, mirándome de arriba abajo.

–Buenos días a ti también.

–*Goðan daginn*.

Repetí su saludo, aunque por la risa que soltó al escucharme creo que no tuve demasiado éxito.

Me dejé guiar por las calles de la ciudad mientras intentaba enseñarme lo que él llamaba «islandés de supervivencia». A pesar de sus esfuerzos y para su desesperación, durante la primera hora de nuestro callejeo no conseguí aprender más de cinco palabras.

Sólfar fue mi favorita, y seguramente la más inútil de cuantas intentó enseñarme. Era el nombre de una escultura del paseo marítimo. Cuando me acerqué, me di cuenta de que no era una espina de pez como parecía desde lejos; con un poco de imaginación, ese conjunto de placas alargadas de metal era un barco vikingo. Al decírselo a Orri, se apresuró a recuperar su sonrisa de plástico y a explicarme con voz de guía turístico que el nombre de aquella escultura era *Sólfar*, el viajero del sol, y era la representación de un barco de los sueños, un símbolo de esperanza, de libertad. La promesa de una tierra aún por descubrir, una tierra nueva como en su momento había sido Reikiavik, cuyos doscientos años de historia conmemoraba la escultura.

Los datos y las curiosidades siguieron cuando pasamos por delante de un moderno auditorio a la orilla del mar –galardonado con algún prestigioso premio de arquitectura–, de las dos catedrales de la ciudad y el Alþingishúsið, el edificio que albergaba el Parlamento islandés, al que Orri se refirió como Alþingi, desde finales del siglo XIX. Mientras observábamos el edificio –que con sus dos pisos y su falta total de ornamentos parecía más una pequeña escuela que el Parlamento nacional–, comentó con orgullo que el parlamento más antiguo del mundo se fundó en Islandia allá por el siglo X.







Yo lo escuchaba sin interrumpirlo, ocupada en capturar dentro de mi cámara todo lo que se me ponía delante.

Orri el Seductor se había convertido en Orri el Enciclopédico, aunque no por eso dejó escapar ninguna oportunidad para soltar una de sus frases enlatadas. Empezaba a pensar que, si no lo hacía, todas esas chorradas se le iban a enredar en la garganta y lo asfixiarían. Después de tres horas de callejear, Orri me llevó hasta una cafetería cercana al ayuntamiento, a orillas de un lago lleno de patos donde, obvia e inevitablemente, se agolpaban una decena de niños lanzándoles pan y riendo como si ver comer a un animal fuera lo más hilarante que hubieran presenciado en su vida. Cuando Orri me dijo que gracias a todos esos niños que alimentaban a las aves –entre cuarenta y cincuenta especies, puntualizó–, ese lago, llamado Tjörnin, era conocido como «la mayor sopa de pan del mundo», no pude evitar soltar una risa y preguntarle de qué guía turística había sacado eso.

Para mi sorpresa, su reacción fue balbucear unos segundos antes de recuperar su pose confiada. Fue suficiente para descubrir que había dado en el clavo y no paré de insistir hasta que se derrumbó y confesó que la noche anterior había estado estudiando para el día de hoy.

Estudiando. Ni que eso fuera un examen.

La camarera interrumpió la explicación de Orri con dos refrescos y una bolsa de patatas fritas. Se retiró deseándonos buen provecho. Antes de que pudiera recordar la palabra islandesa para «gracias», el móvil empezó a vibrar en mi bolsillo. No era de las que rehuían confrontaciones. Aun así, en ese momento resultaba una opción de lo más tentadora. Estuve a escasos milímetros de darle al botón rojo y retrasar lo inevitable.

Al final, dejé que ganara la sensatez.

Me obligué a volver al presente, a aquella mesa junto a la sopa de pan más grande del mundo, y le di al botón de responder.

–¿Diga? –Me levanté de la mesa excusándome ante Orri con una sonrisa forzada.

Aunque a tres mil kilómetros de distancia, la voz de mi padre sonaba imponentemente cercana.

—No te entiendo. Dime qué hemos hecho mal contigo, Laura, porque no entiendo que puedas irte a diez mil kilómetros de casa sin avisar, ni dejar una nota, ni... nada.

—Son sólo tres mil kilómetros, papá.

Se quedó en silencio unos segundos antes de responder:

—No te rías de mí, Laura.

—Papá, no espero que lo entiendas, ¿de acuerdo? Necesitaba...

—Eres mi hija y es mi dinero. No creo que estés en posición de exigirme que no haga nada viendo cómo mi hija coge la tarjeta de crédito con mi dinero y se va al otro extremo del mundo. ¿Sabes que ayer estuvimos a punto de llamar a la policía? No aparecías y tu madre estaba como una loca. Más de lo normal. Ni una llamada, Laura. Suerte que se me ocurrió mirar el correo electrónico antes de irme a la cama... ¡Islandia! Pero ¿qué haces ahí? No te entiendo.

Mi padre nunca ha sido una persona de muchas palabras. Decía que la charlatanería se olvida y que uno tiene que reservar la energía que gasta en hablar para actuar. En aquella ocasión, dejó de lado su regla de oro, porque su discurso se prolongó dos eternidades y cuarto más. Cuando oí por décima vez «mi hija», solté un bufido que hizo que mi padre enmudeciera al instante. Aproveché la oportunidad para intervenir.

—Papá. Soy tu hija, pero no es tu vida.

—Laura, te lo advierto: haz la maleta, ve al aeropuerto y coge el primer avión que te traiga hasta aquí. Hablaremos de esta rabieta en casa.

—No.

Y colgué.

Aunque no era la primera vez que dejaba a mi padre con la palabra en los labios, desde luego fue la que mejor me hizo sentir. No quería volver a casa, incluso si eso significaba tener que entretenerme durante un mes entero alimentando a los patos de la sopa de pan más grande del mundo.

Cuando me giré para volver a la mesa, me encontré con los ojos de Orri fijados en mí. Sostenía una patata frente a la boca, con los labios entreabiertos, demasiado atento a la conversación que estaba teniendo por teléfono como para terminar la acción que había empezado.

—¿Tu familia?

–Mi padre. –Suspiré, dejándome caer en la silla. Cogí una patata y la mastiqué lentamente, como si con cada movimiento de mi mandíbula estuviera triturando todas las palabras que acababa de escuchar. Tenía que desmenuzarlas bien, tragarlas y digerirlas antes de decidir qué iba a hacer.

–Quiere que vuelvas.

–¿También has estudiado español esta noche?

Orri se metió la patata en la boca y se encogió de hombros.

–Si fueras mi hija, te haría volver inmediatamente.

Me quedé callada. Oía a los niños gritar a mis espaldas, y aunque estaban a apenas unos metros de nosotros, sonaban distantes, difuminados por la intensidad de mis propios pensamientos. ¿Debería volver?

Orri debió de descubrir la duda en mi rostro, porque sonrió y añadió:

–Sin embargo, si fuera tu amigo, te diría que sólo se vive una vez. –Le dio un largo trago a su refresco y clavó la vista en algún punto que quedaba detrás de mí. Después de unos segundos sin parpadear, hizo chascar la lengua y volvió a concentrar su atención en mí–. ¿Qué vas a hacer?

–No quiero volver a casa. Es decir, volveré, sólo que aún no. Quizás me quede en la ciudad unos días más y, si todavía no tengo ganas de volver a casa, iré a alguna otra parte.

–Yo me voy mañana –dijo, en un tono que parecía una disculpa.

–Ah.

No pude decir nada más. Aquel chico era todo lo que conocía en Reikiavik y, aunque había muchas otras personas a las que conocer en la ciudad, había supuesto que podría contar con él si necesitaba ayuda, consejo o, por qué no, explicaciones para guiris sobre los lugares emblemáticos de la ciudad.

–Ven con nosotros, con Guðjon y conmigo. Vamos a dar la vuelta a la isla en coche. Aventura de verano –dijo atropelladamente. Me miró fijamente, esperando una respuesta, alguna reacción por mi parte. No llegó, así que insistió–: Ya sé que es precipitado y que apenas nos conocemos y que si yo fuera tu padre te diría que «no te subas al coche de un desconocido, señorita», pero vamos, seamos realistas: aunque haya mucha vida, sobre todo de noche, Reikiavik es una ciudad pequeña; ya la has visto prácticamente toda. Sin embargo, ahí fuera –su voz adquirió un matiz alegre y enérgico–, ahí hay mucho por ver. Aquí ya no te queda nada por hacer, a menos que quieras

recorrerte todos los bares para ver cómo corre el alcohol en esta ciudad, así que vente. Prometo ser bueno, comportarme como un caballero, estudiar mucho para hacerte de guía turístico y enseñarte nuevas palabras en islandés.

Me quedé callada, valorando la proposición. Tenía razón en todo, sobre todo en lo que diría mi padre. Pero Orri ya no era un desconocido. Aun así...

El pitido del móvil me sobresaltó. En la pantalla apareció un nuevo mensaje de texto. Por supuesto, era de mi padre.

Voy a comprarte el billete de vuelta. Te doy un día. Mañana por la mañana.

Apreté los dientes con tanta fuerza que por un momento tuve la sensación de que los huesos de la mandíbula iban a empezar a agrietarse. ¿Me daba un día? Como si fueran suyos, como si pudiera administrar cada una de mis horas a su antojo. Tecleé la respuesta prácticamente sin mirar el móvil.

No malgastes TU dinero. Volveré cuando YO quiera.

Le di a enviar sin permitirme el lujo de dudar. Esperé unos minutos en silencio, pero no llegó ningún mensaje más. Miré a Orri, que estaba escrutándome con los ojos entrecerrados, como queriendo adivinar por mi cara todo lo que estaba pasando por mi mente. Respiré hondo y sin darme cuenta entrecerré los ojos, mi vista se desenfocó, y esa neblina volvió a aparecer alrededor de Orri. Sacudí la cabeza rápidamente para disiparla.

—¿Cómo se dice «sí» en islandés?

—*Já* —respondió Orri, expandiendo los labios en una sonrisa de triunfo.

—¿No le molestaría a tu amigo que...?

—¿A Guðjon? Se muere por perderme de vista un rato y tener nueva compañía. Seguro que le parece bien. Es una aventura y en las aventuras siempre hay imprevistos.

—¿Soy un imprevisto?

Orri sonrió, encogiéndose de hombros.

—El mejor.

—Orri.

–¿No puede un caballero halagar a una dama?

–Tienes de caballero lo que yo de filóloga islandesa.

Volvió a encogerse de hombros, esta vez abriendo los ojos y sonriendo.

–Lo siento.

–Eres incansable, ¿verdad?

–Probablemente. Pero volvamos a lo importante: ¿vas a venir?

Orri se lanzó a explicarme el plan de viaje sin que le preguntara y sin darme tiempo para interrumpirlo. Como planificación, dejaba mucho que desear. Probablemente por eso me resultó incluso más atractivo. Recorrerían toda la isla empezando por la costa oeste y terminando en el sur, a pocos kilómetros de Reikiavik. No habían fijado un número de días concretos, ni habían reservado en hoteles para pasar la noche. Vivirían el día a día. Sin presiones de calendario, deteniéndose donde quisieran, cuando quisieran y durante el tiempo que quisieran. Era una aventura, y como todo el mundo sabe, dijo Orri, las reglas y la aventura son enemigos mortales.

–Pagaré mi parte de la gasolina.

–Vale. –Orri dibujó una sonrisa triunfal.

–Y nunca, en ninguna circunstancia, dormiremos en la misma cama.

–Hasta que tú me lo pidas, vale.

–Y le preguntarás a tu amigo si le parece bien, ¿de acuerdo?

–Guðjon. Lo haré.

–Y visitaremos todo lo que sea interesante, aunque apeste a turistas, ¿de acuerdo?

–Já.

Me uní a la sonrisa de Orri y nos quedamos callados. Nos entendimos sin necesidad de que dijéramos nada más.

La única pregunta que quedaba por responder era: ¿cuánto dinero necesitaba?

Antes de salir de casa e ir al aeropuerto había cogido todos mis ahorros, que no eran precisamente una fortuna, y aunque tenía la tarjeta de crédito, estaba segura de que mi padre no tardaría en bloquearla si no accedía a volver a casa inmediatamente. La solución era tan evidente como poco ética: ser más rápida que él.

No me costó demasiado convencer a Orri. No compartía conmigo mis reticencias morales, así que no dudó en acompañarme hasta un cajero y ayudarme a sacar algo más de dinero de la tarjeta, suficiente para pagar sin problemas la gasolina, el alojamiento y la comida durante los nueve o diez días que estimó que duraría la vuelta a la isla.

Mientras la máquina escupía los billetes, mi padre volvió a la carga con un nuevo mensaje de texto.

Voy a cortarte la tarjeta de crédito. Tu madre y yo estamos muy decepcionados contigo.

No me molesté en responder. Sabía que tenían razón en enfadarse y que en esos momentos no estaba siendo precisamente una hija ejemplar. Aun así, en los últimos meses ellos tampoco habían sido unos padres ejemplares. Me habían convertido en su escudo y en su espada: ambos me utilizaban como arma y como armadura para defenderse de los golpes que recibían del otro, sin darse cuenta de que quizás yo también necesitaba algo que me protegiera del exterior.

La culpa volvió a mí. Debería haber hablado con ellos, haberles explicado lo que le estaba ocurriendo a su hija mientras ellos se tiraban los trastos a la cabeza. Lo había intentado muchas veces y todas habían resultado un rotundo fracaso. Me daba vergüenza admitirlo delante de cualquiera, así que aún era peor teniéndolos delante a ellos, las personas que me habían criado. Mi madre, que se había esforzado siempre en educarme como una mujer fuerte, valiente, independiente. Pese a todos sus esfuerzos, había resultado ser una persona débil, frágil. La única forma de ser fuerte, me dije durante todos esos meses, era aguantar el dolor sola. Larisa fue la única persona a la que le permití traspasar esa puerta de la vergüenza, porque fue la única que se dio cuenta de que algo no iba bien sin que yo tuviera que decirle nada. Mis padres estaban demasiado cegados por sus propios problemas. Visto con la perspectiva que sólo el tiempo puede ofrecerte, podía decir que yo también estaba decepcionada con ellos, así que estábamos en paz.

Bloqueé el móvil y todos los pensamientos y recuerdos que había traído aquel último mensaje, y me volví hacia Orri, que me tendió el ordenado fajo de billetes. Una señora sonriente con un sombrero que desafiaba la gravedad me miraba desde uno de los billetes de cinco mil coronas islandesas, que, según los cálculos que había hecho antes de sacar el dinero, equivalían a unos treinta euros.

Antes de comer, volvimos al hotel para dejar mis nuevos billetes en la habitación y coger los euros que había sacado antes de irme de casa para cambiarlos por la moneda del país. Durante toda la comida, Orri estuvo insistiendo en que debía comprarme

algunas prendas de ropa adecuadas para el viaje. Teniendo en cuenta que había salido de casa sin saber adónde me dirigía, a mi maleta le faltaban algunos elementos imprescindibles para viajar por un país tan cercano al círculo polar ártico. Cuando volví al hotel, poco antes de la hora de cenar, lo hice con los pies hechos polvo y cargada con tres grandes bolsas. Zapatos de montaña, un abrigo, un forro polar, guantes, un saco de dormir, jerséis, unas cuantas camisetas de manga larga y un chubasquero. Según Orri, sólo había algo más imprevisible que la geografía del país: su meteorología. El sol que me había recibido no tardaría en desaparecer detrás de una tormenta repentina.

No me importó que Orri me llamara exagerada por comprar un par de guantes en pleno verano; aquel país llevaba el nombre del hielo, y si un islandés decía que en verano sólo hacía falta un abrigo, estaba convencida de que yo iba a necesitar algo más que eso para no helarme de frío.

El móvil, por suerte, no volvió a sonar hasta la mañana siguiente.

3. Bláa lónið

Hay gente con un padre y una madre, otros con dos madres o dos padres. Hay quienes sólo tienen a uno de ellos y otros que no tienen a nadie, y también hay gente que tiene que cargar con las nuevas parejas de sus padres. Yo, desde que tenía uso de razón, siempre tuve a tres personas que cuidaban de mí: mi madre, mi padre... y Larisa.

La bronca de mi padre del día anterior no fue nada comparada con el discurso con el que me bombardeó Larisa la mañana siguiente. En mi adormecimiento, cometí el error de contestar al teléfono sin mirar quién era, y antes de que me diera cuenta, mi amiga me estaba gritando al oído mientras yo intentaba despegar mis párpados. No podría repetir con seguridad lo que dijo, aunque intuí por sus «¿estás loca?» que mi madre o mi padre le habían contado las últimas novedades de mi plan y que, como a ellos, no le hacía ni pizca de gracia.

No podía culparlos. Si mi hija o mi mejor amiga desaparecieran de la noche a la mañana sin decir nada, diera señales de vida desde una isla perdida en el océano Atlántico y luego me comunicara vía correo electrónico que iba a dar la vuelta a la isla con un chico al que acababa de conocer y un amigo suyo al que ni siquiera había visto, probablemente habría reaccionado igual. Mientras devolvía la llave de la habitación a la recepcionista, me sobrecogió cierta sensación de pánico. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era una locura, y que probablemente serviría como inicio de las típicas películas de intrigas de sobremesa, y que lo más sensato sería ir al aeropuerto, esperar un vuelo y volver a casa... con el rabo entre las piernas.

No.

Podía ser muchas cosas, y muchas de ellas malas, pero, desde luego, no era cobarde. En realidad, mi madre debería estar orgullosa de mí: estaba demostrándole que era independiente, tal como ella quería. O al menos que intentaba serlo y, como suelen decir, lo que importa es la voluntad.

Con la voz de Larisa aún rebotando entre las paredes de mi mente, busqué una butaca libre cerca del gran ventanal de recepción, saqué mi libro de crucigramas y esperé a que Orri apareciera llenando de letras los recuadros en blanco.

Lo hizo media hora después de lo acordado, vestido con un jersey fino y unas gafas de sol que, a juzgar por la tenue luz que se intuía en la calle, eran más decorativas que útiles. Después de un *goðan daginn* por su parte y unos cuantos intentos de repetirlo por la mía, salimos del hotel en dirección contraria a Laugavegur. Con cada paso que daba, nuevas dudas me iban asaltando: ¿le parecería bien a su amigo que me añadiera al viaje? Es más, ¿habría alguien en el coche? ¿Existiría su amigo de verdad o era un producto de la imaginación de Orri? Había hablado mucho de él, e incluso me había contado detalles y anécdotas de su infancia en común, pero ¿acaso no era eso lo que hacen los locos, inventarse historias verosímiles? Porque si realmente eran tan amigos como él aseguraba, ¿dónde se había metido los dos días anteriores? A lo mejor el agua maloliente de esa ciudad le había podrido el cerebro a Orri.

Tuve que obligarme a volver a respirar y a tranquilizarme. Estaba empezando a desvariar. Quizás el agua me había afectado a mí después de todo.

—Perdona el retraso, por cierto. La relación de Guðjon con los despertadores no es muy buena —dijo Orri cuando doblamos la esquina y dejamos atrás la calle del hotel—. Es ese coche.

Señaló un todoterreno aparcado sin mucho acierto entre dos furgonetas. En el asiento del conductor distinguí a un chico que observaba la calle sin pestañear. No se movió hasta que Orri se acercó a la ventanilla y la golpeó alegremente con los nudillos para llamar su atención. Le dijo algo en islandés y el chico bajó el cristal lentamente.

—Laura, este es Guðjon. Guðjon, Laura —nos presentó en inglés.

Al contrario que Orri, el chico que tenía delante sí cumplía con la imagen que me había hecho de los islandeses: tenía el pelo prácticamente blanco y la piel tan pálida que parecía que un golpecito iba a resquebrajarla, exceptuando sus mejillas, cubiertas por un rubor que parecía permanente. Sus ojos menudos, que durante un segundo me escrutaron tras el escudo de unas gafas de montura oscura, treparon hasta más allá de mi hombro. Despegó los labios para decir algo, pero, antes de que pudiera expulsar sonido alguno, Orri le habló en su idioma y él volvió a cerrar la boca. Lo saludé en inglés y él hizo un gesto vago con la cabeza, acompañado por una expresión que parecía ser un forzado

intento de sonrisa. Incómoda, me volví hacia Orri y lo empujé hasta la parte de atrás del coche.

—¿Habla inglés?

—Claro —respondió Orri mientras abría el maletero, en el que descansaban dos macutos a punto de reventar, dos mochilas más pequeñas y dos sacos de dormir. Prácticamente me arrancó la maleta de las manos para colocarla en el espacio que quedaba libre.

—¿Le parece bien que vaya con vosotros? No se lo ve muy...

—Claro. Simplemente está... de resaca. No le sienta bien beber mucho y dormir poco —dijo, cerrando el maletero con un golpe demasiado violento. Cuando fui a responder, me tapó la boca con una mano sin ningún miramiento y con la otra señaló el todoterreno—. Deja de preocuparte y sube al coche. Vamos.

Le aparté la mano y él sonrió mientras me empujaba sin muchos miramientos hacia la puerta trasera que quedaba detrás del asiento del copiloto. Dejé la mochila que había comprado el día anterior junto a mí, me acomodé y me abroché el cinturón, consciente de que Guðjon estaba mirándome fijamente por el espejo retrovisor. Orri cerró su puerta, y el motor del coche rugió.

Casi sin esperar a que nos pusiéramos en movimiento, Orri abrió la guantera y sacó un libro de su interior.

—Para que veas que vamos a cumplir todo lo que te prometí —dijo, alargándomelo por encima del asiento. *Descubra Islandia*—. Así no tendré que pasarme las noches en vela para demostrarte lo buen guía turístico que soy. Te lo he comprado en tu idioma para resistir la tentación de leerlo para intentar impresionarte.

—Qué detalle —dije, riendo por lo bajo.

—Y por si aún tienes dudas, nuestra primera parada va a ser en el reino del turista. ¡Qué digo! ¿Reino? ¡No! ¡Es el imperio, el imperio del turista! —gritó, con una emoción sobreactuada—. ¡Un lugar donde entras siendo islandés y sales con una cámara de fotos al cuello, un mapa en una mano, una guía en la otra y más abrigado que un oso polar! Dicen que...

—Eres un exagerado —lo cortó Guðjon. Me sorprendió oír su voz casi tanto como descubrir que estaba sonriendo. Su acento era menos marcado que el de Orri, aunque seguía dejando claros sus orígenes, y su voz era al mismo tiempo grave y ligera. Su tono era suave, al contrario que la expresión fría y concentrada de su mirada, que no se apartaba ni un segundo del asfalto.

—Ya lo veremos... —respondió Orri tras una pausa estudiadamente dramática—. Laura, si ves que empezamos a ponernos preocupantemente morenos o empezamos a perder el acento, por favor, sácanos de ahí.

—¿De dónde? ¿Puedo saber adónde vamos o es un secreto entre nativos?

—*Bláa lónið* —dijo Guðjon.

—O la Laguna Azul, como prefieras. Es un balneario geotermal. Está en la guía. Has traído bañador, ¿verdad?

Asentí, mirando la portada del libro que tenía entre las manos. Si me ponía a hojearlo, probablemente terminaría mareada, así que lo dejé a un lado.

—Entonces... ¿cuál es el plan?

—Vamos directos a *Bláa lónið*. Nos quedaremos ahí hasta después de la hora de comer y luego iremos a la zona de Þingvellir y Haukadalur. Buscaremos algún lugar por ahí para dormir —me explicó Orri.

Volví a asentir, como si supiera de qué zonas estaba hablando. Me quedé en silencio, viendo cómo la ciudad iba difuminándose a nuestro paso. En apenas un cuarto de hora, los edificios se vieron sustituidos por campos de lava que parecían no tener fin. Cuando el día anterior le había hablado a Orri por primera vez de esos campos de piedra ondulada, moldeada como plastilina, que había visto en el trayecto desde el aeropuerto de Keflavík hasta la ciudad y me había dicho lo que eran, tuvo que repetírmelo para que me diera cuenta de que le había entendido perfectamente. Me costaba imaginar la cantidad de actividad volcánica que debía haber sufrido aquella zona para estar cubierta completamente por esos campos de lava infinitos.

Aunque hacía sólo dos días que había hecho aquel trayecto a la inversa, tenía la sensación de que habían pasado semanas desde que recorrí en autobús esa misma carretera en sentido contrario.

—¿Y qué estás haciendo en Islandia, Laura?

La pregunta me pilló tan de improviso que durante un momento no estuve segura de quién acababa de hablar. Vi a Guðjon lanzándome miradas furtivas a través del retrovisor, esperando una respuesta. Orri se me avanzó.

—Aquí donde la ves, Heima es una rebelde sin causa. Se ha escapado de casa.

Supongo que podría decirse que me había escapado, pero desde luego no era una rebelde sin causa. Motivos tenía, y de sobra. Tenía motivos suficientes como para escribir un poema épico sobre las razones por las que me había marchado.

–¿Heima? –inquirió Guðjon con un mohín divertido antes de volverse rápidamente hacia Orri–. ¿Aún sigues con eso? –le dijo, con un tono que estaba en la frontera entre la broma y el fastidio–. Le encanta buscar a turistas y bautizarlas con nombres de palabras islandesas. Lo peor es que hay chicas que caen con eso.

–Oye, no te cuelgues el cartel de caballero de comedia romántica del siglo XIX, cuando los dos sabemos que también has utilizado ese truco.

–Puntualmente. Lo tuyo es una enfermedad crónica.

–Además, esta vez ha funcionado.

–¡No es verdad! –me quejé, indignada.

–Claro que sí. Estás sentada en el asiento trasero de mi coche –señaló Orri–. Soy un depredador lento pero efectivo.

Negué con la cabeza y me dirigí a Guðjon.

–¿Es siempre así?

–Veinticinco horas al día.

Volvimos a quedarnos callados, hasta que después de mucho meditarlo me atreví a dirigirme a Guðjon otra vez:

–¿Tienes algún diminutivo?

Orri no le dio oportunidad de responder. Se puso a reír y se giró hacia mí con expresión divertida. Me di cuenta al momento de que entendía el porqué de mi pregunta. En lugar de burlarse de mí tal como esperaba, buscó un papel en la guantera y escribió el nombre de su amigo junto a una pronunciación aproximada: *gudion*. Lo leí en voz alta y los dos negaron con la cabeza. La de era más suave, me dijeron. Al volver a intentarlo, la de tenía que ser un poco más fuerte. Al siguiente intento, marcaba demasiado la ge.

–Me rindo. Te llamaré John –decidí, tratando de ignorar las burlas de Orri por mis inútiles intentos de pronunciación.

–Ni hablar.

–¿Por qué no? John se parece a tu nombre y puedo pronunciarlo sin que se me rompa la lengua.

–¿John? ¿Como John Smith? –Orri siguió riendo–. ¿Y quién será tu Pocahontas?

Guðjon se giró bruscamente hacia su amigo, que sofocó su risa hasta apagarla por completo. Los dos volvieron a fijar rápidamente la vista en la carretera con los labios apretados. Guðjon agarraba el volante con tanta fuerza que las venas se le marcaban bajo

la piel. Carraspeé, y al ver que ninguno de los dos decía nada, intenté desesperadamente romper el silencio.

—En realidad, John Smith y Pocahontas nunca estuvieron liados. De hecho, poco de lo que creemos saber de ella es verdad: su nombre real era Matoaka; Pocahontas no era más que un apodo. No estuvo liada con John Smith y tampoco viajó por voluntad propia a Inglaterra. La capturaron, y aunque hay quien dice que ya estaba casada con un hombre de su tribu, poco tiempo después se casó con un caballero inglés, John Rolfe. Entonces se cambió el nombre por Rebecca Rolfe. Tuvo un hijo con él y murió a los veintidós años. Nada de amores épicos ni de finales felices, así que mejor que no tengas ninguna Pocahontas en tu vida.

Sentí las miradas de los dos chicos clavadas en mí a través del espejo retrovisor. Sólo Orri intentó reaccionar dibujando una sonrisa que desapareció un segundo después de emerger.

Mis últimas palabras nos dejaron inmersos en un ambiente enrarecido. Desenfocué la vista vagamente, casi como por costumbre, y un halo oscuro rodeó durante unos segundos a Guðjon, que seguía agarrando el volante con demasiada fuerza. Alrededor de Orri, de nuevo, sólo había una tenue luz anaranjada y alguna chispa tintineante de un negro apagado. A juzgar por aquel detalle, había tocado algún tema incómodo que lo había puesto nervioso.

Desvié la mirada y me concentré en el paisaje, donde la lava cedía de vez en cuando para dejar lugar a prados llenos de ovejas y caballos.

Estuve observando rocas y animales y solitarias granjas salidas de la nada hasta que, un cuarto de hora después, Orri se comportó como el guía que había prometido ser y anunció que estábamos a punto de llegar.

—Recuerda, no dejes que te muerda ningún turista o te convertirás en uno de ellos —dijo mientras bajábamos del coche—. Y coge el bañador.

En cuanto metí un pie en el agua, todas mis preocupaciones y temores se evaporaron. Si lo que tenía que ofrecerme Islandia eran lugares como esos, estaba segura de que había acertado eligiendo el destino para mis vacaciones. Cuando Orri había dicho que era un balneario, lo último que había imaginado era un lugar así.





Por lo que me había explicado mientras comprábamos nuestras entradas, aunque el agua no estuviera tratada, la laguna era artificial, ya que el agua procedía de una central geotérmica. Había esperado un edificio grandioso, dividido en diferentes zonas de ocio y decorado con estatuas de mármol (o al menos de granito). A pesar de que a su alrededor habían levantado un edificio con vestuarios, tiendas y cafetería para darle más vida, sólo una plataforma de madera con algunos escalones conectada a una especie de isla flotante se atrevía a tocar directamente una parte de la orilla de la laguna. El resto estaba rodeado por rocas volcánicas y nada se interponía entre mi cabeza y el cielo.

Podría pasar toda la vida flotando en esa laguna con los ojos cerrados, sola, hundiendo mis pies en el barro, sin tener que pensar, ni preocuparme, ni recordar, ni escuchar a nad...

—¿Te parece suficientemente turístico? —Orri llegó de la nada y se plantó delante de mí. Unos metros por detrás de él, Guðjon observaba el agua como si hubiera visto una

sirena en ella—. ¿No te encanta el color azul eléctrico del agua? Viene de las algas que se forman en las tuberías que conectan con la central, creo.

—No puedo ver los colores —dije, sin pensar en lo que estaba haciendo—. Tengo acromatopsia.

Antes de terminar de pronunciar esas palabras supe lo que venía a continuación: explicarle toda la historia: cómo me di cuenta de que me pasaba algo extraño y cómo tuve que aprender a resignarme a ser diferente y a ver el mundo de una forma distinta a lo que era habitual. Le hablé de mis problemas en clase y en casa, del intento desesperado de mis padres para encontrar una cura a algo que no se puede curar, y le hice reír con las mil anécdotas que tenía para contarle.

—Entonces... ¿a qué viene tu pelo?

Me encogí de hombros. No tenía ninguna respuesta lógica para eso. Hacía unos meses, Larisa me había dicho que estaba pensando en teñirse el pelo de color blanco, con las puntas y la capa de debajo de color rosa desvaído. Creí que bromeaba, porque hasta ese momento Larisa había sido siempre muy clásica con sus peinados, así que le dije que si lo hacía, yo me lo teñiría todo de violeta. Cuando me di cuenta de que lo decía completamente en serio, ya era tarde para retirar mi promesa. Además, la idea de cambiar el color de mi pelo y que yo fuera la única que no pudiera verlo y disfrutarlo me parecía extrañamente divertida. Como un chiste privado. Mientras respondía a la retahíla de preguntas con la que me disparó (¿Cómo distinguía los pimientos verdes de los rojos? ¿Cómo diferenciaba la bandera de Francia de la de Italia? ¿Cómo me las apañaba en la clase de arte?), luchaba conmigo misma para mantener mis explicaciones dentro de la frontera de lo racional. La confianza que me inspiraba Orri era tan fuerte que, si no me hubiese mordido la lengua, habría soltado la segunda parte de la historia.

La acromatopsia era algo normal, aunque no fuera habitual. Mi otra capacidad, por fortuna o por desgracia, no era ninguna de esas dos cosas. Si tuviera que ponerle una etiqueta, cuando empezó habría dicho que era espeluznante. Ahora que me había acostumbrado a ella, probablemente mantendría esa palabra, aunque le añadiría otra: útil.

Hay personas que pueden mover las orejas, otras son capaces de tocarse la nariz con la punta de la lengua y otras, de ponerse las piernas detrás de la cabeza. Mi habilidad no era tan evidente y nunca la utilicé para entretener a mis amigos. De hecho, jamás se lo había contado a nadie, ni siquiera a Larisa. Siempre fui muy consciente de que los secretos no existen, de que, en cuanto a algo se le otorga ese grado, adquiere un interés especial que

atrae inevitablemente a quien lo conoce a despojarlo de él. Si quería que mi secreto estuviera a salvo, yo tenía que ser la única persona que lo conociera, la única con capacidad para protegerlo o desvelarlo. Lo último que quería era convertirme en una cobaya de laboratorio, así que me mordí la lengua y le oculté el secreto al mundo, incluso a mis padres.

¿Cómo explicarles que sí podía ver colores después de todo?

Se alegrarían, por supuesto. Al menos hasta que les dijera que sólo los veía cuando entrecerraba los ojos y desenfocaba la vista, y únicamente alrededor de los cuerpos de seres vivos.

La primera vez que sucedió tenía doce años. Mientras que todas mis compañeras veían cómo sus cuerpos empezaban a cambiar y esperaban su primera regla para sentirse mujeres, mi cuerpo decidió regalarme una nueva excentricidad para hacerme sentir aún más rara. Estaba en clase, sentada en las últimas filas del aula, escuchando cómo mi profesora intentaba enseñarnos algo sobre la caída del Imperio romano. A medida que hablaba, mis párpados se iban cerrando y mi vista, desconectándose de mi cerebro.

Poco a poco, una neblina empezó a difuminar los contornos de los cuerpos que tenía delante de mí. Una neblina individual para cada persona, cada una de una tonalidad nueva, brillante, llena de luz... y de color. Mi mente se inundó de mil sonidos distintos, que sólo se disiparon cuando parpadeé y todo volvió a la normalidad. Al gris.

Me costó algunas semanas aprender a controlar la percepción de lo que desde el primer momento supe que eran auras, y otras tantas entender la relación entre los colores y los sonidos que escuchaba cuando aparecían. Internet me proporcionó la información que necesitaba para comprender lo que sucedía en mi mente. Descubrí la existencia del *eyeborg*, un ojo robótico que, conectado a la columna de su inventor –Neil Harbisson, enfermo de acromatopsia como yo y declarado oficialmente el primer cibernético del mundo–, lograba que este oyera en su mente los colores que tenía delante. Así descubrí que los colores emiten ondas electromagnéticas que pueden ser transformadas en sonidos, en notas musicales.

A fuerza de ver entrevistas a Harbisson y de buscar información en bibliotecas y en Internet, pude completar una tabla de equivalencias que pronto aprendí de memoria. Así descubrí que el do era amarillo, el re era rojo, el mi era púrpura... Un color para cada nota y una nota para cada color. Descubrí también que las chispas de otros colores que en ocasiones aparecían junto a algunas auras complementaban su significado e incluso a

veces lo cambiaban. Mientras que el halo se relacionaba con el estado anímico de la persona, las chispas eran síntomas de que otras emociones luchaban por imponerse a la que en esos momentos predominaba.

Me vi inmersa en un mundo nuevo en el que mi pobre gama cromática había encontrado competencia. Aunque no podía ver los colores fuera de las auras de las personas, sí logré ser capaz de identificarlos gracias a la nota musical que los acompañaba, de modo que en unos meses pude asociarlos perfectamente y, gracias a ello, definir las auras cuando las veía.

Aprendí a utilizar esa capacidad a mi favor: sabía que no debía pedirles nada a mis padres cuando su aura era roja, que un aura naranja no significaba felicidad si iba acompañada de chispas de color azul, que debía consolar a cualquiera que tuviera el aura violeta o que era mejor no acercarme a las personas con un aura tan oscura que no emitiese sonido alguno.

4. Strokkur

Pese a las predicciones de Orri, a ninguno de los tres le apareció un mapa en las manos al salir de la Laguna Azul. Ellos seguían siendo tan puramente islandeses y yo tan patéticamente poco turista como hacía unas horas, aunque a mi favor diré que salí con casi medio centenar de fotografías de la laguna, algo que me acercaba a los demás turistas que llenaban las instalaciones. Lo único que había cambiado exteriormente en nosotros eran nuestras expresiones, ahora serenas, llenas de calma y relajación. Y mi pelo, por supuesto, acartonado por el azufre del agua, tanto de la laguna como de las duchas. Estaba comenzando a sospechar que, más que la tierra del hielo, aquella era la tierra de Satán. El pelo aún me goteaba cuando subí al coche y daba la sensación de que el cielo iba a empezar a soltar sus propias gotas de un momento a otro.

Aunque apenas eran las tres de la tarde, Orri parecía tener prisa por volver a ponerse en marcha, así que Guðjon volvió a colocarse ante el volante. Había estado esperando a que me abordara en cualquier momento desde que le había explicado a Orri mi problema con los colores. A la gente solía interesarle y, como Orri, tenía mil preguntas que hacer. Inteligentes algunas, estúpidas la mayoría, pero preguntas al fin y al cabo, llenas de curiosidad morbosa. Guðjon estaba a menos de dos metros de nosotros cuando había soltado aquella parte minúscula de mi secreto, así que por fuerza tenía que haberme oído. A no ser que fuera sordo, lo que, sumado a lo poco que abría la boca, lo convertía en un pésimo compañero de viaje.

Durante la hora que estuvimos en el coche, fue Orri el que llenó todos los silencios. Cuando paramos para pasear por una falla sin el menor atractivo que desembocaba en una vasta pradera atravesada por un río de aguas tranquilas, sacó a relucir dos nuevas facetas: Orri el Geólogo y Orri el Historiador. Mientras me explicaba el «increíble y fascinante» proceso de formación de las fallas y la importancia de ese valle para la humanidad (ahí se había fundado el parlamento del que me había hablado en Reikiavik y también fue el lugar en el que «nuestra nación se liberó de las cadenas opresoras de

Dinamarca en 1944»), Guðjon paseaba algunos metros por delante de nosotros sin prestarnos la más mínima atención.

A decir verdad, no había vuelto a oírlo hablar desde que se negó a que lo llamara John, ni siquiera cuando había pedido su bocadillo en la cafetería de la Laguna Azul. Parecía un taxista de una gran ciudad, cuyo interés por relacionarse con los otros ocupantes de su vehículo era igual al mío por el ganchillo: nulo. Si a él no le venía en gana abrir la boca, no iba a ser yo quien lo obligara.

Fueron necesarios otros cuarenta minutos de viaje para que despegara los labios, y no lo hizo precisamente con buen humor. Obedeció cuando Orri le indicó que parase junto a un restaurante con aires de área de servicio de pueblo de comarca, pero se negó a bajar del coche con nosotros. O eso es lo que entendí, porque de repente olvidó toda consideración hacia la extranjera y habló en islandés. Después de intercambiar unas cuantas frases malhumoradas con Orri, se desabrochó el cinturón de seguridad de mala gana, bajó del coche murmurando algo entre dientes y echó a andar sin esperarnos.

En el momento en el que pisé el suelo, agradecí todos los consejos de Orri sobre el clima de Islandia y la ropa que iba a necesitar, porque, de no haber sido por el abrigo, probablemente me habría congelado. Las nubes habían encapotado el cielo en cuestión de minutos y ni siquiera el viento era capaz de borrarlas del cielo. El aire olía a lluvia.





Cuando cruzamos la carretera, Orri el Geólogo volvió a salir a la superficie, tan súbitamente como el chorro de agua que se alzó hasta rozar el cielo a apenas doscientos metros de nosotros. A pesar de la distancia, pegué un salto involuntario y me agarré de su brazo, lo que provocó que empezara a reírse a carcajadas. Incluso Guðjon, ya a unos cuantos pasos por delante de nosotros, se giró y se rió sin ni siquiera dignarse a ocultarlo. Cuando Orri se hubo calmado, volvió a su lección magistral sobre la riqueza natural de Islandia y una de sus joyas de la corona: el géiser al que nos estábamos acercando, uno de los más importantes del país. Strokkur para los amigos.

Medio centenar de turistas revoloteaban a su alrededor como niños en torno a una piñata, haciendo fotografías o filmando vídeos, a la espera de que el géiser volviera a escupir su chorro de agua caliente. Orri y yo nos quedamos quietos a unos metros de él, en silencio, en tensión, observando el charco de agua burbujeante, rodeado por una barandilla de metal para alejar a los insensatos. Se llevó una decepción cuando en menos

de cinco minutos volvió a entrar en erupción y como única reacción levanté la mirada para seguir la columna de agua con total tranquilidad.

–Parece que vaya a alcanzar el cielo, ¿verdad? –dijo, alzando la voz por encima de los vítores y los aplausos de los turistas, siempre dispuestos a jalearse cualquier cosa, incluso un fenómeno de la naturaleza.

–O a atravesarlo.

Cuando el agua bajó y el vapor desapareció, acerté a ver la figura de Guðjon, sentado encima de una roca, lo bastante apartado de la gente como para que no lo molestaran. Tenía la vista fija en el géiser y la misma expresión que cuando había bajado del coche. No estaba enfadado, pero desde luego tampoco rebosaba alegría. Conocía esa expresión: aunque parecía estar muy lejos, intuía que estaba demasiado cerca de él mismo, hurgando en su interior, en sus recuerdos y pensamientos. Era la misma cara que había tenido yo durante meses, o al menos eso quería pensar. La otra opción es que fuera simple y llanamente antipático y desagradable, lo que, para su desgracia y también la mía, pocas veces tenía cura.





–Lo vas a desgastar –me dijo Orri, con una sonrisa cargada de segundas intenciones–. Ya me dirás qué tiene él que no tenga yo.

–No seas idiota. ¿Qué le pasa?

Orri se quedó observándolo en silencio.

–No es por ti.

–Ya lo sé.

Era evidente: su aura era completamente negra, desvaída. No tenía sonido. Si la observaba durante mucho tiempo, acertaba a ver algunos destellos de colores amarillentos, que rápidamente eran engullidos por la oscuridad. A lo largo de los años, había aprendido que las auras podían cambiar repentinamente dependiendo de muchos factores, entre ellos la compañía. Sin embargo, la tonalidad de Guðjon no era repentina, ni transitoria. El humo oscuro se pegaba a su piel, entretejiéndose con ella como finas y etéreas hebras. Su infelicidad iba más allá de mi presencia. La cual, de todos modos, tampoco parecía emocionarlo.

–No es nada importante.

No le creí. Estaba segura de que le sucedía algo grave, y el tono fingidamente despreocupado en el que habló Orri confirmó mis sospechas.

—Vamos, parece un alma en pena —dije, señalando con la cabeza a Guðjon, que estaba limpiando sus gafas compulsivamente con la camiseta que asomaba debajo de su jersey de ochos. Las levantó hacia el cielo para comprobar el resultado. No debía de estar demasiado satisfecho, porque hizo un mohín y empezó a refregarlas de nuevo—. No es feliz.

—Te crees muy intuitiva, ¿verdad?

—Orri, es evidente que no es feliz.

—La felicidad es relativa. Viene y va. Como los problemas: todos tenemos los nuestros y todos decidimos cómo lidiar con ellos. Él sabe lo que hace.

—Está claro que no lo sabe.

—Laura, escúchame bien: no te preocupes por él, ¿vale? Está bien. Lo conozco desde que nació y sé que está bien. O lo estará, al menos, y eso es lo importante.

Suspiré.

Podría decir que me fastidió que Orri me mintiera descaradamente o que se negara a contarme nada más. Podría decir que me molestó que no me advirtiera sobre el estado de su amigo, porque, de haberlo sabido, me habría negado a ir con ellos. Podría decir que me quedé profundamente preocupada por aquel chico de aura negruzca y mirada perdida.

Podría decir todo eso y cualquiera me habría creído. Habría conseguido parecer una persona atenta, considerada, preocupada por los demás, y todos habríamos salido ganando. La realidad es decepcionante: por cada virtud tenía seis defectos, y el que emergió en aquella ocasión no fue otro que la mórbida curiosidad.

Orri también estaba preocupado por su amigo, y aunque creía que lo ocultaba perfectamente, si me concentraba podía percibir el tintineo nervioso de su aura anaranjada. Y eso incrementaba exponencialmente mis ganas de saber qué le había pasado a Guðjon, o qué le estaba pasando. Y para ganarme un poco más el odio de cualquiera con una moral recta, diré que una pequeña parte de mí, esa que siempre intentaba mantener encerrada bajo llave y candado, quería escuchar sus desgracias personales para tener la oportunidad de sentirme algo mejor conmigo misma. Suele decirse que las alegrías compartidas son doble alegría y que las penas compartidas son medias penas. Lo que se calla la gente es que las penas comparadas son también penas más ligeras.

Soy consciente de que era una persona horrible por intentar buscar consuelo en las desgracias de otros, esperando que le quitaran peso a la que yo llevaba sobre mis hombros, pero no podía evitarlo. En mi defensa diré que todos esos intentos acababan por naufragar, porque terminaba por sentirme tan culpable que a mis problemas personales se les añadía la carga de sentirme una persona horrible y la seguridad de saber que no tenía excusa por pensar como lo hacía.

Sin embargo, estando ahí de pie junto a Orri, delante de un géiser en descanso, aún no había llegado a esa última fase. Lo único que quería entonces era descubrir el secreto de Guðjon y, consciente de que Orri no iba a soltar prenda, me conformé con escuchar la historia de cómo se conocieron.

Aunque pareciera todo lo contrario, quizás por su cara aniñada, Orri era un año mayor que Guðjon. Sus madres habían sido amigas y vecinas desde que eran adolescentes, así que Orri conocía a Guðjon desde que este nació, literalmente, veintitrés años atrás. Como los dos eran hijos únicos, se convirtieron en algo así como hermanos de pega. Habían crecido juntos, uno al lado del otro. Orri decía que a esas alturas eran como un viejo matrimonio; para ellos, aseguraba, los poderes telepáticos estaban de más (otra razón para estar segura de que Orri sabía exactamente lo que le ocurría a Guðjon). Por supuesto, no dejó pasar la oportunidad de pavonearse por haberle enseñado a su amigo todo lo que ahora sabía sobre la vida. Especialmente sobre las mujeres. Al géiser le dio tiempo a una nueva erupción de agua hirviendo mientras Orri me contaba con todo lujo de detalles sus correrías de adolescentes, aunque nosotros ya no lo observábamos. Después de haber fotografiado la siguiente erupción del gigantesco géiser, habíamos empezado a andar entre los turistas, observando y fotografiando las demás formaciones geotérmicas del lugar. A juzgar por todas esas historias, que sólo interrumpía para señalarme ese charco humeante o aquel otro de un azul fosforito que yo no podía percibir, había conseguido moldear a Guðjon a su imagen y semejanza. Cuando puse en duda su éxito en esa encomiable y noble tarea (sospecho que no captó mi sutil ironía), se defendió diciendo que su amigo estaba en baja forma, pero que pronto volvería a las andadas. Creo que su frase exacta fue: «Incluso el mejor de los soldados puede resultar herido en batalla. Pero la guerra... ¡oh, la guerra! ¡La guerra nunca está perdida!».

Me reí tan fuerte que conseguí que Guðjon saliera de su letargo. Seguía en el mismo sitio que hacía un cuarto de hora, en la misma posición. Ahora, sin embargo, nos observaba a través de unos cristales impolutos. Le hizo un gesto indescifrable a Orri, que

asintió rápidamente. Al final resultaría que era verdad lo de que podían entenderse sin hablar, porque de ese gesto vago con la mano Orri interpretó exactamente lo que quería Guðjon: volver a la carretera.

Antes de ponernos de nuevo en marcha, hicimos una parada de rigor en el Templo para Guiris (también conocido como tienda de recuerdos) y Orri aprovechó para ir al lavabo. Después de soportar toda clase de bromas por los cerca de quince minutos que había estado ahí metido, volvimos al coche. Sólo fueron diez minutos, porque, sin que nadie le dijera nada, Guðjon decidió hacer una nueva parada. Después de un valle con una falla y un antiguo parlamento y de un géiser, tocaba ver una cascada. Por mucho que insistí en verla desde el coche para evitar la lluvia que había empezado a caer hacía unos minutos, no me lo permitieron. Si quería ser una turista de verdad, me advirtió Orri, debía contagiarme de la valentía de los vikingos y verlo todo sin importarme el tiempo que hiciera. Si me quedaba en el coche cada vez que cayeran cuatro gotas, no iba a ver nada del país.

Mordiéndome la lengua para decirles que ni él ni John tenían pinta de valientes vikingos, salté del coche, me enfundé mi nuevo chubasquero y empecé a andar detrás de Guðjon, que ya caminaba hacia la cascada.

Era muy distinta a las elegantes caídas de agua que había imaginado que íbamos a ver. La que tenía delante formaba parte del curso de un río ancho y caudaloso y se dividía en dos escalones. El agua se precipitaba por los dos niveles, creando un ruido atronador que se entrelazaba con los truenos que se intuían entre la lluvia.

—¿No querías ser la típica turista? —me dijo Guðjon—. No hay nada más turístico, después de *Bláa lónið*, que *Gullni Hringurinn*. En *útlenska*, el Círculo Dorado.

Había hablado en inglés y, sin embargo, no había entendido prácticamente nada de lo último que me había dicho. No sé si fue eso o mi estupefacción por volver a oír la voz de Guðjon lo que me impidió responder.

—*Útlenska* se utiliza para referirse a todas las lenguas que no son *íslenska* —me explicó Orri, mucho más considerado que su amigo.

—El Círculo Dorado es una ruta turística. Þingvellir, Haukadalur y Gullfoss son las tres paradas obligatorias.

—El valle donde estaba el parlamento, la zona de los géiseres y esta cascada —volvió a traducir Orri.

—Eso he dicho.

5. Laugarvatn

Laugarvatn, el pueblo donde pasaríamos la noche, nos recibió con una lluvia fina y helada, que observamos caer al otro lado del cristal durante toda la cena.

Habíamos cogido una habitación triple en una especie de internado reconvertido en hotel durante la época veraniega, la única en la que los turistas se atrevían a pisar esa tierra inhóspita. Las maletas ya descansaban apaciblemente en la habitación que apenas una hora antes habíamos pagado, así que alargamos la cena hasta que el camarero, un chico flacucho de nariz respingona y pecosa, nos pidió amablemente que nos fuéramos para dejarles nuestra mesa a nuevos clientes. Aunque Orri llevó el peso de la conversación mientras comíamos, algo que no parecía molestarlo en absoluto, me alegró ver que Guðjon abría la boca para algo más que meter patatas fritas en ella.



De modo que al salir del restaurante, cuando Orri dijo que se reuniría con nosotros más tarde en la habitación, no me importó verme obligada a quedarme a solas con Guðjon. O al menos no demasiado. En general no me importaba el silencio, pero con él todos eran incómodos. Aquellas horas con Guðjon habían sido suficientes para descubrir que no era de esas personas amantes de la compañía, lo que me ponía a mí en una situación no demasiado agradable. Después de todo, yo era la extranjera, la intrusa en ese trío de viajeros improvisado. Lo mínimo que podía hacer era poner buena cara, aceptar su forma de ser y adaptarme a él en la medida de lo posible, así que fingí que no me molestaba que discutiera con Orri cuando dijo que se marchaba solo. Aunque hablaran en una lengua que no podía ni imitar, su tono de voz era suficiente para comprender que no le hacía demasiada gracia quedarse a solas conmigo.

Para mi sorpresa, fue él el primero en hablar. Lo hizo diez minutos después de salir del restaurante, cuando las puertas del ascensor del hotel se cerraban para llevarnos a la segunda planta. El tema no fue, sin embargo, ninguna sorpresa, aunque le agradecí que decidiera no hacer ningún comentario acerca del tiempo que hacía.

—Así que acromatopsia.

Era un alivio saber que no estaba sordo, aunque al mismo tiempo era un poco decepcionante: si no hubiera mostrado el más mínimo interés en mi enfermedad, se habría convertido en la primera persona que no me avasallaba con preguntas después de enterarse. Debió de darse cuenta de que acababa de dejar escapar una oportunidad de oro, porque en ese instante decidió hacerse con otro de los premios aún en juego.

—Pues qué mierda.

El trofeo de la sinceridad ya tenía dueño. Durante años había esperado que alguien reaccionara de esa manera, y no con preguntas estúpidas acerca de pimientos de colores o películas en blanco y negro. Alguien que dijera lo que pensaba, sin tapujos ni medias tintas ni edulcorantes. Efectivamente, la acromatopsia es una mierda.

—Más de lo que te imaginas —respondí. Las puertas del ascensor se abrieron y yo saqué la llave de mi bolsillo para recordar qué habitación era la nuestra. 107. Quedaba dos puertas más allá.

—Al menos no duele —dijo él. Se detuvo unos segundos y añadió, cautelosamente—: Porque no te duele, ¿no?

Reí y negué con la cabeza. Eso ya habría sido el colmo.

Abrí la puerta de la habitación 107 con la tarjeta electrónica, admirándome en silencio de que aquello fuera en realidad un internado. Orri me había explicado que, dada la poca población de la isla, poco más de trescientos mil habitantes, los internados eran habituales, porque era imposible mantener abiertas escuelas en todos los pueblos para una decena de niños; en verano, esos internados se reconvertían en hoteles para turistas, como era el caso del edificio en el que nos encontrábamos.

La habitación no era demasiado grande, pero tenía lavabo propio, lo que suplía el hecho de que mi maleta y los macutos de los chicos tuvieran que estar apilados en un rincón, formando una montaña inestable. La luz del sol acariciaba las paredes, de un desvaído color blanco. Si las mirabas de cerca, podías ver las marcas de la cinta adhesiva o las chinchetas que hasta hacía poco habían servido para sostener pósteres e imágenes que dieran algo de vida a aquel lugar. Me pregunté qué habrían colgado en las paredes los niños o adolescentes que habían vivido ahí ese curso. ¿Serían amantes del fútbol o les iría más la música?

Le eché una ojeada al despertador digital que había encima de una de las mesillas de noche e hice una mueca. Tenía que estar estropeado, porque no podían ser ya las diez de la noche. Hacía demasiado sol.

—¿Qué hora es?

—Ahí tienes un reloj —dijo John pasando por delante de mí mientras señalaba el despertador que estaba mirando.

—No puede ser tan tarde.

—El tiempo vuela.

—No, no puede ser tan tarde. Hace sol.

John soltó aire por la nariz y emitió una risa burlona.

—¿Llevas aquí tres días y ahora te das cuenta de que no se pone el sol?

Separé los labios tan rápido como volví a juntarlos. Había pasado en Reikiavik dos noches... y ahora me daba cuenta de que no había visto ni una mísera estrella en el cielo.

—Me he ido a dormir muy pronto —me defendí.

La primera noche me había metido en la cama antes de las nueve y media, y en cuanto a la noche anterior, ni siquiera había tenido fuerzas para mirar el reloj antes de dejarme caer sobre el colchón del hotel, agotada por el día de turismo y compras de abastecimiento.

—Aquí no se hace de noche en verano. ¿No has oído hablar del sol de medianoche o de las noches blancas? A la altura del círculo polar, en verano no se llega a poner el sol. En la latitud en la que estamos, sí oscurece, pero poco. En esta época del año, el sol se pone sobre las doce y vuelve a salir a las tres de la madrugada.

Asentí. No quería añadir nada. Aquella había sido la conversación más larga que John se había dignado a tener conmigo y no quería estropearlo. Además, no me gustaba la idea de hablar y hacer evidente mi ignorancia.

Así que me arrastré hasta la cama que tenía más cerca y me tiré encima de ella sin ningún preámbulo. Solté un suspiro de alegría y me quedé ahí tumbada, con la cara hundida en la almohada, oyendo cómo Guðjon entraba en la habitación y cerraba la puerta.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para reprimir el impulso de quedarme en esa posición hasta la mañana siguiente.

—Voy a ducharme. No entres —le avisé mientras me levantaba.

—Descuida.

Cogí la ropa interior, el pijama y el neceser de la maleta y me encerré en el cuarto de baño.

Quizás fuera a causa del cansancio, quizás estaba empezando a acostumbrarme al agua de aquel país o quizás simplemente estaba perdiendo el sentido del olfato. Fuese como fuese, salí de la ducha sin oler a huevos podridos y sintiéndome maravillosamente limpia. Me enrollé una toalla alrededor del cuerpo y, mientras este terminaba de secarse, aproveché para lavarme los dientes al tiempo que desenredaba el lío que era en ese momento la ropa sucia y la limpia. Encontré la ropa interior y el pantalón del pijama, pero no había ni rastro de la camiseta por ninguna parte.

Típico.

Me vestí con lo que tenía, colgué la toalla mojada encima de la barra de la cortina de la ducha y salí del cuarto de baño descalza, con la ropa sucia en las manos.

Guðjon, que estaba tirado en la cama del medio y había abierto un libro con un hombre cubierto de nieve en la portada, levantó la vista tan rápidamente como volvió a dejarla caer. Dos segundos más tarde, como si su cerebro acabara de procesar la imagen que acababan de captar sus ojos, volvió a mirarme por encima de la gruesa montura de sus gafas. Me quedé quieta durante unos segundos, esperando o bien que reaccionara como un mojigato y se pusiera rojo como un tomate o bien que me lanzara un piropo de

mal gusto. Si lo que me había contado Orri de él era cierto, la opción correcta era la segunda, aunque yo me inclinaba sin ninguna duda por la primera.

Optó por la opción C: mirarme de arriba abajo dos veces y volver a centrar su atención en el teléfono mientras decía, con una sonrisa ladeada que me recordó a la de Orri:

–No voy a acostarme contigo.

–Qué lástima –dije, fingiendo decepción, mientras pasaba por delante de él dejando un camino de gotas de agua hasta mi maleta, donde esperaba (por favor) encontrar la camiseta del pijama. Guðjon mantuvo los ojos fijos en el libro. Demasiado fijos. Parecía que estaba esforzándose para no despegarlos de él–. Puedes mirarme, no muerdo.

–¿Tienes por costumbre pasearte en sujetador ante personas que acabas de conocer?

Seguía sin levantar la vista.

–Me he dejado la camiseta del pijama en la maleta, no pretendo seducirte. Y no seas crío, me has visto hace unas horas en bikini.

Entonces sí hizo trepar sus pupilas hacia mí. Sonrió, se quitó las gafas y empezó a frotarlas con la camiseta. Otra vez. Aquel chico tenía un trastorno obsesivo compulsivo.

–No quería hacerte sentir incómoda, pero, si insistes, no tengo ningún problema –sentenció, volviendo a ponerse las gafas con un gesto despreocupado y clavando su mirada en mí. Sonrió y noté cómo las mejillas empezaban a arderme levemente.

Quizás Orri no iba tan desencaminado.

Busqué la camiseta y cuando di con ella me la puse rápidamente. Guðjon seguía sin despegar los ojos de mí. Desde luego, sabía cómo hacer sentir incómodo a alguien.

–Deja de mirarme.

–Como quieras –respondió, con un tono triunfal que hizo que me hirviera la sangre–. ¿Y qué? ¿Te gusta lo que ves?

Me pregunté si hablaba con algún tipo de doble sentido. Al momento se dio cuenta de ello, porque añadió:

–¿O estás lamentándote por no haber ido al Caribe?

–Me gusta –me limité a decir, después de unos segundos de cavilación.

Era la respuesta que más se acercaba a la verdad. Aquel país era diferente, y si todos los días iban a ser como aquel (en especial como la mañana), no habría lugar para el arrepentimiento. ¿Habría estado mejor en el Caribe, como decía Guðjon? Tal vez.

O tal vez no.

Lo malo de las decisiones es que pocas veces llegas a saber lo que te esperaba al final del camino que descartaste. Así que mi filosofía era no lamentarse por lo que habría podido ser. O eso intentaba. Estaba en Islandia y, para bien o para mal, iba a hacer de ese viaje una experiencia inolvidable.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?

—La Laguna Azul.

—Típico.

—¿Qué?

—Típico.

—Ya te he oído —bufé—. ¿Qué quieres decir con típico?

—Pues eso: que es tí-pi-co. Ves una cascada espectacular y un géiser, que es algo que no se ve en todas partes... y aun así prefieres un balneario. Típico.

—Era natural —me defendí. Me tiré encima de mi cama malhumoradamente. ¿Qué le importaba a él lo que me gustaba o dejaba de gustarme? ¿Y por qué tenía que juzgarme por ello?

—Claro, especialmente la construcción a su alrededor y todo el tinglado que han montado. Es una atracción para turistas descerebrados que luego no saben valorar lo que tienen delante.

—¿Me estás llamando turista descerebrada?

—Sí.

—Genial.

Le di la espalda y me tumbé en una de las dos camas libres con la vista fija en la pared para evitar que viera mi expresión enfadada. Yo no era una turista descerebrada. El problema era que él era un patriota extremista. De acuerdo, tanto el géiser como la catarata eran espectaculares. El primero por su singularidad y la segunda por lo enorme y ensordecedora que era. Aun así, no eran más que un charco con náuseas que vomitaba cada diez minutos y una cascada como cualquier otra en el mundo. Agua, al fin y al cabo, fluyendo de diferentes formas.

Me gustaba el balneario. El agua era caliente, sentía la arena bajo mis pies dentro del agua y el cielo sobre mi cabeza. ¿Acaso querer sentirse bien infringía alguna ley nacional?

—Vamos, no te enfades —dijo, en tono conciliador, transcurridos unos minutos de tenso silencio.

–Creo que te has dejado la segunda parte de la disculpa. Un «era broma» o «no lo decía en serio» estaría bien.

–Pero sí lo decía en serio: es típico. No he dicho nada ofensivo, simplemente que es típico.

–Me has llamado turista descerebrada.

–Tienes razón, perdona. No eres una turista.

–Déjame en paz, Gu... Gud... ¡Mierda! ¡John!

–¡Era una broma! No eres una descerebrada. Y me llamo Guðjon.

Me giré hacia él e intenté pronunciarlo varias veces, sabiendo de antemano que no iba a tener éxito, sólo para demostrarle que era imposible que mi lengua latina pronunciara su nombre exactamente como él quería. Mi solución era llamarlo John, tanto si le gustaba como si no.

–Entonces yo te llamaré... –hizo una pausa dramática– Heima.

–Ni se te ocurra llamarme eso.

–Así pues, Heima, ¿qué te ha traído hasta aquí?

Bufé antes de responder:

–¿No te lo ha contado Orri, John?

–Sólo me ha dicho que necesitas un... «cambio de aires», Heima.

–Quería viajar, eso es todo, John.

–¿Por qué, Heima?

–Esa pregunta tiene una respuesta muy concreta y demasiado larga y personal, John.

–Me gusta viajar.

–«A quienes me preguntan la razón de mis viajes, les contesto que sé bien de qué huyo, pero ignoro lo que busco» –dijo él, usando un tono de voz de profesor de universidad.

–¿Qué dices?

–Montaigne.

–Vaya, así que eres un cerebritito de esos que disfrutan citando frases de muertos, John –dije, divertida.

Tiró el móvil sobre la cama y se encogió de hombros con un gruñido.

–No soy un cerebritito.

–¿Estás en la universidad?

–He estudiado Literatura Comparada.

–Lo que yo decía: un cerebritito.

–¿Es que no has estudiado nada en tu vida?

–Estoy estudiando Derecho.

–¿Tercer curso?

–He terminado primero.

–Pareces mayor.

–Suelen decírmelo.

–Entonces, por esa regla de tres, tú también eres un cerebritito, Heima.

Touchée.

Negué con la cabeza. No quería hablar de mí, así que volví a desviar el foco de la conversación hacia él. Y dado que prefería huir del tema estudiantil, opté por coger el foco con las manos y encararlo hacia el tema que más me interesaba en esos momentos.

–Oye, ¿te molesta que esté aquí?

Se quedó en silencio. Mala señal. El silencio es señal de duda y la duda es señal de... De nada bueno, eso seguro. Estaba convencida de que iba a sacar toda su sinceridad a flote para hundirme. Separó los labios, me preparé para el embiste y...

–No.

Eso fue todo. Una simple y llana negativa, ningún interés por mi inquietud ni por quitarme de la cabeza la preocupación que se escondía detrás de mi pregunta. A pesar de eso, fue suficiente para sentirme aliviada. No tenía intención alguna de descolgarme del viaje, en absoluto, pero saber que no me echaría del coche de un empujón en cualquier momento resultaba cuando menos tranquilizador.

–Esta tarde parecías...

No supe terminar la frase. No hizo falta, porque entendió perfectamente lo que quería decir.

–Antes de que me preguntes nada, no quiero hablar del tema.

Asentí. En otra ocasión no habría dudado en abalanzarme sobre él hasta hacerlo hablar. Sin embargo, la seriedad de su rostro me previno de hacerlo. Sólo llevábamos un día de viaje y no quería empezar con mal pie, y menos después de haber logrado mantener una conversación más o menos civilizada con él.

Además, también estaba todo eso de respetar sus sentimientos y su voluntad, por supuesto.

–De acuerdo.

–Voy a ducharme –dijo, sin cambiar el semblante de su rostro.

Perfecto, había conseguido asustar al animalillo.

Deshice la cama, me acomodé debajo de las mantas y cerré los ojos. John se metió en la ducha y el agua empezó a correr por las tuberías que pasaban junto al cabezal. Me concentré en ese sonido hasta que me quedé en un estado casi de inconsciencia. Unos minutos más tarde, o quizás fueron horas, oí cómo salía del baño, apagaba la luz y se metía en la cama.

–Buenas noches, John –murmuré, adormilada.

–Buenas noches, Heima.

6. Barnafoss

Cuando me desperté, Orri estaba durmiendo plácidamente en la cama, sumido en un sueño tan profundo que ni siquiera la alarma de su móvil, que llevaba una eternidad sonando sin parar, conseguía despertarlo. Estaba buscando las fuerzas para gritarle algo cuando la voz de John se abrió paso entre la oscuridad de la habitación. No entendí qué dijo, pero estaba segura de que no era nada agradable.

Mientras desayunábamos, disfrazados de alpinistas profesionales (Orri dijo que era una exagerada, algo con lo que ni mis chirucas ni mi forro polar estaban de acuerdo), intenté sonsacarle a Orri qué había estado haciendo la noche anterior. Lo único que conseguí sacar en claro es que había vuelto poco antes de la una de la madrugada, lo que explicaba que no lo hubiera oído llegar. Para entonces, yo ya llevaba más de una hora y media durmiendo. Y cuando yo duermo, no sería capaz de despertarme ni una manada de trols enfurecidos.

Eran casi las once de la mañana cuando volvimos a ocupar nuestros asientos en el coche: John al volante, Orri de copiloto y yo de paquete adicional en la parte trasera.

Saqué el móvil de la mochila que tenía en el regazo, llena de víveres esenciales para mi supervivencia (galletas y chocolate), y comprobé que no tenía ningún mensaje ni ninguna llamada perdida, ni siquiera de mis padres. O bien intentaban hacerse los duros o bien habían tirado la toalla. Mientras John empezaba a maniobrar para salir del parquin del hotel, tecleé un mensaje tranquilizador para Larisa. «Sigo viva. Los islandeses son simpáticos. Ya te llamaré.»

Me apoyé contra la ventanilla y cerré los ojos, manteniendo los oídos bien atentos a la conversación que estaban teniendo Orri y John. Cuanto más lo oía, más extraño me parecía aquel idioma. Sonaba rudo, gutural, como si sus palabras te raspasen la lengua y el paladar en cuanto las pronunciabas. Estaba repasando mentalmente las pocas palabras que sabía en islandés cuando el móvil vibró en mis manos. Larisa debía de estar verdaderamente preocupada por mí, porque normalmente tardaba un promedio de una

hora en responder a un mensaje o devolver una llamada, y no hacía ni un cuarto de hora que le había dado a la tecla de enviar.

Tenía un nuevo mensaje de alguien que no tenía guardado en la agenda. Parpadeé y observé el número de teléfono con detenimiento.

Podríamos habernos estrellado contra un árbol en ese momento (si hubiera habido alguno en un radio de cien kilómetros, porque el paisaje era llano y prácticamente desierto) y el golpe habría sido mucho menos intenso que el que sentí contra mi pecho al reconocer el número de la pantalla.

Era imposible que lo olvidara.

Lo había tenido guardado en mi agenda durante meses, prácticamente como un tesoro, hasta que había reunido el valor suficiente para borrarlo. Había pretendido así hacer desaparecer de mi vida a quien se escondía detrás de él, pero no lo había conseguido. Había seguido en ella unos meses más. Sin nombre, sólo ese número, que había quedado grabado a fuego en mi memoria.

Me temblaban los dedos cuando le di a aceptar y el mensaje se abrió. El sonido a mi alrededor desapareció. Ya no oía la incomprensible conversación de los dos chicos, ni el rugir del motor, ni el aire golpeando furiosamente el coche.

Sólo oía los latidos de mi corazón y la voz de Javier en mi cabeza, leyendo lentamente el mensaje.

Te echo de menos. ¿Podemos vernos?

¡No! ¡Absolutamente no! ¡De ninguna manera!

¿Cómo tenía la poca vergüenza de escribirme? ¡Y encima un mensaje cutre! ¿Es que no tenía ninguna clase? ¡Y qué pregunta era esa! ¿Es que no tenía memoria? ¡Claro que no tenía ninguna clase, nunca la había tenido y nunca la tendría! Tenía tan poca vergüenza como poco amor propio había tenido yo, pero eso iba a cambiar. Lancé el móvil bien lejos de mí. No iba a responderle. ¿Qué se había creído? ¿Que podía aparecer cuando le diera la gana esperando que volviera arrastrándome a sus pies? ¿Que cogiera un avión para volver a casa sólo porque «me echaba de menos»?

Seguro que mis padres lo habían llamado para que me convenciera de que volviera. O quizás había llamado él, extrañado por no saber de mí en tanto tiempo. Casi un mes. Larisa se habría negado a darle ni la hora, así que habían sido mis padres, estaba segura. Qué táctica más rastrera. Aunque, para ser justos con ellos, no sabían la historia entre Javier y yo. No sabían nada de lo que me había hecho, porque yo lo había querido así, de modo que tenía que aceptar las consecuencias. Y de todos modos, no tenía ninguna prueba de que mi madre y mi padre hubieran hablado con él. Tenía que calmarme e intentar pensar con claridad.

Seguramente había decidido hablar conmigo porque se aburría y todos sus entretenimientos habían dejado la ciudad al llegar las vacaciones o estaban ocupados con exámenes de recuperación. Siempre había sido así: era la última opción, siempre detrás de sus amigos, su equipo de fútbol, su consola e incluso sus estudios, que le interesaban más bien poco.

¿Que me echaba de menos?

—¡Y una mierda!

El coche dio un brusco bandazo y Orri se giró hacia mí, asustado.

—Lo siento —gruñí, notando cómo la rabia iba trepando por mi cuerpo, infectando cada milímetro de mi ser.

—¿Qué pasa? —me preguntó Orri, aún observándome.

Al mirarlo, me di cuenta de que se parecía ligeramente a Javier. Los mismos pómulos marcados, la misma barba incipiente. Tuve que contenerme para no lanzarle un puñetazo en toda la cara. Apreté los labios, contuve la respiración y, tratando de tranquilizarme, murmuré:

—Nada.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Nada.

—Laura...

—¡He dicho que no me pasa nada! ¿Tengo que decírtelo en islandés? ¿Sabes el problema que tenéis los hombres? Que creéis que cuando una mujer os lleva la contraria tiene que estar mintiendo, porque siempre, siempre tenéis la razón. Sois incapaces de admitir que tal vez, sólo tal vez, estéis equivocados, porque sois todos unos ególatras y unos presuntuosos y unos egoístas. Pues no me pasa nada, estoy perfectamente. ¡Perfectamente! ¡Y me da igual lo que pienses!

Orri aguantó mis chillidos hasta que me callé. Se volvió lentamente hacia el frente y se encogió de hombros. Vi cómo las comisuras de sus labios impulsaban hacia arriba sus mofletes. ¿Estaba sonriendo?

—¿Qué he dicho que sea tan gracioso? —mascullé, reprimiendo las ganas de volver a chillar.

Miró a John y pusieron en marcha sus poderes mentales para decir a la vez, en un tono demasiado agudo y fingidamente desesperado:

—Hombres...

Soltaron una risa y Orri, advirtiendo que iba a volver a saltar de un momento a otro, se apresuró a decir:

—No te lo tomes a mal, pero no puedes decir que no ocurre nada en ese tono y pretender que te crea. Y mucho menos si lo siguiente que dices son insultos hacia todos los hombres del planeta. Es evidente que te pasa algo y que tiene que ver con algún chico.

—Cállate.

—¿Qué pasa? ¿Tu novio se ha olvidado del aniversario de la primera vez que os disteis la mano?

Sabía que no lo había dicho con mala intención. Era sólo una broma para conseguir que riera, me relajara y le dijera qué me había alterado tanto. Sólo quería hacerme reír.

Sentí que empezaba a picarme la nariz y los ojos comenzaron a arderme. Intenté respirar: yo nunca lloraba y no iba a hacerlo delante de ellos. No era tan débil. Ya no. Me tragué mis lágrimas y dejé que las palabras brotaran de mi boca.

—Lo que ha olvidado es cómo me maltrataba.

La sonrisa de Orri se borró al instante. Si estaban sorprendidos, yo aún lo estaba más. Esa última palabra me hacía temblar y me costaba horrores pronunciarla. Me daba vergüenza admitir todo lo que había vivido con Javier. No quería que nadie me juzgara por haber soportado tanto. O peor, que sintiera lástima por mí.

No quería que quienes me conocían cambiaran la imagen que tenían de mí.

Pero Orri y John apenas se habían formado una, así que resultaba relativamente fácil abrirme a ellos. Habría preferido que John no estuviera presente, pero sentía que si no soltaba lo que me estaba aprisionando el pecho en ese momento, sería casi imposible encontrar otra ocasión para hacerlo. Como el géiser que habíamos visto el día anterior,

exploté, impulsada por toda la rabia que había contenido durante los meses anteriores. Una rabia que, hacía no tanto tiempo, había sido dolor y tristeza.

Javier se había mudado a mi edificio dos años antes. Nuestras habitaciones estaban una encima de la otra, de modo que el roce era inevitable. Lo que empezó como un intercambio de reproches por tener la música demasiado alta o arrastrar los muebles a las tantas de la noche terminó por ser una buena amistad. Empezamos a hablar, asomados a nuestras ventanas, en la escalera, en el ascensor... Con el paso de los meses, nos hicimos muy buenos amigos. Tan buenos amigos que una noche, después de un inocente plan de cena y película mala, terminamos en su cama. No fue algo premeditado, simplemente sucedió. Desde entonces empezamos a vernos más a menudo y nos enamoramos. Su aura era de un atractivo color naranja por aquel entonces, casi tan brillante como la de Orri.

El único problema es que el amor no tiene una definición real y concreta. No hay una fórmula secreta para descifrar qué es y qué no es amor, porque hay tantas formas de amar como personas y corazones. Yo quería a Javier, y él a mí. Simplemente, no lo hacía de la forma correcta.

Creo que todo empezó a cambiar después de mi primer «te quiero», aunque no me diera cuenta en aquel momento. Hasta entonces nuestra relación había sido perfecta: habíamos ido avanzando poco a poco, de la mano, con paso seguro. Bastó que se diera cuenta de que ya estaba atada a él para soltar mi mano de golpe.

Nunca tenía tiempo para mí y yo no podía quejarme, porque me decía que intentaba absorberlo y apartarlo de sus aficiones y sus amigos, aunque los veía todos los días. Pero, a la vez, quería tenerme siempre controlada, y se ponía de los nervios si oía alguna voz masculina procedente de mi piso desde su habitación. En más de una ocasión bajó para pedirme explicaciones hecho una furia. Al principio se presentaba con cualquier excusa para identificar a la «potencial amenaza». Después decidió que era su derecho saber con quién estaba su novia, llamaba al timbre y entraba sin pedir permiso. A medida que fue creciendo su confianza, también lo hizo su desconfianza hacia mí. No podía quedar con amigos que fueran chicos, ni siquiera si quedábamos en grupo, y se ponía enfermo cuando iba a pasar el fin de semana a casa de mi padre, porque ahí no podía controlar quién entraba y salía de mi habitación. Jurarle que ni siquiera se me pasaba por la mente engañarlo era inútil.

Los insultos se fueron haciendo cada vez más constantes y yo, entre lágrimas, intentaba explicarle que aquel chico que estaba en mi sala de estar era sólo un

compañero de clase con quien tenía que hacer uno u otro trabajo. Cuando se quedaba sin argumentos, siempre sacaba a relucir lo fácil que había sido llevarme a la cama. Si yo lo había hecho una vez, no dudaría en acostarme con cualquiera que se me pusiera delante, me decía. Entonces yo me ponía a llorar, él me abrazaba, me pedía perdón y me repetía lo mucho que me quería y lo mucho que sentía haber dicho aquello. Después me prometía que no volvería a suceder.

Yo siempre le creía, aunque la historia se repitiese cada dos días, siempre por motivos distintos. La conclusión siempre era que no tenía en cuenta sus sentimientos y que si se comportaba de ese modo era porque sufría por lo mucho que me quería.

Por mucho que me esforcé en hacerlo feliz, nunca nada era suficiente. Poco a poco, fui dejando de lado a mis amigos y creé una burbuja a la que sólo teníamos acceso Javier y yo. Se convirtió en mi mundo, en mi universo, y si una vez habíamos sido dos planetas en la misma órbita, yo fui convirtiéndome en su satélite. En nuestro universo personal, yo era cada vez más pequeña y él más grande.

Al menos así me sentía yo. Para él era distinto, y para quienes nos conocían, éramos la pareja perfecta.

En público era encantador, cariñoso y complaciente; en privado era alguien completamente distinto. Si teníamos problemas, siempre eran por mi culpa: no lo dejaba respirar, era una exagerada o demasiado sensible o simplemente estaba volviéndome loca. Siempre me contradecía, desdeñaba mi carrera, mis gustos, mi físico, incluso mi inteligencia. Si no me maquillaba ni me ponía tacones, iba vestida como una pordiosera, y si lo hacía, era una buscona o estaba intentando engañar al mundo fingiendo ser más guapa y más alta de lo que era. Mis ideas, fueran las que fuesen, siempre eran estúpidas. Si le hubiera dicho que dos y dos suman cuatro, él me habría contradicho sin dudarlo. No cocinaba bien, no cantaba bien, no dibujaba ni pintaba ni tocaba el piano bien, no sacaba notas lo suficientemente buenas, incluso cuando él era un estudiante de aprobado raspado y yo de notable. Y si hacía algo bien, él bufaba y me preguntaba desdeñosamente a quién pretendía impresionar.

Nada de lo que hacía estaba bien. No valía para nada.

Casi me convenció para que dejara la universidad. «No estás hecha para estudiar», me decía siempre. En ese momento, mi media de notable no sirvió para convencerme de lo contrario. Él siempre tenía razón. No sabía cocinar, ni cantar, ni dibujar, ni pintar, y por mucho que me maquillara, nunca sería guapa. Tenía suerte de que él estuviera conmigo.

Se preocupaba por mí, me quería, me besaba... incluso cuando no había nada por lo que amarme. De modo que me planteé dejar la universidad. La única persona a la que llegué a decírselo fue a la única amiga que conservaba lo suficientemente cerca como para que accediera a escucharme.

Nunca le dije directamente lo que sentía, porque ni yo misma lo sabía. Era consciente de que algo no iba bien dentro de mí, pero nunca pensé que pudiera ser a causa de Javier. Él no tenía la culpa de nada. El problema era yo, que no valía para nada. Aun así, Larisa entendió antes que yo lo que estaba sucediendo.

Había oído muchas veces eso de que palos y piedras pueden romperte los huesos, pero las palabras nunca podrán hacerte daño. Qué gran mentira.

La violencia física deja una huella visible.

La psicológica, no.

Quizás no tenía moratones, ni cortes, ni nada escayolado, pero mi interior estaba resquebrajado y amenazaba con derrumbarse de un momento a otro, y eso dolía tanto como el más rabioso de los golpes.

Javier nunca me puso la mano encima y me cuesta admitir que en ocasiones llegué a desear que lo hubiera hecho, porque habría tardado mucho menos en ser consciente del maltrato al que me estaba sometiendo.

Larisa se dio cuenta de lo que sucedía antes que yo. Después de que me convenciera para teñirme, estuve una semana sin hablar con ella. Javier se había reído de mí de todas las formas posibles al ver el nuevo color. Se rió de mi poco gusto estético, de mis ganas de llamar la atención y de lo irónico que era que me tiñera cuando ni siquiera podía apreciar el cambio. Mi reacción fue volcar toda mi ira contra la persona que me había inducido a aquello.

Habría vuelto a teñirme de mi color natural de no ser por Larisa. Después de una discusión de tres horas, consiguió que admitiera que me encantaba la idea de llevar un color extravagante en el pelo y que si volvía a mi color natural sería sólo para agradar a Javier.

A partir de ese momento y gracias a Larisa, fui siendo consciente de lo que me había hecho Javier: me había convertido en alguien dependiente, insegura, infeliz. Me había hecho creer que no valía para nada, que era tonta, fea y completamente inútil. Me había hecho sentir inferior hasta el punto de creer que era afortunada por tenerlo a mi lado y que no lo merecía. Lo había hecho sin despeinarse ni perder esa sonrisa encantadora, ni

delante de mí ni de los demás. Me había convertido en una desconocida, en alguien sumiso que nunca se atrevería a contradecirlo y, mucho menos, a abandonarlo.

Después de diez meses de relación, me atreví a dejarlo. Primero se rió, luego montó en cólera y terminó augurándome un futuro negro y solitario sin él. Con tantos defectos y tan pocas virtudes, ¿quién iba a quererme? Pasaron unas semanas y su entereza empezó a debilitarse. Entendió que esa ruptura no era algo pasajero y volvió arrastrándose, pidiéndome perdón y prometiéndome que sería mejor. Yo estaba enamorada y creía ciegamente que no tenía mala intención. Su aura era tan brillante como el primer día. Eso tenía que ser una prueba de que no era mala persona, me repetía una y otra vez.

En todas las historias hay un punto de inflexión, y en la nuestra fue el momento en el que, sentados en el sofá de su casa un mes después de la ruptura, Javier se negó a aceptar que me había tratado mal. Entonces lo vi. Algo se iluminó en mi mente. Las piezas encajaron por fin de una forma pacíficamente dolorosa. Javier era incapaz de ver el daño que me había causado. Cuando me conoció, yo era alguien fuerte e independiente, así que tuvo que anularme para sentirse seguro en nuestra relación. Esa era la única forma de amar que conocía y que, por desgracia, parecía dispuesto a conocer.

No había futuro para nosotros.

Orri y John me escuchaban sin interrumpirme. Hablé durante lo que pareció ser una eternidad, explayándome en detalles e intentando guardarme para mí todo el sentimentalismo. Orri iba interrumpiendo mi discurso cada pocos minutos para lanzar a Javier un insulto. Prefería que se le escaparan en islandés: sonaba aún más indignado. John no decía nada, pero sabía que estaba escuchando por las miradas que me echaba a través del retrovisor.

—Dime que lo has dejado —dijo Orri después de escuchar la enésima anécdota humillante de la relación.

La respuesta no era sencilla. Después de aquel día en su casa, corté todo contacto con él. Lo borré del móvil, de todas las redes sociales, y me las arreglé para no coincidir con él en el portal. Cuando venía a verme a casa, mi madre cumplía mis órdenes sin rechistar ni hacer preguntas: nunca me encontraba en casa o, si estaba, me estaba duchando. Y no, no podía esperarme en el recibidor.

De vez en cuando, como había hecho hacía apenas unos minutos, intentaba volver a acercarse a mí. Me costó admitir que hubo un tiempo en que acepté volver a verlo, sólo de vez en cuando. No sé qué esperaba de aquellas citas. Quizás que me pidiera perdón, o

que se hubiera convertido por fin en el hombre del que yo me había enamorado desde mi ceguera. Fuera lo que fuese, no sucedió. En su lugar, un desencanto cada día más desgarrador fue haciendo acto de presencia. Logré empezar a ver la realidad sin el velo que él me había colocado frente a los ojos, hasta que llegó un día en que su mera compañía me asqueó.

Hacía más de tres meses que no lo veía, y más de dos que no sabía nada de él. Dos meses que habían resultado ser los más tranquilos del último año y medio, incluso poniendo en la balanza la guerra civil que mi madre había desatado en mi familia con su aventura con Roberto.

Sí, había conseguido escapar de esa relación tóxica, pero aún me perseguía.

Orri me felicitó y le dedicó una buena sarta de insultos a Javier que no logré descifrar.

—¿Qué vas a decirle? —me preguntó John, saliendo de su silencio.

Me quedé mirando el móvil, que debido a mi arranque de furia había ido a parar debajo del asiento de Orri. No me había planteado responderle nada, pero... ¿por qué no?

Me quité el cinturón un momento para recuperar mi teléfono.

—¿Puedes parar en el arcén, por favor?

A pesar de que estábamos conduciendo por la nacional uno, la carretera principal de la isla, a efectos prácticos estábamos en una carretera comarcal dejada de la mano de Dios. No había ni un coche, así que no importaba que nos detuviéramos un minuto. Por lo que había podido ver durante el día anterior y la hora escasa que llevábamos conduciendo aquel día, la red de carreteras de Islandia no se caracterizaba precisamente por su denso tránsito.

Después de mucho insistir y evitar responder a sus preguntas, conseguí que John obedeciera y detuviera el coche en el arcén.

—Mirad hacia atrás —les dije a los chicos, que asomaron rápidamente la cabeza por el hueco que quedaba entre sus asientos. Me deslicé entre ellos y grité—: ¡Sonreíd!

La foto salió perfecta. Orri había conseguido dibujar una media sonrisa que asomaba detrás de mi pelo despeinado. John salía completamente serio, como si intentara comprender por qué esa turista loca lo había obligado a parar el coche para hacerse una foto en medio de la carretera. Y yo, entre ellos, con la mejor de mis sonrisas.

Esa sonrisa que decía más que cualquier palabra. «No te necesito. Soy feliz. He conseguido ser feliz a pesar de ti.»

Cada uno a su manera, los tres salíamos perfectos en la fotografía. ¿Cómo se había atrevido Javier a decir que era desagradablemente fea? Es más, ¿cómo me había permitido a mí misma creer eso o cualquiera de las estupideces que había llegado a decirme?

Adjunté la fotografía en el mensaje y la envié sin escribir nada.

Siempre había sabido que una imagen vale más que mil palabras, y aquello era la prueba definitiva.

Miles de relucientes riachuelos se abrían paso entre las rocas de aquella pequeña cascada, de apenas unos metros de alto, coronada por un extenso manto vegetal. No era espectacular en ningún sentido y, aun así, era hipnóticamente hermosa, quizás por el misterio de descubrir de dónde brotaba el agua, si más allá de la vegetación sólo se adivinaba un infinito campo de lava. Según la guía que me había regalado Orri, también la roca por la que se deslizaba el agua era lava volcánica. A ella debía su nombre, Hraunfoss. *Hraun* significaba «lava» y *foss*, «cascada». Intenté impresionar a Orri con aquellos nuevos conocimientos, pero todo cuanto conseguí fue una palmada condescendiente en el hombro y que criticara mi pésima pronunciación.

Me alegraba ver que después de todo lo que les había contado, no iban a cambiar su actitud conmigo. Habíamos seguido explotando el tema hasta que llegamos a nuestra siguiente parada, la cascada que ahora estaba observando hipnotizada. Salimos del coche y, al cerrar la puerta, todos mis problemas se quedaron en su interior. Ya había habido suficiente drama por un día, de modo que desterré a Javier de mis pensamientos y me centré en disfrutar del paisaje y de la conversación trivial que me ofrecía Orri.



Guié a los dos chicos hasta un largo puente de madera que cruzaba el río en el que desembocaba la cascada. Siempre según la guía, ahí había otra cascada; nos costó encontrarla o, mejor dicho, darnos cuenta de que la cascada que se mencionaba en la guía era más bien una zona de rápidos. El sonido era atronador, así que tuve que subir un poco la voz para leerles lo que decía la guía de ella.

—La leyenda cuenta que dos niños que vivían en una granja se ahogaron cruzando un puente natural de piedra en esta cascada. Sus padres se habían marchado a la misa de Nochebuena y dejaron a los niños en casa. Empezaron a aburrirse y decidieron salir a dar un paseo. Cuando su madre descubrió lo sucedido, le lanzó un hechizo al puente para que nadie pudiera cruzarlo nunca más.

Orri se quedó mirando los rápidos que teníamos delante y señaló una pasarela de piedra que unía las dos orillas.

—¿Es ese? —preguntó.

Seguí leyendo la guía y negué con la cabeza. Poco después de que ocurriera el incidente con los niños, un terremoto destruyó el puente por el que habían cruzado. Según la leyenda, fue consecuencia del hechizo que había lanzado la madre de los pequeños contra él.

—Barnafoss. Literalmente, la cascada de los niños —dijo John.

—Exacto —respondí, terminando de leer las últimas líneas. Cerré la guía, la guardé en la mochila y saqué un paquete de galletas—. ¿Tenéis hambre?

Nos sentamos los tres en el suelo de piedra y nos quedamos observando el río mientras devorábamos la comida. Sería una buena idea comprar más víveres en cuanto pasáramos por un pueblo, si es que algún día nos cruzábamos con alguno. Orri ya me había advertido de que podías estar una hora y dos y tres conduciendo sin que vieras cuatro edificios juntos. Quizás una granja aquí y una iglesia allá, pero nada más. A pesar del escepticismo inicial, durante aquel segundo día de viaje empecé a intuir que no exageraba. Había tan pocos pueblos (esperar ciudades era completamente utópico) como coches en la carretera. Durante las dos horas de viaje de aquel día, había visto entre uno y tres pueblos, dependiendo el mínimo de casas juntas que exijas para considerarlas un pueblo.

Revisé cuánta comida había en mi mochila y calculé que, si nos quedábamos tirados en medio de un campo de lava, podríamos sobrevivir al menos un día. No íbamos a morir de desnutrición, eso seguro, pero no estaba de más comprar algo de comida, preferiblemente algo sano, porque, si teníamos que alimentarnos del contenido de la mochila, íbamos a morir de una subida de azúcar.

Sabía que las posibilidades reales de quedarnos tirados en medio de un campo de lava eran ínfimas, pero siempre fui de esas personas que no pueden evitar ponerse en lo peor. Mi imaginación trabajaba al doble de velocidad que mi sentido común y eso, la mayoría de las veces, iba en contra de mi salud mental.

—Si sigues echando más migas fuera que dentro, te van a atacar las hormigas —comenté al ver que Orri tenía la camiseta llena de restos de galleta.

Puso los ojos en blanco y se sacudió la camiseta. Ni él ni John habían cogido el jersey del coche, lo que me hacía sentir francamente débil; yo iba enfundada en mi forro polar y no tenía ni pizca de calor.

—Aquí no hay hormigas —respondió Orri.

–Ya saldrán cuando se den cuenta del banquete que les has dejado.

–No. Aquí –repitió, haciendo aspavientos con los brazos–, aquí, en Islandia, no hay hormigas.

–¿Cómo no va a haber hormigas?

Busqué con la mirada a John, que movió la cabeza de lado a lado.

–Es uno de los pocos lugares en los que no hay ni una.

Abrí la boca para replicar algo o hacer algún comentario, pero decidí que tenía más hambre que ganas de hablar sobre las curiosidades de la fauna de Islandia, así que cogí la última galleta que quedaba y me la metí entera en la boca.

–Eres toda una dama –me chinchó Orri, riendo.

Le dediqué una sonrisa burlona y me recogí el cabello, que había empezado a golpearme la cara, impulsado por un repentino y brusco viento.

–¿Qué tienes ahí, Heima? –me preguntó John cuando terminé de hacerme la coleta.

Me tragué los restos de galleta. Cuando abrí la boca para responder, fue la voz de Orri la que se oyó.

–¿Acabas de llamarla Heima?

Ni siquiera me había dado cuenta. Miré a John. Si fuera posible, diría que tenía las mejillas más enrojecidas que de costumbre. Lo que sí era evidente es que estaba luchando por reprimir una sonrisa. Lo sabía porque yo estaba haciendo lo mismo.

–¿No vas a decirle nada? A mí me prohibiste llamarte así bajo pena de muerte –se quejó Orri, visiblemente indignado.

Me encogí de hombros.

–Él no lo usa como una técnica de flirteo barata. Además, es un intercambio: su Heima por mi John –le dije.

–Mis técnicas nunca son baratas.

–¿Qué tienes ahí? –insistió John–. En la nuca.

–Ah. Es un tatuaje –me giré para que tanto él como Orri pudieran observarlo mejor.

–¿Por qué te has tatuado una mosca aplastada en la nuca? –me preguntó John.

–No es una mosca aplastada. Es la silueta de un pájaro.

–Es *sexy* –comentó Orri.

Lo ignoré y John negó con la cabeza.

–Me lo hice hace dos meses.

–¿Para recordarte que eres libre como un pájaro? –aventuró John, poniendo los ojos en blanco.

–Algo así.

–Me gusta –concluyó Orri.

–Pues a mí no. Los tatuajes me parecen cosa de ganado. No entiendo esa necesidad de marcar tu piel para anunciarle a todo el mundo cómo piensas o qué te gusta. Es una estupidez.

Le habría contestado de mala manera de no ser porque su aura seguía tan oscura como el día anterior y porque yo seguía sin saber por qué. Tenía que ganarme su confianza.

Me mordí la lengua y me obligué a tragarme mi opinión sobre su absurda opinión.

7. Snæfellsnes

Tuvimos que consultar el mapa que había en la guantera para descubrir que el indicio de civilización más cercano (al menos uno que pudiera ofrecernos algo para comer) estaba a unos cinco kilómetros siguiendo la carretera que nos había llevado hasta las cascadas.

Pese a que me moría por un plato caliente, algo con mucha salsa para mojar una barra entera de pan, tuve que conformarme con unos insípidos bocadillos que compramos en una gasolinera, donde aprovechamos para llenar el depósito. Abrimos la puerta del maletero y nos acomodamos contra nuestro equipaje para engullir la escasa comida. Es lo bueno de los coches todoterreno: uno podría organizar una cena para quince personas en el maletero y aún sobraría espacio.

De acuerdo, quizás exagero.

El máximo serían doce.

Para tres personas era perfecto. Incluso pude echarme una breve siesta mientras John acompañaba a Orri a pasear y a tomar un poco el aire. Debía de ser de paladar fino, porque después de darle dos mordiscos minúsculos a su bocadillo empezó a empalidecer. Cuando dijo que estaba mareado, John se empeñó en acompañarlo a dar una vuelta para que respirara aire fresco y se despejara. Por mucho que insistí, prácticamente me obligaron a quedarme en el coche, así que rescaté mi libro de crucigramas durante un rato y luego me quedé dormida. Ser turista, o intentar serlo, era un trabajo agotador.

—¿Debería besarte para despertarte, Bella Durmiente? —me saludó Orri, quitándome de la cara el libro de crucigramas. Era evidente que el paseo le había devuelto a su plena forma. Abrí los ojos y me encontré con el sol brillando detrás de él, que me ofrecía una amplia sonrisa demasiado cerca de mi cara mientras se descolgaba la mochila del hombro y la dejaba en el maletero—. Nos vamos. Snæfellsnes nos espera.

Lo aparté sin miramientos y gruñí, antes de levantarme aún medio adormilada para trepar por encima del equipaje y acomodarme en mi asiento.

John se colocó en el suyo y después comprobó en el mapa la ruta que teníamos que seguir para llegar a la península de Snæfellsnes, hacia el noroeste de la isla. Desde el momento en el que pisó el acelerador, empezó a recriminarme que me tomara tantas libertades en su coche, y alargó sus quejas durante más de diez minutos. Cuando pasamos por delante de las cascadas en las que habíamos estado unas horas antes, Orri se cansó de escuchar sus quejas y lo mandó callar.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó John, después de un breve silencio, en lo que parecía ser una tregua en su batalla unilateral.

—Diecinueve.

—¿Y con diecinueve años aún trepas por todas partes como si fueras un mono?

—Guðjon Sigurrósarson, ya basta —dijo Orri, levantando la voz.

—Sigurrósarson —repetí. Mi lengua empezaba a aceptar los sonidos islandeses, porque lo que salió de mi boca se asemejaba bastante a lo que había dicho Orri, que asintió con la cabeza, dándome su aprobación. Volví a decir, más confiada—: John Sigurrósarson.

—¿Puedes pronunciar mi apellido pero no mi nombre?

—Si lo prefieres, de ahora en adelante puedo llamarte señor Sigurrósarson. O distinguido señor Sigurrósarson.

—Prefiero John —admitió, vencido—. Además, aquí no utilizamos nuestros apellidos para referirnos a nadie. En todo caso, deberías llamarme distinguido señor John, o distinguido señor John Sigurrósarson.

—En Islandia, los apellidos no se heredan, se crean a partir del nombre del padre —me explicó Orri, previendo la pregunta que estaba a punto de formular yo—. Al nombre del padre se le añade «son» o «dóttir», según seas chico o chica. Por ejemplo, mi padre se llama Finn, así que mi apellido es Finnsson, pero el de mi hermana Finnsdóttir. Por eso siempre nos dirigimos a la gente por su nombre de pila, aunque sea un ambiente formal, o por su nombre completo.

—Entonces, ¿tu apellido viene del nombre Sigurrósar? —pregunté, dirigiéndome a John. Empezaba a sentir lástima por los niños islandeses, si todos tenían que soportar nombres de ese calibre.

—Sigurrós, sin el «ar» final. Se utiliza el nombre en caso genitivo: normalmente, «ar» para los nombres femeninos y una «e» adicional para los masculinos. No me hagas darte una clase de gramática islandesa.

—Entonces, ¿tu padre tiene nombre de mujer?

Reconozco que fue una pregunta estúpida, pero después de una siesta y una reprimenda, mi cerebro no estaba para demasiados razonamientos.

Los dos se echaron a reír y yo tuve que aguantar la humillación con la boca cerrada, porque, sinceramente, me lo merecía. Debía aprender a procesar mis pensamientos antes de hablar.

–Sigurrós es su madre –me dijo Orri.

–Ah.

–No tengo padre.

–Ah.

–Es decir, claro que tengo, si no sería un milagro de la naturaleza o el nuevo mesías o algo por el estilo. Quiero decir que no sé quién es, así que no puede darme su nombre. Y aunque lo supiera, tampoco lo querría, sinceramente.

–Lo siento.

Esa era yo: toda elocuencia.

–Da igual. Se largó unas semanas antes de que mi madre diera a luz y nos dejó solos, a mí sin padre y a ella con todas las dificultades que conlleva ser una madre soltera, así que no puedo echarlo de menos. Nos las hemos arreglado bien los dos solos.

–¿No tienes hermanos? –pregunté, aunque por lo que acababa de decir resultaba evidente que no.

–No. Se suponía que mi madre no podía tener hijos.

–Guðjon es un milagro de la naturaleza, por mucho que lo niegue –intervino Orri, ansioso por destensar el ambiente–. Y yo soy su hermano, por mucho que no compartamos los mismos genes. Lo he aguantado desde que llevaba pañales, hemos crecido juntos. Incluso me puse celoso cuando nació porque mi madre iba cada día a visitar a la suya en lugar de estar conmigo, o al menos eso me han dicho siempre mis padres. Si eso no es ser hermanos...

–Eso es cierto –admitió John.

–Y le he enseñado todo lo que sabe.

–¿Mujeres? –aventuré, recordando la conversación del día anterior.

Orri asintió.

–Entre muchas otras cosas. Pero sí, especialmente sobre mujeres.

–Hasta que el alumno se convirtió en maestro –dijo John, con una sonrisa.

–Fantasma.

–Aficionado.

–Sabes que tengo razón.

–Demuéstramelo, valiente.

La sonrisa de John se le heló en los labios. Se quedó ahí, inmóvil, hasta que se resquebró y desapareció, y con ella, todo signo de buen humor y de ganas de seguir con aquella conversación. Por suerte, Orri estaba ahí para salvar un silencio que cada segundo que pasaba era un poco más incómodo, y nos obligó a centrar nuestra atención en la canción que estaba sonando en la radio, un éxito pop que recordaba de cuando era niña.

Escuchando aquella canción que tantas veces había oído en bares y tiendas de ropa, tuve la sensación de estar de nuevo en casa. Pero al otro lado del cristal no había más que lava y montañas lejanas moteadas por las sombras de algunas nubes rebeldes.

Me pregunté qué estarían haciendo mis padres, que no habían vuelto a dar señales de vida desde que salí de Reikiavik. Quizás se habían matado entre ellos, o aún peor, estaban tan ocupados discutiendo de quién era la culpa de que la niña se hubiera marchado de aquella forma que se habían olvidado completamente de mí. Fuera lo que fuese lo que estuviesen haciendo, decidí que no me importaba.

Estaba de vacaciones, y aunque mi destino quizás no era el mejor del mundo, iba a disfrutar como se disfrutaban unas buenas vacaciones: olvidándome de todo y de todos. Excepto de Larisa, que me había respondido al mensaje de aquella mañana con una carita sonriente. Era habitual que nos comunicáramos simplemente con emoticonos; nos conocíamos tan bien que eran suficientes para entendernos. En aquella ocasión, esa carita sonriente quería decir algo así como: «Me alegra saber que estás bien y que estás en buena compañía, pero, por mucho que lo intentes, no vas a conseguir que apruebe lo que has hecho. Eres demasiado impulsiva, deberías pensar un poco más en las personas que te queremos y nos preocupamos por ti, porque sufrimos cuando haces estas cosas. Por ahora voy a fingir que te perdono por esto y tú vas a fingir que te lo crees porque yo quiero seguir teniendo noticias de ti y tú quieres seguir informándome porque en el fondo eres una buena amiga, y además necesitas hablar porque si no vas a explotar, pero cuando volvamos a vernos nadie va a librarte de mi furia. Besos. Y abrígate».



Más o menos.

8. Snæfellsjökull

No era el tipo de casa de huéspedes que esperaba encontrar en la falda de una montaña y con vistas directas a un glaciar.

Se trataba de un edificio alargado, de una sola planta y paredes de chapa. A decir verdad, si uno no tenía en cuenta la plataforma de la entrada a modo de terraza y las mesas y las sillas de madera, habría dicho que aquello era una caseta de obra enorme. El interior, por suerte, era mucho más atractivo, a pesar de que nuestra habitación estaba prácticamente desnuda. Sólo había una lámpara en el techo y dos camas estrechas y delgadas, que la chica que nos había atendido en recepción se encargó de juntar para hacer sitio para una cama plegable extra que iban a traernos más tarde.

Estaríamos apretados y tendríamos que compartir lavabo con otros huéspedes, pero Orri insistió en parar ahí a dormir. Las últimas dos horas de viaje le habían devuelto la palidez y el malestar y quería llegar al destino, fuera cual fuese, cuanto antes. En cuanto la chica del hostel, de piel blanquecina y pelo oscuro, se hubo retirado tras desearnos una feliz estancia una vez más, Orri se dejó caer sobre una cama e inspiró profundamente.

Estuve más de diez minutos insistiendo para que me dejara quedarme con él para hacerle compañía y, cuando vi que era imposible, otros diez para convencerlo de que me acompañara a hacer fotos del paisaje. Pasear por los alrededores para que respirara un poco de aire fresco le sentaría bien. Al final tuve que aceptar mi derrota y se quedó descansando en la habitación mientras John y yo salíamos en silencio del edificio.

La calma era la reina del paisaje, gobernado por prados y montañas de diferentes tamaños, algunas colmadas de nieve, que se veían completamente eclipsadas por el magnífico glaciar que había a pocos kilómetros de nosotros. Parecía que incluso las nubes se apartaban de él para evitar hacerle sombra.

Teníamos todo un mundo para descubrir delante de nosotros, así que John y yo empezamos a andar sin pensar adónde nos dirigíamos.

Ese día y medio había sido suficiente para que me diera cuenta de que John no era de los que empezaban a hablar de cualquier cosa sin razón y que tampoco le molestaba el silencio. Sin embargo, durante las dos horas en las que estuvimos por la orilla del lago que había junto a la casa de huéspedes, descubrí que, de hecho, era un buen conversador. Si el tema lo entusiasmaba, incluso un muy buen conversador. Estuvo más de media hora explicándome la obra, vida y milagros de Julio Verne, y todo porque el glaciar que estaba fotografiando y cuyo nombre le pregunté era en el que se encontraba la entrada al centro de la Tierra en el famoso libro del autor francés.



Cuando terminó su clase magistral sobre el glaciar, Snæfellsjökull, y la figura e importancia de Verne, aproveché para preguntarle dónde trabajaba. En mi mente daba clases a un puñado de islandeses rubios y pálidos, a los que hablaba de la literatura de hoy y de todos los tiempos sin importarle que el niño de la fila de atrás se dedicara a tirar bolas de papel al compañero de la segunda fila o que la mitad de la clase estuviera ocupada mandándose notitas. O mensajes de móvil, ahora que los niños caían en las

garras de la tecnología cada vez a edades más tempranas. Habría esperado cualquier respuesta, excepto la que me dio:

–Trabajo de pescador.

–¿Qué? –No debía de haberlo entendido bien, o quizás se había equivocado de palabra, algo que me extrañaría porque, a pesar del marcado acento, su inglés era bueno. Se quedó mirándome, como si no entendiera mi estupefacción, así que le pregunté–: ¿Eres pescador?

–No. Trabajo de pescador.

–Es lo mismo.

–No lo es. Las palabras son importantes y el significado varía según cómo las uses: yo no nací pescador, no nací con una red en una mano y un bacalao en la otra, así que esa condición no es inherente en mí. Simplemente, ahora mismo me gano la vida pescando. Ni siquiera es mi oficio. No me describe, sólo es mi modo de sustento.

Me quedé mirándolo con suspicacia para ver si estaba intentando tomarme el pelo. Su rostro era tan serio que tuve que obligarme a aguantar la risa.

–Eres un cerebritito.

John se encogió de hombros y dijo:

–Tengo razón.

–De acuerdo –acepté, más por evitar una discusión que por convencimiento–. Entonces, trabajas de pescador. ¿Por qué?

–Porque el padre de Orri es pescador. Necesitaba a alguien que lo ayudara en el barco cuando un par de sus trabajadores se jubilaron, así que me contrató. No tenía trabajo y trabajar con Orri me parecía una buena idea.

–¿Orri también es pescador?

–Su padre y su abuelo ya eran pescadores. Dejó de estudiar después de terminar la educación obligatoria para trabajar con su padre. ¿No te lo había dicho?

Negué con la cabeza.

–No ha salido el tema –dije. Podía imaginar a Orri trabajando en el mar. Pese a su rostro aniñado, parecía fuerte. Sin embargo, John era tan... John. Tan pálido, tan intelectual. No podía imaginarlo trabajando en nada que supusiera el mínimo esfuerzo físico–. Pero... ¿tú no habías estudiado Literatura en la universidad?

–Sí, ¿y qué?

–¿Por qué ibas a querer trabajar de pescador?

—¿Y por qué iba a querer trabajar de profesor o de crítico literario o de cualquier otra cosa?

—Pues porque has estudiado para serlo.

—No —dijo John, cortante—. He estudiado para aprender.

—Pero pescador es...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué?

—Es muy... básico.

—Básico —repitió John—. Desde luego, el trabajo de pescador es básico. Sin él, no tendríamos pescado en nuestros platos cada día, ni en mi país ni en el tuyo. ¿De dónde crees que viene el bacalao que comes? ¿Crees que lo traen los *álfar*, los elfos? Porque probablemente venga de las costas de mi país y hasta es posible que lo haya pescado un barco al que yo veo faenar todos los días. ¿Qué hay de malo en trabajar de pescador?

—No lo sé, pero, si has estudiado una carrera, deberías trabajar de eso, o al menos intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque estás cualificado para hacer algo más que pescar peces.

Esta vez esperó unos segundos antes de hablar:

—¿Tú de qué quieres trabajar? ¿De abogada?

—No lo sé.

—¿Jueza? ¿Notaria? ¿Fiscal? ¿Política?

—Aún no lo he decidido, John.

—¿Te gusta lo que estudias?

Bufé y me quedé observándolo, intentando descubrir qué quería que dijera. En esos momentos, diría cualquier cosa para que dejara el tema. Si sus silencios resultaban incómodos, cuando hablaba podía llegar a ser incluso más insoportable. Se volvió hacia mí y me dedicó una sonrisa de ánimo, retándome a que le diera la respuesta que quería oír.

—No —suspiré, rendida.

—Entonces, si aún no has decidido qué quieres hacer en el futuro ni te gusta lo que estás estudiando, ¿qué estás haciendo?

Era la pregunta que me había hecho todas las mañanas y todas las noches de los últimos nueve meses. Si no había encontrado una respuesta durante aquel tiempo, no iba a encontrarla sólo porque la pregunta la formulara alguien en otro idioma y con un acento extraño.

—Lo que quiero decir —insistió, al ver que callaba— es que yo estudié Literatura porque me gusta. Si algún día trabajo como profesor, bien por mí. Si no, no es el fin del mundo. Sé adaptarme. Pescar me gusta y me hace sentir realizado. Leo y escribo en mi tiempo libre, así que la literatura está siempre presente en mi vida.

—¿Escribes?

John dejó escapar una risa entre los dientes.

—Aquí lo raro es que no lo hagas. En invierno tenemos muy pocas horas de luz, así que sólo tenemos tres opciones: la literatura, la música o el alcohol. Bueno, para ser sinceros, son dos opciones, porque creo que lo de beber es casi el pasatiempo nacional. Cosas de vivir prácticamente en el ártico.

Seguí callada, mirando las refulgentes aguas de un pequeño lago que se extendía junto a mis pies hasta bañar la ladera de una montaña no demasiado alta. Mi silencio, victorioso para John, se volvió tan tenso que hasta él fue capaz de percibirlo. Carraspeó, como para marcar el fin del acto, y me dijo:

—Siento lo de tu exnovio, *Sha*...

—Javier —acudí en su ayuda—. ¿Y ahora quién tiene problemas de pronunciación, John?

—Lo digo en serio —insistió él, tumbando de golpe mi intento de volver a cambiar de tema. Empezaba a entender por qué acostumbraba a estar callado: su elección de conversaciones era cualquier cosa menos afortunada, y en aquella ocasión estaba decidido a conseguir sacarlo a flote—. Lo siento. Nadie debería pasar por algo así. Debí de ser duro. Supongo que aún lo es.

—Cada día menos. En cuanto se te cae la venda de los ojos, todo va a mejor, y a mí hace tiempo que se me cayó. Un día me di cuenta de que tenía que cambiar si quería tener alguna posibilidad de estar bien conmigo misma otra vez, así que eso es lo que hice.

Una mañana, mientras me preparaba para ir a clase, se me fueron los ojos hacia una fotografía que tenía enmarcada en mi escritorio. Salía con Larisa, una al lado de la otra, completamente serias. Recordé la tarde en la que nos la hicimos, dos años antes: estuvimos más de media hora intentando salir bien en una foto, sólo una, pero era

imposible, porque no podíamos parar de reír. A pesar de que en la fotografía estaba seria, en ese momento era feliz. Lo veía en la forma en que miraba a la cámara. Volví a mirarme en el espejo e intenté encontrar en mi reflejo a la chica de la imagen. No lo conseguí, porque aquella no era yo. Eso fue un tiempo después de que dejara a Javier, cuando aún nos veíamos de vez en cuando.

—La locura es hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados distintos, como dijo Einstein. Al menos te diste cuenta a tiempo.

—Fui estúpida.

—Es la cara oculta del amor. Te venden una imagen perfecta: parejas felices, corazones, besos y abrazos y felicidad por todas partes. Lo que no te enseñan es que el amor ciega y hiere. Una escritora francesa, Simone de Beauvoir, dijo que el secreto de la felicidad en el amor consiste menos en ser ciego que en cerrar los ojos cuando hace falta. Al fin y al cabo, es lo mismo, voluntario o involuntario. No te fustigues: la ceguera y el amor son prácticamente sinónimos.

—Y algún día, alguien dirá: «La ceguera y el amor son prácticamente sinónimos. John Sigurrósarson».

John me dio un empujón amistoso sin calcular demasiado su fuerza, porque tuvo que agarrarme del brazo para evitar que me cayera al agua.

—¿Te ha respondido al mensaje?

—No.

—Lógico. Ha visto el producto denominación de origen islandés y ha entendido que no tiene nada que hacer.

—Javier sólo quería que lo entretuviese y no le sirvo si estoy lejos, así que en estos momentos debe de estar buscando una nueva presa, si es que no ha caído ya alguna de las que guarda en la recámara. No pretendía darle celos, sólo que viera que sigo con mi vida y que las cosas me van bien. Y tampoco es que Orri esté tan bien.

—Hablabas de mí.

Me detuve y me mesé una barba inexistente mientras examinaba a John, que se había detenido también y ahora me miraba como esperando un veredicto. Podía ver que en sus labios empezaba a asomar una sonrisa. Quizás aquel era el Guðjon del que me había hablado Orri, aunque fuera únicamente un atisbo de él.

Su posición me recordaba levemente a la de su amigo: piernas algo separadas, brazos cruzados y barbilla ligeramente levantada. John tenía la curiosa capacidad de parecer

elegante, incluso vestido con unos tejanos desvaídos y una sudadera desgastada con una enorme piña estampada en el pecho. Me miraba con interés desde el otro lado de los cristales de sus gafas, impoluto como siempre, y de no haber sido por aquel pequeño detalle, casi me habría creído esa pose de confianza.

—No sé qué decirte. Estás muy paliducho.

—¿Cómo puedes saberlo? Aunque estuviera rojo como un tomate, no podrías verlo.

—Claro que puedo verlo, sólo que el rubor que yo veo es gris, no rojo. Tú siempre tienes las mejillas sonrosadas.

—Pues te aseguro que si pudieras ver el color de mis ojos, caerías rendida a mis pies. Todas lo hacen. Son de un azul precioso. Incluso mejores que los tuyos.

Le di unas palmaditas en el hombro mientras me reía. La gente solía decirme que lo más bonito de mí eran mis ojos; algunos me decían que eran verdes y otros decían que eran azulados. No había una opinión clara y yo no podía inclinarme por uno u otro tono porque los veía tan grises como el resto de mi cuerpo.

—Estoy a salvo, entonces —le dije, acompañando mis palabras de unas palmaditas en su hombro—. Por cierto, siento lo de tu padre.

Creí que era lo que debía decir después de que mostrara interés en mis dramas particulares.

—No pasa nada. Era un hijo de puta. No me mires así, lo era. Mi madre me ha contado que empezaron a salir a los veinte años y, cuando ella tenía veintitrés, se quedó embarazada por accidente. Él quiso que abortara, pero ella no quería de ninguna manera. Al final no hizo falta. Tuvo un aborto natural. El ginecólogo le dijo que había un problema con... No sé, con algo ahí dentro, y que nunca podría tener hijos. A él le pareció perfecto, porque, según mi madre, la idea de tener un niño lo aterraba. Así que cuando algunos años después mi madre volvió a quedarse embarazada, esperó que sucediera lo mismo. Al ver que no ocurría, decidió desaparecer. ¿Qué clase de persona hace eso?

No tenía respuesta. O mejor dicho, la tenía, pero era imposible expresar con palabras lo que estaba pensando en esos instantes.

—Prefiero no tener padre —dijo John— que tener uno que esperó mi muerte desde que me concibió.

No había acritud en su voz, ni dolor, ni resentimiento. Fue el tono estudiadamente neutral el que me hizo entender por fin por qué su aura no tenía ni melodía ni color.

Dijera lo que dijese, el desprecio de su padre hacia él y su madre había marcado toda su existencia. ¿Cómo podía no afectarle que la persona que le había dado la vida lo rechazase antes de conocerlo? Era un rechazo a su propia existencia.

Aun así, sabía que no podía ser la única razón. Había algo más, y estaba segura de saber de qué se trataba. No era difícil descubrirlo teniendo en cuenta cómo hablaba del amor. Tenía que tratarse de una chica. Sabía qué aspecto tenía un corazón roto y el de John estaba completamente resquebrajado por dentro. Podría haberle preguntado, y de hecho tuve que morderme la lengua para no hacerlo. Sabía por experiencia propia que el silencio es siempre el mejor escondite. ¿Hace ruido un árbol cuando cae si no hay nadie para verlo? ¿Existe un problema si no se verbaliza? Yo también me había negado a hablar con nadie acerca de lo que sucedía con Javier. Inconscientemente, sabía que, en cuanto lo hiciera, lo mental pasaría a ser realidad, y que lo que hasta aquel momento habían sido simples sensaciones se convertirían en palabras. Se haría tangible. Ponerle nombre a lo que me estaba sucediendo era aceptar la realidad, aceptar el maltrato.

Si John no estaba preparado para asumir lo que fuera que había sucedido en su vida, tenía que aceptarlo, por mucho que me picase la curiosidad.

También era posible que simplemente no quisiera hablar de ello con una desconocida, lo que sería de lo más razonable, pero prefería mi primera teoría, porque no cerraba la puerta a la posibilidad de que compartiera conmigo su secreto tarde o temprano.

Volvimos a la casa de huéspedes justo para la cena, es decir, las siete de la tarde. Normalmente no habría tenido hambre a esa hora, pero, dado que mi comida se había visto dramáticamente reducida a un bocadillo, no dejé nada en el plato.

Los pocos huéspedes de la casa, con una capacidad de no más de treinta personas, debían de estar en la misma situación que nosotros, porque, cuando entramos en el comedor, apenas había tres mesas libres. Incluso Orri salió de su letargo y se unió a nosotros para cenar, aunque no nos obsequió con su presencia durante mucho tiempo. Antes incluso de que empezáramos a comer el primer plato, ya había divisado a una chica, rubia y con buen tipo, que nos privó de su atención durante el resto de la cena. En cuanto vio que se levantaba de la mesa a la que estaba sentada con sus padres y su hermana para ir en dirección al lavabo, no dudó ni un segundo: se puso en pie y la siguió. Lejos de molestarse por la forma brusca en que la abordó, la chica olvidó lo que

iba a hacer. En menos de dos minutos se estaba riendo coquetamente y jugando a hacer tirabuzones con su pelo.

—Rakel, de Dinamarca, fascinada por mi gran dominio del inglés y mi «acento *sexy*». Son sus palabras —se pavoneó Orri cuando volvió a la mesa—. Laura, sabes que siempre serás la primera en mi corazón, pero no puedo esperarte eternamente. Confío en que lo entiendas.

Levanté las cejas, divertida.

—Traducción: ha quedado con ella —dijo John, engullendo su último trozo de pastel de chocolate.

—Corrección: hemos quedado con ella y con su hermana. Tú y yo, de nuevo en acción.

—Orri, no.

—No seas aburrido, Guðjon.

—Te he dicho que no.

—Pero ¿por qué no?

John me echó una mirada rápida antes de responder, como obligándose a recordar que tenía que morderse la lengua para no hablar más de lo que debía.

—No me van las rubias.

—Su hermana tiene el pelo castaño.

—Ni las extranjeras.

—Pertenece a Dinamarca hasta hace menos de ochenta años. Es como si fueran nuestras... primas lejanas.

—No insistas. Ya te he dicho que no quiero. Además, ¿vas a dejar sola a Heima? ¿La invitas a ir contigo para abandonarla en cuanto aparece otra chica?

—Sé que no le importa. ¿Verdad que no?

No me importaba. Estaba acompañada todo el día, así que unas horas de soledad no me vendrían nada mal. Aun así, no pude evitar que la última frase de John me enfadase. En poco más de diez palabras me había recordado que, entre ellos, no era más que una invitada, había insinuado que era una más en la lista de Orri y se había zafado de toda responsabilidad de mi presencia allí. De acuerdo, había sido Orri quien me había propuesto que me añadiera al viaje, pero él lo había aceptado, así que no tenía ningún derecho a quejarse, y mucho menos a tratarme como a una conquista de su amigo, porque no lo era.

A mí nadie me conquistaba. Ni que fuera un puñado de tierras abandonadas en manos de un señor feudal.

Les aseguré que no me importaba que fueran con aquellas dos chicas (demasiado delgaduchas, por cierto) y los dejé discutiendo en la mesa. Después de pagar la cena, fui directa a la habitación y aproveché que la mayoría de la gente aún estaba comiendo para disfrutar de una ducha fresca y solitaria.

Al volver a la habitación, ninguno de los dos chicos estaba allí, así que me senté en la cama que había contra la pared y me zambullí en mis crucigramas, hasta que me quedé dormida con el libro en una mano y el lápiz en la otra.

No sé qué hora era cuando la puerta de la habitación se abrió. Lo único que sé es que oí un chirrido, seguido de dos voces que susurraban. Se oyeron algunos ruidos y la luz se apagó. Sólo abrí los ojos cuando sentí que alguien me cogía el libro y el lápiz de las manos. Despegué los párpados durante un segundo. Vi brillar miles de lucecitas en una esquina de la habitación y un coro de campanillas inundó mi mente, que volvió a nublarse al instante.

Parte 2



9. Hvítserkur

Cuando me desperté, tenía una mano en la cara, y no era la mía.

La aparté bruscamente y vi a Orri durmiendo a pierna suelta a mi lado. Las camas estaban tan juntas que durante la noche había invadido mi colchón y me había acorralado contra la pared. Lo empujé hasta su cama con más facilidad de lo que habría creído posible. A pesar de su altura, Orri pesaba menos que un niño de primaria.

–No te pongas demasiado cómoda –me dijo John a modo de buenos días desde su cama plegable–. En diez minutos sonará el despertador.

–¿Qué hora es? –Bostecé.

–Falta menos de un cuarto de hora para las ocho.

–¿Las ocho? ¿Estás loco? ¿Por qué tenemos que levantarnos tan pronto? ¡Estamos de vacaciones!

–Porque tenemos que llegar hasta Blönduós antes de mediodía –respondió, como si aquel nombre respondiera de alguna manera a mi pregunta. Al ver mi expresión enfadada, añadió–: Es una ciudad, a unos trescientos kilómetros de aquí.

Aunque adormilada, conseguí hacer la cuenta.

–Eso son dos horas y poco de coche.

–No por estas carreteras.

En eso tenía que darle la razón. Si la única carretera principal de la isla estaba al nivel de una carretera comarcal, las secundarias eran literalmente pistas de tierra con alguna que otra señalización. Teniendo en cuenta que la velocidad máxima a la que podíamos ir por aquellos caminos eran unos cincuenta kilómetros por hora, los trescientos kilómetros podían convertirse en un viaje interminable.

No tuve más remedio que obligarme a despertarme con una buena ducha y consolarme pensando que podría dormir un poco más en el coche, un deseo que sólo pude cumplir a ratos. Si no me despertaba el traqueteo del coche, lo hacía la conversación de Orri y John, lo que era un fastidio, porque encima no podía entender nada de lo que decían.

Estuvimos en el coche tres horas largas, llenas de bostezos, silencio y palabras en islandés. Cuando aparcamos en una pequeña explanada sin hierba de la que nacía un camino que llevaba hasta la playa, Orri el Geólogo volvió a aparecer. Me hizo bajar apresuradamente del coche y señaló una enorme roca que se alzaba en el mar, a unos diez metros de la orilla. Tenía la forma de un animal, aunque no podía identificar cuál, que parecía estar bebiendo directamente del océano.

–Hvítserkur, el rinoceronte de piedra. En realidad, está hecho de magma volcánico, y su nombre significa «camisa blanca», porque como ves está lleno de manchas blancas. Los pájaros de esta playa tienen mucha puntería. La roca ígnea se introdujo en una fisura de...

Desconecté mi cerebro en cuanto empezó con las explicaciones geológicas que tanto lo fascinaban. Me puse mi forro polar y me dirigí al maletero, donde había guardado mi mochila. Esa mañana habíamos sido previsores y nos habíamos llevado unas rebanadas de pan y un poco de embutido del restaurante de la casa de huéspedes. Quizás era el hambre que tenía, pero creo que no exagero al decir que aquel pan casero era un pequeño regalo del cielo. Crujiente, mullido y sabroso. Me moría por comer un poco más.

Rebusqué entre el desorden en que se había convertido el maletero con tanto trote hasta que di con ella. Estaba encajada entre los dos enormes macutos de los chicos.

–¿Necesitas ayuda? –se ofreció Orri, que me había seguido para continuar relatándome el guion del próximo documental de sobremesa.

–Puedo sola, gracias.

Cogí la mochila, me la colgué del hombro y me subí al maletero para poner un poco de orden en el caos. Coloqué los sacos de dormir en una esquina, las mochilas de Orri y John junto a la puerta, y tumbé sus macutos uno al lado del otro para evitar que volvieran a caer uno encima del otro en cuanto arrancáramos de nuevo. Estaba fijándome en el resultado de mi organización cuando oí un tintineo de cascabeles en mi mente. Ni siquiera tuve que mirar a mi alrededor para reconocer que aquel sonido no procedía del mundo exterior.

Procedía del mismo lugar de donde procedían las melodías de las auras. Sólo que en aquel momento no estaba delante de ningún aura, ni siquiera de nada que pudiera tenerla. Agucé la oreja e intenté descubrir de dónde nacía el tintineo. Aunque lo oyera en mi mente, tenía que nacer en alguna parte para que pudiera llegar hasta mí.

Descubrí un casi imperceptible brillo azulado que se colaba por la cremallera cerrada de uno de los macutos. No me había dado tiempo a abrir la cremallera más de cinco centímetros cuando sentí que Orri me agarraba por el brazo y me sacaba del coche de un tirón.

Puede que no hubiera tenido una visión clara de lo que había allí dentro, pero el fugaz vistazo había sido suficiente para que mi mente recuperara una imagen del día anterior que entonces yo había atribuido al cansancio o a mi imaginación: el brillo que me había parecido ver cuando John y Orri habían vuelto a la habitación, antes de que volviera a quedarme dormida. Centenares de minúsculos rayos de luz que se movían inquietos en un espacio reducido. Y era azul. Pero se suponía que yo no era capaz de captar ese color, ni ningún otro. Parpadeé y, efectivamente, todo seguía en blanco y negro.

Ningún rastro de ese azul, ningún rastro de ningún color. Sin embargo, estaba segura de lo que había visto.

Y ese tintineo en mi cabeza...

Decir que me quedé descolocada sería quedarse muy corto.

Mi cerebro intentaba buscar una explicación lógica mientras el mundo seguía girando. Decidí que me había imaginado ese color azul apagado: era imposible que fuera algo real. Pero ¿qué era el brillo? ¿Luciérnagas? ¿Una linterna? ¿Algún aparato electrónico? ¿Me habían metido algo en la copa? Ah, no. No había salido de fiesta la noche anterior.

Quizás el pan llevaba algún «ingrediente casero» especial, y con especial me refiero a alucinógeno.

Quizás Orri y John me habían drogado y pretendían llevarme a alguna parte muy al norte de Islandia para sacarme los órganos y vendérselos a alguna mafia. Además, ni siquiera necesitarían neveras: se congelarían solos a temperatura ambiente.

Hice un esfuerzo por volver al mundo de los vivos cuando me di cuenta de que Orri estaba moviendo los labios y mirándome sin parpadear.

—¿Qué era eso? —logré murmurar, obligándome a dejar a un lado todas mis paranoias.

—¿El qué? —me preguntó, cerrando la puerta del maletero de golpe. Me empujó sin miramientos en dirección a la playa, hacia la que John se encaminaba solitariamente.



—Ahí había algo que brillaba. Como fuego... sin llama. Flotaba —murmuré, aturdida.

—¿Dónde?

—En una de vuestras mochilas.

Orri se encogió de hombros.

—Sería un espejo o algo de metal reflejando la luz del sol.

No, no lo era, estaba segura, pero no era capaz de encontrar las palabras correctas para describir lo que había visto, y mucho menos si no quería hablarle del tintineo en mi cabeza y, por consiguiente, de mi extraña habilidad.

—No... —fue todo cuanto pude decir.

—Creo que has dormido poco.

Podría haberlo creído y podría haberme olvidado de lo que había visto, aferrándome a mi falta de sueño como explicación más razonable, si no fuera porque me giré hacia Orri justo en el momento en el que soltaba un suspiro demasiado nervioso. Me concentré en él hasta que pude percibir su aura. Un halo de un naranja oscuro se arremolinaba sin

orden ni concierto a su alrededor. Una decena de destellos oscuros emergían de la nubosidad de color. Estaba nervioso.

Estaba mintiendo.

Fue aún más evidente cuando volvimos al coche media hora después, helados y con los zapatos llenos de arena húmeda de la playa. Cuando me acerqué al maletero con la excusa de dejar la maleta, Orri se negó a abrirlo hasta que tuvo mi mochila en las manos y yo estaba acomodada en mi asiento, vigilándolo a través del espejo retrovisor. Aún no había vuelto a subir al coche y yo ya había ideado un plan para descubrir qué había dentro del macuto antes de que nadie pudiera sacarlo de ahí; un plan que ni él ni John, si es que tenían algo que ver con aquel misterio, podrían evitar.

Como todos los buenos planes, era tan simple que no podía fallar nada. Consta únicamente de tres pasos: esperar a que arrancáramos, fingir que había vuelto a dormirme, y cuando John y Orri estuvieran distraídos charlando, abalanzarme sobre la mochila. Literalmente. Una de las cosas que más me gustaba de los todoterreno era precisamente eso: uno podía saltar hacia el maletero sin ningún tipo de problema, siempre y cuando nadie hubiera corrido el plástico protector que pretendía separar la parte del equipaje de los ocupantes. Por suerte, Orri no lo había hecho, lo que me ahorró el tener que hacer equilibrios para desengancharlo antes de saltar dentro del maletero.

Cumplí el primer paso perfectamente. El segundo estuvo a punto de ser un estrepitoso desastre: me metí tanto en el papel que terminé por quedarme dormida. Un bache me despertó a tiempo para seguir con el plan. Ni siquiera me paré a considerar lo absurda que era la situación. No tenía tiempo para ello y temía que si empezaba a hacerme demasiadas preguntas, terminaría enredada en ellas.

No estaba loca, que quede claro, ni tampoco era una paranoica. Pero es comprensible que cuando una no puede ver ningún color, al menos según la medicina y todas las leyes naturales, se le vaya la cabeza cuando ve uno. Tenía que hacer lo que fuera para saber qué había visto y, más importante, por qué había percibido su color y su sonido.

Mientras me quitaba los zapatos disimuladamente (me preocupaba más que se me engancharan los cordones de las chirucas en alguna parte que ensuciar la tapicería con arena de playa, la verdad), me dije que lo más probable es que hubiera visto algún tipo de animal, seguramente una lagartija o algún insecto. Como las personas, los animales también tenían su propia aura, aunque mucho más débil. A veces también tenían chispas de color, pero nunca había visto ninguna tan potente como la que había visto dentro de la

mochila. Y si era un animal normal y corriente, ¿por qué Orri había reaccionado de una forma tan extraña?

No, tenía que ser algo diferente. Un hada o un elfo o un unicornio en miniatura o un trol también en miniatura.

Me desabroché el cinturón. Me puse de pie sobre el asiento y salté hacia el maletero impulsándome contra el respaldo.

Mi caída fue tan elegante como la de un elefante tirándose de cabeza de un trampolín. Me tropecé varias veces y me golpeé contra las paredes del coche otras tantas antes de lograr estabilizarme en la postura más digna que pude encontrar: a cuatro patas, abrazada a uno de los macutos con todas mis fuerzas.

Ocupada como estaba dando bandazos en la parte posterior del coche, no me di cuenta de que John se había sobresaltado tanto que había frenado el coche de golpe. Alcé la cabeza por encima de los asientos levemente, lo suficiente para comprobar que los dos chicos estaban observándome. John tenía cara de no entender qué estaba pasando. Orri, de entenderlo demasiado bien.

Nerviosa, oyendo cómo Orri le gritaba algo en islandés a John y cómo alguien se desabrochaba el cinturón y salía del coche, busqué la cremallera de la mochila. Busqué el tirador. En un lado. En el otro.

Oí unos ruidos detrás de mí.

Palpé algo metálico. Luego una tira de tela.

¡Ahí estaba!

Abrí la mochila y metí la mano en ella, buscando con la vista y con el tacto cualquier cosa fuera de lo común. Ropa, un libro, más ropa, un neceser, una bolsa de patatas fritas mal cerrada. Empecé a sacar las cosas de la mochila frenéticamente.

Vi el brillo.

Era azul. Si no me habían drogado, ese color era real.

Estaba segura de que no estaba soñando.

La puerta del maletero se abrió.

—¡Deja eso!

Hundí la mano desesperadamente hacia el brillo hasta que oí mis uñas golpeando una superficie de cristal.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me gritó alguien al tiempo que se abalanzaba sobre mí. Estaba demasiado nerviosa para reconocer la voz.

Me agarró por la espalda para inmovilizarme y tiró de mí sin miramientos. Me resistí y él tiró aún con más fuerza, una y otra vez, hasta que consiguió hacerme caer e inmovilizarme contra el suelo. Moví la cabeza para apartar la maraña de pelos que me impedía ver quién me estaba aprisionando.

Sentía su aliento sobre mi rostro. Vi sus ojos, grandes, cercanos, nerviosos, observándome sin pestañear. Sus labios temblaban, como incapaces de coordinarse con su lengua y sus cuerdas vocales para pronunciar algo.

Ni un grito, ni un balbuceo. Nada.

Silencio.

Sólo un tintineo grácil en mi mente. Me volví hacia mi derecha y vi que había conseguido mantener la mano cerrada alrededor de un bote de cristal de poco más de un palmo de alto cerrado con un tapón de corcho, que vibraba tímidamente.

Orri no se movió cuando desplegué los dedos y descubrí lo que aquel recipiente escondía.

Miles de pequeños puntos de luz flotando en el aire, bailando entre ellos como empujados por una brisa imposible, rodeados por un tenue halo azulado. No podía parpadear, ni moverme. Sólo era capaz de sentir las cálidas cosquillas que esos puntos de luz me transmitían a través del cristal, y de observar su maravilloso baile.

Tenía la sensación de tener el infinito en mis manos, danzando, cantando, brillando. No quería que terminara, pero lo hizo. Orri me arrebató el frasco de las manos y clavó sus ojos en los míos.

Volví a sentir su aliento en mi piel y su mirada perforándome. Volví a sentir su mano alrededor de mi brazo izquierdo y su cuerpo sobre mi barriga. Me di cuenta de que casi no podía respirar.

—Me haces daño.

Orri se apartó sin decir nada. Con un gesto brusco, guardó el bote donde lo había encontrado y saltó fuera del coche. Por un momento creí que iba a coger mis pertenencias, tirarlas en medio de la carretera y dejarme ahí sola, en medio de la nada, sin mapa ni vehículo ni, muy probablemente, cobertura.

En lugar de eso, me tendió una mano para ayudarme a salir del maletero y cerró la puerta antes de decir, con un tono de voz indescifrable:

—Sube al coche.

—No.

—Laura, estamos en medio de la carretera. Sube al coche.

Las imágenes que me inundaron en cuanto John aparcó junto a un lago solitario que había al lado de la carretera eran delirantes. Yo hundiéndome en las profundidades del agua con una piedra atada a los pies, o abandonada inconsciente a su orilla, u obligada a hacerme el harakiri delante de ellos.

¿Cómo había podido confiar en ellos? Estaba claro que escondían algo y que su buena voluntad no era más que fachada. Orri era tan encantador que resultaba tétrico, sonreía demasiado, y John era demasiado... De acuerdo, John era tan cerrado que podría haber esperado cualquier cosa de él. Cualquier cosa físicamente posible, y estaba claro que aquellos puntos de luz vibrantes, de un color tan intenso que hasta yo podía verlo, eran cualquier cosa menos físicamente posibles.

Salí del coche, dejando atrás un silencio tenso y cortante y encarando lo que estaba segura de que iba a ser un destino horriblemente injusto y cruel. Un destino que, como cualquier persona cuerda esperaría, no llegó. Orri me acorraló contra el coche en cuanto cerré la puerta y esperó a que John se uniera a él antes de hablar.

—Os lo advierto, llevo un chip de localización encima. Como me hagáis daño, vais a saber quién es mi padre. Tiene dinero y muchos contactos. Vais a pudriros en la cárcel como me toquéis un pelo.

Orri se acercó un poco más a mí, completamente serio. Se detuvo en cuanto nuestras narices prácticamente se rozaban.

—Estás loca —murmuró, entre dientes—. Con cariño, pero estás como una cabra.

Le aguanté la mirada y vi aparecer su aura frente a mis ojos, tan naranja como siempre.

—Como me toques, gritaré.

—¿De verdad crees que voy a hacerte daño?

—No lo sé.

En realidad sí lo sabía, sólo que mi intuición y mi cerebro iban por un lado, y mis nervios y mi paranoia por otro. No podía escuchar tantas voces a la vez, así que terminaba por hacer caso a las que más gritaban, sin tener en cuenta eso de que no por mucho gritar se consigue tener la razón. De hecho, a falta de argumentos lógicos,

normalmente son los locos los que gritan, lo que me iba como anillo al dedo, porque en ese momento no podía reprimir mis ganas de chillar.

—¿Qué era eso? —exploté—. No te atrevas a decirme otra vez que he dormido poco porque lo he visto, lo he escuchado y lo he sentido.

Orri se separó dos pasos de mí, miró a John, después otra vez a mí y me sonrió.

—¿Qué has oído?

—Cosas. Cosas raras —respondí—. Como cascabeles.

—¿Y qué has sentido al coger el bote?

—¿Qué?

—Que qué has sentido al coger el bote —repitió Orri, ahora con un tono de voz más duro.

—Cosquillas —dije, dubitativa, y dejando de lado deliberadamente la sensación hipnótica que me había atrapado al mirar las luces fijamente.

—¿De qué color son?

—Azul.

El silencio invadió el espacio entre nosotros. Observaba a Orri sin atreverme a mover ni un solo dedo, esperando una respuesta. Una palabra, un gesto, algo que partiera en dos aquella tensión.

La comisura derecha de sus labios empezó a levantarse, como tirada por un hilo invisible. Me recordó a aquella primera sonrisa en el restaurante de Reikiavik, sólo que, junto a aquel lago, el gesto había sustituido toda sombra de seducción por un tétrico aire victorioso.

—¿Y puedes explicarme cómo sabes de qué color era si se supone que no has visto un color en tu vida?

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

No había pensado antes de responder. ¿Por qué no había pensado antes de responder? Era una bocazas. Loca y paranoica y bocazas.

Orri dejó escapar el resto de su sonrisa. Había estado esperando aquella respuesta. Entendí que había planeado toda aquella conversación para llevarme hacia donde estábamos ahora: el momento en que perdía todas las esperanzas de que me consideraran alguien normal. Me miró fijamente y entrecerró los ojos para decirme:

—Contesta.

—¿Qué era eso? —insistí.

—¿De verdad tienes acroma... eso? —insistió Orri.

—Sí.

—¿Cómo puedes saber que era azul? —intervino John, que hasta entonces se había contentado con observarnos de cerca con la boca bien cerrada y los ojos bien abiertos.

No hacía falta preguntarles para saber que no iban a dejarme en paz hasta que se lo dijera. Si se lo contaba y se lo creían, me convertiría en alguien aún más interesante. Y si no me creían... ¿Qué más daba? Orri ya pensaba que estaba loca. Podrían dejar a la tarada en el siguiente pueblo, donde me las apañaría para seguir el viaje por mi cuenta.

Los secretos existen para guardarlos... y, en situaciones límite, también para negociar con ellos.

—Mi secreto por el vuestro.

Orri dio un paso hacia delante, asintió, y sellamos el pacto como dos caballeros de negocios: con un buen apretón de manos. Tenía los dedos helados.

—Veo las auras de los seres vivos, y también las oigo. Cada color emite una onda electromagnética que suena de una determinada forma, es decir, cada tonalidad es una nota musical concreta. Me he informado y sé a qué color corresponde cada sonido, así que puedo saber qué palabra define cada color aunque no pueda verlos en mi día a día —dije, sin permitirme tiempo para dudas o pausas.

—Oh —dijo John en cuanto callé. No había parpadeado ni una sola vez durante mi confesión.

—¡Lo sabía! —exclamó Orri, con una expresión de entusiasmo que debería haber sido de sorpresa o incredulidad.

—¿Cómo podías saberlo? ¿A cuántas personas conoces que puedan... ver... eso?

—No sabía qué veías, lo que sabía es que podías ver algo que la mayoría de las personas no pueden ver. Cuando te dije que eras muy intuitiva, no me refería sólo a lo evidente —me recordó él—. Yo también sé observar a la gente, Laura. Sabía que escondías algo, y sabía que tenía que ver con los colores. Lo noté cuando me contaste lo de tu enfermedad.

Esa no era la reacción que había esperado, ni mucho menos. Durante toda mi vida, o al menos desde que me había visto obligada a cargar con ese secreto, había imaginado mil formas de contárselo a mis padres o a mis amigos. Incluso hubo un tiempo en que me planteé confesárselo todo a Javier. En mi mente, todas las conversaciones

comenzaban con una sonrisa y un «tengo algo que contarte» y terminaban conmigo a) abandonada, b) encerrada en un psiquiátrico, c) donada a la ciencia, o d) todas las anteriores. No había más que aquellas cuatro opciones, porque, por más que lo intentara, no conseguía recrear una conversación en la que alguien me creyera o, al menos, se planteara la posibilidad de que no estuviese como una regadera. Y no podía culparlos, porque ni siquiera estaba segura de estar completamente cuerda.

Si en alguna ocasión había llegado a pensar que alguien creería mis palabras, su reacción estaba clara en mi mente: lo primero que haría sería preguntar de qué color era su aura. Al menos, eso es lo que yo haría.

Sin embargo, ninguno de los dos chicos que tenía delante parecía tener interés en saber qué decían sus auras de ellos. Sólo me miraban con los ojos abiertos, esperando que dijera algo.

—Entonces... ¿me crees? ¿Me creéis?

—Eres una melodramática de manual. No veo por qué querías que pensáramos que, además, estás loca —dijo John.

Aunque me sentía aliviada al saber que iba a escapar de los laboratorios científicos y de las camisas de fuerza, no podía dejar de pensar que había sido demasiado fácil, lo que únicamente podía significar que su secreto era aún más grande y extraño que el mío.

La curiosidad me estaba matando.

—Es vuestro turno —me dirigí a Orri.

No fue él el que se movió, sino John. Me hizo un gesto para que lo siguiera hasta el maletero. Abrió una de las mochilas y sacó el bote que un rato antes Orri me había arrebatado de las manos. Me lo tendió y me pidió que describiera lo que estaba viendo.

El bote no era muy grande, y aunque parecía de lo más normal, al mismo tiempo tenía algo que lo distinguía de todos los demás. El cristal que lo formaba era puro, sin ninguna imperfección, liso y brillante. Parecía hecho de agua cristalizada.

—Lucecitas brillantes rodeadas de una especie de polvo azul. Cada lucecita tiene su halo —le dije, observando el interior del bote con la nariz pegada a él—, y se mueven de aquí para allá, como si flotaran. Ese halo azul parece un aura y creo que suena como un aura... Sólo que su melodía la esconde el tintinear de los cascabeles. Sí, oigo un do detrás de ellos. Muy débil. ¿Cómo puede ser? No son animales. No son seres vivos.

—No, no lo son.

John se acercó y colocó sus manos alrededor de las mías para que no pudiera mover el bote de delante de mi cara.

—¿Y qué son?

—No lo sé —murmuré, levantando los ojos y clavándolos en los suyos. No quería más preguntas, quería mi respuesta—. Nunca había visto nada parecido.

—De eso estoy seguro. —John soltó una risa tan corta como enervante. Los cascabeles seguían sonando en mi cabeza sin descanso, y yo era incapaz de apartar los ojos de la danza de las lucecitas. John apretó un poco más sus manos contra las mías y me preguntó en voz baja, como si temiera despertar a alguien—: ¿Qué crees que son?

—¿Algún... algún truco de magia?

—Vamos, para alguien que dice que puede ver las auras, esa es una respuesta demasiado facilona.

—No sé qué quieres que diga, John.

El baile de las luces parecía expandir su halo azulado por todo mi mundo. Sólo podía ver el danzar de aquellos brillos coloridos. No existía nada más. Ni siquiera sentía las manos de John encima de las mías, ni veía nada a mi alrededor. Sólo estábamos las luces y yo. Y esa canción en mi cabeza.

—¿Qué crees que son? —repitió—. Cuando empezaste a ver esos colores alrededor de la gente, ¿cómo llegaste a la conclusión de que lo que veías eran sus auras?

Me obligué a cerrar los ojos y el sonido de los cascabeles se extinguió. Respiré hondo, un poco más tranquila, e intenté poner en orden mis pensamientos.

—Lo supuse. Era la única opción «lógica» —respondí—. Después busqué en Internet y en bibliotecas y...

—Entonces fue básicamente por intuición —me interrumpió John. Su voz empezaba a sonar nerviosa.

—Supongo.

—Abre los ojos y vuelve a mirarlo.

—No quiero. Los cascabeles no me dejan pensar.

—Heima, abre los ojos y di lo primero que se te venga a la cabeza. No pienses, usa tu intuición. ¿Qué crees que es lo que hay dentro de este bote?

Respiré profundamente y me preparé para que mi mente volviera a inundarse de aquel histérico tintineo que me impedía pensar. Abrí los ojos, despegué los labios y pronuncié la primera palabra que acudió a ellos:

–Estrellas.

10. Blönduós

–Lo que es imposible, obviamente –añadí enseguida.

John levantó los ojos y esbozó una media sonrisa.

–Imposible es una palabra muy relativa. Hace quinientos años era imposible viajar de Europa a América por aire o hablar con alguien a mil kilómetros de distancia o hacer una fotografía. Pocas cosas son imposibles por sí mismas, somos las personas las que decidimos qué es posible y qué no. Por ejemplo: ¿es posible que Orri esté cerca de alguna chica y no le tire los tejos? Yo diré que es imposible y él se defenderá y dirá que no, que puede hacerlo, sólo que no quiere. ¿Quién decide cuál de los dos tiene razón? La mayoría. Y aunque la mayoría se equivoque, si la mayoría establece que algo es imposible, ese será el dogma.

–John, por mucho que agradezca tu clase de filosofía barata... ¿quieres decirme qué hay en el bote? –Exhalé un suspiro cansado.

–¿No sabes leer entre líneas?

–Lo que quiere decir el profesor Guðjon –intervino Orri– es que, efectivamente, son estrellas.

–Claro. Y yo en mi casa tengo la luna metida en una fiambreira.

–Heima, son estrellas. Bueno, de hecho, lo que ves en el bote es la energía que desprenden, así que no son estrellas propiamente dichas... Sólo una parte de ellas –dijo John, completamente serio. Me cogió el bote de las manos y lo dejó en el suelo del maletero, en el espacio que nos separaba.

–Oye, John, que sea una turista no-turista descerebrada no significa que sea tonta. No intentéis tomarme el pelo. Esto no pueden ser estrellas.

–Ya te lo he dicho, no son estrellas. Es energía de estrellas.

–Lo que tú digas. Es imposible –repetí, sin apartar los ojos del bote que tenía delante de mí.

—También es imposible que alguien capte el color y la melodía de las auras, o que una persona con acromatopsia sea capaz de ver algún color —dijo Orri.

—Eso es diferente.

—No, no lo es. La mayoría de la gente habría dicho que estás loca de remate porque el noventa y nueve por ciento de la población piensa que es imposible captar el aura de nadie, si es que las auras existen. Nosotros —dijo John, señalándose a él y a su amigo— sabemos que nada es imposible hasta que se demuestre lo contrario. Te hemos creído porque somos conscientes de eso. Yo pensaba que un caso como el tuyo no podía existir y... aquí estás. Tú ves auras y nosotros tenemos energía de estrellas en un bote. Tú más que nadie deberías creernos, porque sabes que en el mundo existen muchas cosas que la lógica nos dice que no deberían existir.

—Piénsalo de este modo: ¿por qué deberíamos burlarnos de ti? Si quisiéramos hacerlo, lo habríamos hecho desde el principio del viaje, y creo que nos hemos portado bastante bien contigo. La otra opción es que te estemos mintiendo. La pregunta es: ¿por qué? ¿Para que pienses que estamos locos y nos abandones? Entonces no podría conquistarte —argumentó Orri.

No pude reprimir una risa, que sofoqué al instante. No era momento para bromas.

—De acuerdo —murmuré—. De acuerdo, supongamos que os creo. ¿Cómo podéis tener estrellas metidas en una mochila? ¿Y por qué?

Orri sonrió, triunfante, y apartó a John para sentarse delante de mí. Me cogió las manos, me miró a los ojos y, como si fuera la declaración más importante de su vida, como si de aquel momento dependieran nuestros futuros, dijo:

—Somos cazadores de *lífsandi*.

A juzgar por el tono solemne de su voz, debía de ser algo importante, algo a lo que yo debía reaccionar con sorpresa o admiración. Cuando vio que seguía mirándolo con los ojos abiertos, sin entender nada, añadió:

—Cuando atrapas la energía de algún fenómeno natural, como las estrellas que tienes delante, se llaman *lífsandi*. Mi padre era cazador y transmitirme sus conocimientos fue... una clase de herencia en vida.

—Ah.

—¿Es todo lo que vas a decir?

—Sí. No sé qué decir porque no estoy entendiendo nada.

John se rió y le dijo algo en islandés a su amigo antes de dirigirse a mí:

—Yo tuve que pasar por esto hace mucho tiempo, así que escúchame a mí. Cuando tenía diez años, estaba convencido de que iba a ser el próximo agente 007. Me encantaban las películas de espías y de detectives, hasta el punto de que iba siempre con una lupa encima para encontrar pistas de cualquier cosa. El único misterio que resolví fue quién se había comido el bollo de chocolate de Georg Ólafsson en quinto curso, pero esa es otra historia. El caso es que un fin de semana, Orri y yo nos fuimos de acampada con nuestras familias. Era ya de madrugada cuando oímos cómo su padre y su hermano mayor, Haukur, salían de la tienda de campaña hablando en susurros. Mi instinto de detective se despertó y convencí a Orri de que los siguiéramos para descubrir adónde iban. No fue muy lejos: se alejaron unos doscientos metros de las tiendas de campaña y se sentaron en el suelo sin hablar. No podíamos ver nada, porque, aunque la noche estaba estrellada, apenas había luna. Estaba mirando hacia el cielo, quieto, sin hacer nada. Cuando ya estábamos a punto de irnos, vimos un destello cruzando el cielo hasta caer encima del padre de Orri. Este gritó, pensando que le había caído un rayo encima, y su padre se giró hacia nosotros, asustado y sorprendido de vernos ahí. Nunca olvidaré esa imagen. Su silueta oscura, sólo iluminada por un destello entre sus manos. Orri y yo no podíamos dejar de mirarlo y él no decía nada. Debíó de darse cuenta de que era demasiado tarde para esconder aquello y que nosotros éramos demasiado mayores para que creyéramos cualquier mentira, así que nos hizo sentarnos junto a ellos y nos explicó lo que estaban haciendo. Nos explicó, como ahora estoy haciendo yo, que, desde el principio de los tiempos, los humanos han luchado por ser capaces de controlar a la madre naturaleza, desde cultivos hasta enormes diques, pero que sólo unos pocos conocen el modo de atrapar su energía. Nos explicó que el bote que tenía entre las manos, como el que tú tienes delante, estaba hecho de un material capaz de captar y atraer la energía que emite la naturaleza. Estrellas, manantiales, volcanes, géiseres... Cualquier cosa, excepto seres vivos. A esa energía capturada la llaman *lífsandi* y sólo se puede atrapar con botes hechos de un cristal especial, a día de hoy imposible de encontrar. Si quedan reservas, nadie que conozcamos sabe de ellas. Orri y yo empezamos a ayudarlo en sus «cacerías» y, cuando fuimos lo suficientemente mayores, empezamos a hacerlo solos. No teníamos ningún bote propio, así que utilizábamos los del padre de Orri. Como ya había hecho para el cumpleaños de su hijo mayor, cuando Orri cumplió los dieciocho le regaló tres botes de los siete que le quedaban. Para mi cumpleaños, me regaló uno.

John cogió su macuto y sacó otros cuatro botes, que colocó entre nosotros, en fila. Eran idénticos al que había tenido en las manos, sólo que estos estaban completamente vacíos.

—Hay cinco botes —señalé. Las cuentas no cuadraban.

John se encogió de hombros y una sonrisa pícaro se expandió hasta sus ojos.

—Lo ganamos en una apuesta.

—No parecen muchos, pero contando que en Islandia sólo hay cuatrocientos de estos y más o menos medio millar de personas que los conocen, somos muy afortunados —apuntó Orri—. Sé que es algo difícil de creer y asimilar, porque nosotros pasamos por lo mismo. Claro que yo era pequeño y a esa edad estás más abierto a creer en cualquier cosa. Si puedes creer que un señor con sobrepeso y barba blanca da la vuelta al mundo en unas horas, puedes creer que es posible atrapar la energía de las estrellas. Y también sé que no vas a creértelo de verdad hasta que lo veas, así que no te culparé si decides pensar que estamos locos hasta que lo veas con tus propios ojos.

—¿Verlo?

—Si no quieres, no te preocupes —dijo John—. No tenías que enterarte de esto, así que puedes decidir no creernos sin problemas. No vamos a ofendernos. Podemos olvidar lo de las auras y lo de los *lífsandi*.

—Aún no he dicho que os crea. Suponiendo que fuera verdad... ¿por qué me lo habéis contado?

—Porque te has abalanzado sobre el *lífsandi* saltando por encima de la tapicería de mi coche —respondió John, mientras guardaba cuidadosamente los cuatro botes dentro de su mochila.

—¿No os preocupa que pueda contarlos? Suponiendo que os crea.

—Abre la boca y tu cerebro terminará en el laboratorio de algún neurólogo.

—¡Guðjon! —saltó Orri, que me miró inmediatamente—. Lo que quiere decir es que tú tienes tanto que ocultar como nosotros. Y, sinceramente, no tienes pinta de ser tan idiota como para delatar a alguien teniendo algo que esconder. No pareces tan estúpida.

Quería decirle que no me conocía en absoluto, y que podría haber sido exactamente el tipo de persona que había descrito, pero tenía razón: no lo era.

Resultaba difícil mantener una conversación normal con ellos. Lo único en lo que podía pensar era en la historia que me había contado John y en que, si había dicho la verdad, viajábamos con un puñado de estrellas en el maletero.

Repasé los acontecimientos de los últimos días.

Me había agobiado en casa y había decidido irme lejos de allí.

Había ido al aeropuerto y había dejado que el azar decidiera que iba a viajar a Islandia.

Había conocido a un chico de sonrisa de plástico en un restaurante que me había invitado a ir con él y su amigo a dar una vuelta a la isla. Yo había aceptado.

Y ahí estaba, envuelta en un silencio tan tenso como despejado estaba el día.

Si resultaba complicado sacar un tema de conversación normal, aún lo era más determinar quién estaba más loco en aquel coche, si ellos por la historia que me habían contado o yo por continuar viajando con ellos y estar considerando muy seriamente la opción de creerlos.

Mentalmente agotada por el peso de aquel silencio asfixiante, decidí hacer aquello que no había tenido agallas de hacer hasta entonces. A decir verdad, tampoco es que las tuviera en ese momento. Simplemente prefería enfrentarme a problemas de carácter menos mágico.

—¿Mamá? —pregunté cuando oí ruido al otro lado del teléfono. Aunque no respondió, podía oírla respirar, así que insistí—: Hola, mamá.

—Hola, hija.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Ni una pregunta acerca de mi bienestar, ni una pizca de preocupación en su voz. Resistí la tentación de colgar recordándome que cualquier conversación que pudiera tener con ella sería mucho mejor que las que me esperaban con John y Orri en aquellos momentos. Sin tener en cuenta que debería haber hecho aquello hacía días, aunque eso era algo secundario. Lo que no decía mucho de mí como hija.

—Siento no haberte llamado antes, mamá —le dije, como introducción a una larga retahíla de disculpas y explicaciones. No sé qué la ablandó, si todo lo que le dije o el simple hecho de ver que estaba disculpándome sinceramente.

Yo no era de las que pedían perdón fácilmente. No me disculpé cuando me teñí el pelo o cuando me hice el tatuaje (algo para lo que, según ellos, debería haber pedido permiso), ni cuando desaparecí todo un fin de semana para irme a la playa con Javier.

Aunque no era de esas personas que piensan las cosas dos veces antes de actuar, tampoco solía arrepentirme de mis decisiones y, por tanto, tampoco sentía ninguna necesidad de pedir disculpas. Mis padres decían que no lo hacía por orgullo, porque no me atrevía a aceptar que había actuado mal.

La explicación era mucho más sencilla: era mi vida, eran mis decisiones.

Pero también era mi madre y, a pesar de que tenía mucho que ver en el hecho de que su hija estuviera perdida por Islandia con dos desconocidos, la responsabilidad seguía siendo mía. Se merecía que diera alguna señal de vida.

Reaccionó mucho mejor de lo que había esperado. Tras dos minutos de disculpas, me obligó a callar para bombardearme con un discurso lacrimógeno acerca de lo mucho que había sufrido pensando que todo había sido por su culpa y sobre lo mal que estaba tratándola su exmarido y lo poco que su hija tenía en cuenta sus sentimientos. Cuando parecía que iba a tener que volver a pedir perdón, sucedió lo inaudito: mi madre se disculpó. Nunca lo había hecho, ni siquiera cuando prácticamente la pillé saliendo de la cama en la que acababa de serle infiel a mi padre. Tampoco era de las que se disculpaban fácilmente.

Pero entonces lo hizo, y eso me dio una pista de cuánto debía de haberla afectado mi marcha. Acepté sus disculpas, me dijo que tenía que irse, me deseó un buen viaje y colgó.

No me preguntó cuándo volvería ni me pidió que lo hiciera.

Si estaba intentando utilizar psicología inversa conmigo, fingiendo que no le importaba cuándo volviera a casa, no iba a funcionarle.

Incluso si decidía abandonar a John y a Orri, iba a terminar de dar la vuelta a la isla. Fue una revelación darme cuenta de que no quería interrumpir aquel viaje, y no sólo por la compañía; aquellas tierras eran diferentes a todo cuanto había visto en mi vida. Me sentía tan alejada del mundo que resultaba casi sencillo olvidar todo lo que había dejado en el continente. No había personas, ni grandes ciudades, ni ajetreo, y pese a esa falta de civilización, todo cuanto nos rodeaba rebosaba vida, desde las grandes cataratas o los glaciares hasta los infinitos campos de lava que solían flanquear la carretera.

No fue difícil encontrar lo que Orri y John estaban buscando. El pueblo era pequeño y estaba formado por calles de casas de paredes blancas y tejados oscuros que creaban

calles desordenadas a ambas orillas de la desembocadura de un río. Era imposible perderse por las calles de Blönduós si uno las conocía, y John sabía perfectamente adónde íbamos. Andaba con paso decidido unos cuantos metros delante de Orri y de mí, que avanzábamos en silencio con nuestros forros polares en las manos. El mediodía había llegado con un sol demasiado cálido para una isla con el nombre del hielo.

Cuando vimos un solitario puesto de venta de hortalizas a unos cien metros de nosotros, delante de una casa tan corriente como sus vecinas, Orri me cogió del brazo y me obligó a detenerme. Se apoyó contra la pared y me obligó a colocarme junto a él mientras John se alejaba hacia el puesto de hortalizas.

—Esa chica de ahí es una vendedora de *lífsandi* —me dijo Orri mientras señalaba a la chica que había en el puesto, que en esos momentos estaba ordenando concienzudamente las manzanas.

—¿Esas cosas... se venden? ¿Y se compran?

—Todo en este mundo se puede vender o intercambiar. Los *lífsandi* no son sólo estrellas. También puedes capturar la energía de una cascada, de una aurora boreal, de los rayos, los truenos, la lluvia, el viento... No es fácil atrapar una lluvia de estrellas, así que estos mercados nacieron como alternativa para poder conseguir lo que uno quiere. Normalmente se intercambian *lífsandi*, pero también hay quien los compra o los vende. A gusto del consumidor.

—¿Puedes comprar estrellas como quien compra patatas?

Orri se rió ante la comparación.

—No es tan fácil. ¿Puedes comprar patatas si no sabes que en el mercado hay alguien que las vende? Esto es lo mismo. Hay pocas personas que conocen los *lífsandi*, y aún menos comercian con ellos. Es difícil encontrar a un vendedor, a no ser que sepas dónde buscar, pero no imposible. Suelen vender otros productos, así que lo único que uno necesita saber es a quién preguntar. Los puestos donde se venden, compran o intercambian *lífsandi* están marcados con un triángulo cruzado de arriba abajo por una línea ondeante. Hay gente que, como ella, aprovecha sus negocios para vender *lífsandi* sin que nadie se dé cuenta, excepto aquellos que saben lo que buscan. De modo que sí, puedes comprar estrellas como quien compra patatas, si sabes dónde hacerlo y tienes lo necesario para pagarlas.

—¿Lo necesario?

–Dinero –respondió Orri, como si fuera evidente–. U otro *lífsandi*. Eso es lo que va a hacer Guðjon: cambiar las estrellas fugaces y algo de dinero por una aurora boreal.

–Quiero verlo –dije, fijándome en John, que se había acercado al puesto y charlaba distendidamente con la vendedora, una chica joven de cabello tan apagado como el suyo.

–Guðjon regatea mejor solo. Además, creo que ahora mismo está muy ocupado –dijo, con una media sonrisa, observando por encima de mi cabeza a su amigo–. Se llama Katrín.

–¿La conoces? ¿Por qué no vas a saludarla?

Orri negó con la cabeza.

–Todos los cazadores nos conocemos, aunque sea de vista, de encontrarnos por los mercados. Creo que es mejor que no me vea. Las cosas no terminaron demasiado bien entre nosotros la última vez que nos vimos.

Dibujó una sonrisa ladeada que daba a entender perfectamente qué había pasado entre ellos.

John seguía charlando con la vendedora, que no parecía estar despachándole ni estrellas, ni patatas ni nada de nada. Estaba muy ocupada riendo y llevándose una mano a la boca para ocultar su risa. Ni que fuera una dama de la corte francesa.

–Es guapa, ¿verdad?

–Supongo –respondí, poco convencida–. No la veo muy bien, está muy lejos. De todos modos, creo que John no tiene la cabeza para esas cosas.

–Entiendo.

–¿Qué entiendes?

–Por eso no me haces caso a mí, que te he amado desinteresadamente desde el primer momento en que te vi.

–No seas idiota –me reí–. Está claro que ha tenido algún problema con alguna chica. Se pone serio en cuanto sacas el tema y no parece un gran fan del amor en estos momentos. Además... su aura está muy oscura. Me recuerda a la mía cuando estaba con Javier y durante los primeros meses después de la ruptura.

–¿Muy oscura? –me preguntó Orri. Por primera vez pude ver la preocupación cruzándole el rostro.

–Mucho.

Suspiró y negó con la cabeza. John seguía parloteando alegremente con la vendedora.

–¿Te ha contado algo?

–Lo he intentado. Dice que no quiere hablar de ello.

–No es de los que se abre con cualquiera –respondió él, encogiéndose de hombros–. No es nada personal.

–Ya lo sé. Aun así... me preocupa.

No estaba mintiendo. La curiosidad estaba empezando a hacerle un hueco a la preocupación. Nunca me habían gustado las personas con el aura oscura, porque tenía la sensación de que, si me acercaba demasiado a ellas, me contagiarían su oscuridad, y yo ya había tenido mi propia ración de sombras como para tener que volver a pasar por eso. Sin embargo, John era diferente, y no sólo porque no pudiese alejarme de él mientras durase ese viaje. Las chispas brillantes que de vez en cuando descubría a su alrededor evidenciaban que ese no era su estado natural. Algo en él luchaba por salir a la superficie y disipar la negrura que lo tenía absorbido.

Merecía salir a flote como también yo lo había merecido, como también yo lo había hecho en su momento.

–A mí también –me confesó Orri.

Esperé a que siguiera hablando, a que me diera más pistas o directamente me contara qué le pasaba a su amigo y cómo podíamos ayudarlo, pero no lo hizo. En cierto modo, me sentí aliviada. No quería saberlo si no era el propio John el que me lo contaba. No quería que Orri traicionara su confianza. Pero, sobre todo, yo quería ganarme la de John.

11. Siglufjörður

—No estarás hablando en serio.

—No sabía que sólo había un hotel en la ciudad —se disculpó Orri.

—¡Pues claro que sólo hay un hotel, y claro que está lleno! ¡Porque esto no es una ciudad, es un maldito pueblo! —vociferé.

No estaba de buen humor. Había tenido que esperar a que John terminara de ligar con la vendedora para que pudiéramos ir a comer, y otra vez había tenido que conformarme con un bocadillo insulso. Después, Orri había insistido en pasear por las calles del pueblo para bajar la comida (¿qué comida? Apenas le había pegado tres mordiscos a su bocadillo) y había tenido que aguantar que me hablara sobre la tradición pesquera de su país en lugar de responder a todas las preguntas que tenía sobre los *lífsandi*.

Después había tenido que tragarme tres horas de carretera, interrumpidas por una decena de paradas caprichosas. Orri obligaba a John a detener el coche en cuanto veía una iglesia del diez mil antes de Cristo, o una playa con arena particularmente fina o particularmente gruesa, o un campo de lava, o un río, o caballos u ovejas pasturando por un prado, o una enorme roca de doscientos metros emergiendo del mar, o cualquier paisaje que pudiera parecerle mínimamente interesante. John obedecía sin rechistar y los tres bajábamos del coche para observar las vistas maravillosas que Orri había evitado que pasáramos por alto.

Y cuando por fin habíamos llegado al sitio donde Orri había planeado dormir, no quedaban plazas. En lugar de continuar hacia delante y buscar otro hostel donde pasar la noche, Orri desechó la idea alegando que era demasiado tarde (y a regañadientes tuve que admitir que, en aquel país, las siete de la tarde sí era tarde) y decidió que sería una buena experiencia dormir en el coche. ¡Claro! ¿Por qué no? Si podía ser nuestro comedor particular, también serviría de dormitorio. Había buscado el apoyo de John inútilmente. Este se limitó a encogerse de hombros, como animándome a resignarme. Cuando Orri decidía algo, no había nada ni nadie que lo hiciera cambiar de opinión.

Así que cuando, después de aparcar el coche en lo alto de un acantilado, dijo que estaba demasiado cansado para acompañarnos, no insistí en que viniera con nosotros. Había tenido demasiado Orri por aquel día. Ni siquiera el hecho de que hubiera encontrado un restaurante como Dios manda en el que cenar (¡pasta y carne recién hecha, por fin!) era suficiente para compensar las tres horas de viaje que me había hecho sufrir innecesariamente y la continua negativa a decirme nada más sobre los *lífsandi*. Había decidido que no me hablaría más de ellos hasta que decidiera si creía en su palabra o no, y John se había unido a su silencio.

Desde lo alto de la colina en la que habíamos aparcado el coche, las vistas del fiordo en el que nos encontrábamos eran increíbles. El pueblo, Siglufjörður, se extendía desde la ladera de la colina hasta el mar, que refulgía como una piedra preciosa bajo la luz del sol. En la otra orilla no se adivinaban más que montañas, sin una sola señal de civilización. Sólo se oía una suave brisa y el eco lejano de las olas al romper contra la playa.

Estaba tan nerviosa que era incapaz de hablar y no podía evitar que cada pocos segundos mis ojos cayeran hasta las manos de John. Llevaba el pequeño bote que íbamos a utilizar en nuestra cacería.





Eran las diez y treinta y tres minutos, y no había ni rastro de la luz de la luna o de las estrellas. La luz del sol empapaba el cielo de la noche. Así eran las noches blancas, aunque para mí aquella fuera tan gris como las demás.

Esa noche cazaríamos la luz del sol de medianoche.

Supuestamente.

A lo largo del día, todas mis dudas acerca de la veracidad de lo que contaban aquellos dos chicos se habían ido difuminando. No porque me hubieran hablado más acerca del asunto, ni hubieran aportado nuevos argumentos para que los creyera. Simplemente, la idea de cazar fenómenos naturales me iba pareciendo cada vez más normal.

Sé que es difícil de comprender, pero yo tampoco era precisamente el paradigma de lo normal. Yo podía ver las auras de los seres vivos. Como había dicho John, yo menos que nadie tenía derecho a dudar de sus palabras. Además, pocas horas antes había podido ver cómo John acudía a la vendedora de *lífsandi* con un bote lleno de estrellas y un bote vacío y volvía, unos minutos y flirteos de más después, con uno de los botes lleno de

unas ondas brillantes verdes y amarillas que se movían como culebras en el agua. El bote estaba completamente sellado con el tapón de corcho y, sin embargo, las ondas de colores corrían libremente por su interior. No era un truco ni un efecto óptico, porque, si me acercaba a él, podía oírlo soplar.

Aun así, necesitaba ver cómo se cazaban aquellas cosas para convencer a todo mi cerebro de que aquello era real, para acallar de una vez por todas aquel reducto que se resistía a abandonar las leyes de la lógica.

Las dudas me sobrevinieron de golpe cuando John señaló un espacio plano en el que estaríamos cómodos. ¿Y si todo había sido una broma? Yo no sabía nada de magia ni de ilusionismo y, para qué negarlo, siempre había sido muy ingenua con aquellas cosas. Podían haberme engañado fácilmente. Sabía lo que había visto y sabía que ni las estrellas ni la aurora parecían artificiales, pero quizás todo había sido producto de la sugestión. Quizás habían pintado el bote y habían grabado la melodía de los colores y habían...

Me obligué a dejar de pensar.

Me senté junto a John, imitando su postura al detalle: piernas cruzadas, espalda recta y las manos apoyadas en las piernas. Quizás era importante en el rito de la cacería.

—Creo que es la única forma de caza en la que no hace falta que te muevas ni un milímetro —bromeé para ocultar mi nerviosismo.

—¿Y la pesca con caña? Sólo tienes que moverte para recoger el hilo.

El viento seguía soplando, empujando alegremente las pocas nubes que moteaban el cielo de la noche. Sacudí la cabeza y me volví hacia John.

—Explícame cómo va esto.

—Esto, querida Heima, es una tradición milenaria.

—Explícame cómo va esta «tradición milenaria» —me corregí.

John sonrió y colocó el bote encima de mis piernas.

—No lo abras aún —me advirtió, viendo cuáles eran mis intenciones—. Primero, la teoría. Esto no es una novela de fantasía o de ciencia ficción donde el protagonista es el Elegido por obra y gracia de Dios. Ni Orri ni yo somos elegidos. Somos tan capaces de cazar *lifsandi* como lo eres tú o cualquier otra persona. Cualquiera puede hacerlo.

—Gracias, ya me has dejado claro que no debo crearme especial y que soy tan vulgar como cualquiera. ¿Podemos pasar a lo importante?

—Lo que quiero decir es que cualquiera puede hacerlo siempre y cuando sepa cómo hacerlo. No es complicado ni se necesita un doctorado en Física cuántica para hacerlo, no te preocupes —dijo John, que se puso de cuclillas junto a mí. Me cogió la mano izquierda y, colocando sus dedos sobre los míos, me hizo acariciar lentamente la superficie del bote con la yema de los dedos—. ¿Has notado un pequeño bulto? Debes colocar tus pulgares encima de él, y rodear el resto del bote con las manos.

Asentí y él soltó mi mano para que le demostrara que había entendido exactamente cómo tenía que hacerlo. Deslicé los dedos por encima del cristal hasta que di con el bulto, que más que una marca parecía una imperfección. Estaba en el centro del bote, de modo que mis manos encajaban perfectamente a su alrededor. Mis dedos meñiques quedaban justo en su culo.

—No pongas una mano encima de la otra —me corrigió John—. Coloca una en la parte superior del bote y otra en la inferior, como si alguien estuviera mirándote y tú quisieras evitar que viera lo que hay dentro del bote.

—¿Y ahora qué? —le pregunté, en cuanto hube colocado las manos tal como me había indicado.

—Ahora, escucha: el cristal absorbe la energía de tu cuerpo y la convierte en una especie de imán para los *lífsandi*. Aunque la luz del sol de medianoche no tiene mucha energía, sigue siendo un *lífsandi*, así que es posible que el bote tiemble. No lo sueltes en ningún momento, porque el bote te necesita para poder captar el *lífsandi*. Si lo sueltas a media caza, la energía podría hacerlo estallar en mil pedazos, y recuerda que no es algo que se pueda comprar en cualquier bazar.

Lo miré, asustada. Aquello era demasiada responsabilidad para mí.

—Hazlo tú —le dije, devolviéndole el bote sin miramientos.

—Te ayudaré —insistió. Se puso de pie detrás de mí y me colocó de nuevo el bote en las manos. Lo obedecí cuando me dijo que volviera a poner las manos tal como me había enseñado y, en cuanto lo hube hecho, colocó sus manos sobre las mías imitando su posición—. Yo evitaré que lo sueltes.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, la práctica: destaparé el bote muy rápido y volveré a poner las manos encima de las tuyas. Tú debes concentrarte en la luz del cielo. Mírala y no pienses en nada más. Céntrate en ella para captar su energía, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Preparada?

En absoluto.

—Sí.

John hizo exactamente lo que había dicho en menos de dos segundos.

Clavé mis ojos en la zona más iluminada del cielo, imaginando los colores que tantas poesías y obras de arte habían inspirado. Empecé a oír un suave sol en mi mente y, como si esa acuarela natural se hubiera desbordado de su lienzo, un fino hilo anaranjado comenzó a acercarse a nosotros. ¡Naranja! ¡Podía ver su color!

Antes de que me diera cuenta, la luz del sol de medianoche nos alcanzó y golpeó el culo del bote tan de improviso que, de no haber tenido a John a escasos centímetros de mi espalda, no habría podido resistir el embiste. Era evidente que él estaba acostumbrado a hacer aquello, porque sentía los músculos de sus manos y de sus brazos en tensión. Me resistí a desviar la mirada. Debía seguir observando el sol, atrayendo su energía.

La melodía en mi cabeza era cada vez más fuerte y el color naranja parecía inundarlo todo. Ya no veía blancos, ni negros, ni grises. Sólo veía un brillante y vívido naranja. No podía parpadear. No quería perderme ni un segundo de aquella embriagante y colorida sensación.

De repente, el espectáculo terminó. El color se apagó y yo me sentí mareada.

—¿Estás bien? —me preguntó John, muy cerca de mi oído.

Asentí a duras penas, obligándome a parpadear, como si mis ojos fueran el cristal sucio de un coche que hay que limpiar para que el conductor pueda ver lo que hay al otro lado. Estaba completamente desorientada.

—Ya está, ya he puesto el tapón —dijo John—. Puedes soltar el bote, Heima.

Respiré profundamente y aparté la mirada del cielo para dirigirla a mis manos. Efectivamente, ahí estaba, cerrado, lleno de miles de hebras anaranjadas y rosadas que bailaban entre ellas al son de una melodía abrumadora en la que un sol infinito se alternaba con un dulce la. John había apartado las manos y yo ni siquiera me había dado cuenta. Me había caído hacia atrás con tanta fuerza que había conseguido tumbarlo y ahora estaba tirada de espaldas encima de él. Incluso podía notar el movimiento de su pecho al respirar. Aparté las manos del bote y me levanté como pude, murmurando mil disculpas en todas las lenguas que conocía. Incluso en islandés.

—*¿Fyrirgefðu?* —repitió John, incorporándose con mucha más elegancia que yo.

—¿No se dice así?

Rió.

–Así que puedes pedirme perdón en islandés, pero sigues siendo incapaz de pronunciar mi nombre.

Me encogí de hombros.

Nos quedamos un buen rato en silencio, observando la luz del sol de medianoche embotellada. Lo aparté en cuanto noté que mi cerebro empezaba a palpar. El sonido de esa energía se metía entre mis neuronas y parecía sonar cada vez más fuerte.

–Podría pasarme el día mirándolos si no fuera porque me provocan un dolor de cabeza horrible.

–¿Por qué? –John me miraba sin comprender.

–Porque, cuanto más los miro, más fuerte oigo su melodía en mi cabeza.

–Eres la primera persona que conozco que puede oír los *lífsandi*.

–¿Es que conoces a alguien más que pueda ver el aura de la gente?

–En eso también eres la única. No entiendo por qué puedes oírlos. ¿Tienen... aura?

Negué con la cabeza y tomé aire para explicarle las particularidades de las auras y cómo interpretarlas. El halo que se formaba alrededor de la persona, las chispas de color que a veces lo acompañaba, la forma en que entraba en contacto con su piel... Y el significado de cada color, desde el feliz naranja hasta el depresivo e introspectivo negro.

–Eres un poco rara –sentenció él cuando terminé mi clase magistral.

–Mira quién fue a hablar, el que caza y colecciona estrellas y rayos de luna.

–Entre otras cosas –puntualizó–. ¿Y quién te ha dicho que las colecciona? Sé darles mejores usos.

–¿Por ejemplo?

John dejó escapar una sonrisa tan amplia que parecía que hubiera estado reteniéndola toda la noche, esperando aquella pregunta para poder dejarla libre.

Alargó un brazo para coger la luz del sol de medianoche y yo aparté la mirada para evitar volver a oírla.

–Si no abres los ojos, no puedo enseñártelo –me dijo, unos segundos después.

Separé los párpados a regañadientes y me encontré con un diáfano hilo de luz rosada y anaranjada a pocos centímetros de mis ojos. John lo guiaba con los dedos sin llegar a tocarlo, como si fuera papel hundido en el agua que se mueve impulsado por la corriente. John sopló y el haz de luz se enganchó en mi mejilla. Me quedé inmóvil, intentando no

respirar. ¿Y si cogía demasiado aire y aquella cosa se me metía en los pulmones y me hacía estallar?

Traté de calmarme concentrándome en el extraño cosquilleo que sentía en la piel, mirando a John con los ojos muy abiertos, esperando que me dijera qué debía hacer. ¿Tenía que quitármela? ¿Arrancarla? ¿Soplarle para que se fuera volando?

El cosquilleo desapareció y mi mejilla volvió a ser la que era.

—Tu piel la ha absorbido —me explicó John cuando vio que estaba mirando a mi alrededor en busca de la luz desaparecida—. Antes de que te pongas histérica, no te preocupes: no te va a matar ni vas a ponerte enferma. Es sólo energía.

—Yo nunca me pongo histérica.

John volvió a colocar el bote junto a mí.

—No sabes lo fácil que es ligar si sabes cómo utilizar una estrella o una aurora boreal correctamente. Sólo hay dos resultados posibles: la chica te cree y eres algo así como un dios para ella o la chica está segura de que es un truco de magia y, como es incapaz de entender cómo lo haces, eres algo así como un dios para ella.

No tuve más remedio que reírme. Me resultaba difícil imaginar a John ligando descaradamente, y más con un puñado de estrellas en la mano.

—Eso es jugar sucio. Nadie puede competir contra una aurora boreal.

John se encogió de hombros.

—Cada uno juega con las cartas que tiene.

Seguía sin poder imaginar a John yendo de bar en bar en busca de alguna presa con la que poner a prueba sus trucos. Podía esperarlo de Orri, pero de John... Lo miré de reojo. Estaba inmóvil, observando el cielo con tanta intensidad que parecía querer descubrir dónde terminaba. A pesar de que llevaba ya tres días compartiendo todas mis horas con él, no conseguía formarme una idea clara. No era capaz de encontrar ninguna palabra que lo definiera. Arisco, cortante y callado a veces, cercano y atento otras. Me confundía, y confundir a alguien que puede leer a las personas a través de sus auras no es fácil.

Era un misterio de aura oscura y mirada brillante. Nada en él tenía sentido.

Me pregunté si no estaría intentando comprenderlo observando únicamente su superficie. Después de todo, uno no puede conocer el fondo marino observando sólo sus olas. Había hecho muchas suposiciones sobre él y en todas me había equivocado. No era

maleducado, ni introvertido o borde, ni le molestaba que yo estuviera ahí, y tampoco era un cerebritito sabelotodo.

En esos tres días había aprendido la primera lección de aquel viaje: las apariencias engañan. Que no pudiera imaginar a John como el casanova que pretendía ser Orri no significaba que no lo fuera. Tampoco podía imaginarlo arrastrando redes llenas de peces y, sin embargo, eso era lo que hacía para ganarse la vida.

Si tenía algo claro es que podía esperar cualquier cosa de él, incluso que uno de sus pasatiempos favoritos fuera cazar estrellas y sol de medianoche.

Me di cuenta de que llevábamos una eternidad en silencio, una eternidad en la que no había despegado los ojos de él. Volví la mirada hacia el mar y en ese momento John decidió aclararse la garganta para decir:

—¿Puedo hacerte una pregunta? Es... personal.

—Dime.

Podría haberse creado una cordillera en el tiempo en que tardó en volver a hablar:

—¿De qué color es mi aura?

Por mucho que insistió, no cedí. Me inventé mil excusas, mil códigos deontológicos ficticios que me impedían hablarle de sus auras a la gente.

La realidad era mucho más simple y mucho más directa que eso.

No me sentía capaz de responder. ¿Cómo se le dice a alguien que sabes que es un pozo de infelicidad sin hundirlo más en él y sin hacerle sentir que te has adentrado en un territorio que te estaba vedado?

Cuando conseguí que John se rindiese y aceptara que no iba a hablarle de su aura y tampoco de la de Orri, dio la cacería por terminada. De repente, se acordó de que era muy tarde y que nuestra lujosa suite nos esperaba. No volvió a hablar hasta que llegamos al coche. Al abrir la puerta del maletero, vio que allí no había nadie. Sólo dos sacos de dormir perfectamente colocados el uno al lado del otro. No había ni rastro de Orri. John empezó a soltar una sarta de improperios (o palabras cariñosas dichas con muy mala leche) en islandés hasta que comprobó los asientos traseros y se encontró con su amigo durmiendo a pierna suelta. Abrió la puerta malhumoradamente y lo zarandéó sin ningún miramiento. Trató de hacer que se levantara, sin ningún éxito. Orri se dio la vuelta y, refunfuñando, hundió la cara en el asiento. John cerró la puerta violentamente, como último intento para conseguir que su amigo se despertara. Esperó unos segundos a que este reaccionara y, al ver que era inútil, soltó un suspiro cansado.

–Lo siento. Se suponía que tú tenías que dormir ahí y nosotros dos en el maletero.

–No me importa dormir en el maletero –respondí, aunque no era del todo cierto. No me hacía demasiada gracia dormir sobre una superficie tan dura, pero al menos estaríamos anchos. Orri se había encargado de embutir todo el equipaje en los asientos delanteros. Había colocado mi saco de dormir junto al de John e incluso había dejado nuestros pijamas plegados a los pies de cada saco. Sólo le había faltado poner un bombón donde debería ir la almohada.

Esperé a que John guardara el sol de medianoche en el macuto y subiera al maletero y cerré la puerta. Nos cambiamos de ropa como pudimos y nos acomodamos en silencio en esas camas improvisadas. John se quitó las gafas, las dejó cuidadosamente junto a él y se colocó en posición fetal de espaldas a mí.

–*Góða nótt*, Heima.

Estaba demasiado dormida para responderle, y aún más para exigirle que me hablara en un idioma que pudiera entender.

12. Húsavík

Por segundo día consecutivo, me desperté sintiendo cómo alguien invadía mi espacio vital. Y mientras que Orri había mantenido un poco la compostura y sólo me había pasado el brazo por encima, ahora John estaba prácticamente encima de mí, con el cuerpo apoyado sobre mi costado y su mano reposando sobre mi cintura.

Sentía su aliento en mi oreja y el ritmo de su corazón sobre mi brazo derecho, que había quedado preso entre nuestros cuerpos. No se movió ni un centímetro cuando carraspeé para despertarlo, y tampoco cuando intenté quitarme de encima su brazo. Lo único que conseguí fue que me abrazara con más fuerza y que murmurara alguna palabreja indescifrable. Bufé sonoramente y cerré los ojos con fuerza. Me dolía todo el cuerpo; apenas había conseguido dormir una hora seguida y ahora ni siquiera podía levantarme porque un islandés me había tomado por su oso de peluche particular.

—Ya veo que habéis dormido bien.

Eché como pude la cabeza hacia atrás y vi a Orri asomado por encima de los asientos. Lo único que pude pensar cuando lo vi fue que era demasiado temprano para tener una sonrisa tan ancha en la cara.

—No precisamente —mascullé, y volví a zarandear a John hasta que soltó un leve gruñido y algo que parecía ser el «mamá, cinco minutos más» islandés. No iba a darme por vencida, así que insistí hasta que empezó a gruñir y a despegar los párpados lentamente.

Al darse cuenta de que estaba agarrado a mí como un oso perezoso, se separó muy lentamente, sin decir nada e intentando no hacer ruido, esperando tal vez que estuviera dormida y no me hubiera dado cuenta de su abrazo. Cuando me volví hacia él, sus mejillas enrojecieron de golpe —o lo habrían hecho si hubiera sido posible superar su sonrojo permanente—. Murmuró una disculpa y se deslizó como una hoja llevada por la corriente hacia su lado del maletero. Orri nos miraba divertido, con una sonrisa que estaba a punto de desbordarse.

—Ya te dije que Guðjon no es de los que pierden el tiempo.

—Duérmete, Orri —gruñí.

Ninguno de los tres consiguió volver a conciliar el sueño. Cada pocos minutos oía a uno de los chicos cambiando de postura o soltando un suspiro cansado. Había demasiada luz y el ambiente estaba demasiado cargado.

Cuando John sacó un libro y se puso a leer, supe que había llegado la hora de levantarse. Si se enganchaba a la lectura, sería imposible separarlo de ella. Convertimos nuestra suite en el comedor principal y desayunamos mientras le contaba a Orri mi experiencia con la cacería, incluida mi penosa caída y mareo. Esperé burlas y risas, pero, para mi sorpresa, Orri fue comprensivo, por lo que deduje que su primera cacería de *lífsandi* tampoco había sido ni elegante ni digna. John lo confirmó, alzando la vista por encima del libro, y Orri se apresuró a negarlo, aunque sin mucho éxito. Después de engullir nuestra ración matutina de galletas, transformamos la suite/comedor en un vestidor e hicimos turnos para poder cambiarnos de ropa sin tener espectadores, aunque Orri insistió en que él no tenía ningún problema con su cuerpo y que ambos, y con eso se refería a mí, éramos libres de mirar cuanto quisiéramos. Por suerte, John lo entretuvo y cuando llegó mi turno pude vestirme sin más público que mi propio reflejo en la ventanilla.

A las ocho de la mañana ya estábamos todos en nuestro sitio: John en el asiento del conductor, Orri de copiloto, yo detrás de él, y el equipaje, incluidos los *lífsandi*, en el maletero. Antes de arrancar el coche, Orri sacó su mapa de la guantera y yo hice lo propio con mi guía. Orri señaló el punto en el que estábamos exactamente (uno de los muchos fiordos al norte de la isla) y la casa de huéspedes en la que dormiríamos, situada a menos de ciento cincuenta kilómetros de ahí. No tardé demasiado en descubrir la razón por la que ni John ni Orri querían considerar siquiera la opción de pasar la noche en otro lugar. Querían ver a una amiga que trabajaba ahí, probablemente un viejo y/o futuro ligue de Orri. Sin embargo, sí estaban dispuestos a dar un rodeo para llegar hasta ahí. Con la vista fija en el mapa, Orri fue soltando un nombre tras otro mientras yo los buscaba en mi preciada guía. Cuando estaba a punto de darme por vencida, encontré algo que consiguió entusiasmarme.

—«Húsavík (2.400 habitantes) es una importante localidad con un activo puerto comercial... bla, bla, bla... Frente al puerto hay una preciosa iglesia de madera de 1907... Bla, bla, bla... dos interesantes museos... el Hvalamídhstöðin, dedicado a las

ballenas (Húsavík es uno de los lugares más adecuados de Islandia para avistar estos cetáceos).» –Levanté la mirada de la guía y sonreí–. Vamos a ver ballenas.

–Ni hablar. –La negativa de John fue rotunda.

Me dirigí a Orri en busca de su comprensión.

–Me prometiste hacer cosas turísticas. Ver ballenas es turístico.

Se quedó unos segundos meditando mis palabras, miró a su amigo y finalmente se encogió de hombros.

–Laura tiene razón, se lo prometí.

John refunfuñó algo ininteligible.

–Por favor –le pedí, buscando sus ojos a través del espejo retrovisor–. Por favor, nunca he visto ballenas.

–Ni vas a hacerlo. Son animales salvajes, no van a hacer un salto espectacular sólo para tu goce y disfrute. Sólo verías una ínfima parte de ellas cuando salieran a respirar.

–Me conformo con eso. Por favor.

–Sí, John, por favor –me imitó Orri, con la voz más aguda y más femenina de su registro.

Después de diez minutos de súplicas, John se dio por vencido y accedió a llevarnos a Húsavík, siempre y cuando pudiera elegir la música durante todo el día. Con ese trato cerrado, giró la llave de contacto y el todoterreno despertó.

–¿Qué se dice? –me preguntó Orri con tono maternal al tiempo que John maniobraba para volver a la carretera.

–Gracias, John.

–En islandés.

Resoplé y escarbé en el pozo de la memoria en busca de la palabra que necesitaba.

–*¿Takk?*

–*Takk* –confirmó Orri.

–Pues *takk* por ayudarme a ser mejor turista, distinguido señor Guðjon Sigurrósarson.

Tenía la sensación de que no lo estábamos haciendo bien, porque ese viaje por carretera no tenía nada que ver con los que había visto en películas o en libros. Siempre había tenido muy claro en qué consistía un viaje en coche: conducir, recoger a autoestopistas, jugar a juegos estúpidamente entretenidos como elegir un color y contar los coches de

ese color que pasen por la carretera (un juego que personalmente siempre había odiado), cantar a toda pastilla alguna canción que suene en la radio, saludar y hacerles burlas a otros conductores, perderse y consultar el mapa mil veces antes de encontrar el camino correcto, comer en bares y restaurantes de carretera, contar chistes y adivinanzas, comer en el coche, cantar más fuerte y recoger a más autoestopistas.

En aquel país, sin embargo, sólo podríamos haber jugado a contar caballos y ovejas, porque apenas nos cruzábamos con coches y no habíamos visto a ningún autoestopista en todo el viaje. Además, daba la sensación de que John conocía demasiado esas carreteras como para perderse. Aunque, para quitarle mérito, no era muy complicado encontrar el camino adecuado: sólo tenías que seguir la nacional uno, que daba la vuelta completa a la isla y era de las pocas bien asfaltadas, y tomar la salida que se indicara. Pasábamos la mayor parte del tiempo observando el paisaje, durmiendo o charlando sobre cualquier cosa. Lo único que hacíamos de esa lista de imprescindibles era comer y cantar, y nunca todos juntos, como sucede en cualquier buena película que se precie, momento en que sube el volumen y los protagonistas dan rienda suelta a su juventud. Lo máximo que nos habíamos acercado a eso había sido un momento en el que Orri se había unido a mis susurros para cantar un dueto en inglés. John se limitaba a tararear las canciones en islandés y a recordarme cada poco tiempo que su país era uno de los más activos culturalmente del mundo y a nombrarme todos los grupos y cantantes que le pasaban por la cabeza

Aquel cuarto día de viaje no fue distinto. Orri se durmió a los pocos minutos de ponernos en marcha y John y yo nos entretuvimos hablando de fotografía acompañados por una fina y persistente lluvia. Aunque no tenía ni idea del tema, escuchó todo lo que le expliqué, desde cómo empecé con la fotografía cuando mi padre me regaló una cámara réflex para mi decimoquinto cumpleaños hasta los conceptos técnicos más básicos para hacer fotos en modo manual. Cuando le dije que Islandia era un paraíso para cualquier amante de la fotografía que se precie, vio su oportunidad para tomar las riendas de la conversación y durante el resto del viaje estuvimos hablando de los lugares que ya habíamos visto y de los que aún teníamos por delante. John hablaba con tal pasión de su tierra que me sorprendió descubrir que hacía dos años la había dejado para ir a estudiar un año a una universidad en Londres. Me costaba imaginarlo en una gran ciudad. Tenía la impresión de que necesitaba vivir en la naturaleza para ser feliz y que se ahogaría en cualquier sitio en el que hubiera más asfalto que árboles. Sin embargo,

aunque dijo que había echado de menos su tierra durante todos los meses que estuvo fuera, admitió que vivir en el extranjero era una experiencia que no descartaba volver a repetir. En Londres o donde fuera. No había tenido la oportunidad de viajar demasiado fuera de su país. Era su tema pendiente.

Llegamos a Húsavík cuando John estaba haciendo una lista de todos los países a los que quería ir en el futuro (que se podrían resumir en todos los territorios que no estuvieran en guerra en el momento del viaje). Tal como me había dicho, Húsavík era un pueblecito pequeño con el alma y el movimiento de una ciudad. Estaba claro que era un pueblo vivo gracias al turismo y, aun así, no había ni rastro de la artificialidad que suele definir a ese tipo de lugares. Los edificios, la mayoría de madera y de techos inclinados, se distribuían sin mucho orden ni concierto entre una buena cantidad de frondosos árboles. No tenía ninguna construcción especial o particularmente impresionante. Incluso su iglesia era pequeña y sobria, como si le diera miedo destacar demasiado entre el resto de los edificios del pueblo. Era precisamente su falta de pretensiones lo que hacía especial a esa pequeña localidad pesquera, situada entre el mar y una cadena montañosa. Tuve mucho tiempo para observar sus calles y llegar a esa conclusión durante las dos horas que tuvimos que esperar para que zarpara nuestro barco. Orri el Guía Turístico decidió revivir para amenizar la espera con mil datos sobre la historia de Húsavík, que prácticamente se resumía en que tenía el honor de ser el lugar donde se instaló el primer europeo, un vikingo sueco, allá por el siglo X. No debió de gustarle demasiado la experiencia, porque se fue de la isla después de pasar ahí unos cuantos inviernos. No podía culparlo. A juzgar por la inclinación de los tejados y por algunas montañas lejanas moteadas por la nieve en pleno junio, aquel no era el lugar donde nadie con sentido común desearía pasar el invierno.

Por suerte para nosotros, estábamos en verano, y además la lluvia que nos había acompañado durante prácticamente toda la mañana había decidido desviarse y no seguirnos hasta Húsavík.

Aunque Orri y John se habían atrevido a salir con una chaqueta no demasiado gruesa, yo me había preparado para aquella expedición a conciencia. Había pasado suficientes días en aquel país como para darme cuenta de que el clima era muy traicionero, y que en el momento de salir del coche hiciera sol no significaba que el cielo permaneciera así durante mucho rato.

Me había puesto unas medias gruesas debajo de los tejanos y llevaba una camiseta de manga corta, otra de manga larga, un jersey y mi calentito forro polar. Mi querida guía recomendaba abrigarse antes de subirse al barco y yo, friolera como nadie, no había dudado en hacerle caso. Orri y John se burlaron de mí y de mi poco aguante hasta la saciedad, o al menos hasta que volvimos al puerto un cuarto de hora antes de que saliera nuestro barco y vieron que yo no era la única persona previsora de la embarcación. De la cuarentena de viajeros, más de la mitad iban tan abrigados como yo. Era evidente que eran todos turistas y que la mayoría de ellos no procedían de climas tan fríos como el de Islandia. Lejos de dejarme en paz, Orri dio un cambio de rumbo a sus burlas y me felicitó por estar mutando satisfactoriamente en una turista en condiciones. Estaba orgulloso de mí.

La tripulación apareció cuando faltaban menos de cinco minutos para salir del puerto: dos chicos rubios, una chica de piel tan sonrosada como la de John y un hombre de barba espesa y mirada afable. La chica, vestida con un forro polar y un gorro del que se escapaban algunos mechones de cabello rizado, presentó a toda la tripulación, de los que no fui capaz de retener ningún nombre. Demasiadas consonantes juntas. Ella y uno de los dos jóvenes serían nuestros guías, los encargados de explicarnos cuanto quisiéramos saber y avisarnos cuando vieran una ballena o cualquier otro animal interesante para los turistas como nosotros, fundamentalmente frailecillos, unos pájaros blancos y negros de pico grande y rojo a rayas; al parecer, aunque yo no había visto ninguno en lo que llevábamos de viaje, era uno de los símbolos del país. Siempre según la chica, que al terminar su discurso nos animó a aplaudir y a tomar asiento hasta que llegáramos a la zona de avistamiento.

Era un barco de madera, no muy grande y de aspecto tradicional. Sólo había una cabina desde donde se tripulaba, y el resto era un espacio abierto donde los turistas podían pasear y moverse sin problemas. Los únicos espacios que había para sentarse estaban junto a las barandas, donde se había añadido un banco con la pintura ahora desconchada que rodeaba prácticamente todo el barco.

Las reglas eran sencillas: tener a los niños bien vigilados, nada de ponerse de pie en los bancos y no tirar nada al mar. Los guías indicarían la posición de las ballenas al modo tradicional: dando la hora. Las doce para la proa, las tres para estribor y las nueve para babor. Parecía sencillo de seguir, pero pronto me di cuenta de que o yo era tonta, o no oía bien, o aquello no era tan sencillo como parecía. A veces no entendía hacia dónde

teníamos que mirar, y cuando seguía a la muchedumbre hacia el lado del barco al que debía asomarme, la ballena ya había desaparecido en el agua con aplausos y vítores de admiración. Otras, simplemente, no sabía qué tenía que buscar, porque la chica hablaba tan rápido que no sabía si había dicho «ballena Minke» a las tres en punto o «frailecillo» a las tres en punto.

Al final opté por acomodarme en un rincón de la proa e intentar avistar las ballenas por mí misma, sin seguir más indicaciones que las dirigidas a las doce en punto.

—Estás muy concentrada.

John se dejó caer junto a mí descuidadamente y miró hacia el punto en el que yo tenía clavada la mirada. Le expliqué que hacía un buen rato ya, la guía de nombre impronunciable había gritado «ballena Minke» a las doce en punto y yo me había quedado mirando esa forma indefinida y negruzca que flotaba a medio centenar de metros que no volvía a zambullirse. Terminé por deducir que no había entendido el grito de la chica y había dado el aviso de un frailecillo, y como yo no había conseguido ver ninguno, estaba esperando a que nos aproximáramos para verlo de cerca. Tenía la cámara en las manos y el dedo sobre el disparador, esperando el momento preciso para tomar la foto perfecta.

—Heima... —carraspeó él, apretando los dientes como si temiera que algo horrible escapara de ellos—, eso es un pato.

—¿Qué?







–Es un pato. Un pato normal y corriente. De los que hacen cua cua.

Me giré hacia él y escudriñé su rostro hasta que no pudo más y soltó una carcajada que llamó la atención de más de un turista. Se sacó las gafas y me las ofreció sin dejar de reír:

–Toma, tú las necesitas mucho más que yo.

Le respondí con una mueca y seguí vigilando la superficie del mar sin mover la cámara, intentando desconectar del jaleo que armaban los demás turistas, que no dejaban de moverse de un lado a otro del barco. Todos excepto Orri, que se había pegado a la guía en cuanto había tenido ocasión, seguramente afanoso por demostrarle que él no era como todos aquellos descerebrados con mapas y cámaras de fotos.

–¿Se puede cazar el mar? –le susurré a John, que se acercó un poco más a mí e imitó mi postura, apoyada con los brazos sobre el respaldo del banco.

–Su energía, sí –me respondió, utilizando el mismo tono de voz casi inaudible–. Es posible cazar cualquier fenómeno de la naturaleza, siempre y cuando esté vivo.

—No te entiendo. La luz del sol no está viva.

—Me refiero a que debe fluir: un río, una cascada, el mar, el viento... No puedes cazar la energía de un charco de agua o de un glaciar, debido a que la energía que desprenden es mínima.

—¿Y las estrellas o la luz del sol?

—La luz fluye, aunque nos parezca algo estático.

—Pero un glaciar también fluye. Se derrite, crea icebergs, lagos...

—No intentes hacer de esto una ciencia exacta, porque te va a explotar la cabeza. Cada fenómeno emana un determinado grado de energía y la de algunos es tan débil que resulta imposible atraparla. Hay glaciares en los que podrías cazar *lífsandi*, pero la regla general es que no emiten suficiente energía para hacerlo. Cuando llevas muchos años cazando, aprendes a captar el potencial de cada fenómeno, la teoría es in... ¡Ballena a las doce y diez!

Me volví rápidamente y conseguí ver el lomo de una ballena negra surcar unos segundos la superficie del mar para volver a zambullirse en apenas unos segundos. Sonreí. Cuando había exigido ir a Húsavík para avistar ballenas, había creído que vería algo más de ellas que su lomo asomándose tímidamente, a pesar de que eso era precisamente lo que había predicho John. Lo mínimo habría sido que alguna se dignara a dar algún salto, pero no parecían muy dispuestas a ofrecer ningún espectáculo. Aun así, navegar por aquellas aguas, con la certeza de que bajo mis pies nadaban tranquilamente decenas de ballenas, me hacía sentir extrañamente feliz. Relajada. En contacto con la naturaleza.

—¿Ya te hemos convencido?

—He cazado la luz del sol de medianoche con mis propias manos. ¿Tengo alternativa?

Me estremeció la facilidad con la que pronuncié la primera frase. Había cazado la luz del sol de medianoche como quien va al bosque a recoger bayas silvestres. Sonaba tan lógico y natural en mi boca que me pregunté en qué momento exacto había decidido que aquello no me extrañaba ni me aterrorizaba en absoluto.

—Supongo que no.

Un golpe de aire de mar me azotó en la cara.

—Creo que debería haberme puesto otro jersey debajo del forro polar.

—Deberías haberte puesto un kilo de carbón ardiendo alrededor del cuerpo —se rió John.

—No te burles de mí. No tengo la suerte de tener hielo en las venas como vosotros. Yo tengo sangre de verdad.

—Por suerte para ti, mis venas de hielo hacen que no necesite esto —dijo, señalando con la cabeza la sudadera que llevaba en la mano—. No la querrás, ¿verdad?

Miré la sudadera y a John repetidas veces hasta que me rendí. El orgullo no iba a protegerme de un posible catarro.

—Por favor.

—Te la cambio por una respuesta.

—¿A qué pregunta?

—¿De qué color es mi aura?

—¿Otra vez? —resoplé, exasperada.

John se encogió de hombros, como advirtiéndome que seguiría intentándolo hasta que se saliera con la suya. Nos quedamos quietos, acunados por el vaivén de las olas, mirándonos a los ojos, tratando de leer cada uno el interior del otro. Yo para saber qué le sucedía y él para descubrir qué decía de él el color de su aura.

—No tiene buen color —dijo, sin ningún rastro de sentimiento en la voz, al tiempo que me colocaba la sudadera en las manos.

Me la puse encima del forro polar, y me quedé observando la gigantesca piña que tenía en el pecho hasta que fui capaz de responder algo.

—John...

—No hace falta que me mientas, Heima. Puede que tú seas capaz de ver la enfermedad, el estado general, pero yo soy muy consciente de... las heridas. Soy consciente de que mi aura, si es que de verdad tengo de eso, no es precisamente el festival del color en estos momentos. Me conozco. Después de todo, tengo que vivir conmigo mismo veinticuatro horas al día —dijo, con un tono estudiadamente aséptico—. Y no me mires así, por favor. Odio que me miren... así.

—¿Cómo?

—Como si fuera un misterio por resolver. Como si quisieras abrazarme bien fuerte, darme unas palmaditas en la espalda y decirme que todo va a ir bien aunque no tengas ni idea de lo que me pasa.

Dejé caer los ojos y me volví hacia el mar.

—No volveré a mirarte ni a preocuparme por ti, tranquilo. Si quieres que sólo seamos compañeros de viaje, me limitaré a preguntarte direcciones, Guðjon.

Le costó unos largos minutos volver a hablar, y lo hizo con tono apaciguador.

–Me has llamado por mi nombre.

–¿Es que ahora también te molesta eso?

Suspiró y negó con la cabeza.

–Lo siento. Hablar de ciertas cosas me hace volver a lugares y a situaciones que preferiría olvidar.

–Has sido tú quien ha sacado el tema –le recordé.

–Lo sé. –Volvió a suspirar, esta vez más hondo, tomando todo el aire que podían contener sus pulmones–. Mi novia me dejó hace unas semanas.

–Ah.

–Llevábamos casi un año juntos.

–Ah.

–Era una zorra.

–Ah.

–¿Ah? ¿Eso es todo lo que vas a decirme?

–Lo que quiero decir es... ¿dónde está el problema exactamente? No lo entiendo.

–El problema es que me siento como un idiota. He malgastado un año de mi vida queriéndola y soportando que me tratara como si estuviera haciéndome un favor saliendo conmigo. Y encima, cuando descubrí que me había engañado, fue ella la que me dejó. Soy patético.

–¿Tu aura está así porque tu novia te fue infiel? –No pretendía sonar tan burlona como lo hice.

–Genial, ahora no sólo me siento patético, además la loca del pelo violeta piensa que lo soy.

–Yo no he dicho eso.

–Sé leer entre líneas.

–No he dicho eso –repetí.

–Ya sé que es patéticamente típico, ¿vale? Pero soy humano, me muevo por los mismos patrones que todo el mundo. Familia, amistad, amor. Tengo derecho a tener sentimientos, ¿sabes? A Orri le gustaría que fuera como él con las chicas, pero no puedo. Y me gustaría poder, porque tener sentimientos es una mierda.

–Es lo que te hace humano.

–Entonces, ser humano es una mierda.

—¿Y ahora quién es el melodramático? Sólo es una chica —le dije, sin demasiada convicción. Era lo que solía decirme Larisa cuando lloraba por Javier y, aunque nunca me trajo ningún consuelo, parecía lo apropiado. Lo único que podía decirle.

—No la echo de menos —suspiró, cansado—, y me siento mal por no hacerlo. Creía que no podía vivir sin ella y, sin embargo, aquí estoy, pensando que la traiciono a ella y cuestionándome todo lo que creía sentir. Quizás no la quería. Quizás estaba enamorado de la idea del amor, ¿sabes? De la sensación de sentirme querido y unido a alguien de una forma especial. Lo pienso y me siento horrible, porque, si era así, todo lo que hubo entre nosotros fue mentira. La engañé durante todo el tiempo que estuvimos juntos. Soy mentiroso, egoísta y cornudo. Ah, y patético, gracias por confirmarlo.

Iba a amenazarlo con tirarlo por la borda si no dejaba de decir estupideces cuando un grito a dúo hizo reaccionar a todo el barco:

—¡Dos ballenas a las doce en punto!

La reacción fue inmediata. Una avalancha de turistas corrió hacia la proa, arrasando con todo lo que se cruzó en su camino. Cuando John y yo reaccionamos ya era demasiado tarde. En décimas de segundo nos vimos rodeados por una marabunta ansiosa, a la que no le importaba asfixiar a dos jóvenes inocentes con tal de observar el salto de alguna ballena deseosa de atención. Creía que estaba a punto de quedarme sin aire cuando oí lo que deseaba que fuera mi salvación:

—¡Frailecillo a las tres en punto!

El barco dio un bandazo cuando la masa se desplazó a estribor de golpe. Privada de los turistas que hasta ese momento habían mantenido mi equilibrio, empecé a tambalearme. Apreté la cámara contra mi pecho con una mano mientras con la otra buscaba desesperadamente algo a lo que agarrarme para evitar caerme de espaldas. En cuanto mis manos notaron algo, lo agarré con desesperación. Fue inútil, porque, fuera lo que fuese, lo arrastré conmigo.

Cerré los ojos y esperé lo inevitable: romperme la cabeza, el cuello, la espalda o todo al mismo tiempo. Volvería a casa siendo una momia de escayola.

Sin embargo, antes de que llegara a tocar el suelo, algo blando amortiguó mi caída. Oía a los guías gritar que no nos moviéramos de forma tan brusca para evitar aquellos vaivenes, pero nadie parecía haberse dado cuenta de que había estado a punto de morir.

Abrí los ojos, aturdida.

Todo cuanto vi fueron los ojos claros de John abiertos de par en par a apenas un centímetro de mí. Sentía mi mano agarrando su jersey, mi cuerpo contra el suyo, mi nariz tocando su nariz, mi barbilla rozando su barbilla, su aliento deslizándose peligrosamente por mis labios, sólo separados por mi cámara de fotos.

Y alrededor de nosotros, una veintena de ojos escrutándonos.

13. Fosshóll

No me importaba que la gente se fijara en mí. Mi pelo era violeta, así que estaba acostumbrada a que más de un desconocido se quedara observándome e incluso me señalara. Me gustaba mirarlos fijamente para hacerles saber que me daba cuenta del interés que les despertaba, e incluso apostaba conmigo misma para ver cuál sería su reacción. Algunos lo veían como una invitación a ligar conmigo, otros me sonreían incómodamente y la mayoría se hacían los despistados. Era un entretenimiento tan estúpido como divertido.

Sin embargo, aquello no tenía nada de divertido. No me miraban porque fuera una chica con el pelo de un color nada natural.

Me miraban porque era una chica tirada en el suelo, aplastada por un islandés que tenía la cara pegada a la mía y no parecía tener intención de moverse. Aquello, lejos de hacerme sentir especial, me hacía sentir patéticamente patosa y avergonzada.

Notaba el aliento de John en mi piel y miles de murmullos a mi alrededor. Era incapaz de reaccionar.

Después de lo que pareció una eternidad, John apartó los ojos de mí y se puso de pie con dificultad. Cuando consiguió mantener el equilibrio, ayudado por una pareja de mediana edad y una puntuación de ciento cincuenta sobre cien en la escala del turista, me alargó la mano y me ayudó a reincorporarme. Esperaba que la espalda me crujiera, que se me partiera en dos o que mi cabeza se despegara de mi cuerpo por el golpe que acababa de darme, pero todo cuanto sentí fue un ligero mareo por ponerme de pie tan bruscamente. Antes de que pudiera tranquilizar a los curiosos, que nos miraban sin perder su expresión preocupada, Orri se abrió paso entre la multitud y apareció junto a nosotros.

Estuvo riéndose de nosotros hasta que los turistas se dispersaron y vio a su guía haciéndole ojitos desde lejos.

–¿Te has hecho daño? –me preguntó John cuando nos quedamos por fin solos otra vez.

Miré por primera vez mi mano derecha y comprobé que la cámara no había sufrido ni un rasguño. Suspiré, tranquila, y negué lentamente:

–Estoy bien. ¿Y tú?

–También. Has amortiguado la caída –trató de quitarle importancia–. La próxima vez que intentes que me tire encima de ti, sé más sutil.

–Sólo buscaba algo a lo que agarrarme para no caerme. No me he dado cuenta de que eras tú.

John me miraba divertido.

Se me removió el estómago.

Si se hubiera movido dos centímetros hacia mí, nuestros labios habrían chocado. Pero no lo había hecho, y yo tampoco. Nos habíamos quedado en el descansillo, la incómoda zona que viene antes de un beso, en la que ninguno de los dos sabe cómo reaccionará el otro. Su aliento me había erizado la piel.

Incluso las ballenas que paseaban majestuosamente debajo de nosotros tenían que haber notado la tensión entre nosotros.

John sonreía y yo luchaba con mi mente para decir algo mínimamente inteligente. No era de las que se quedan sin palabras fácilmente, y menos en momentos como aquel. Nunca. Siempre sabía qué decir, siempre tenía alguna estupidez o algún comentario sarcástico debajo de la lengua. Sin embargo, en ese momento mi mente estaba centrada en los ojos de John, que no se despegaban de mí, así que no filtró lo que brotó de mi boca a continuación:

–Es negra. A veces gris oscuro.

Su sonrisa se diluyó en su rostro y supe que me había entendido.

–Eso es malo –dijo.

Asentí con la cabeza y apreté los labios, arrepentida por lo que acababa de decir. Nunca es buena idea hacerle recordar a nadie sus miserias, y yo lo había hecho de la forma más sutil y cruel que podía imaginar. Quería reconfortarlo, hablarle de las chispas de luz que a veces veía entre la negrura de su aura, pero no podía hacerlo ahí, rodeados por gritos y vítores y carreras para ver el máximo número de ballenas posible. John debía de estar de acuerdo, porque volvió a sentarse en el mismo lugar del que lo había tirado momentos antes y fijó la vista en el mar. Lo imité y, en silencio, nos concentramos de

nuevo en la superficie del océano, a la espera de que alguna ballena asomara el lomo y nos distrajera de nosotros mismos.

Nos despedimos de Húsavík, sus ballenas y sus frailecillos pocas horas más tarde. Después de mucho buscar, habíamos conseguido encontrar un restaurante con una mesa libre. Agradecí cada bocado de pescado que me llevé a la boca, y también que Orri propusiera pasear por las calles del pueblo antes de volver al coche. Nada podía apetecerme menos en aquellos momentos que conocer a su amiga. No es que yo fuera una persona asocial ni nada por el estilo. Simplemente me había acostumbrado a estar los tres solos, y no me apetecía tener que integrar en la ecuación a una desconocida, sobre todo porque en aquella operación era yo la que sobraba, la que quedaba fuera del paréntesis. Ellos tres eran amigos, se conocían desde hacía años. Yo era la intrusa, la extranjera que no los entendería cuando empezaran a reírse de los turistas en islandés.

Se reirían de mí y yo no los entendería y sólo podría decirles *takk* y seguirían riéndose de la pobre Heima, que no se enteraba nunca de nada, porque sólo sabía hablar en *útlenska*.

Cualquier cosa que pudiera retrasar el momento del encuentro me habría parecido fantástica. Pero, por mucho que me entretuve en fingir interés por todo lo que veía, antes de las cinco de la tarde volvíamos a estar en el coche. Por mucho que insistí en conducir, lo máximo que pude conseguir fue el asiento de copiloto y el dudoso honor de utilizar el mapa en caso de que John se perdiera. Así que me abroché el cinturón de mala gana y me preparé para un viaje que resultó mucho más corto de lo esperado.

Llevábamos poco más de media hora conduciendo cuando John señaló con la cabeza un edificio junto a la carretera y dijo:

–Ahí está.

El todoterreno trotó al salir de la carretera para entrar en el camino de piedras que llevaba hasta la casa de huéspedes. John detuvo el coche en una solitaria zona de grava habilitada como parquin y paró el motor.

–Espera –me dijo, cuando vio que hacía ademán de desabrocharme el cinturón. Se giró para buscar a Orri y unos segundos después volvió a dirigirse a mí–. Voy a buscar a Auður.

–Podemos ir contigo –repuse.

–Prefiero ir yo primero –insistió él. Sin darme oportunidad de responder, salió del coche y echó a andar hacia la casa.

Observé cómo se alejaba, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Su aura estaba tan oscura como siempre, pero los sutiles destellos que la caracterizaban habían desaparecido. Iba a encender la radio cuando Orri apareció en el asiento del conductor brincando por encima de la tapicería.

–No le digas a Guðjon que he hecho esto –me dijo, sonriendo.

Le devolví la sonrisa con la vista aún clavada en John, que en esos momentos entraba en la casa de huéspedes.

–¿De qué conocéis a...? No recuerdo su nombre.

–Auður.

–Auður –repetí, intentando imitar exactamente cada uno de los sonidos.

–Iba a la universidad con Guðjon. Pero tranquila, eso de citar a muertos para hacerse el interesante es monopolio exclusivo de Guðjon –dijo, conteniendo una sonrisa maliciosa que se transformó rápidamente en un gesto triste–. Hace mucho tiempo que no la vemos. Cuando estudiaban en Reikiavik nos veíamos mucho, porque Auður vivía ahí y Reikiavik está a sólo cuarenta minutos en coche de Þorlákshöfn.

Centré mi atención en la casa de huéspedes, de donde esperaba ver salir a John de un momento a otro. Era un edificio pequeño en el que la segunda planta estaba formada tan sólo por un tejado exageradamente inclinado, con una mansarda en uno de los lados, que se unía con el tejado de la primera planta. Una valla de madera marcaba el camino hasta la puerta principal, junto a la cual habían colocado un par de mesas y unas cuantas sillas.

–La casa de huéspedes Fosshóll. Guðjon y yo hemos venido muchas veces, y aun así siempre me olvido de cuánto me gusta. Es bonita, ¿verdad? –me preguntó Orri al darse cuenta del examen al que estaba sometiendo la casa–. La fachada es amarilla, como la del restaurante en el que te conocí.

Sonreí.

Hacía una eternidad de eso y, al mismo tiempo, había sido sólo cuatro días atrás.

–¿Compensa? No ver los colores a cambio de percibir las auras.

Me encogí de hombros. Mi vida había sido siempre en blanco y negro, y, compensara o no, eso nunca iba a cambiar. Era inútil plantear interrogantes que no necesitaban respuesta.

–Llevas la sudadera de Guðjon –observó él al ver que no iba a responderle.

—Tenía frío en el barco —asentí. En el restaurante se la había devuelto a John, que en menos de media hora la había puesto de nuevo en mis manos al ver que no dejaba de ponerme y quitarme el forro polar; con él tenía calor y sin él, frío. Así que me había puesto otra vez su sudadera, ni muy gruesa ni muy fina, y ya no me la había quitado. Tampoco él me la había pedido.

—¿Cómo está? —no pude resistirme a preguntarle. Llevaba queriendo hablar de John con Orri desde la conversación que había tenido en el barco con su amigo antes de que la multitud nos derribara.

—Tú eres la que puede ver su aura.

—Un color sólo puede darme una palabra: el naranja para la alegría, el rojo para la ira, el azul para la tranquilidad, el violeta para la tristeza... Una palabra no es suficiente para conseguir entender a alguien. Es como mirar el mar: desde la playa sólo puedes ver su superficie, y con eso todo cuanto puedes saber es si está en calma o agitado. Todo lo que pasa debajo del agua sigue siendo un misterio.

—¿De qué color es la de Guðjon?

Si la Asociación de Visionarios de Auras Anónimos existiera, tendría un código deontológico cuyo segundo mandamiento (después de no utilizar tu don para hacer el mal) sería la prohibición de hablar del aura de alguien con alguien que no fuera él mismo. Sin embargo, la forma en la que me miraba Orri no me dejaba opción. No era curiosidad ni morbo lo que lo movía a preguntarme y a mirarme como si pudiera calmar toda su angustia, sino preocupación pura por un amigo al que siempre había considerado su hermano.

—Negra.

—Eso no es bueno.

—No. —Suspiré, negando con la cabeza—. No le digas que te lo he dicho. No le haría ninguna gracia.

Orri echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos y los labios con fuerza, como si quisiera reprimir todos los pensamientos que le venían a la cabeza. Su respiración era trémula y los músculos de su rostro empezaban a tensarse tanto que consiguió ponerme nerviosa. Lo observé durante unos instantes, sin saber qué hacer o decir para tranquilizarlo, hasta que alargué una mano hasta su hombro.

—Lo superará —susurré. Orri inspiró profundamente y se volvió hacia mí. Sus ojos buscaban los míos, nerviosos, incrédulos—. Las auras son complicadas de descifrar. No

sólo tienes que fijarte en el color. También es importante cómo este se une con la piel de la persona, y si hay destellos de algún otro color. El aura de John está aferrada a su cuerpo, su tristeza es profunda; sin embargo, tiene destellos naranjas, blancos y amarillos. Eso es bueno, Orri. En cualquier momento una de esas chispas puede estallar y transformar su aura por completo.

—¿En cualquier momento?

—Es una forma de hablar. Cuando esté preparado, o cuando encuentre algo que le devuelva la felicidad.

Lo había visto muchas veces. Esas chispas no estaban presentes en todas las auras y, aunque no siempre era positivo encontrarlas, me ayudaban a comprender un poco más a la persona. Un aura azul con chispas rojas me avisaba de que, aunque pudiera parecer tranquila, esa persona era una bomba de relojería que podía desatar la ira que contenía en cualquier momento; una de color naranja con fuertes destellos violetas me revelaba que esa persona estaba conteniendo una gran tristeza y estaba luchando por estar bien, y una con las características de la de John decía de él que, aunque su dolor era intenso, una parte de él luchaba por recuperar la alegría. Los destellos blancos eran la clave para comprender la lucha entre la luz y la oscuridad que estaba teniendo lugar en su interior.

En realidad, no estaba segura de que ninguna de aquellas chispas llegara a explotar jamás, pero no me sentía capaz de decírselo a Orri. Cincuenta años después, aún se podían encontrar bombas de la Segunda Guerra Mundial que se habían lanzado y no habían llegado a estallar nunca. Con los brillos sucedía algo parecido. Que John se recuperara estaba únicamente en su mano. Si él quería estar bien, encontraría la escalera que lo sacaría de ese pozo de oscuridad. Si no quería, se quedaría siempre ahí abajo, a ciegas.

Dejé caer la mano por el brazo de Orri hasta llegar a sus dedos, fríos como el viento que soplaba en el exterior. Los entrelacé con los míos sin decir nada; no necesitaba ninguna palabra para que me entendiera.

—Me contó lo de su exnovia.

—¿Jóhanna?

—No sé cuál de ellas.

—Sólo está Jóhanna.

—Entonces, ¿para qué me preguntas?

–No lo sé, me ha sorprendido. A Guðjon no le gusta hablar de su vida personal con nadie, y mucho menos de sus problemas... No esperaba que te lo contara.

–Yo soy la primera sorprendida –admití, y le expliqué todo lo que su amigo me había dicho, mientras él iba asintiendo cada pocas palabras.

–Guðjon es de esos a los que les gusta darle la vuelta a todo para sentirse siempre culpables. Estoy cansado de decirle que no tiene nada de lo que sentirse culpable, pero nunca me escucha. Sigue empeñado en la idea de que si Jóhanna lo engañó fue porque él la engañó primero diciéndole que la quería cuando no era verdad.

–¿Y no la quería?

–¡Claro que sí! Él la quería. Lo que le pasó a Guðjon es, disculpa la comparación, lo mismo que te pasó a ti con el imbécil de tu exnovio. Simplemente se le cayó la venda y empezó a ver a Jóhanna de una forma distinta. La diferencia es que Guðjon decidió culparse por ello. Es una idiotez.

–Aun así... Yo estaba convencida de que el color de su aura se debía a algo relacionado con eso, pero cuando me lo contó... no parecía tan afectado. Tiene que haber algo más. Hay algo más.

Orri apartó la mirada para fijarla en la casa de huéspedes y apretó los dedos helados contra mi piel casi con ansiedad. Tampoco yo necesitaba ninguna palabra para entender lo que quería decirme.

Orri era un amigo fiel. Nunca traicionaría a John hablándome de algo que él quería mantener en secreto. Yo lo sabía y él sabía que lo entendía.

Nos quedamos en silencio, cogidos de la mano, esperando a que John volviera con Auður. No nos soltamos hasta que, más de media hora después, vimos a John asomar la cabeza por la puerta de la casa de huéspedes.

14. Goðafoss

Auður era exactamente como la había imaginado. Ni muy alta ni muy delgada y tan rubia como John, aunque su pelo era más brillante. Lo llevaba recogido a uno de los lados en una trenza despeinada e iba vestida con una sudadera fina, unas mallas oscuras y unas deportivas muy gastadas, que arrastraba a medida que avanzaba hacia nosotros, demasiado pegada a John, que no quitaba los ojos de encima de la chica. Ella los tenía fijos en sus propios pies.

Cuando se encontraban a apenas unos metros de nosotros, agarró el brazo de John y se detuvo. Le dijo algo antes de levantar por primera vez la vista, lo que me permitió ver su cara, redondeada y afable. Sus labios finos formaron una línea recta y sus ojos, grandes y claros, se fijaron en Orri. Sentí los músculos del chico tensándose bajo mi mano y oí cómo dejaba escapar un largo y entrecortado suspiro.

Soltó mi mano bruscamente y sin decir nada salió del coche. Desde el otro lado del cristal, vi cómo Auður se lanzaba a sus brazos. Se abrazaron durante tanto tiempo que creí que iban a fundirse en una sola persona y, cuando Orri por fin se separó de ella, Auður no se apartó. Siguió agarrándolo de los brazos mientras hablaba sin parar, girándose de vez en cuando hacia John, que los observaba con el rostro imperturbable. Al ver que no tenía intención de callarse, aparté la vista. Si no podía leer sus labios, no tenía sentido que siguiera observándolos.

Una eternidad más tarde oí que alguien me llamaba.

Orri me hacía gestos para que me uniera a ellos, cosa que hice escondiendo mi fastidio tras una sonrisa falsa. No me di cuenta de que su aura se estaba formando a su alrededor hasta que estuve a un metro de ella. Fue en ese instante cuando supe que no sería capaz de odiarla; no podía odiar a alguien con un aura como la suya. Un tenue azul se apagaba rodeado por unas intensas hebras violetas, que intentaban hacerse con el control del aura mientras el azul hacía lo posible por permanecer con vida.

Habría podido odiarla si hubiera sido naranja o azul o amarilla o blanca. Pero odiarla estando en ese estado me convertiría en una persona horrible. Todavía más horrible de lo que ya era por ir a conocerla con la firme intención de aborrecerla.

Me saludó con tanta calidez que cualquiera que estuviera observándonos habría creído que éramos amigas de toda la vida. Me preguntó qué hacía allí, si Orri y John me trataban bien, si me estaba gustando Islandia, y reaccionaba a todas mis respuestas con un expresivo «¡Genial, es genial!».

Durante la hora siguiente, que pasamos paseando por los alrededores de la cascada que había al otro lado de la casa de huéspedes, descubrí que, además de ser amable, hablaba un inglés casi perfecto, por lo que mis miedos de ser lingüísticamente apartada resultaron infundados. De hecho, era ella la que regañaba a John y Orri cuando se pasaban al islandés sin darse cuenta. Y por si eso fuera poco, tenía suficiente confianza con Orri como para decirle cuándo sus explicaciones históricas o geológicas habían rebasado el límite de lo aceptable. Debía de ser algo habitual en él, porque en cuanto oyó que empezaba a explicarme el significado del nombre y la historia de la cascada que teníamos delante (Goðafoss, la cascada de los dioses), agarró a Orri por el brazo y lo alejó de mí, lo que me dejó caminando en silencio junto a John, que no parecía muy dispuesto a darme conversación.

Intenté sacar algún tema mínimamente inteligente, pero cada vez que me volvía hacia él y veía su rostro, recordaba que lo había tenido a menos de un centímetro de mí. Rememoraba su aliento sobre mi piel y las palabras volaban de mis labios.

Así que el resto del paseo fue un conjunto de minutos silenciosos que se escurrían con cada nuevo paso que dábamos, siempre unos metros por detrás de Orri y Auður. Aunque nos acompañaba el estruendo del agua al precipitarse violentamente por la cascada, de más de treinta metros de largo, me alegré de que Orri me rescatara, aunque fuera a pocos minutos de llegar de nuevo a la casa de huéspedes. John, viéndose liberado de la obligación de hacerme compañía, prácticamente corrió a cubrir el vacío que su amigo había dejado junto a Auður.

—Sabes que me importas —me dijo, sin rodeos, con una expresión seria que dejaba entrever que sus palabras no lo eran en absoluto.

—Por supuesto.

—Y que lo que hay entre nosotros es algo serio y con futuro.

—Por supuesto —repetí, esta vez con una sonrisa.

–Creo que el siguiente paso en nuestra relación es cenar con mis padres para que los conozcas, pero, dado que están muy lejos, tendrás que conformarte con una cena informal con los padres de Auður, que es como de la familia –me dijo, convencido. Viendo que lo miraba con las cejas levantadas, exigiendo que hablara claro, hizo un puchero y puso su mejor cara de súplica–: ¿Te parece bien si cenamos con sus padres y su hermano?

–¿Es necesario?

–Son agradables.

–Eso no responde a mi pregunta, Orri.

–No es obligatorio, pero hace mucho tiempo que no los vemos y...

–Lo entiendo. No te preocupes, Orri. Id vosotros. Yo me quedaré descansando en la habitación.

–Ni hablar.

–No los conozco, ni hablan mi idioma. Además, tú lo has dicho: son como de la familia, y yo no soy de la familia.

–Serás la encantadora y misteriosa extranjera. Alguien tiene que cubrir esa vacante.

–No voy a ir.

Cenamos relativamente tarde, cuando el restaurante de la casa de huéspedes ya había cerrado, por lo que teníamos todo el local para nosotros solos. Resultó que tanto los padres de Auður, Georg y Helga, como su hermano, Kjartan (todos tan rubios como ella y con los mismos ojos gigantescos y claros como un día sin nubes), eran tan agradables como su hija, además de ser unos grandes anfitriones.

Por suerte, no cocinaron ninguno de los platos tradicionales e inquietantes con los que me había asustado Orri. Así que en lugar de encontrarme en el plato con una ración de testículos de cordero o de tiburón podrido, tal como había estado temiendo desde que Orri me había hablado de ellos, me encontré con un apetecible filete de bacalao.

Pese a que sólo entendía una cuarta parte de lo que decían cuando hablaban en inglés (estaba segura de que lo que hablaban era una nueva lengua híbrida entre el inglés y el islandés), pudimos mantener una conversación decente mientras hacíamos desaparecer el bacalao de nuestros platos. Convertimos esa reunión en un encuentro multicultural en el que sólo había lugar para hablar de la cultura española o la islandesa. Cualquier otro

tema de conversación naufragaba ante el infinito interés que despertaban la paella, las flamencas, los toros y cualquier otro estereotipo. Mientras intentaba hacerles comprender que sí, que a mí también me parecía una barbaridad que se hiciera espectáculo y negocio con el sufrimiento animal, me dije que me merecía tener que estar aguantando eso por haber creído que los islandeses eran un puñado de vikingos rubios vestidos con pieles de animal para no morir de frío que cazaban osos polares en su tiempo libre.

Auður, que se había declarado inamoviblemente vegetariana cuando sólo tenía nueve años, fue la más difícil de convencer, pero, aunque su desconfianza era exasperante, no me alegré cuando por fin decidió creermelo. De todos modos, no le hizo ni pizca de gracia que fuera algo habitual tener una «pierna de cerdo muerto» en la cocina para cortarla en lonchas y después comérmola. En cuanto le repetí por quinta vez que era un embutido como otro cualquiera y que, además, estaba delicioso, decidió que no valía la pena seguir discutiendo con alguien que defendía tener partes de animales muertos en su cocina y dejó de prestarme atención, lo que significaba que volvía a centrarla en John.

Y, sinceramente, resultaba embarazoso ver cómo no apartaba los ojos de él, sobre todo teniendo en cuenta que él estaba demasiado entretenido discutiendo con Georg y Helga en islandés como para responder a las miraditas de Auður.

Dios, si seguía pestañeando iba a crear una tormenta tropical con el aire que levantaría.

—Leira —me dijo Auður de repente. Di un bote involuntario y el tenedor se me escurrió de las manos.

—Laura —la corregí, nerviosa. Seguro que me había pillado espiándola de reojo.

—Laura —repitió ella, con una risa demasiado dulce—. ¿Me ayudas a servir el postre?

Respiré tranquila y asentí, al tiempo que me decía lo estúpida que había sido. Claro que no me había visto. Incluso mientras me hablaba estaba mirando a John. Claro que no me había visto, si era incapaz de despegar los ojos de él.

Helga me riñó en cuanto vio que nos levantábamos, y dijo que en su casa ningún invitado recogería la mesa ni serviría mientras ella estuviera viva. Su marido le dio la razón y se levantó para recoger los platos vacíos. Insistí en ayudar hasta que tuvieron que ceder. Nos habían invitado a cenar y no nos cobrarían ni un céntimo por nuestra estancia. Quizás mis padres habían descuidado algunos aspectos de mi educación, pero los buenos modales no estaban entre ellos. Orri y John prometieron lavar todos los cacharros sucios

y Auður me arrastró hasta la cocina, ambas cargadas con los platos y los cubiertos sucios.

La cocina no era ni mucho menos la cocina que esperaba encontrar en un restaurante. Si no fuera por las dos neveras, los dos congeladores y el gran espacio de mármol que las separaba de cuatro fogones, era como cualquier cocina de cualquier casa. Era acogedora, eso sí. El suelo y las paredes eran de madera y las paredes estaban llenas de cuadros de punto de cruz y fotografías de la familia con clientes sonrientes. Teniendo en cuenta que tenían una capacidad de no más de treinta personas, seguramente aquello era mucho más que suficiente. Auður dejó los platos junto al fregadero y, mientras yo dejaba los demás, me preguntó:

—¿Te gusta el *slöngukaka*?

—¿El qué?

Me giré y vi que sostenía una bandeja con un brazo de gitano. Era una explosión de chocolate: tanto la masa como la cobertura y el relleno eran de chocolate. Se me hizo la boca agua en cuanto lo vi. Asentí con la cabeza y ella se rió cuando le dije cómo llamábamos a ese postre en mi país. Le pareció mucho más afortunado su nombre islandés, que significaba «pastel de serpiente», algo con lo que no podía estar muy de acuerdo. Era tan poco apetitoso pensar en el brazo de una persona como en el cuerpo de una serpiente. No dije nada. El aspecto era excelente.

—Es guapo, ¿verdad? —dijo de pronto, mientras servía una porción de pastel en cada uno de los siete platos que había sacado de la estantería que había junto a la puerta—. Guðjon —añadió, como si fuera necesario puntualizar a quién se estaba refiriendo. Fingí que no la había oído, lo que tomó como una invitación a seguir hablando—. Aunque es incómodo volver a verlo. Sólo lo había visto una vez desde que... Bueno, da igual.

En esa ocasión fui yo la que quiso que continuara hablando. Cualquier «bueno, da igual» que siguiera a una insinuación quedaba anulado automáticamente por el contexto. No daba igual, y, lo que es aún más importante, a mí no me daba igual.

—¿Todo bien?

—Bueno... Es incómodo ver a alguien con el que saliste.

Por un momento mi cerebro asoció a la chica que tenía delante con la que había engañado y luego dejado a John, hasta que recordé que aquella chica se llamaba Jóhanna y la que tenía delante, Auður. Sin embargo, Orri me había dicho que no había habido

ninguna otra persona. Fingí desinterés mientras colocaba cuidadosamente un cuchillo y un tenedor junto a cada porción de pastel.

—¿Cuándo...?

—Hace tiempo —le quitó importancia Auður, soltando una risita nerviosa—. No te preocupes, hace mucho que no estamos juntos.

—¿Por qué iba a preocuparme?

Auður levantó la cabeza del pastel y me disparó una mirada inquisitiva con sus enormes ojos cristalinos.

—Oh... Pensaba que... —Dejó la frase inconclusa en el aire y finalmente volvió a reír—. Bueno, me alegra saberlo.

Iba a preguntarle qué quería decir con su «oh» y, sobre todo, con ese feliz «me alegra saberlo», pero, antes de que pudiera abrir siquiera la boca, cogió cuatro platos, se los colocó entre las manos y los brazos como una camarera profesional y se alejó menando las caderas sin decir nada más.

Salí del restaurante con las mismas ganas de irme a la cama con las que había entrado. Por suerte, Orri estaba agotado y tuve una excusa para salir de ahí en cuanto terminamos el postre y los chicos hubieron lavado los platos tal como habían prometido.

Las habitaciones estaban en un edificio alargado hecho de madera situado a unos doscientos metros del principal. Las puertas daban directamente a la calle, lo que, aunque al principio me desagradó —era ponérselo demasiado fácil a los ladrones—, terminó por ser algo útil. Cuando llevaba más de media hora dando vueltas inútilmente en la cama, me escabullí hacia el exterior y me senté en el pequeño porche de madera, esperando que el aire nocturno me diera ganas de dormir.

Echaba de menos la luna y las estrellas. No me gustaba que no acabara de caer la noche del todo, porque tenía la sensación de que el día no terminaba nunca. La tenue luz del sol moribundo aún bañaba el cielo, acariciada por una brisa que me helaba la piel.

Sentí un hormigueo en las palmas de las manos al recordar que hacía veinticuatro horas había tenido esa misma luz entre mis manos. El simple recuerdo me enturbió la mente, y tuve que apoyarme contra la pared para mantener el equilibrio.

El recuerdo de la luz cosquilleando mis manos arrastró con él la imagen de John colocando las suyas sobre las mías para ayudarme a atrapar la luz del sol de medianoche

y cómo había caído encima de él y cómo él me había susurrado al oído si me encontraba bien y cómo me había enredado una estrella entre los mechones de mi pelo y, unas horas más tarde, cómo se había despertado abrazado a mí, sin saber que ese mismo día iba a arrastrarlo en una absurda y patética caída.

Las imágenes se iban sucediendo como una presentación cutre de diapositivas, y cada una me alteraba más que la anterior. Y no había razón por la que debiera alterarme, así que me alteraba cada vez más. Si fuera un dibujo animado, mi cuerpo se habría desdoblado y mientras la Laura física seguiría sentada con la mirada perdida, completamente inmóvil, la mental habría empezado a correr por el campo y a saltar por encima de los tejados mientras gritaba como si la persiguiera el mismísimo demonio.

Aunque me sentía mucho más identificada con la segunda versión de mí misma, fue con la primera con la que se encontró Orri cuando salió de la habitación casi de puntillas. Se dejó caer junto a mí.

—¿Insomnio? —me preguntó, con voz cansada. Sin esperar a que respondiera, añadió—: Yo también.

Nos concentramos en el silbido del viento, hasta que Orri decidió romper el silencio.

—No ha sido tan duro, ¿verdad?

Le sonreí y negué con la cabeza.

—No me gustan las reuniones familiares. Las últimas que recuerdo terminaban siempre con gritos, reproches y malas caras. Y después del divorcio la cosa no ha mejorado, porque los dos lados de la familia intentan que me posicione en contra del otro, cosa que yo siempre he evitado hacer. Son sus problemas, no los míos. —Suspiré y chasquéé la lengua—. No es nada personal. Pero no, no ha sido tan duro. Son agradables.

—Auður es como de la familia.

Recordé lo que me había dicho en la cocina y me pregunté si lo había hecho como confidencia. Decidí que no, así que usé mi tono más desenfadado para dejar caer:

—Me ha dicho que estuvo con John hace tiempo.

Orri rió y se encogió de hombros.

—Hace mucho. El primer amor, la adolescencia... ya sabes.

—Pero antes me has dicho que John no había estado con nadie más.

—Quería decir que no había tenido ninguna relación importante. No cuento a Auður ni a ninguna de las chicas que han pasado por la cama de Guðjon —respondió él, encogiéndose de hombros—. Auður y él terminaron de buenas formas y no han dejado de

ser amigos, de modo que así es como los veo. A veces olvido que hace años estuvieron juntos.

Quería seguir con esa conversación. Quería preguntarle a Orri por los detalles, aunque eso significara sacar a relucir mi vena más cotilla. Quería saber qué había entre Auður y John y por qué lo miraba con tanto descaro. Sin embargo, Orri decidió que era mejor que volviéramos dentro e intentáramos dormir, porque íbamos a necesitar mucha energía para sobrevivir al siguiente día de viaje. Le dije que prefería quedarme un rato más ahí fuera. Él se puso de pie de todos modos y, antes de volver a entrar en la habitación, me dijo:

—No te preocupes.

Me giré hacia él, pero lo único que llegué a ver fue su mano cerrando la puerta tras él.

Reprimí un bufido.

No estaba preocupada.

15. Mývatn

Tenía que ser una broma.

A la mañana siguiente, al volver al restaurante para darles las gracias a Georg y Helga, nos encontramos a Auður sentada en las escaleras que llevaban a la puerta principal. Estaba apoyada contra un macuto y nos saludaba agitando la mano con una emoción exagerada.

Ni siquiera me dio tiempo a indignarme con John y Orri por no haberme avisado de aquel cambio de planes (si es que no estaba planeado desde el primer momento y habían olvidado comentármelo deliberadamente), porque cuando me giré hacia ellos para exigir una explicación, me encontré con que sus caras expresaban tanta sorpresa como probablemente lo hacía la mía. Ambos se miraban con el ceño fruncido, como intentando llamar a esos superpoderes de telepatía que compartían para que el otro le explicara sin palabras qué estaba pasando. Auður se les adelantó, porque se puso de pie de un salto y con una gran sonrisa nos anunció que iba a unirse a nuestro viaje. El hecho de que nadie la hubiera invitado no parecía importarle demasiado, y tampoco que ni a John ni a Orri se los viese excesivamente entusiasmados. Y aunque aquello no dijera mucho en mi favor, me alegró.

El día anterior había quedado claro que todos mis reparos con respecto a Auður eran infundados. Era agradable, simpática y suficientemente considerada como para hablar siempre en inglés en mi presencia. Aun así, una cosa era compartir con ella uno de mis días de viaje y otra muy distinta era compartir todos los que me quedaban. Cuando John y Orri se acercaron a ella y se pusieron a discutir en islandés, estuve segura de que no iba a añadirse a nosotros. Aquello no era más que una excusa para estar cerca de John y tirarse a su cuello en cuanto tuviera oportunidad.

Lo que no me importaba en absoluto, pero no tenía ningún deseo de que mi viaje de desconexión de la realidad se convirtiera, por capricho de esa islandesa, en un culebrón

de poca monta. Si quisiera drama, me habría quedado en mi casa, en pleno campo de batalla de la guerra parental.

Lo único que me consolaba era que ni Orri ni John parecían precisamente emocionados. Orri tenía carácter; no iba a dejar que se añadiera a nuestra expedición.

Así que cuando la chica agarró su macuto y se alejó con John hacia el coche, sentí cómo mis esquemas se resquebrajaron. Me quedé observándolos, esperando que de un momento a otro se acercaran a mí y me dijeran que era una broma.

El único que se acercó fue Orri, que se encogió de hombros y dibujó una sonrisa poco convencida.

—Auður quiere venir con nosotros.

Estaba a punto de soltar la primera de una larga lista de quejas cuando me di cuenta de que no tenía ningún derecho a hacerlo.

Aquel era el viaje de John y de Orri. No era mío. Yo sólo era una invitada, así que debía aceptar sus decisiones. Auður era amiga suya desde hacía mucho tiempo. Si yo, que me había unido a su aventura a los dos días de conocer a Orri, tenía derecho a viajar con ellos, ¿por qué no lo tenía ella? Me esforcé por mantener la boca cerrada y me limité a asentir.

—¿Y esto? —me preguntó Orri, señalándome con un dedo.

Me costó entender a qué se refería hasta que me di cuenta de que llevaba la sudadera de John. Estaba tan dormida cuando me había vestido que no me había dado cuenta de que me ponía una sudadera que no era la mía. John sí se había dado cuenta, pero, en lugar de hacer que me la quitara, me había dicho que la piña me favorecía y que podía dejármela puesta, así que le hice caso. Me pregunté si debería quitármela. No quería que Auður me la arrancara a la fuerza y me ahogara con ella. Aunque, bien mirado, probablemente tampoco supiera que era suya. Que fueran amigos no significaba que conociera todo su armario.

—Trabaja durante todo el verano aquí con sus padres, y sólo tiene una semana de vacaciones. Quiere aprovecharla —me explicó, sin que yo le hubiera preguntado nada—. No podíamos decirle que no.

Parecía que intentaba convencerse a él más que a mí.

Cuando volvieron, Auður me abrazó y me prometió que iba a ser la mejor compañera de viaje que hubiera podido soñar. En lugar de decirle que viajaba muy a gusto en el

asiento trasero del todoterreno estando sola, me mordí la lengua y dibujé una sonrisa de plástico, intentando imitar su alegría exacerbada.

Los padres de Auður se despidieron de nosotros como si nos fuéramos a combatir a la Tercera Guerra Mundial. Nos dieron bocatas para que no tuviéramos que buscar un restaurante cutre en el que comer y nos dieron al menos cinco kilos de galletas caseras. Cuando empezaron las despedidas y los abrazos, me apresuré a decirle adiós a todo el mundo y me dirigí hacia el coche para dejarles intimidad. Cuando llegaron, lo hicieron en silencio y sin mirar atrás.

Parecía que ninguno de los tres iba a volver a abrir la boca en lo que quedaba de eternidad.

Una vez más, me equivocaba.

No tardé mucho en descubrir que Auður sufría una severa incontinencia verbal.

Era imposible hacerla callar, y lo peor es que pretendía que todos participáramos en la conversación, así que era imposible echar una cabezadita por mucho que lo intentara. En cuanto cerraba los ojos, Auður me sacudía para señalarme cualquier cosa que aparecía al otro lado de la ventanilla.

En los treinta y tres minutos que estuvimos en el coche, me dio trece sacudidas, gritó «¡Es precioso!» una veintena de veces y se inclinó otras nueve hacia John para preguntarle personalmente si no era precioso lo que fuera que acabara de ver en el exterior.

A mí me lo preguntó una docena de veces y, a regañadientes, tuve que admitir que tenía razón. Habíamos dejado atrás la zona de campos de lava, y ahora nos rodeaban praderas sólo perturbadas por el curso de algún río y por montes de poca altura. Daba la sensación de que no se atrevían a crecer más por temor a romper el equilibrio de aquel paisaje. Me imaginaba cómo sería la vida ahí, donde no había más que caballos y alguna granja perdida, y aunque una parte de mí me advertía que terriblemente aburrida, había otra que me decía que era imposible que los problemas llegaran hasta ahí. Y si lo hacían, tendrían que dar media vuelta, porque estaba segura de que aquella zona contaba con algún tipo de ley que prohibía cualquier preocupación.

Me sorprendió descubrir que los últimos kilómetros sólo eran un preludio al paisaje que estábamos a punto de ver.

Antes incluso de bajarme del coche ya me había quedado hipnotizada por el extenso lago que teníamos delante. La orilla era verde e irregular, con largas entradas hacia el

agua que se extendían centenares de metros lago adentro. Esas pasarelas naturales estaban llenas de lo que parecían nidos de algún tipo de ave gigantesca. La teoría de Orri era mucho más aburrida: me explicó que eran pseudocráteres, es decir, formaciones geológicas que, aunque tenían forma de cráteres, no lo eran realmente, porque no tenían magma en su interior.



Aunque al principio me sentí decepcionada, me di cuenta de que el hecho de que no fueran reales los hacía incluso más atractivos. La naturaleza era capaz de crear ilusiones tan bellas como aquella, una conjunción de la tranquilidad de las aguas de un lago y la fuerza de decenas de montes disfrazados de pequeños volcanes. En medio del agua, algunas columnas de lava se erguían elegantemente, orgullosas de seguir en pie después de tantos siglos en esa misma posición.

Coloqué el ojo en el visor de la cámara y empecé a encuadrar, enfocar y capturar todos los rincones del lago Mývatn. Mientras disparaba una fotografía tras otra, oía las lejanas

voces de algunos turistas que caminaban junto a la orilla y el coro que formaban todas las especies de aves que vivían o habían parado a recuperar fuerzas en el lago.

Busqué con el visor a John, que caminaba en silencio entre Auður y Orri. Iba a disparar cuando oí un grito ahogado segundos antes de que Auður desapareciera del plano. Me aparté la cámara de la cara con el corazón a mil por hora. A juzgar por su repentino grito de pánico, estaba segura de que había tropezado y se había caído de cabeza al lago.

Sin embargo, cuando me giré, con el corazón en un puño, para ver si aún era posible salvarla de un ahogamiento trágico, la vi agachada, con la vista fija en el suelo. Me tomó unos segundos comprender que lo que había causado ese grito no había sido más que un pájaro tumbado en el suelo. Auður levantó la cabeza para encontrar nuestras miradas y, con los ojos llorosos, volvió la vista hacia el animalillo, como reclamando que le hiciéramos caso al drama que estaba viviendo.

—Está herido —murmuró, haciendo un visible esfuerzo por controlar sus sentimientos.

Orri fue el primero en acercarse a ella. Intercambiaron unas palabras en islandés, tras lo cual Orri se puso de pie y echó a andar por donde habíamos venido.

—¿Adónde va?

—*Lífsandi* —respondió ella, sin apartar la mirada del pajarillo, que abría y cerraba el pico sin lograr emitir ningún sonido.

Más o menos como yo, que me había quedado muda al escuchar esa palabra de labios de alguien que ni siquiera me había planteado que la conociera. Confusa, busqué la mirada de John, que asintió lentamente antes de acercarse a su amiga.

—A nosotros ya no nos quedan. Tenemos que volver a cazar —lo oí decir mientras se alejaba de mí para examinar al pájaro.

—Va a buscar mi bote. Ya le he dicho dónde está. Cazaré para curarlo.

Habría sido imposible sorprenderme más con menos palabras. Mi mente luchaba por decidir por dónde empezar para entender lo que estaba diciendo Auður.

«Va a buscar mi bote», había dicho. Mi bote. Es decir, su bote. Tenía un bote propio, obviamente, porque ella también era cazadora. Obviamente. Así que, no contenta con ser islandesa, también conocía el secreto de los *lífsandi* y tenía un bote para atraparlos, lo que aún me alejaba más del Club de Islandeses Cazadores de Estrellas y Cosas Extrañas y Brillantes. Yo me había enterado de la existencia de los cazadores y los *lífsandi* por accidente y mi posesión más preciada era un cuaderno de crucigramas.

Cero a uno a favor de la islandesa.

Claro que yo podía ver las auras de la gente y analizarlas (aunque fuera un psicoanálisis de poca monta) sin necesidad de tumbarlas en un diván y preguntarles por los traumas de su infancia. Eso tenía que contar.

Uno a uno.

«Auður caza *lífsandi*, Auður caza *lífsandi*», me repetí una y otra vez, hasta que a mi mente le pareció que aquella frase tenía toda la lógica y el sentido del mundo. Auður era una cazadora. ¿Cuál era el problema? Seguramente era lo mejor. Si hubiera sido de otra forma, probablemente habría metido la pata con algún comentario fuera de lugar. Yo era demasiado propensa a crear problemas por no filtrar mis pensamientos, así que no era algo que pudiera descartar.

Era la segunda parte de lo que había dicho la que no conseguía entender. ¿Iba a cazar para curar la herida del pájaro? ¿Los *lífsandi* podían hacer eso? ¿Por qué no me lo habían dicho? Mejor dicho... ¿por qué no se me había ocurrido preguntar si tenían alguna utilidad más allá de ligar con chicas con pocas luces? Quizás resultaba que yo era una de ellas. John me había dicho que las utilizaban para eso y yo no me había parado a pensar que era imposible que sólo se usaran como cebo. No había pensado que seguramente el padre de Orri no tenía ningún interés en ir a ligar de bar en bar. Era obvio que debían tener alguna utilidad y, ahora que la tenía delante, me sentía la persona más estúpida del mundo.

Me acerqué a John y Auður en silencio. John observaba cómo la chica acariciaba tiernamente la cabeza del pájaro. Su pico era fino, largo y tan oscuro como su plumaje, moteado por algunas manchas de otros colores. Tenía una fina línea de plumas blancas sobre los ojos, lo que, de no haber sido por su pose moribunda, le habría dado un aire divertido. Parecían dos pequeñas cejas. Al preguntarle a Auður qué le pasaba, me señaló la unión entre el ala y el cuerpo.

—¿Ves la sangre?

Dado que no podía ver su color, tuve que acercarme al pájaro para poder distinguir la sangre reseca que cubría gran parte de su plumaje.

—Creo que necesitas gafas —comentó Auður, forzando una sonrisa. Cuando levanté la vista con la intención de responderle con toda mi indignación, vi que seguía observando el animal sin parpadear, así que me obligué a suspirar. Únicamente intentaba distraerse.

Decidí que aquel era el momento de la buena acción del día e intenté que se distrajera explicándole que no estaba miope ni medio ciega. Tuve que repetirle la palabra acromatopsia cinco veces hasta que fue capaz de pronunciarla.

Para cuando llegó Orri, no muchos minutos más tarde, Auður no había apartado ni un segundo la mirada de la herida del pájaro, pero había conseguido contener sus lágrimas y dedicar parte de su atención a mi excentricidad, preguntas estúpidas incluidas. El puesto de John a la reacción más auténtica y sentida seguía intacto.

En cuanto tuvo el bote en sus manos, nos dejó a John y a mí al cuidado del animal mientras ella iba con Orri a por el *lífsandi* que necesitaba.

—Se lo toma muy en serio —dijo John, observando cómo se alejaba hacia la orilla del lago—. Le encantan los animales.

¿Le encantan los animales? ¿Eso era lo mejor que podía decirme después de que su amiga me revelara sin pretenderlo que ella también cazaba fenómenos de la naturaleza y que, además, aquellas cosas tenían la capacidad de sanar heridas? Ni siquiera me molesté en reprimirme. Me dio igual que John viera mi faceta más irracional y que tuviera que aguantar mis gritos y mi indignación. Me dio igual que en sus labios empezara a asomar una mueca divertida. Seguí exigiéndole explicaciones hasta que tuve que detenerme para coger aire, momento que aprovechó para interrumpir mi discurso. Al verlo separar los labios esperé una disculpa acompañada de una extensa explicación sobre a) si era verdad que los *lífsandi* podían curar heridas, y b) por qué no me habían comentado nada de eso.

Sin embargo, todo cuanto hizo John fue encogerse de hombros y decir en voz baja:

—Nos olvidamos.

—Dijisteis que seríais sinceros.

—No preguntaste y no recordé que los *lífsandi* también sirven para eso.

—¿También? ¿Es que hacen algo más? No sé, ¿abren portales entre mundos, ordenan tu habitación en plan Mary Poppins, te teletransportan...?

Esta vez John se rió, mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Ya te lo dije: son muy útiles para ligar. Para eso los utilizamos Orri y yo normalmente.

—Mucho mejor ligar que curar, claro —dije, con sorna—. ¿No voy a tener más sorpresas? ¿No voy a enterarme dentro de dos días de que *lífsandi* significa «magia negra» u «ordena cuartos» o cualquier otra cosa en islandés?

–Sólo significa «aliento de vida» y sólo sirven para dar energía a un cuerpo herido y curarlo –respondió él, manteniendo la sonrisa colgando en sus labios.

En ese momento me vino a la mente la imagen de los cinco botes en la mochila de John al tiempo que escuchaba la voz de Orri diciéndole a Auður que no les quedaban *lífsandi*. ¿Dónde estaban las estrellas, la luz del sol de medianoche que había cazado con mis propias manos hacía dos noches o la aurora boreal que había comprado John en Blönduós? Le pregunté a John, que se aclaró la garganta antes de responder.

–Con el tiempo se apagan.

–Entonces ¿para qué cazamos la luz del atardecer?

–Para que vieras por ti misma que decíamos la verdad.

Cierto, me dije. Sin embargo...

–¿Y la aurora boreal que compraste anteayer?

–Tengo problemas de espalda. Me dolía mucho, quería algo que lo calmara.

–Ah. ¿Así que no hacen nada más? –Estaba decepcionada. John se dio cuenta.

–Cazo fenómenos naturales que pueden curar no sólo a animales, también a gente. ¿Te parece poco?

–Yo veo auras –dije, encogiéndome de hombros, como quitándole importancia a su gesta–. Si no pueden ordenar mi habitación en un pestañeo, olvídate de que tus *lífsandi* me sorprendan.

John me observaba sin decir nada, probablemente decidiendo si tomarse en serio mis palabras o no. Sonreí para echarle una mano en esa decisión, y después de unos segundos me devolvió el gesto.

–A mí no pueden curarme, ¿verdad?

–Nada de enfermedades genéticas ni congénitas ni nada por el estilo. Sólo problemas puramente físicos. Lo siento.

–Da igual. Ya estoy acostumbrada a ver el mundo en blanco y negro.

–Y puedes dar gracias por ello. Si pudieras ver el color de mis ojos, seguro que te enamorarías de mí al instante. Todas lo hacen.

Me obligué a sonreír y a evitar girarme hacia Auður, a la que oía hablar no muy lejos de nosotros. Bajé la mirada hacia el pájaro, que no se había movido ni un milímetro.

–Demos gracias a mi enfermedad, es justo y necesario –dije, imitando el tono de letanía que recordaba haber escuchado usar a los curas en bautizos, comuniones y bodas.

El pájaro pió de forma lastimera. John le puso el dedo índice sobre el pecho y le gritó algo a Auður y a Orri en islandés que no entendí. Sonaba a que se dieran prisa si no querían comer pajarito a las finas hierbas, lo que seguramente habría matado a Auður de un disgusto.

–Auður debería haber sido veterinaria –comenté, para romper el silencio.

John respondió con un bufido y negó con la cabeza.

–¿Por qué haces eso?

–¿El qué?

–Transformarlo todo en profesiones útiles. Que le gusten los animales no significa que tenga que trabajar de veterinaria.

–Ya lo sé. Sólo era un comentario, John.

–Que tú veas las auras de la gente no significa que tengas que ser tarotista, vidente o algo por el estilo, ¿verdad?

–No.

–No porque te gusten los crucigramas tienes que dedicarte a eso –insistió.

–Ya te he entendido, John –bufé, cansada–. Sólo digo que está bien hacer de algo que te gusta tu profesión, si tienes la oportunidad, ¿de acuerdo?

–Pero entonces deja de ser un entretenimiento y se convierte en una obligación.

–¿Y qué tiene de malo? Es mejor trabajar en algo que te gusta que tener un trabajo que te aburre y que no soportas.

–¿Como abogada, por ejemplo?

–Sí –respondí automáticamente. Al momento me corregí–: Es decir, no. Yo no...

–No entiendo por qué te empeñas en dedicarte a algo que no te gusta.

Por suerte, no tuve que responder, porque Auður apareció junto a nosotros con un bote lleno de una refulgente agua verduzca. Se arrodilló al lado del pájaro y, sin decir nada, le acercó el bote a la herida y quitó el tapón con mucho cuidado. El agua empezó a fluir muy lentamente, creando ondas y destellos azules y verdes en su caída. La piel del animal absorbía la energía como si fuera una esponja, creando un brillo blanquecino alrededor de la herida, que desapareció en cuanto la última gota cayó sobre el plumaje del animal. La herida había desaparecido y la zona estaba completamente seca. Ni rastro del *lífsandi* que segundos antes había caído encima de ella.

El pájaro separó los párpados lentamente. Clavó sus pequeños ojos negros en Auður y luego nos observó a los demás durante unos segundos antes de ponerse de pie de un

salto. Bajó la cabeza y echó a volar mientras piaba de forma alegre.

–Qué educado. Nos ha hecho una reverencia –comentó Auður, siguiendo el vuelo del pájaro con la mirada.

Como si tal cosa.

Acababa de curar a un animal por arte de magia en cuestión de segundos. O por arte de *lifsandi*. Si hubiéramos estado en la Edad Media, la habrían quemado en la hoguera tres veces seguidas, sólo para asegurarse de que su cuerpo estaba quemado y bien requemado.

Mientras observaba al pájaro disfrutar de su segunda oportunidad, John se apoyó en mi hombro para ponerse de pie y me dio unas palmaditas al tiempo que me decía, con un tono condescendentemente burlón que no me pasó desapercibido:

–Es una lástima que únicamente puedan hacer eso, ¿verdad? Un desperdicio.

16. Dimmuborgir

Orri me sonrió con suficiencia cuando admití que tenía razón al decir que ese campo de lava no era como los que había visto junto a la carretera a lo largo de esos cuatro días de viaje. No lo había creído cuando me prometió que nuestra próxima parada sería un campo de lava imponente e interesante, porque mi mente se negaba a adjudicarle ninguno de esos dos adjetivos a la lava, y mucho menos a la solidificada, que ni siquiera serviría como invitada de honor en una película de desastres naturales.

Sin embargo, el campo que teníamos delante no se parecía a las grandes planicies que había visto hasta entonces. Me recordaba a las montañitas que hacía de niña en la playa, cogiendo arena y agua con el puño apretado y dejando que se escurriera por el hueco que creaba mi dedo meñique al doblarse sobre sí mismo. Sólo que en Dimmuborgir, en lugar de una niña jugando con arena, esos pequeños montes de rocas oscuras los habría formado algún dios nórdico dejando caer la lava por aquí y por allá alguna tarde aburrida de domingo.

Avanzaba por el camino artificial que serpenteaba entre la vegetación y las abstractas formaciones de lava intentando centrar la atención en lo que me estaba contando Orri e ignorar el hambre y las risas que John y Auður intercambiaban a unos pocos metros por delante de nosotros.



—¿Sabías que aquí muchas personas creen que los elfos existen o que es posible que existan? Los llamamos *huldufólk*, el pueblo escondido. Hay gente que hasta les construye pequeñas casas en el jardín o junto a la puerta de entrada de sus casas, e incluso se han llegado a desviar carreteras para no molestarlos —dijo Orri de repente, cuando ya me había acostumbrado al silencio. Alcé las cejas, escéptica, y él asintió—. Es verdad. Dimmuborgir es uno de los lugares en los que se cree que habita la «gente escondida».

—Estáis como una cabra.

—*Dimmu* significa «oscuridad» y *borgir*, «fortaleza». «La fortaleza de la oscuridad» —siguió él, ignorando por completo mis palabras—. Se supone que es un lugar de conexión entre la tierra y el inframundo.

—Lo dicho: como una cabra.

—Dice la que ve el aura de la gente y que hace nada cazó luz de sol de medianoche. Y, ¡oh, me olvidaba!, que hoy ha ayudado a curar a un pájaro con la energía de un lago.

–Es distinto.

–¿Por qué? –preguntó Orri. Me volví hacia él y vi que me lanzaba una mirada inquisitiva que me retaba a llevarle la contraria.

–Porque los elfos y los troles no son reales, Orri. Son cuentos que sirven para asustar o hacer soñar a los críos, o como mucho para vender estatuillas en las tiendas de recuerdos. Nada más.

Él se encogió de hombros y, a pesar de lo que había esperado, no me lanzó ningún discurso épico para llevarme la contraria ni intentó convencerme de que estaba equivocada. Lo que era lógico, por otra parte, porque yo solía equivocarme en muchas cosas, pero la existencia de elfos y duendes y troles y hadas no era una de ellas. De todos modos, me sorprendió que Orri se contentara con cruzar los brazos sobre el pecho, fijar la mirada en el montículo de lava al que nos estaba llevando el camino y decir:

–Vale.

–Has sido fácil de convencer –respondí, triunfante.

–No he dicho que me hayas convencido. Mira, no creo que de un momento a otro salga un pequeño trol de entre la lava y nos ofrezca té y galletitas, ¿vale? Aun así... hay una posibilidad de que existan. Ya sé que tú crees que no, no hace falta que me lo digas. Ya sé que hace tiempo que el mundo ya no cree en estas cosas. Pero, aunque no crean en ellos, nadie puede demostrar que no existan, y a mí me basta con eso, ¿sabes? El mundo sería un lugar mucho mejor si dejáramos de atarnos tanto a la lógica y nos permitiéramos creer un poco más en lo que no vemos. Quizás el mundo nos esconde sus maravillas simplemente porque no creemos en él. Puedes llamarme loco si quieres, pero, mientras nadie demuestre lo contrario, mientras haya una posibilidad de que esos seres existan, yo voy a creer en esa posibilidad. Eso es lo que creo, Laura, y no vas a cambiar mis ideas, porque hace mucho tiempo que decidí que eso sería lo único que no dejaría que nadie me robara.

Orri no me había mirado en ningún momento de su discurso. Había mantenido la vista fija en la lava, como si realmente esperara que saliera una diminuta y mágica personita de repente para darle las gracias por defenderlos de la incredulidad humana. Esperé unos segundos para cerciorarme de que había terminado de hablar antes de responder.

–De acuerdo.

No iba a llevarle la contraria. En el fondo, tenía razón. Nadie podía demostrar que no existían, así que sólo había dos opciones posibles: creer o no creer. En otros tiempos, el

hecho de que nos encontráramos uno en cada extremo de la balanza habría hecho que respondiera con otro discurso para hacerlo entrar en sus cabales y traerlo al lado correcto. Sin embargo, y aunque seguía sin creer que ninguna criatura mágica o mitológica fuera real, no me sentía capaz de llevarle la contraria.

Después de todo, Orri tenía razón: yo podía ver y oír el aura de las personas, había cazado luz de sol de medianoche con mis propias manos y había visto cómo un animal malherido se curaba de repente gracias a una energía de la que nadie podría encontrar constancia en ningún libro científico. Los *lífsandi* no existían a los ojos del mundo y sin embargo eran muy reales. Orri había dado en el clavo: quizás el mundo nos revelaría todos sus secretos si fuéramos capaces de abrir los ojos.

Mientras seguíamos avanzando en completo silencio, digiriendo las palabras del otro, no pude evitar desviar la mirada hacia John. Casi podía oírlo recuperando la voz de algún famoso pensador muerto como puntilla a aquellos pensamientos. Probablemente citaría a Antoine de Saint-Exupéry y su «lo esencial es invisible a los ojos», aunque me inclinaba más por la opción de que parafraseara a algún desconocido. Era mucho más de su estilo. Citar al autor de *El Principito* era demasiado fácil para él. Nivel principiante.

Cuando nos cansamos de deambular por el campo de lava, desanduvimos el camino que habíamos hecho y volvimos al coche. No me acomodé demasiado, porque nuestra próxima parada se encontraba a menos de diez minutos de distancia. De hecho, podía ver el volcán al que nos dirigíamos desde el campo de lava.

A diferencia de los cráteres del lago, este sí era real. Aunque, para ser sinceros, su apariencia era inofensiva. Parecía un gigantesco anillo de cenizas o de desechos de una obra, y tenía toda la pinta de que no tardaría en derrumbarse. Inestable era la palabra que lo definía mejor, aunque sólo en apariencia. Por suerte, hacía mucho tiempo que no entraba en erupción, así que cuando Orri dijo que quería subir hasta la cima, no me pareció un mal plan. No me importaba la caminata de dos horas entre subida y bajada de la que nos había advertido Auður mientras no hubiera peligro de protagonizar un Pompeya Segunda Parte. John intentó disuadirnos mientras Auður lo apoyaba en silencio con leves movimientos de cabeza. Orri contestaba a todo con un «de acuerdo» mientras abría el maletero y cogía su mochila. Se la colocó a la espalda, puso los brazos en jarras y alzó la mandíbula hacia mí.

—Vienes, ¿verdad?

—Claro.

—Laura, son dos horas caminando —me recordó Auður.

—Quiero hacer fotos. Las vistas tienen que ser espectaculares.

—He cogido dos bocadillos de la bolsa. Esperadnos aquí, no tardaremos —les dijo Orri con una sonrisa victoriosa. Me agarró del brazo como si fuéramos un matrimonio de ancianos y, sin decirles nada, enfilamos el camino hasta la cima.

Durante unos segundos eternos temí que no vinieran con nosotros. Contuve la respiración para centrar toda mi atención en escuchar sus pasos detrás de nosotros. En cuanto los percibí, exhalé profundamente y sonreí.

Dos horas de caminata por delante. Cuando se lo dijera a Larisa, no se lo creería. Yo me había criado en una ciudad grande en la que es imposible ir andando a prácticamente ningún sitio, así que el metro y el autobús formaban parte de mi día a día. Sólo andaba cuando era extremadamente necesario. Muchas veces había querido cambiar eso de mí, pero supongo que fue una de las cosas que Javier consiguió que dejara a un lado. En cuanto decía en voz alta que podíamos hacer alguna excursión por la montaña, se reía de mí y me decía que no aguantaría ni diez minutos caminando. Entonces pensaba que tenía razón. En aquel momento, con todo el camino por delante, me di cuenta de que era otra de las muchas cosas en las que se había equivocado.

Hicimos la primera y única parada cuando llevábamos media hora de camino. Nos sentamos en un recodo para comernos los bocadillos y reponer fuerzas. Aunque seguía con el ánimo por las nubes, mi cuerpo necesitaba descansar.

Disfruté de la energía de la comida mientras mi piel absorbía el calor de los rayos de sol, que brillaba en un cielo claro. Durante los días que llevaba ahí (seis según el calendario de mi móvil, una eternidad según mi calendario interior) había descubierto que, pese a lo que había imaginado, no era raro ver el sol, aunque sí que aguantara en un cielo impoluto durante mucho rato. El tiempo cambiaba sin previo aviso, e hiciera sol, estuviera nublado o lloviera, tenía que llevar siempre mi forro polar encima. No podía ni imaginar cómo sería vivir ahí durante todo el año si ese era el mejor clima que tenían. Mientras mordisqueaba su bocadillo, Orri me explicó que una de las razones por las que el idioma islandés no contaba con un «buenas tardes» es que en invierno tenían tan pocas horas de sol que resultaba estúpido tener saludos diferentes según el grado de luz que hubiera en el exterior. Aun así, y a pesar de que yo siempre había sido de climas cálidos, me sorprendí diciéndole que me gustaría ver el país en invierno. Aunque tuviera que

llevar encima tres jerséis, dos abrigos y cuatro pares de guantes, habría dado lo que fuera por poder fotografiar aquel campo de lava cubierto de nieve.

Después de hacer desaparecer los bocadillos y de acabar con la mitad de las reservas de galletas que nos habían dado los padres de Auður, volvimos a ponernos en marcha. Compartí la siguiente media hora con Auður, que se hizo con el monopolio de la conversación. A pesar de que se había opuesto completamente a aquella excursión, ahora se mostraba animada. Me habló de su verano, de sus padres, de su pasión por la cocina y por los idiomas, de los lugares a los que había viajado, de su sueño de ser profesora en una escuela primaria. Me habló de todo lo que le vino a la cabeza y yo, a cambio, le hablé de la acromatopsia y de todos los problemas que me había causado a lo largo de mi vida.

Orri apareció a nuestro lado por sorpresa y preguntó, como quien pregunta por el tiempo:

—¿De qué color es la suya?

Me quedé parada, muda, observando a Auður, que estaba tan perpleja como yo. Pude leer en sus ojos que sabía mi secreto. Lo que la sorprendió, a juzgar por la mirada que le lanzó a Orri, fue que sacara el tema delante de mí y, además, de una forma tan brusca. Me volví hacia él para exigirle una explicación. Me lo encontré con los ojos abiertos y expresión de querer que la tierra se lo tragara.

—¿Se lo habéis dicho? ¿SE LO HABÉIS CONTADO? —troné. No me lo podía creer—. No me lo puedo creer. ¡Joder, era un secreto! ¡Un puto secreto, mi puto secreto!

—Heima... —John se acercó a nosotros con aire de no haber roto nunca un plato.

—¡No me llames así! ¡Dios, era un secreto! Creía que habíamos intercambiado nuestros secretos, vuestro silencio por el mío, mi confianza por la vuestra. Creía que éramos amigos, joder. ¡A mí no se me ha ocurrido llamar a Larisa para contarle lo que hacéis! ¿Es que no respetáis nada? ¿No sabéis lo que significa un secreto? ¡No me toques, Orri! Sois las primeras personas a las que se lo he contado en mi vida. No se lo había dicho nunca a nadie, ¿vale? ¡Y hacía bien, porque esto es lo que pasa cuando confías en alguien! Que dejas caer tus barreras, le cuentas tus secretos y dejas de tener control sobre ellos. Confías y te traicionan. ¿Os creéis que no me muero de ganas de contarle a Larisa que los dos islandeses con los que viajo cazan estrellas y luz de sol de medianoche y viento? ¡Pues sí! ¡Y debería contárselo, de verdad debería pagaros con la misma moneda! ¡Y de hecho, es lo que voy a hacer ahora mismo!

Empecé a palpar frenéticamente todos mis bolsillos hasta que di con el móvil en uno de los del abrigo. Antes de que pudiera desbloquearlo, John se lanzó sobre mí e intentó quitarme el teléfono de las manos mientras gritaba una y otra vez que tenía que calmarme. ¡Pues no me daba la gana calmarme! ¿Qué se habían creído, que podían traicionarme y que yo iba a sonreírles y a decirles que no pasaba nada? Se habían equivocado de chica.

—Lo siento, Laura. No le echas la culpa a Guðjon. Se lo dije yo —dijo Orri, colocándose delante de mí—. Se supone que todo eso de los *lífsandi* es... secreto. No un secreto por el que tengamos que matarte ni nada por el estilo, no empieces a dramatizar. Es un secreto que debería pasar únicamente de padres a hijos. No sería buena idea tener a diez mil millones de personas cazando *lífsandi*. No debíamos contártelo y te lo contamos de todas formas. Auður sabía que lo sabías y tenía que explicarle por qué.

Me zafé de John, que se quedó pegado a mí, atento a mis movimientos por si tenía que volver a placarme para impedir que le revelara su secreto al mundo.

—Yo no le dije que lo sabía —murmuré.

Me volví hacia Auður, que le lanzó una rápida mirada a Orri antes de responder:

—Te oí hablando con Orri, así que le pregunté. Si quieres echarle la culpa a alguien, culpame a mí. Insistí hasta que me lo contó, no le dejé alternativa. Lo siento. —Auður parecía realmente apenada. Le temblaba la voz y hablaba en un tono casi inaudible—. Perdóname.

Quizás fue el tono dulce en que lo dijo, o quizás el hecho de que hubiera eximido de todas las culpas a su amigo para echárselas a su propia espalda, o quizás la claridad de los ojos con los que me miraba, compungida.

De repente, toda la rabia se esfumó. Sentí que mi cuerpo se destensaba y que la ira que me había trepado por la garganta caía por su propio peso. Me resultaba imposible seguir enfadada con aquellos ojos tristes y me odiaba a mí misma por aborrecerla sin razón. La ira se convirtió en una decepción que se agarraba a mi pecho y me impedía respirar. Negué con la cabeza y, sin decir nada, eché a andar cuesta arriba.

Tuvo que pasar una eternidad antes de que alguno de los tres se atreviera a dirigirme la palabra. El valiente fue Orri, que tanteó el terreno colocándose junto a mí. Al ver que seguía andando al mismo ritmo que él, sin intentar separarme, se atrevió a hablar. Vi de reojo cómo abría la boca media docena de veces antes de que consiguiera emitir algún

sonido, y cuando lo hizo no sonó en absoluto al Orri que yo conocía. En lugar de la voz grave y segura de sí misma, oí un titubeo:

–Lo siento. –Esperó unos segundos, probablemente a que yo aceptara sus disculpas. Me quedé callada, invitándolo a repetir lo que acababa de decir—. Lo siento mucho, Laura. No quería hacerlo. Sabía que era algo importante para ti, no debería haber cedido. En ese momento sólo pensé que tenía que justificarle a Auður que te hubiéramos hablado de los *lífsandi*. Siento mucho haberte decepcionado, Laura. Siento mucho haberte fallado. Perdóname. Por favor.

Detuve mi marcha y él hizo lo mismo. Nos quedamos de pie en medio del camino, mirándonos fijamente a los ojos. Siempre me había considerado una persona orgullosa y, sobre todo, rencorosa, incapaz de perdonar la traición de un amigo. Sin embargo, ahí estaba Orri, con sus palabras de disculpa, con esa mirada que suplicaba mi perdón.

«Siento mucho haberte decepcionado. Siento mucho haberte fallado.»

«Perdóname.»

Me di cuenta de que esas eran las palabras que había estado esperando. Era lo que durante meses, cuando aún tenía una esperanza ciega en él, había esperado oír en boca de Javier. Las mismas que aún esperaba escuchar de mis padres. Sólo quería que alguien me tuviera en cuenta, a mí y a mis sentimientos, por una vez en la vida. Se me hizo un nudo en la garganta al darme cuenta de que había tenido que viajar hasta Islandia y conocer a un cazador de estrellas para que me diera aquello que había estado esperando sin ser consciente de ello. Agradecí que no fuera del tipo de personas que lloran, porque en esos momentos no podría haber podido contenerme.

Orri seguía mirándome, esperando una reacción por mi parte. No sabía qué decir. No podía decirle que no se preocupara, que no pasaba nada o que daba igual, porque no sería verdad, y tampoco me sentía cómoda diciéndole que lo perdonaba. Me hacía sentir condescendiente. No lo había hecho para herirme, y saber eso y que realmente le preocupaba cómo me sintiera era más que suficiente.

Así que intenté sonreír y asentí lentamente con la cabeza. Orri abrió los brazos y, al ver que no reaccionaba, me tiró de la mano para acercarme a él. Me estrechó contra su pecho durante unos segundos y, al separarnos, me dedicó una sonrisa. No una de plástico, ni una de esas forzadas, ni del tipo que te lanza un desconocido por la calle cuando chocas con él. Era una de esas sonrisas sinceras, de esas que trepan hasta los ojos y te iluminan todo el rostro.

Me adelanté antes de que pudiera decir nada:

–*Takk*.

John y Auður nos habían adelantado y yo ni siquiera me había dado cuenta. Mientras Orri intentaba romper la tensión felicitándome por mis progresos con el islandés, echamos a andar detrás de ellos, lo suficientemente apartados como para que no pudieran oírnos. Aproveché para aclararle por qué estaba dándole las gracias cuando media hora antes había amenazado con revelar su secreto al mundo. Dejó que me desahogara, que le hablara de Javier y de mis padres, y no hizo ademán de interrumpirme en ningún momento. Sólo abrió la boca en cuanto vio que había sacado todo lo que llevaba dentro, y lo hizo para volver a pedirme perdón. Me lo repitió tantas veces que tuve que hacerle prometer que no volvería a disculparse por aquello. Saber que se preocupaba por mí era más que suficiente.

–Es violeta –le susurré, señalando sutilmente a Auður con un movimiento de cabeza.

–¿Y eso qué significa?

–Calma, sensibilidad, duelo... Es un color triste.

En la vida, pocas cosas tienen un único significado. Tampoco lo tenían las auras y, aun así, con el paso del tiempo había descubierto que tenía la capacidad de elegir el significado correcto para cada persona. El violeta podía significar dignidad, sentimiento de importancia, pero también melancolía, tristeza y duelo por una pérdida. No había nada en el exterior de Auður que me llevara a decantarme por la segunda opción y, aun así, sabía que era la correcta. Inspiré profundamente, reteniendo las ganas de preguntarle qué le había pasado.

Por la forma en que la observaba, era evidente que lo sabía. Después de algunos minutos de silencio, dije, con los ojos clavados en las espaldas de John y Auður:

–Violeta y negro... No es una buena combinación.

–¿Por qué?

–No puedes iluminar la oscuridad con más oscuridad.

–Sé que Auður no te cae bien, pero...

–No es verdad. No la conozco. Sólo digo lo que veo, Orri: su aura es violeta, lo que significa que está muy triste. No creo que John mejore estando con alguien con ese color de aura, eso es todo.

Orri esperó unos segundos antes de volver a hablar:

—Déjame terminar. Sé que Auður no te cae bien, o que no la conoces lo suficiente como para tener una opinión de ella, me da igual. El caso es que, aunque ya sé que no está bien, por mucho que me duela aceptarlo, tú sabes mejor que nadie lo que siente. No es de las que se abren, ni siquiera con su familia o sus amigos. Si puede esconder sus emociones para no hacerles daño a las personas que quiere, lo hace, aunque eso signifique que ella no esté bien. Pone buena cara y finge que todo va bien. Puede que tengas razón y que lo último que necesite Guðjon ahora mismo sea estar con alguien con los ánimos de Auður, pero sé que ella es consciente de ello y no dejará que sus sentimientos influyan en él.

Me costó encontrar una respuesta adecuada a las palabras de Orri, así que dije la única verdad que me vino a la mente:

—Es una buena amiga.

Volvimos a quedarnos en silencio. A lo lejos se oían las voces de otros excursionistas como nosotros. Estábamos a punto de alcanzar la cima cuando Orri volvió a hablar. Escupió las palabras como si hiciera rato que estaban dando saltos en su lengua y estuviera ansioso por deshacerse de ellas.

—Hace poco murió un amigo suyo.

Esas pocas palabras hicieron que de repente todas las piezas del rompecabezas tuvieran sentido.

—John lo conocía, ¿verdad?

—Sí.

—Por eso su aura está tan oscura.

—Sí.

—Y por eso la de Auður es violeta. Diferentes formas de afrontar una pérdida. Era un amigo en común, ¿verdad? ¿De la universidad?

Todas las piezas encajaban. John se había quedado anclado en la fase de la ira, mientras que Auður estaba anclada al dolor. Orri confirmó mis sospechas: él no lo conocía, así que, dejando de lado la preocupación por sus dos amigos, estaba bien. Aunque no concretó de qué había muerto, sí dijo que hacía menos de diez días que había sucedido. Eso, sumado al abandono de Jóhanna, había llevado a John al estado en el que se encontraba ahora. Orri lo había convencido para dar una vuelta por la isla y... ahí estábamos.

Se me removían las tripas al pensar que las razones que nos habían llevado hasta ahí fueran tan poco agradables. Si Javier no me hubiera maltratado, o mis padres no hubieran estado tan ofuscados en sus problemas, yo no estaría ahí, y si el compañero de John y Auður no hubiera muerto, yo estaría vagando por enésimo día por Reikiavik, sola con mis pensamientos.

Yo no creía en el destino. No creía que nuestro futuro estuviera fijado en piedra. Creía que éramos nosotros mismos los que moldeábamos nuestro camino según nuestras circunstancias y nuestras decisiones. Sin embargo, yo no había decidido escalar un volcán con tres cazadores de *lífsandi* cuando elegí irme al aeropuerto. Las casualidades me habían llevado hasta ahí y me horrorizaba pensar que agradecía en silencio todo lo que había sucedido en mi pasado, porque, sin ello, yo no estaría ahí.

Sin esa muerte, ellos no estarían ahí.

En el mismo momento en el que me pregunté si borraría el sufrimiento de mi pasado, me respondí que era una pregunta estúpida. No podía cambiar lo que había sucedido y, aunque pudiera, borrar el dolor de una parte de tu vida no te asegura erradicarlo para siempre. A saber dónde estaría yo en esos momentos si Javier no se hubiera mudado justo encima de mi habitación, o si yo no hubiera pensado que era alguien al que valía la pena conocer.

A pesar de todo lo negativo, de todo el dolor y las secuelas que aún arrastraba de aquella relación, había conseguido sacar algo bueno de ella. Había perdido muchas cosas por el camino, desde amigos hasta una parte de mí misma, pero había ganado muchas más. Era una persona distinta, más fuerte, más independiente y mucho más valiente.

La pérdida que acababan de sufrir John y Auður iba a cambiarlos. Si los hacía más fuertes o más débiles... eso era decisión suya.

Al menos tenían a Orri para ayudarlos a tomar el camino correcto.

Y a mí, si es que podía servirles para algo.

17. Hverfjall

Si mi vida hubiera sido una película, en aquel momento la cámara encuadraría mi rostro en un primer plano triunfal y después se elevaría para volar en círculos alrededor del volcán, en el que yo no sería más que una mota de polvo. La toma iría acompañada de una música épica que haría que los espectadores se pusieran de pie y tiraran sus palomitas al suelo para romperse las manos aplaudiendo mi hazaña.

En la vida real, todo lo que conseguí cuando llegamos a la cima fue una palmadita en el hombro por parte de Orri.

La vista del interior del volcán no era nada del otro mundo. Sólo había una gran explanada con paredes inclinadas e irregulares y un extraño montículo cerca del lateral que quedaba más alejado de nosotros. A pesar de todo, o quizás precisamente por la desnudez del lugar, el interior del volcán poseía una belleza inquietante.

Pero no podía competir con lo que quedaba a mis espaldas. Cuando me giré, fue como si alguien descubriera el telón de un escenario infinito. El mundo se extendía a mis pies y parecía infinito. Deseaba poder echar a volar por encima del campo de lava, por encima del lago de los cráteres falsos, entre los pájaros que vivían en él. Quería perderme más allá de esa tierra que no parecía tener fin.

—Te dan ganas de ponerte a pasear hasta llegar al horizonte, ¿verdad?

Estaba tan ensimismada observando las sombras que creaban las nubes sobre el campo de lava que no me había dado cuenta de que John había aparecido junto a mí. Lo miré de reojo, suspicaz.

—A veces eres inquietante.

—¿Por qué?

—¿Pasear hasta el horizonte? ¿De qué muerto es eso?

—A veces tengo pensamientos propios, ¿sabes?

Sonreí sin decir nada. Le quité la tapa a la cámara y busqué la que sería mi siguiente presa. John siguió a mi lado mientras disparaba una y otra vez. Había aprendido que no

me gustaba que me hablaran directamente cuando estaba haciendo fotos, así que se mantuvo callado hasta que me separé del visor.

–Voy a dar una vuelta para buscar más panorámicas –le dije, sin intención de que sonara como una invitación.

Aun así, decidió acompañarme. Auður y Orri se habían sentado de cara al interior del volcán para reponer fuerzas, así que no nos molestamos ni siquiera en avisarlos. Echamos a andar alrededor de la irregular cima sin perder de vista el paisaje que se extendía a nuestros pies. John con aire pensativo y yo con ojo avizor, esperando captar una fotografía que hiciera justicia a ese lugar.

–¿Heima? –John me escrutaba desde detrás de las gafas. En sus labios percibía una mueca dubitativa.

–¿Sí?

–Perdona por lo de antes. Cuando me he echado encima de ti para quitarte el móvil.

Hice un gesto vago con la mano y negué con la cabeza para restarle importancia.

–¿Te he hecho daño? –insistió él.

Hice un esfuerzo sobrehumano por no echarme a reír. No es que John fuera un enclenque. Simplemente, la posibilidad de que pudiera hacerle daño a alguien me resultaba inconcebible. Así que apreté los labios para contener la sonrisa y moví la cabeza de un lado para otro.

–No te preocupes. Me había puesto... histérica.

–Pensaba que ibas a llamar.

Eso me había dolido. De acuerdo, los había amenazado con hacerlo, pero John debería conocerme lo suficiente como para saber que era un efecto secundario de mi dramatismo crónico. No podía evitar ponerme como una furia ni decir ese tipo de cosas.

–¿De verdad crees que lo haría?

John se encogió de hombros.

–Eres impredecible.

No podía llevarle la contraria, por mucho que lo deseara, porque tenía razón. Solía darles muchas vueltas a las cosas, pero siempre después de haberlas hecho. Al menos no había utilizado las palabras «inconsciente» o «imprudente», que tanto le gustaba usar a Javier. Fue el recuerdo el que me llevó a murmurar:

–No lo habría hecho. Y ser... impredecible –dije, marcando todas las sílabas de aquella última palabra. Sonaba mucho mejor que inconsciente. Incluso me gustaba– no

es nada malo.

—No he dicho que lo sea. Gracias a eso estás aquí. De todos modos, no me gustan las sorpresas, así que espero que no me despierte mañana con una manada de investigadores de lo oculto rodeándonos.

Me reí.

—No sé a quién cogerían antes: a la brigada cazadora de estrellas o a la friki que puede ver auras.

—Sería una decisión difícil —terció él, compartiendo mi risa—. Seríamos un banquete de primera categoría. Si nos hacemos amigos de algún extraterrestre, hasta es posible que nos dieran un programa de televisión propio.

Seguimos dándole vueltas al asunto mientras recorriamos la cima del cono. John estaba convencido de que si alguien descubría nuestros «talentos ocultos», como había decidido llamarlos, a él lo desecharían al instante. A mí me diseccionarían para estudiarme y descubrir cómo reproducir o clonar mi capacidad en otras personas. A él, sin embargo, le quitarían sus botes y lo dejarían en paz. Como mucho le harían algunas preguntas. Yo no me salvaría de la disección, eso lo tenía claro. Era el precio que debería pagar por ser especial.

Me gustó que utilizara esa palabra.

«Especial.»

En mi mente sonaba ruda, hiriente, como un insulto, porque para mí lo era. Especial era la palabra favorita en el instituto para definir a todos aquellos que por obligación o por elección propia no estaban cortados con el mismo patrón que la mayoría. En el instituto no destacaba por ninguna cualidad, ni intelectual ni social. No es que fuera invisible, sólo que no llamaba la atención, al menos hasta que me teñí el pelo de violeta. E incluso entonces no me mantuve demasiado en el punto de mira. En cuanto se acostumbraron, volví a la nada. Era una zona confortable, porque podía ser quien quería ser sin que nadie se metiera conmigo. Aun así, me fijaba en cómo los más populares solían meterse con los «raritos»: empollones, callados, gordos y demasiado flacos. Cualquiera que destacara por algo que no fuera la capacidad de ser como marcaba la moda era tildado de raro o especial.

A mí nunca me pusieron ese cartel. Al parecer, tener acromatopsia era algo extraño y exótico. Ser inteligente o pesar unos kilos de más era un crimen. Sin embargo, eso no impidió que siempre hubiera sentido su peso en el cuello. Yo era mucho más rara que

todos aquellos pobres desgraciados que sin comerlo ni beberlo se habían convertido en el divertimento de la clase. En muchas ocasiones quise salir en defensa de esos compañeros.

Nunca lo hice.

Además de rara, me decía cuando la oportunidad de hacer lo correcto se había esfumado, eres un cobarde.

Especial.

Sólo las auras y Javier me habían hecho sentir así. Durante unos meses, llegué a creer que esa palabra podía tener un significado positivo, un significado que me hiciera sentir orgullosa. Ese sentimiento fue tan efímero como una estrella fugaz. La estela que dejó mientras desaparecía en lo que eran cada vez días más oscuros fue tan dolorosa que me era imposible recordar la sensación que me inundaba cuando Javier me aseguraba que era la persona más especial del mundo. Sabía que era felicidad. Pero no podía recordar a qué sabía exactamente ese sentimiento.

Sin embargo, en los labios de John esa palabra adquiría un matiz muy diferente al que evocaban mis recuerdos. La pronunció con una sonrisa, lentamente, como si la saboreara, y la dejó flotando en el aire. Mantuvo la sonrisa hasta que consiguió que le devolviera el gesto.

Carraspeé, intentando deshacerme de las sensaciones que había traído consigo aquella palabra. Disparé un par de fotos antes de reunir el valor suficiente para hablar.

—Tiene destellos blancos y amarillos y naranjas.

—¿De qué hablas?

—De tu aura. Es negra, pero tiene destellos blancos y amarillos y naranjas.

—¿Y eso qué quiere decir?

Nos habíamos detenido y ahora John me observaba sin pestañear, impasible. Preparado para cualquier tipo de respuesta. Tragué saliva antes de responder. Tenía que elegir muy bien las palabras. Aunque no había hecho eso antes, era consciente de que en esos momentos yo era el médico y John mi paciente. Debía ser muy cuidadosa al elegir las palabras que iba a usar para que no hubiera malentendidos ni falsas ilusiones.

—Tu aura es negra. Es el color del dolor, de la tristeza. Lo entiendo. La tuve de ese color durante muchos meses —empecé a decir. Me daba cuenta de que estaba hablando como un niño de tres años, pero me sentía incapaz de articular un discurso coherente, con sus sujetos y sus conectores y sus predicados. Tomé aire antes de continuar—. Ya te

lo había dicho, ya lo sé. Lo que no te dije es que hay brillos de color. Amarillo: el color de la luz y la alegría; naranja: felicidad; blanco: pureza, libertad, calma.

—¿Qué significa eso?

—No todas las auras tienen esos destellos, y cuando los tienen, no siempre es algo bueno. El color dominante, en tu caso el negro, se asocia con el sentimiento que predomina en la persona, y los brillos con sentimientos que están en un segundo plano. Existen, están ahí, sólo que el sentimiento más fuerte los domina. A veces esos brillos estallan y se convierten en el color dominante. En tu caso, el dolor está por encima de la alegría y de la felicidad, pero hay muchos brillos de esos tres colores, los colores que mejor representan la felicidad y la calma de una persona, en tu aura. Significa que algo en ti está luchando por vencer el dolor.

John seguía mirándome sin decir nada. No sabía si estaba digiriendo mis palabras o si había desconectado y no había escuchado nada de lo que acababa de decirle.

—Vale —dijo, finalmente. Sin decir nada más, echó a andar.

Indignada, corrí hasta él y lo agarré del brazo para obligarlo a detenerse.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —Mi voz sonó mucho más enfadada de lo que había pretendido.

John frunció el ceño, como si no comprendiera el porqué de mi reacción.

—Vaaaleee —repitió, alargando la palabra—. Eso es bueno. ¿Qué más quieres que te diga?

—¡Eso no es bueno! Es decir, puede ser bueno, pero no tiene por qué serlo. Los brillos son como... los granos de maíz. No todos explotan, no todos se convierten en palomitas. Por más que los calientes, algunos seguirán siendo toda su miserable existencia un raquítico grano de maíz duro al que nadie quiere.

—¿Estás diciendo que soy ese grano de maíz marginado?

Solté un gruñido.

—Te estoy diciendo que no puedes esperar a que de repente uno de esos brillos estalle y haga desaparecer la oscuridad. Esos colores no explotan porque sí, la gente no es feliz porque sí. Tienes que luchar por sobreponerte al dolor, John. La vida no es un cuento de hadas, el dolor no desaparece porque sí.

—Ya lo sé.

Hizo ademán de volver a andar, pero se detuvo en cuanto sintió que apretaba su brazo con más fuerza.

—No lo sabes. No te da la gana ser feliz. No te da la gana luchar. Mantienes esos colores a raya porque no quieres ser feliz, no te atreves. Eres un cobarde.

—No me conoces, así que cállate.

—Co-bar-de.

—Cá-lla-te.

Se zafó de mi brazo y siguió andando hacia delante, apretando los puños con tanta fuerza que podía ver las venas marcándose en su piel. Sabía que estaba rabioso y una voz dentro de mí me aconsejaba que hiciera lo que John me decía y me callara de una vez.

La ira y la impotencia nublaron mi juicio.

—¡Es una falta de respeto deprimirse por un muerto! ¡Lo mínimo que podrías hacer sería demostrar un poco de respeto y ser feliz mientras tengas oportunidad de serlo!

John paró en seco.

Cuando se giró, el mundo se detuvo bajo mis pies.

El rostro de John era una mezcla de ira y tristeza que me erizó la piel.

—¿Qué has dicho?

—Perdona, John. Perdona —murmuré mientras se iba acercando a mí, con paso decidido y furioso. Cogí la cámara entre las manos como acto reflejo—. Lo siento.

—¿Cómo...? —Estaba tan alterado que ni siquiera podía terminar de formular la pregunta.

Nunca lo había visto así. El rubor de sus mejillas se había extendido a toda su cara y daba la sensación de que los ojos se le iban a salir de las órbitas de un momento a otro. Aquella era una versión de John que no conocía, y no me gustaba. Sabía que sería incapaz de ponerme ni un dedo encima y, aun así, el mero hecho de verlo en ese estado me hacía temblar.

—Orri me lo dijo. Auður tiene el aura violeta y ese es el color del duelo y yo le pregunté a Orri y me dijo que un amigo suyo murió hace muy poco y supuse que era amigo tuyo y por eso tu aura es tan negra y me dijo que sí, que era amigo tuyo y que por eso estás... así —solté, de carrerilla—. Lo siento. Lo siento. No debería haber dicho eso.

John levantó la mirada por encima de mis hombros, apretó la mandíbula y tragó saliva. Me lanzó una última mirada de hielo antes de darse la vuelta de nuevo. Cuando corrí hasta su lado e intenté volver a pedirle perdón, él giró la cara.

—Déjame en paz, Laura.

Esa última palabra me golpeó el estómago con tanta fuerza que tuve que tomarme unos segundos para sobreponerme. ¿Cómo era posible que mi nombre sonara tan mal en sus labios?

—Lo siento —repetí una vez más. Él seguía andando. Yo seguía observando cómo se alejaba, sintiendo con cada paso que daba el golpe de mi nombre contra mi pecho. Me acerqué a él y empecé a hablar. Me daba igual que no me escuchara. Hablaba porque lo necesitaba, porque no podía retener las palabras que se agolpaban bajo mi lengua. Tenía que intentar hacerme perdonar por lo que había dicho, o al menos hacerme entender—. Cuando alguien muere, lo más fácil es ponerse triste y preguntarse una y otra vez por qué él, por qué tan joven, por qué, si estaba en la flor de la vida o tenía nietos a los que cuidar o mucha vejez que disfrutar. No digo que no sea lo que hay que sentir, porque lo es. Lo entiendo. Pero no es bueno quedarse estancado en ese dolor ni regodearse en él. Es un tópico eso de decir que «él no habría querido verte así», pero... es la verdad. Y si tu amigo, desde donde quiera que esté, disfruta viéndote sufrir por él, sinceramente no merece tu tristeza. No digo que sonrías y finjas estar bien, simplemente que lo intentes. El aura de Auður es violeta. No te diría nada si ese fuera el color de la tuya, porque es normal que estés triste después de perder a alguien. Sin embargo, el negro... Ese no es un buen color. Se agarra a tu piel. Nunca desaparece solo. Acaba por consumirte.

John no me había mirado ni una sola vez mientras le hablaba. Había seguido caminando con paso firme, con la vista fija en el punto en el que estaban Orri y Auður. No se habían movido ni un milímetro.

No esperaba que respondiera, ni siquiera que reaccionara, en cuanto callé. Pero lo hizo.

—¿Has perdido a alguien cercano?

Había perdido a muchas personas a lo largo de mi vida, muchos amigos que desaparecieron cuando caí en la oscuridad provocada por las redes de Javier, sólo que ninguna de la forma de la que hablaba John.

—No.

Observaba a John por el rabillo del ojo, esperando una respuesta que parecía no llegar nunca. Una nube se deslizó y cubrió el sol por completo. Me estremecí bajo la protección de mi abrigo.

Finalmente, John separó los labios.

–Entonces cállate, Laura.

18. Ásbyrgi

Lo mejor de viajar a un país extranjero es que puedes decir lo que quieras en tu idioma sin miedo a que nadie te entienda. Ya puedes estar hablando de la fuente de la eterna juventud que nadie se enterará, a no ser que tengas la mala pata de coincidir con algún simpático compatriota de esos que están siempre con la antena puesta para encontrar a alguien de su país en todas partes. Por suerte, aquella tiendecita de pueblo no era el tipo de lugar en el que se perdían los turistas, de modo que pude desfogarme a gusto con Larisa, que aguantaba estoicamente mi indignación al otro lado del teléfono. Comía pipas. Podía oírla morderlas, separar la cáscara y masticarlas. Normalmente eso me ponía de los nervios, pero estaba tan enfadada que ni siquiera me importaba tener un roedor al otro lado de la línea.

Yo sólo quería ayudar a John.

¿Qué recibía a cambio? Desprecio, malas caras, miradas asesinas.

Mis buenas intenciones se esfumaron con aquel último «cállate». O quizás fuera por la forma en la que escupió mi nombre.

Si no quería entender, si no podía entender, que lo único que quería era ayudarlo, yo no podía hacer nada más al respecto.

Habíamos hecho el camino de vuelta al coche en silencio. Lo primero que hice fue quitarme la sudadera de la piña y volver a ponerme mi forro polar. No quería llevar nada encima que me recordara a John. Si Orri y Auður notaron la tensión que había entre nosotros, no hicieron ningún comentario, ni en el descenso ni durante el breve trayecto hasta la siguiente parada, una explanada llena de fumarolas, charcos de lodo y afloraciones de azufre. Mientras Auður hablaba sobre el precioso contraste de colores, grises y marrones de todas las tonalidades, yo me concentraba en percibir todos los olores, que me transportaban a aquella primera ducha en Reikiavik. Arrugué la nariz al darme cuenta de que, aunque el olor a azufre seguía mareándome, no me parecía tan

nauseabundo como aquel primer día. Reikiavik parecía formar parte de otra vida... Y de otro mundo.

Prefería concentrar mi pensamiento en lo que me rodeaba que en John, porque las ganas de gritarle iban en aumento cada segundo que pasaba. Lo único que me había impedido hacerlo había sido la cantidad de turistas que paseaban entre los charcos y las fumarolas, haciendo fotografías y exclamándose por todo cuanto veían.

Me esforcé por regresar a aquella tienda, donde mi boca seguía soltando insultos contra John.

—... y desagradecido y egoísta y estirado y autocompasivo y...

—Laura, acaba de perder a un amigo. No esperes que sea racional.

—Eso no es razón para tratarme como a un perro.

—Laura. Te ha dicho que te calles y te ha llamado por tu nombre. Yo lo veo normal. No exageres, estaba cabreado y tú eres una pesada. Claro que te ha hecho callar.

Larisa tenía una capacidad única en el mundo: era capaz de hacerme sentir culpable. Ni siquiera necesitaba soltar un discurso coherente. El tono duro de su voz era suficiente para hacerme entender que me había comportado mal o que estaba equivocada. Sin embargo, aquella vez me sorprendí llevándole la contraria e insistiendo en lo mal que se había portado John conmigo. Estaba dispuesta a concederle que quizás decir que me había tratado como a un perro era exagerar, pero nada más. No se había comportado correctamente, dijera lo que dijera Larisa. Ella no lo conocía. Y si no era capaz de comprender la ofensa que era que me llamara por mi nombre real, estaba claro que intentar convencerla era una completa pérdida de tiempo.

Iba a despedirme cuando carraspeó, como si quisiera despegar las palabras que se le habían quedado aferradas a la garganta.

—Espera. Me... me ha llamado Javier.

Después de aquella confesión inesperada, temí que mi cuerpo dejara de responder, así que me sorprendí al notar que seguía respirando como si no hubiera pasado nada. Larisa me contó que hacía dos días, al asumir que no tenía intención alguna de responder a su pregunta con otra cosa que la foto con los dos islandeses, Javier la llamó para saber qué hacía, dónde y con quién. No le hizo ninguna gracia verme tan sonriente junto a dos hombres que no eran él. Al menos eso me dijo Larisa. Obviamente, no respondió a ninguna de sus indagaciones. A cada pregunta con la que la bombardeaba Javier, ella respondió con una buena retahíla de gritos. No hacía falta que me dijera todas las

lindezas que le había soltado para que me hiciera una idea; conocía muy bien a Larisa y sabía que si tenía alguna buena cualidad era la de no guardarse sus opiniones para ella misma, y mucho menos si estaba enfadada.

Y enfado era una palabra muy suave para definir lo que sentía Larisa cuando veía, pensaba o hablaba de Javier.

Larisa respiró tranquila cuando reaccioné sin nervios ni entusiasmos. Javier era la última de mis preocupaciones en aquellos momentos. Javier pertenecía a mi pasado. Javier era mi pasado y a cada nuevo día que vivía sin él estaba más convencida de que nunca permitiría que volviera a ser mi presente, y mucho menos mi futuro.

Al despedirme de Larisa, sus palabras no desaparecieron de mi mente. Mientras salíamos de la tienda con bolsas llenas de comida, mientras conducíamos por las solitarias carreteras del noreste de Islandia, mientras paseábamos por los alrededores de una cascada, disfrutando de la caída del agua... no podía deshacerme de su voz diciéndome que era una exagerada y que estaba juzgando con demasiada dureza a John.

Quizás me habría planteado perdonarlo si hubiera tenido la delicadeza de mirarme en algún momento o de fingir que se arrepentía mínimamente de haberme tratado de forma tan brusca. No lo hizo. No me miró y no se acercó a menos de cinco metros de mí.

Ni que fuera radiactiva.

De repente, volvía a ser el John que había conocido en Reikiavik. Serio, taciturno y cortante. No me gustaba aquella versión de él y no me gustaba pensar que había sido yo quien había provocado que volviera a aflorar.

Orri no tardó mucho en abordarme y en pedirme explicaciones. Aprovechó mientras visitábamos un cañón inundado de árboles frondosos y llenos de vida. Después de hacer la correspondiente reserva en el Centro de Visitantes y pagar cuatro plazas en el campin, habíamos aparcado el coche en el parquin, situado a pocos kilómetros del edificio del centro, y echamos a andar siguiendo el sendero que se adentraba en las entrañas del cañón. Caminamos durante media hora hasta que llegamos al fondo de la garganta, donde una pared de unos cien metros de altura nos separaba del resto del mundo. Un pequeño lago de aguas cristalinas bañaba la pared en la que terminaba el cañón. Una quincena de turistas rompían la magia del lugar.

Me habría gustado poder disfrutar del silencio de aquel sitio en soledad, sin *flashes* de cámaras ni voces de niños y adultos que no podía descifrar.

En cuanto vi que John y Auður se sentaban a descansar sobre la plataforma de madera que había en la orilla de la pequeña laguna, me preparé para responder a la clase magistral que iba a darme Orri. Había aprovechado el tenso silencio del último tramo de viaje en coche para leer todo lo que pude del lugar al que nos dirigíamos. Cuanto más supiese, menos me explicaría Orri. Aunque me burlara de él, me gustaba que hubiera cumplido con su promesa y estuviera comportándose como un verdadero guía turístico, pero en aquellos momentos tenía demasiados pensamientos en la cabeza como para encontrar espacio para las lecciones de Orri.

Sabía que se llamaba Ásbyrgi y que tenía forma de herradura. Sabía que la mitología nórdica situaba ahí la capital del «pueblo escondido» del que me había hablado Orri hacía unas horas y que, aunque los geólogos decían que era fruto de la descongelación de algún glaciar hacía muchos millones de años, la leyenda afirmaba que el cañón era en realidad la huella del gigante del dios Odín. Sabía incluso qué flora predominaba: enebros, sauces y abedules.

Podía haberlo sorprendido con eso y con mucho más, pero, por una vez, Orri no tenía ningún interés en contarme dónde estábamos y por qué era tan especial.

Sólo quería saber qué había pasado en el volcán para que John se comportara así. Estaba tan concentrada indignándome al ver cómo me trataba (o, mejor dicho, cómo no me trataba) que no me había dado cuenta de que había adoptado la misma actitud con sus amigos. Me volví y vi que caminaba en silencio al lado de Auður, que al ver que la miraba se encogió de hombros y me lanzó una mueca triste. Tampoco a ella le gustaba verlo así.

Le conté a Orri la verdad, porque hacer otra cosa habría sido perder el tiempo. Estaba claro que todo aquello era culpa mía.

Aquella fue la primera vez que vi a Orri perder los nervios, si es que puede llamársele así. Me miró con los ojos muy abiertos, tartamudeó y se llevó las manos a la cabeza. Respiró para evitar gritar, miró hacia el cielo y cuando recobró la calma y su aura volvió a su tranquilo naranja habitual, clavó sus ojos en los míos y negó con la cabeza.

Me habría dolido menos que me hubiera gritado. Me habló como si fuera una niña pequeña, repasando punto por punto por qué lo que había hecho estaba tan mal. Lo principal era que se suponía que no debía hablarle del tema a John. Era un secreto entre él y yo para que entendiese a John y Auður y dejase de juzgarlos; la confidencialidad estaba implícita. En segundo lugar, no podía decirle a John que su estado de ánimo era

ofensivo para su amigo fallecido, porque lo hacía sentir culpable por algo que no podía evitar (algo en lo que yo no estaba de acuerdo). Y, en tercer lugar, no podía llamarlo cobarde.

—No lo conoces.

Antes de que pudiera llevarle la contraria, me di cuenta de que tenía razón. A pesar de que seguía pensando que era un cobarde por no atreverse a enfrentarse a sus sentimientos, no lo conocía.

Eso tampoco me gustaba.

Aguanté la reprimenda de Orri y le dije que lo sentía, esperando que sin pedírselo le retransmitiera la disculpa a John. No tuve esa suerte, porque me exigió que hablara con él para arreglar las cosas. Para arreglar a John. Había mejorado en esos últimos días de viaje y no podía desandar todo el camino recorrido sólo porque yo no tuviera ningún filtro entre el cerebro y la boca.

Era evidente que no confiaba demasiado en mi palabra, porque él mismo se encargó de que tuviera el momento ideal para hacerlo.

Volvimos hasta el campin para coger el coche. Aunque podríamos haber ido andando hasta el único lugar de la zona donde podíamos cenar algo, un restaurante situado a pocos metros del Centro de Visitantes que servía a la vez de tienda de recuerdos y de gasolinera, John insistió en ir en coche para llenar el depósito de gasolina. En un país como aquel, en el que podías recorrer doscientos kilómetros sin cruzarte con ningún rastro de vida humana, era mejor poner un poco de gasolina siempre que hubiera ocasión. Antes de las siete y media ya nos encontrábamos de nuevo en el campin y Auður ya había montado su tienda de campaña al lado del coche.

Cuando había dicho que había traído una por si queríamos dormir en un campin o no encontrábamos plazas en hoteles o casas de huéspedes, había imaginado que sería una de esas grandes tiendas de campaña similares a las de los beduinos de las películas. Había imaginado por lo menos cien metros cuadrados bajo una lona ligera pero resistente, con una gran entrada y quizás incluso con una ventana o dos de plástico.

La realidad no podía ser más desoladora. No sólo era insultantemente pequeña; además, no había ni que fijarla al suelo con cuerdas para montarla, porque no era más que una especie de iglú desplegable. Se me cayó el mundo encima en cuanto comprendí que ahí sólo hubiéramos cabido los cuatro si fuéramos duendes y que aquella noche me tocaría dormir en el coche otra vez. La tienda era para Auður y la persona a la que ella

eligiera, evidentemente; yo, como extranjera y desconocida, tenía todas las de perder. Sólo me quedaba rezar para que no tuviera que compartir el coche con John.

En cuanto Auður anunció que la tienda estaba lista, Orri se llevó las manos a la barriga dramáticamente y dijo que la cena no debía de haberle sentado bien, porque se encontraba muy mal. Auður se ofreció de inmediato a acompañarlo a dar un paseo para refrescarse. Mientras se alejaban, Orri se volvió hacia mí e hizo un gesto brusco con la cabeza para señalar a John, que estaba sentado en el maletero del coche.

Me quedé de pie, cruzada de brazos, viendo cómo los cuerpos de Orri y Auður se iban haciendo cada vez más pequeños mientras pensaba cómo acercarme a John y, sobre todo, con qué palabras. Estaba enfrascado en su libro, y a pesar de que su expresión no era de enfado, su aura se arremolinaba furiosamente a su alrededor.

La tempestad bajo la calma.

—John —solté, antes de que pudiera echarme atrás. No me intimidaba el hecho de hablar con él; no tenía ningún problema en volver a sacar el tema o en seguir discutiendo hasta que el sol y las estrellas se apagaran. Lo que no me hacía ninguna gracia era pedirle perdón.

En cuanto oyó mi voz, levantó la cabeza y me miró, sólo durante un segundo. Luego desvió la vista, guardó el móvil y cogió una de las mochilas pequeñas. Sin decir nada, metió dos botes vacíos en ella y saltó del maletero con la mochila a cuestas al tiempo que me lanzaba las llaves para que las cogiera al vuelo.

—¡John! —volví a gritarle, esta vez luchando por recordar la promesa que le había hecho a Orri y reprimir las ganas de coger las llaves, que había conseguido coger antes de que cayeran al suelo, y estampárselas entre los ojos.

—Me voy a cazar —se dignó a responder él.

Suspiré mientras levantaba los ojos al cielo, desesperada. Iba a salir del coche cuando vi una de las mangas de la sudadera asomando entre las mochilas. La saqué del desorden siguiendo un impulso, me quité el forro polar y me puse la sudadera de John, esperando que lo viera como una bandera blanca. Bajé la puerta del maletero sin demasiada delicadeza. Le di al botón del mando a distancia y, en cuanto oí el sonido de los cierres activándose, corrí detrás de John.

—Voy contigo.

Esperaba que se negara con un par de gritos o que acelerara el ritmo para dejarme atrás o que me encerrara en el coche. No hizo nada de eso.

De hecho, no hizo nada. Ni siquiera reaccionó. Siguió andando entre las tiendas de campaña y los turistas sin abrir la boca, sin aceptar ni rechazar mi compañía.

—¿Adónde vamos?

No respondió.

Cinco minutos después, volví a intentarlo.

—¿Qué vamos a cazar?

Ni siquiera me miró.

Ya habíamos recorrido la mitad del camino que horas antes nos había llevado hasta el fondo del cañón cuando me atreví a volver a hablar.

—Pues no hace mucho frío.

Esta vez, John giró levemente la cabeza y, en un gesto que pretendía ser imperceptible, dibujó una sonrisa escurridiza. Tal vez la idea de la sudadera había funcionado.

Seguimos caminando en silencio, abriendo la boca sólo para saludar a los turistas que nos cruzábamos por el camino. Todos regresaban de sus excursiones cuando nosotros la empezábamos por segunda vez aquel día.

El lago era un lugar completamente diferente sin todos aquellos turistas revoloteando a su alrededor, haciendo fotografías y hablando demasiado alto. El silencio era tan cautivador que ni siquiera me importó que John no me hablara. O al menos dejó de importarme tanto durante un rato. Me senté sobre la plataforma de madera que había en la orilla del lago y observé a mi alrededor. Aunque aquel lugar era una especie de jaula, un pequeño oasis flanqueado por una enorme pared de roca a un lado y por un bosque infinito al otro, era imposible sentirse recluso. Alcé los brazos al aire, sonreí, y me dejé caer lentamente sobre el suelo. Me quedé quieta escudriñando el atardecer hasta que oí la voz de John.

—Ya está.

Levanté la cabeza y lo vi acercándose con dos botes llenos de un brillo blanquecino que lamía sus paredes ávidamente.

—Podrías haberme avisado de que estabas cazando. Ni siquiera te he oído —me quejé, olvidando durante unos segundos que estaba ahí para pedirle perdón y no para recriminarle más cosas—. ¿Qué es?

—Agua del lago.





Esperé a que dijera algo más o a que diera media vuelta y volviera al campin. En lugar de eso, guardó los botes en la mochila, que dejó junto a mis pies, y se sentó en la plataforma de madera. Cruzó las piernas y dirigió la mirada hacia las aguas del lago. No era capaz de descifrar si estaba esperando a que intentara hablar con él otra vez. Quizás Orri también lo había amenazado y lo había obligado a escucharme y a aceptar mis disculpas bajo amenaza de muerte. Dejé caer la cabeza sobre la plataforma de madera y me quedé observando el cielo.

—Perdón.

Con eso bastaba. Sencillo, concreto, conciso.

Era una disculpa perfecta; sin embargo, John decidió que no era suficiente, porque sin mirarme inquirió:

—¿Por qué?

Tenía que elegir bien mis palabras: elegir aquellas que me permitieran decir la verdad, mi verdad, sin hacerlo enfadar de nuevo.

—Por hablarte de ese modo. Ya sabes, en el volcán —dije. Él no se movió, así que suspiré e insistí—: No he pasado por eso y no tengo derecho a opinar, lo cojo. Lo siento.

—Vale.

—¿Vale? Escucha, tú también tienes que poner algo de tu parte, ¿sabes? —me quejé, apoyándome sobre los codos para poder observar sus reacciones.

Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que tú también sientes haber reaccionado de forma tan exagerada.

—Sólo te he dicho que te callaras.

No había sido únicamente eso, pero decidí guardarme mis pensamientos.

—Mira, yo te he hablado en un tono inadecuado y tú me has respondido en un tono inadecuado. Estamos en paz, ¿de acuerdo?

John suspiró y terminó por asentir, no demasiado convencido.

—De acuerdo.

Me puse de pie y me apoyé en la barandilla de madera. No podía mirar a John mientras soltaba el discurso que se agolpaba bajo mi lengua, así que clavé los ojos en la pared de piedra que teníamos delante.

—Sé que no he perdido a nadie y que no soy nadie para decirte cómo sentirte y mucho menos cómo superarlo. Sé que hace cinco días que nos conocemos y que ni siquiera te hace gracia que esté aquí, que preferirías estar con Orri y Auður, y que mi opinión no te importa en absoluto, pero tengo que decírtelo. Tú no eres así, no eres oscuro. No sé cómo eres, no sé de qué color es tu aura normalmente, sólo sé que lo que veo no es tu verdadero yo. Lo sé porque durante muchos meses yo tampoco era yo. Ni mi aura ni mi reflejo eran míos, eran de alguien que había caído en un pozo del que no conseguía salir. Quizás no sé lo que se siente cuando pierdes a alguien; sin embargo, sí sé lo que se siente cuando eres tú el que estás perdido. No puedes culparme por no querer verte así. Aunque no te conozca, aunque no me conozcas y aunque no te importe lo que piense.

John estaba observándome sin parpadear y yo mantuve el aliento. Pasó una eternidad antes de que reaccionara. Oí cómo se levantaba. Cerré los ojos. No estaba preparada para que volviera a gritarme.

—¿Por qué dices eso? —dijo con voz aséptica.

—¿El qué?

Había dicho tantas cosas que ni siquiera podía acordarme de todo.

—Que no me hace gracia que estés aquí. Ya te dije que no eras una molestia.

Se acercó a mí y se apoyó en la barandilla a apenas unos centímetros de mi brazo izquierdo.

—No ser una molestia y ser apreciada están a años luz de distancia, John. Orri me invitó a venir con vosotros sin consultarte, o al menos sin que estuvieras del todo de acuerdo. Y ahora que está Auður, entiendo que preferirías viajar sólo con ellos. Los tres compartís una historia, y yo no pinto nada en ella.

—La vida son páginas en blanco —dijo él, y, antes de que pudiera preguntarle, añadió—: No es ninguna cita de ningún muerto. Lo que quiero decir es que estás aquí, y eso te convierte en parte de nuestra historia también, la del presente. Y me gusta que estés aquí. La situación es más cómoda.

—¿Más cómoda?

—Con Auður, ya sabes.

—Ah.

—Supongo que ya te lo habrá contado Orri. Fue hace mucho tiempo, pero ya sabes que estas cosas nunca vuelven a la normalidad. A veces creo que Auður aún siente algo por él, aunque se empeñe en decirme lo contrario.

—Sí, claro —respondí automáticamente, antes de darme cuenta de que había utilizado la tercera persona. Fruncí el ceño, confusa—. ¿Él?

—Orri.

—¿Orri?

—¿Quién si no?

John parecía tan perdido como yo.

—¿Auður estuvo con Orri?

—Acabas de decir que lo sabías.

Negué con la cabeza lentamente, intentando concentrarme en procesar todos los datos para conseguir un rompecabezas que formara alguna imagen con sentido.

Era imposible.

—¿También estuvo con Orri?

—¿También?

–Bueno, estuvisteis juntos. Aunque haga muchos años de eso, cuenta de todos modos, John.

John se volvió hacia mí e inclinó levemente la cabeza, entrecerrando los ojos.

–¿De dónde has sacado eso?

–Me lo dijo ella. Y también Orri.

–No lo entendiste bien. Fue él el que estuvo con ella. Él tenía diecinueve años y ella dieciocho, estuvieron saliendo durante poco menos de un año y después rompieron.

–No, Orri me dijo que fue tu primer amor.

–Fue su primer amor. A veces Orri se líía con el inglés, se equivocaría al hablar. O lo entenderías mal –insistió.

Estaba segura de lo que me habían dicho, tanto Orri como Auður, y sabía que yo tenía razón. Sabía lo que me habían dicho, y no era que ellos dos habían estado juntos tiempo atrás. Abrí la boca para insistir en mi versión y vi que John ya no me miraba. Negué con la cabeza, rendida; si quería entender por qué Auður y Orri me habían mentado (suponiendo que John dijera la verdad), tenía que hablar directamente con él.

–No me gusta hablar de cómo me siento, por eso reaccioné de esa forma. Casi no nos conocemos y ya sabes más de mí que cualquiera de mis compañeros de la universidad con los que he compartido cuatro años de mi vida. Sabes lo de mi padre, lo de Jóhanna, lo de los *lífsandi*, lo de... Todo.

No sabía qué decir, así que recurrí al comodín:

–Lo siento.

John se rió. Se quitó las gafas y empezó a frotarlas compulsivamente con la tela de la camiseta que asomaba bajo su sudadera.

–No es un reproche. Sólo es una observación.

–Si te sirve de consuelo, tú también sabes más de mí que cualquiera de mis amigos. Sólo le he contado a Larisa lo que viví con Javier y en cuanto a las auras... Sólo lo sabéis vosotros tres.

–Hace menos de una semana que nos conocemos. Y... –respondió John.

... parece una eternidad, pensé.

–Parece una eternidad –terminó él.

Se colocó las gafas y su mirada quedó de nuevo enjaulada tras los cristales, en los que se reflejaba la luz del crepúsculo. Aunque sus labios estaban rectos, percibí una sonrisa en el contorno de sus ojos, que no se apartaban de mi rostro.

Sólo desvié la vista porque noté un roce sobre la mano. Los dedos de John estaban trepando lentamente por los míos.

–Deberíamos volver antes de que oscurezca del todo –dije, intentando sonar decidida.

–Eh.

Hice saltar la mirada entre sus ojos y sus dedos, que avanzaban sobre mi muñeca, antes de responder.

–¿Qué?

–Me gusta la piña de tu sudadera, Heima.

Bastó un segundo para que dejara de ver o percibir nada de lo que sucedía en el universo.

Ya no veía el brillo del sol muriendo en los cristales de sus gafas, ni sus mejillas teñidas por un gris oscuro, ni sus pupilas clavadas en mí, ni tampoco sentía el tacto de sus dedos sobre mi mano ni el viento en mi nuca.

Mi cuerpo había respondido por mí y todos mis sentidos se habían volcado en el sabor de John en mis labios.

19. Ásbyrgi (2)

Fui yo quien se separó, una eternidad y media más tarde.

John me había devuelto el beso. Y no sólo eso. En cuanto pude volver a ser consciente de mi cuerpo, noté que me había agarrado de la cintura para atraerme hacia él.

Sentía el corazón dando brincos en mi pecho, y mis pulmones luchando por recuperar un ritmo normal de respiración. Notaba los labios calientes y el sabor de John en mi lengua. Por mucho que intentara hablar, mi cerebro no se dignaba a construir ninguna frase con sentido. Y aunque pudiera hacerlo, no sabía qué decirle. Sólo podía mirarlo sin parpadear, esperando que fuera él el que rompiera un silencio que cada vez me oprimía más.

Había seguido un impulso. Mi madre no estaría muy orgullosa de mí. Siempre me decía que una señorita (esa era probablemente su palabra favorita) debía esperar siempre a que el hombre actuara primero. Según sus teorías, demasiado del siglo XIX para mí, una mujer únicamente podía coquetear y esperar a que el hombre captara sus indirectas y reaccionara en consecuencia.

No me habían faltado ganas de preguntarle qué clase de señales le envió a Roberto para que terminaran en la cama traicionando la confianza de un marido y de un amigo del alma al mismo tiempo, aunque había conseguido reprimirme. Mi madre era así: contradictoria hasta la sepultura.

La única señal que yo le había dado a John había sido mi cuerpo abalanzándose sobre él. No le había dado espacio para reaccionar, ni a mí misma tiempo para comprender lo que estaba haciendo.

¿Había sido porque se había dado cuenta de que me había puesto su sudadera? ¿O porque me había llamado Heima otra vez?

No sé qué opción prefería.

Se dio cuenta de que aún me estaba rodeando con los brazos y se apartó de mí, ni demasiado lento ni demasiado rápido como para que pudiera sacar algo en claro de su

gesto. Se aclaró la garganta y murmuró:

—¿Volvemos?

Si durante el camino de ida habíamos estado todo el rato en silencio, durante el de vuelta no dejamos de hablar. Rehuíamos el silencio como si nos quemara la piel. En cuanto nos quedábamos callados, John sacaba un nuevo tema de conversación, cualquiera, cualquier cosa que evitara que la tensión se apoderara del espacio que nos separaba. Sabía que no había olvidado la discusión de aquella tarde por cómo evitaba mencionar las auras, su amigo muerto o incluso a Orri y Auður, pero en aquellos momentos me contentaba con saber que no seguía enfadado. Yo tampoco quería remover el tema. Prefería escuchar historias sobre su vida. Prefería conocerlo un poco más mientras luchaba por deshacerme del sabor de ese beso.

La media hora se me hizo incluso corta. Llegamos al campin cuando John empezaba a explicarme cómo había sido su primer día como pescador.

Orri y Auður ya estaban en el coche cuando llegamos. O, mejor dicho, en la tienda de campaña, de la que salieron en cuanto oyeron nuestras voces.

Nos habíamos ido sin avisar, habíamos cerrado el coche y nos habíamos llevado las llaves. Llevaban tres cuartos de hora esperando a que regresáramos para poder coger sus cosas y ducharse antes de irse a la cama (una expresión que sonaba a recochineo teniendo en cuenta que dos de nosotros dormíamos sobre un prado y los otros dos en el maletero de un coche). Antes de que pudiera acordarme de preocuparme por cómo íbamos a distribuirnos, Orri decidió que ya que habían tenido que esperarnos, merecían dormir en la tienda.

Busqué de reojo la reacción de John, que se limitó a encogerse de hombros.

Miraba la tienda de campaña fijamente desde el maletero del coche mientras John se encargaba de tumbar los asientos traseros para que tuviéramos más espacio. Recordaba lo que me había dicho a orillas del lago sobre Auður y Orri y me maldije por no haberme acordado de hablar con Orri antes de que se fuera a dormir o lo que quiera que estuviera haciendo ahí dentro.

No entendía que hubiera dos versiones tan diferentes de la relación de Auður con los chicos, y lo peor de todo es que las dos parecían creíbles. Además, Auður me había hablado específicamente de John. Lo recordaba, aunque John hubiera insistido en que no

lo había entendido bien. Auður tenía un dominio del inglés casi perfecto; no habría dicho nada que no hubiera querido decir, y mucho menos se hubiera confundido con el nombre de su primer amor.

Sin embargo, tenía la sensación de que John decía la verdad. Se había sorprendido al darse cuenta de que teníamos diferentes versiones de la realidad. Además, seamos sinceros, que Orri hubiera puesto una excusa tan tonta para dormir con Auður era cuando menos sospechoso.

—¿Crees que...? —le pregunté a John, señalando la tienda con la cabeza.

Miró hacia su dirección, hizo una mueca y siguió a lo suyo.

En cuanto me había ofrecido a ayudarlo para terminar de organizarlo todo, me hizo salir del coche, y sólo me permitió volver a entrar cuando hubo colocado todas las mochilas en los asientos delanteros y hubo desplegado los sacos de dormir sobre el maletero. El mío a la derecha y el suyo a la izquierda, igual que dos noches atrás.

Hice crucigramas hasta las once mientras John seguía leyendo su libro, menos concentrado de lo habitual. De vez en cuando me traducía alguna frase y cada diez minutos se ofrecía a ayudarme con el crucigrama. Aunque se lo decía una y otra vez, olvidaba que ni siquiera estaba en su idioma. Él sonreía, volvía a su libro y al poco rato repetía la pregunta.

No cruzamos ninguna otra palabra hasta que los bostezos se hicieron demasiado continuos.

—*Góða nótt*, Heima.

—*Góða nótt*, John.

Esa mañana no desperté bajo el brazo de John, ni tuve que batallar para quitármelo de encima. Estaba prácticamente pegado al lateral del coche, tapado hasta las orejas con el saco de dormir.

Orri era el único que estaba despierto. Lo vi sentado fuera de la tienda, quieto, con la vista fija más allá del campin, donde sólo había lugar para el bosque infinito que poblaba el cañón. Salí del coche sin hacer ruido y él me sonrió al verme. El sol ya despuntaba tras unas nubes algodonosas, aunque, dado que el amanecer empezaba sobre las tres de la madrugada, eso no me dio ninguna pista sobre la hora que era. Me senté junto a Orri y después de intercambiar un educado *goðan daginn*, decidí que tenía que aprovechar

aquel valioso momento de intimidad. A pesar de que pueda parecer irónico, o precisamente por eso, odiaba los secretos.

A Orri se lo contaría todo. Hacía una semana que lo conocía y, aun así, era con toda seguridad una de las personas más importantes en mi vida. Era el primer amigo que había hecho después de mi época oscura con Javier; era el único que tenía, además de Larisa. Aquel era nuestro séptimo día juntos. Ciento sesenta y ocho horas uno al lado del otro daban para mucho.

Antes de que pudiera decidir cómo decírselo, habló.

—¿Cómo fue ayer?

Me tomé unos segundos eternos antes de responder. No me importaba decírselo; lo que me preocupaba era su reacción.

—Yo... —Me aclaré la garganta—. No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo? ¿Le pediste perdón?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Que vale.

—Entonces fue bien —dijo Orri, haciendo una mueca.

—Pero...

—¿Hay un pero?

Casi escuché la seguridad de Orri haciéndose añicos a mi lado. Parecía que estaba contagiándole mi dramatismo. Intenté tragar saliva antes de responder. Tenía la boca completamente seca.

—Lo besé.

Mi gran capacidad inventiva para el desastre y la exageración se quedó corta en aquella ocasión. Orri abrió mucho los ojos, tanto que parecía que se le fueran a caer de un momento a otro de las cuencas, y dibujó una sonrisa que le llegó hasta las cejas mientras levantaba los brazos hacia el cielo con entusiasmo, como mi madre hacía en los partidos de fútbol importantes cuando su equipo marcaba.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —repitió una y otra vez, intercalándolo con expresiones en islandés indescifrables.

Me quedé mirándolo con actitud seria, esperando a que se calmara para poder contarle lo que había pasado en la plataforma de madera del lago y, sobre todo, qué me estaba pasando por la mente en aquellos momentos. Esa última parte podía resumirse

fácilmente: un millón de signos de exclamación y un millón elevado al infinito de interrogaciones.

John había sido el primer chico al que había besado –y el primero al que había querido besar– desde Javier.

Orri tuvo la consideración de dejar que terminara de hablar para ponerse a aplaudir.

–Me dijo que nunca ha estado con Auður, que fuiste tú el que salió con ella hace años.

La sonrisa se le heló en los labios. Dejó caer la cabeza y asintió sin dejar de mirar la hierba que tenía entre los pies.

–¿Es verdad? –insistí.

–Un poco.

–La verdad es algo absoluto, Orri. No puede ser un poco verdad y un poco no; o lo es o no lo es, no hay escala de grises.

–Es muy verdad –respondió, vencido. No hizo falta que le preguntara por qué me había mentido y por qué me había mentido también Auður para que cediera a la presión y confesara–: Decirte que había estado con ella era la forma más rápida y eficaz para ponerte celosa.

–¿John quería ponerme celosa?

–No. Yo quería ponerte celosa. No de mí, de Guðjon. Para él.

No había dejado nada al azar. Lo había calculado todo: fingía encontrarse mal o cansado para dejarnos solos, igual que había fingido dormirse dos noches antes para que John y yo tuviéramos que compartir el maletero. La idea de ponerme celosa utilizando a Auður había sido fruto de una «iluminación divina», tal como lo había descrito él. Según sus propias palabras, lo mejor para avivar un romance era hacer al objeto de deseo, es decir, a John, alguien realmente deseable. La forma más efectiva era sin duda ponerlo en el punto de mira de otra chica.

Me maldije mentalmente por no haberme dado cuenta del plan, por no haberme dado cuenta de que Orri estaba cansado demasiadas veces, de que Auður no miraba a John más que cuando estaba segura de que yo estaba observándola.

Había estado ciega y lo peor es que Orri había conseguido su objetivo. Al menos una parte de él. A pesar de que podía ver su aura, y a pesar de cómo me había atraído hacia él la noche anterior, no podía hablar por John.

¿Cómo había sucedido?

Yo tenía el corazón roto. Me había jurado que jamás volvería a caer en las redes de ningún hombre. Claro que eso fue antes de conocer a John, a su pelo casi albino, sus ojos claros como el agua, su forma de limpiar compulsivamente las gafas... y su forma de pronunciar Heima.

Tuve que obligarme a sacudir la cabeza, como si así expulsara de ella todos aquellos pensamientos de adolescente encaprichada.

Cuanto más explicaciones me daba Orri, y cuantos más detalles escuchaba, más utilizada me sentía.

—¿Sólo me pediste que viniera contigo para que me liara con tu amigo? ¿Eso es lo que soy, la fulana que va a acostarse con tu amigo deprimido para darle una alegría?

Orri abrió los ojos y negó con la cabeza vehementemente. Casi parecía indignado.

—Joder, Laura, ¿a estas alturas me preguntas esto? Si quisiera darle una alegría a Guðjon, le buscaría a una cualquiera. Créeme, no sería difícil. Por si no te has dado cuenta, no es que le cueste captar la atención de las chicas. Cuando os vi juntos pensé que sería una buena idea... No lo sé. Me pareció ver algo entre vosotros.

—John no hablaba prácticamente cuando lo conocí —le recordé.

—Precisamente.

Con una palabra había conseguido resumir toda su argumentación. Precisamente: el John que yo había conocido no era el mismo que ahora dormía en el interior del todoterreno.

—Entonces, ¿por qué me pediste que viniera con vosotros?

—Porque estabas perdida y porque me caíste bien desde el momento en que te vi. Además, sabía que tenías algo raro... O especial, llámalo como quieras. Quería descubrir qué era. Tú no tenías nada que hacer en Reikiavik y nosotros teníamos sitio de sobra en el coche. Echa cuentas. Lo de Guðjon fue una «iluminación» posterior.

—Te gusta mucho esa palabra. Iluminación.

—Porque lo fue. ¿Sabes esas ocasiones en las que de repente ves algo con completa claridad, algo en lo que no habías reparado antes? Eso es lo que me pasó en cuanto os vi uno al lado del otro —me explicó—. Tú tienes tus intuiciones y yo las mías. Y no iba desencaminado para nada.

—Me has manipulado.

—Te he dado un empujoncito. Vamos, Laura, hasta un ciego vería cómo se te cae la baba cada vez que te llama Heima y cómo tocas esa sudadera que te dejó cuando la

llevas puesta.

Gruñí, y finalmente dejé ir la pregunta que me estaba quemando los labios desde hacía rato.

—¿Y él?

—No me ha dicho nada, si eso es lo que preguntas. Pero no te preocupes, es normal. Guðjon es de esas personas de las que puedes saberlo todo sólo cuando las conoces. Dice más por lo que calla que por lo que habla. Sólo tienes que fijarte en cómo le cambia la cara cuando ve que llevas su sudadera o en cuántas veces limpia sus gafas cuando tú estás cerca.

Parte 3



20. Hofteigskirkja

Durante las horas siguientes, John no se limpió las gafas ni una sola vez.

Sin embargo, no me quitaba ojo de encima. Cada vez que lo sorprendía mirándome, encerraba entre mis dedos los puños de su sudadera. Me la había puesto para probar la teoría de Orri, y no tuvo que pasar mucho rato para que quedara claro que tenía razón. En cuanto volví de la ducha con la sudadera puesta, John sonrió abiertamente, sin molestarse siquiera en disimular ni en apartar los ojos de mí.

Lo pillé observándome de reojo mientras desayunábamos todos juntos sentados en el espacio que quedaba entre el todoterreno y la tienda de campaña, mientras íbamos a los lavabos del campin, mientras conducíamos por las carreteras hacia el noreste de la isla.

Al darse cuenta de que había interceptado sus miradas, apartaba la vista y las palabras de Orri corrían raudas a impregnar cada rincón de mi mente. Debería estar indignada con él por haber jugado conmigo como si fuera una marioneta y, sin embargo, la única rabia que conseguía sentir era conmigo misma por ser incapaz de enfadarme. Y por olvidarlo todo cuando me daba cuenta de que John me lanzaba una mirada furtiva. Las últimas, acompañadas de una sonrisa ligera, casi imperceptible.

—Ya hemos llegado.

Auður aplaudió, estiró los brazos y gritó algo en islandés, demasiado lleno de energía.

Me habían hablado del lugar al que nos dirigíamos: ni más ni menos que un mercado de *lífsandi*, porque aquellos islandeses, no contentos con poder cazar fenómenos naturales, también se reunían para hacer trueques entre ellos y vender o comprar algunos. No se trataba un mercado normal en el que hubiera paradas marcadas con el símbolo del triángulo dividido por la línea ondulante que me había descrito Orri días atrás para indicar dónde se vendían, compraban e intercambiaban aquellos productos; era un mercado en el que únicamente había *lífsandi*, en el que no hacía falta esconderse.

Había imaginado algo majestuoso, a pesar de las advertencias de los tres islandeses de que no debía hacerme demasiadas ilusiones. Había imaginado paradas de madera e

islandeses vestidos como brujas y boticarios y alquimistas medievales, rodeados de botes con estrellas y auroras boreales y haces de luz de luna.

La realidad me golpeó tan fuerte que juro que sentí un agudo dolor físico en el pecho.

Lo que había a un centenar de metros de donde habíamos aparcado no era un mercado. No merecía tal nombre porque era únicamente un puñado de coches aparcados sin orden ni concierto en una gran explanada desierta y árida y apenas un centenar de personas pululando por su alrededor.

Y todos iban vestidos según los cánones de la moda actual.

Disimulé mi decepción y seguí a Auður hacia aquella concentración de gente mientras John y Orri preparaban los botes que querían llenar o vender.

Nos habíamos desviado de la carretera principal para adentrarnos veinte kilómetros en la nada para llegar ahí. No había peligro de que ningún intruso llegara ahí por casualidad, así que nadie se preocupaba de esconder los botes o hablar en voz baja.

Casi todos los coches eran todoterrenos y prácticamente todos habían colocado en la luna delantera un papel con una palabra o varias palabras en islandés. Auður me explicó que era la forma en la que las personas que querían vender o intercambiar fenómenos naturales anunciaban su *stock*, por llamarlo de alguna forma. Era un sistema mucho más cómodo que tener que ir preguntando a cada vendedor qué ofrecía.

De vez en cuando, Auður se detenía para hablar con alguien; era incapaz de no darle conversación a cualquiera que le dijera hola, así que cada pocos minutos teníamos que parar. Dado que no entendía nada de lo que decían, yo aprovechaba para observar el mercado.

Había gente de todas las edades, tan rubios como John en su mayoría, que o bien paseaban entre los coches o bien se agolpaban en pequeños corros para hablar y negociar. Había niños corriendo solos entre la gente y también algunos adolescentes encerrados en sus respectivos coches. Pasar el día vendiendo *lifsandi* no debía de ser muy emocionante si llevabas haciéndolo toda tu vida. Pese a todo, no conseguí ver más que un par de botes pasando de una mano a otra; Auður me había dicho que la mayor parte de la gente prefería guardarlos en el maletero para evitar problemas. No es que no se fiaran unos de otros, pero siempre había personas que por azares del destino se veían sin ningún bote y decidían robarlos. Había sucedido las suficientes veces como para querer cuidarse en salud.

Auður se había detenido a hablar con un hombre de unos sesenta años, tan alto como barrigón, y yo me dedicaba a observar a todos aquellos esotéricos e inquietantes islandeses, cuando los vi.

Estaban observándome sin ningún disimulo, apoyados el uno junto al otro en el capó de un viejo todoterreno lleno de barro. No tenía ganas de entrar en ningún juego con dos desconocidos que tenían los ojos fijos en mí seguramente por el color de mi pelo, de modo que desvié la mirada. O al menos lo intenté, porque la sensación de que no despegaban su vista de mí era como un imán para mis ojos.

Al volver a mirarlos por el rabillo del ojo, comprobé que la mujer seguía con la mirada fija en mí, escondiendo parte de su rostro tras una abundante melena tan rizada como rubia, mientras el hombre hablaba, haciendo temblar una frondosa barba. Sus auras, azul la de ella y verde la de él, temblaban como las de niños pequeños después de hacer una travesura, aunque en sus rostros no había más que una fría y estudiada calma.

Estaban invadidos por esa clase de nerviosismo que se agarra a todas las células de tu cuerpo y te impide respirar con naturalidad.

La mujer le susurró algo al hombre, que se giró bruscamente hacia mí y me hizo un gesto con la mano para que me acercara. Me volví un segundo hacia Auður para comprobar que seguía entretenida con el desconocido, y me acerqué a la pareja. Quisieran lo que quisiesen, sería más interesante que escuchar una charla entre dos islandeses de la que no podía entender ni el uno por ciento.

Fue el hombre de la barba vikinga el primero en hablarme, y lo hizo con ese idioma suyo incomprensible, lleno de sonidos guturales y consonantes impronunciables.

Sus rostros se desencajaron cuando les hablé en inglés para decirles que no era islandesa. Pude ver cómo en sus ojos brotaba una desconfianza inquieta, que intentaron disimular preguntándome con un tono fingidamente casual de dónde era.

Que mi capacidad imaginativa trabajara más rápido que mi lógica no era algo que jugara habitualmente a mi favor, pero en aquel momento lo hizo. No podía, o no sabía si podía, confesarles la verdad porque, aunque según había entendido no existía ninguna institución que persiguiera a aquellos que revelaran el secreto de los *lífsandi*, supuse que tampoco les haría ninguna gracia que se conociera. Así que dejé que fuera mi imaginación la que respondiera y les expliqué que, aunque yo era extranjera, mi abuelo era islandés y, además, cazador; no tenía botes porque mi abuelo aún estaba vivo y guardaba con él el único bote que tenía, pero había cazado con él desde que era una

mocosa. Para hacer más creíble mi relato, les hablé brevemente de mis veranos en Reikiavik con mi abuelo, echando mano de todos los recuerdos que tenía de la ciudad gracias a las rutas turísticas que me había ofrecido Orri.

Había ido a Islandia a visitar a mi abuelo y ahora estaba haciendo un viaje alrededor de la isla con unos amigos.

Terminar mi mentira con algo que era verdad me hacía sentir menos culpable.

Al poner el punto final a mi relato, los dos islandeses asintieron a dúo. Era su forma de darle su bendición a mi historia y decirme que no me consideraban del todo una forastera, porque, al momento, la mujer se inclinó hacia mí y susurró:

–Nosotros también lo hemos buscado. ¿Lo has visto?

No tenía ninguna intención de decirles que si me habían visto observando a mi alrededor era por pura curiosidad, porque su pregunta escondía muchas otras, y quería respuesta para todas ellas. Así que hice lo más sabio y fruncí el ceño.

–Al *fylgja* –intervino el hombre, usando un tono de voz tan bajo que ni los oídos mágicos de los elfos podrían haberlo percibido.

Repasé la lista de todas las palabras islandesas que había aprendido durante aquellos días de viaje hasta que me di por vencida.

–No sé islandés –me disculpé, haciendo una mueca–. Mi abuelo sólo me ha enseñado lo básico: *goðan daginn, takk...*

–Un *fylgja* –repitió la mujer, más lentamente–, ¿cómo se dice? ¿Un espíritu?

–Un espíritu –confirmó el hombre.

«Ya sabes, un espíritu», repitió mi mente. Un espíritu. Porque eso era lo que buscaban aquellos islandeses con pinta de vikingos y auras nerviosas. Un espíritu. Miré a su alrededor disimuladamente, buscando botellas de cerveza vacías, pero no había nada. Aquellos dos tenían que formar parte de los amantes y defensores de los elfos de los que me había hablado Orri el día anterior.

Haciendo un esfuerzo por mantener la seriedad de su rostro y por aguantarme las ganas de preguntarles qué habían fumado para estar buscando un espíritu como quien busca a un perro perdido, negué con la cabeza.

No disimularon su decepción.

Estaba pensando cómo despedirme sin parecer demasiado maleducada, cuando el hombre empezó a hablar:

–Sigríður –dijo, señalando a la mujer– ha escuchado a una mujer jurando que lo ha visto dentro de un coche viniendo hacia aquí, pero yo no me lo creo. Nadie es tan estúpido como para traer a un *fylgja* aquí.

–Claro –respondí, fingiendo compartir su indignación–. Tienes toda la razón. Nadie es tan insensato.

El hombre me dedicó una media sonrisa y le dio un golpecito a Sigríður, que se encogió de hombros.

–Yo sólo digo lo que he oído.

–Nadie es tan estúpido –insistió el hombre–. Aquí todos sabríamos distinguirlo si lo viéramos, y nadie se arriesgaría a ser descubierto viniendo hasta aquí.

–A no ser que esté a punto de apagarse y necesite más *lífsandi*. La gente hace cosas desesperadas cuando está desesperada.

Esta vez fue él el que se encogió de hombros, y yo sentí cómo se me arrugaba el cerebro con cada nueva palabra. ¿Qué tenían que ver los *lífsandi* con las fantasías fantasmales de aquellos dos islandeses? ¿Qué querían decir con apagarse? ¿Y qué era eso de que cualquiera en el mercado podría distinguir fácilmente a un espíritu?

Y la peor pregunta de todas: ¿cómo podía enterarme de todo sin que se dieran cuenta de que yo no debería estar ahí?

No me dio tiempo a trazar un plan, porque, antes de que pudiera poner en marcha mis neuronas, Auður apareció por arte de magia junto a mí y me agarró del brazo alegremente.

–¿Practicando tu islandés? –me preguntó Auður, tan efusiva como siempre, antes de presentarse a Sigríður y su amigo barbudo, que intercambiaron unas cuantas palabras en su idioma nativo. Entonces volvió a dirigirse a mí–. Tenemos que irnos.

Les lancé una última mirada a los dos islandeses y la fuerza me abandonó por completo en cuanto, al echarles un último vistazo a sus auras, vi que, aunque nerviosas, eran brillantes. No estaban mintiendo.

Pero ¿cómo podían estar diciendo la verdad?

–Auður –murmuré, mientras sorteábamos a la gente y los coches aún cogidas del brazo. Medité un largo rato mis palabras antes de volver a abrir la boca–. ¿Qué es un *fylgja*?

La reacción fue instantánea. Auður se detuvo, se colocó delante de mí y clavó sus grandes ojos cristalinos en los míos. Le aguanté la mirada hasta que frunció el ceño.

—¿Cómo conoces esa palabra?

—Esos —dije, haciendo un gesto con la cabeza con el que pretendía señalar a la rubia y el barbudo— me han hablado de eso. Dicen que hay uno aquí.

—Eso es absurdo.

Era absurdo, y tanto yo como mi lógica e incluso mi imaginación sabíamos que lo era. Aun así, esa respuesta no era la que buscaba. Auður debería haber dicho eso al preguntarle qué era, no al decirle que había uno ahí. Debería haberse echado a reír y decirme que sólo los niños de cinco años y los creyentes de lo oculto pensaban que los espíritus fueran reales.

—Auður, ¿qué es un *fylgja*? —insistí. No parecía que tuviera intención de hablar, así que insistí.

—Sólo son cuentos. Según la mitología nórdica, un *fylgja* es una especie de espíritu que acompaña a las personas. Cada uno tiene su *fylgja*, que puede adoptar diferentes formas. Es como una representación de parte del alma de cada persona en forma de espíritu.

La mitología nunca me había interesado especialmente, así que no sabía si me estaba diciendo la verdad. Lo único que sabía es que en su explicación no había habido lugar para la palabra que había disparado mis alarmas. ¿Qué tenían que ver los *lífsandi* con todo eso?

El aura violácea de Auður temblaba y yo estaba empezando a ponerme nerviosa.

—¿Y los *lífsandi*? Han dicho que nadie sería tan estúpido de traer un *fylgja* aquí, pero que si se estuviera apagando necesitaría más *lífsandi* y que la gente desesperada hace cosas desesperadas —dije. Me limité a repetir lo que habían dicho los cazadores porque no me sentía capaz de pronunciar todo lo que me estaba pasando por la mente en aquellos momentos.

Auður me miró durante unos segundos que parecieron eternos. Tragó saliva lentamente, como si quisiera empujar garganta abajo todas las palabras que tenía debajo de la lengua. Sacudió la cabeza y echó a andar.

—¡No! —gruñí, cogiéndola sin ninguna delicadeza del brazo—. Quiero una respuesta.

—Yo no puedo dártela —respondió ella, con un tono que sonaba más quebradizo que desafiante.

—Me da igual lo que puedas o no puedas hacer. Se lo preguntaré a Orri o a John, y ellos...

—¡NO!

Por primera vez desde que la conocía, Auður liberó a su vikinga interior. Sonó tan dura que por un momento me quedé helada. Aquella no era la dulce y dócil Auður que yo conocía, aunque detrás de la ferocidad de sus ojos aún podía entrever cierta súplica desesperada. Bajó la cabeza y repitió:

—No puedes decirles que lo sabes.

—Aún no sé nada.

—Si te lo cuento, no puedes decirles que lo sabes.

—¿Por qué?

Tardó unos segundos en responder. Lo hizo mirándome a los ojos y con una seriedad en su mirada que no admitía réplica:

—Porque está prohibido.

Evité la tentación de hacer alguna pregunta respecto a eso; había interrogantes más urgentes en aquellos momentos.

—De acuerdo.

—¿Qué quieres saber?

—Todo lo que sea que me estés ocultando.

Mi respuesta no la ayudaba demasiado a empezar a hablar, de modo que le di tiempo para que encontrara las palabras adecuadas y para que no se dejara ninguna en el tintero.

—Como te he dicho, en la mitología nórdica, un *fylgja* es una representación en forma de espíritu de parte del alma de una persona. Si le preguntas a cualquiera qué es un *fylgja*, eso es lo que va a decirte, porque es lo único que conoce. Pero hay otro significado. No preguntes qué surgió antes, porque no lo sé. Lo único que sé es lo que me contaron mis vecinos, los ancianos que me dieron sus botes: que un *fylgja* es el nombre que se le da a un espíritu al que se da cuerpo con la energía de los *lifsandi*.

—Es sólo un mito nórdico —dije, con la voz entrecortada.

—No. No lo sé. Yo sólo sé lo que me dijeron, y lo que todos los cazadores saben: que los *lifsandi* son energía pura, que pueden regenerar y sanar cualquier cuerpo vivo... Sin límites.

—Auður, ¿me estás diciendo que los *lifsandi*, además de curar heridas, también pueden... resucitar a un muerto?

Recordaba perfectamente lo que John me había dicho en el lago donde Auður había curado a aquel pajarillo: *lifsandi* sólo significaba «aliento de vida». En aquel momento, me pareció un bonito nombre para denominar la energía que podía curar a una persona o

animal herido. No me había planteado la posibilidad de que su significado fuera tan literal.

—No. Lo único que pueden hacer es darle cuerpo a un espíritu. Siempre y cuando haya algo que lo retenga en este mundo. Hablando en el lenguaje de lo oculto, siempre y cuando no haya pasado al otro lado.

¿Cómo era capaz de hablar con tanta naturalidad de fantasmas que recuperan su cuerpo? Era absolutamente siniestro.

Tanto que mi mente ni siquiera se molestó en rechazar la idea. Estaba demasiado ocupada intentando procesarla. Además, en un mundo en el que era posible ver el aura de las personas o cazar estrellas fugaces, cualquier cosa era posible. Fantasmas, duendes, troles, unicornios tomando el té con el monstruo del lago Ness. ¿Por qué no? Estaba en un mercado en el que se comerciaba con fenómenos de la naturaleza.

A esas alturas, no había nada que no pudiera creer.

—Laura, es algo prohibido. Nadie lo hace, porque es... antinatural. No está bien. Está prohibido. Si alguien descubre que una forastera conoce el secreto de los *fylgja*, las cosas se pondrán feas. Podrían quitarnos nuestros botes. A mí, a Orri, a John... Cualquiera que esté relacionado contigo sería castigado. Laura, tienes que prometerme que no les dirás a los chicos que lo sabes. Se cabrearían conmigo y contigo y se preocuparían. Prométemelo. Por favor.

—Yo... —No sabía qué decirle. No podía decirme que los fantasmas existían y que los *lifsandi* podían darles cuerpo, y esperar que me quedara tan tranquila y que pudiera seguir durmiendo por las noches como si el mundo continuara siendo el mismo lugar normal y lógico de siempre.

Aun así, no podía negarle eso a aquellos ojos claros como las nubes, ni a esa aura triste y nerviosa. De modo que asentí, sin mucha convicción, intentando acallar esa voz interior que me decía que sabía que, en cuanto tuviera oportunidad, faltaría a mi promesa e iría a hablar con Orri.

La cabeza estaba a punto de estallarme. Con cada nuevo bache en el camino, sentía que las palabras que me estaba guardando trepaban un poco más por mi garganta. Sabía que debía distraerme si quería evitar sacar el tema antes de tiempo, de modo que saqué el móvil y busqué el número de Larisa en la memoria.

Necesitaba unos cuantos minutos con mi amiga.

Antes de que dejara de escuchar el primer pitido, oí la voz de Larisa al otro lado de la línea.

—Ya era hora de que te dignaras a llamarme —me saludó—. ¿Cómo estás?

Apoyé la cabeza sobre el cristal. En el exterior no había nada más que una inmensa llanura yerma que terminaba en unos montes no demasiado altos.

—Bien.

Me habría gustado decirle la verdad y, sobre todo, poder contarle los motivos. Sin embargo, no podía hacerlo. Había demasiados fenómenos sobrenaturales involucrados.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Laura... que ya son muchos años. Desembucha.

Suspiré. Miré de reojo a Auður, que observaba el paisaje en silencio; Orri estaba en el asiento del copiloto con las manos sobre el mapa, que había doblado de cualquier forma, y la vista fija en la carretera, y por último, mis ojos llegaron a John. O, mejor dicho, al extremo de su frente que se reflejaba en el espejo retrovisor y, finalmente, a su nuca.

Hablar de él era mucho mejor opción que hablar de fantasmas.

—Lo he besado.

Esas dos palabras encendieron la metralleta de preguntas de Larisa. Quería saber todos y cada uno de los detalles, desde los zapatos que llevaba hasta qué era lo que sentía exactamente por él.

—Espera —me interrumpió, en cuanto empecé a explicarle el complot que Orri había ideado junto a Auður—. ¿De quién me estás hablando?

—El rubio, el de las gafas —respondí. Aunque no entendieran ni una gota de español, era evidente que mis compañeros de viaje podrían darse cuenta de que hablaba de uno de ellos si pronunciaba alguno de sus nombres.

—Laura, no sé cómo son. Sólo sé que uno de ellos fue el que conociste en Reikiavik y el otro es su amigo.

—El otro.

—¿En serio? —Larisa sonaba verdaderamente sorprendida—. Pero si siempre me hablas del de Reikiavik. Cuando me llamaste el segundo día de viaje con ellos, me dijiste que su amigo era un borde. ¿Qué ha pasado?

Chasquéé la lengua.

—No lo sé. Yo no elijo lo que siento. Sólo... lo siento. No sé por qué.

Larisa se tomó unos largos segundos antes de responder.

—Entonces sientes algo por él.

En aquel mismo momento me arrepentí de haberla llamado. Me di cuenta de que no estaba lista para tener esa conversación, porque no estaba lista para indagar en mis sentimientos. Que la herida de Javier se hubiera cerrado definitivamente no significaba que no siguiera escociendo de vez en cuando. Pensar en volver a sentir algo que traspasara la barrera de la amistad por alguien era demasiado para mi corazón y mi cabeza.

Esquivé las siguientes preguntas como pude y obligué a que Larisa me pusiera al día sobre su vida antes de colgar con la excusa de que habíamos llegado a nuestra siguiente parada.

Aún condujimos media hora más.

Dado que no parecía que fuéramos a cruzarnos con ningún lugar donde pudiéramos comprar algo para comer, paramos junto a una solitaria iglesia de madera blanca y tejado rojo (colores cortesía de Orri), rodeada por una verja de madera. En un pequeño cartel junto a la puerta de entrada, cerrada con llave, estaba escrito el nombre: Hofteigskirkja. Dentro del terreno no había más que el pequeño edificio, que tenía más el tamaño de una vieja borda que de una iglesia, y un árbol frondoso. Fuera, nada más que una planicie terrosa que moría en una lejana cadena de montañas.

Salí del coche con la firme intención de abordar a Orri en cuanto tuviera la oportunidad.

Él tenía otros planes. Cogió del maletero las dos mochilas en las que guardábamos la comida para casos de emergencia (lo que en aquella isla era algo diario) e intercambió parte de su contenido para que en ambas hubiera un poco de cada cosa, tanto dulce como salado. Nada de lo que había ahí dentro podría constituir una comida decente, pero serviría para saciar nuestros estómagos hasta que llegáramos a un pueblo o una gasolinera con un restaurante o un bar en condiciones.



Sin decir nada, me alargó una de las mochilas, se colgó la otra en el hombro y llamó a Auður, que aún estaba dentro del coche con John.

—Nos vamos a pasear —me dijo, mientras cerraba la puerta del maletero.

Era evidente que ese plural sólo los incluía a él y a Auður. Aun así, decidí intentarlo.

—Voy con vosotros.

—No. Quédate aquí con Guðjon. Ha conducido mucho, necesita descansar. Hazle compañía.

Fui a replicar cuando Auður bajó del coche. No quería discutir con Orri sobre aquel tema delante de ella, de modo que me limité a lanzarle una mirada furibunda, a lo que él respondió con un guiño y una sonrisa.

John y yo comimos apoyados en una de las verjas laterales. El menú degustación del día consistía en media bolsa de patatas fritas, dos rebanadas de pan con sus correspondientes lonchas de queso, cuatro chocolatinas y unos cuantos caramelos, así que, cuando me metí en la boca el último bocado, aún sentía el estómago medio vacío.

Pese a eso, lo poco que había en su interior se revolvió cuando John decidió unilateralmente que era hora de superar la fase de evitar los temas incómodos.

—Sobre lo de ayer... En el bosque...

No terminó de construir la frase. La dejó en el aire, esperando que yo la terminara o le diera pie para que lo hiciera él.

Hubiera dado lo que fuera por encontrarme en medio de una gran ciudad, rodeada de un gentío en el que perderme o, al menos, en el que concentrar mi atención. Ahí no había nada, sólo llanura a nuestros pies y un cielo nublado sobre nuestras cabezas.

Siempre había odiado a esas chicas que rehúyen los ojos de los hombres, que juegan con sus miradas detrás de un abanico o de una revista de moda o un teléfono; no me gustaba coquetear. Yo era directa. Sabía lo que quería y tomaba las riendas de la situación para coger el camino más corto. No me gustaban los rodeos.

En esa ocasión me convertí en aquello que siempre había odiado: en lugar de enfrentarme a mí misma para desentrañar la maraña de sentimientos de mi estómago, en lugar de mirar a John a los ojos en busca de una respuesta o de terminar la frase que él había empezado, bajé la cabeza y la clavé en mis deportivas.

En ese momento de confusión, vergüenza e inseguridad, una nueva sensación se hizo hueco en mí. John alargó una mano para rozar mi muñeca y entonces lo sentí.

Terror.

Vi el aura oscura acariciando su brazo, introduciéndose debajo de él hasta que una y otra formaban un todo indisoluble.

Lo había tenido todo el rato delante de mí y yo no me había dado cuenta.

Las mil piezas que formaban parte del rompecabezas se ordenaron de forma mágica en mi mente hasta formar una palabra que me heló el corazón y paralizó todas y cada una de mis células: *fylgja*.

Escuché de nuevo las voces exaltadas de los dos islandeses del mercado, discutiendo sobre si era o no posible que hubiera uno de esos espíritus cerca de ahí, los ojos de Auður rogándome que no les dijera a los chicos que había descubierto el gran uso secreto de los *lífsandi*.

Ni siquiera había tenido tiempo de plantearme seriamente si creía que decían la verdad o todos los islandeses estaban como una cabra, si los dos islandeses del mercado estaban colocados y Auður quería vengarse de mí por hacer demasiadas preguntas. No había tenido tiempo de mirar a la cara a ningún interrogante.

La realidad me había arrollado antes de que pudiera hacerlo.

La realidad era demasiado evidente como para que intentara luchar contra ella.

La palidez de la piel de John, su frialdad. La oscuridad de su aura, su humor taciturno y apagado, derrotado.

Negro. El color de la muerte.

21. Hallormsstaðaskógur

Conseguí alejarme de John hasta que subimos al coche con la excusa de que algo me había sentado mal. No tuve que fingir, porque tanto el mareo como las ganas de vomitar eran reales. No podía mirar a John sin sentir que iba a expulsar todo lo que tenía en el estómago.

La parte racional de mi cerebro intentaba imponerse al nerviosismo y al drama. Casi era capaz de escuchar la voz de la cordura exigiéndome que la liberara e intentando recordarme a la desesperada que los espíritus eran propiedad exclusiva de las historias de miedo y que lo que estaba sintiendo no era más que un ataque de pánico inducido por dos islandeses que obviamente no controlaban mucho el inglés. No los había entendido bien, trataba de repetirme una y otra vez. En cuanto estaba a punto de creérmelo, recordaba todas las palabras de Auður.

Y recordaba también su aura violeta, el duelo por la pérdida de un amigo.

El aura de John, su derrota.

Se había rendido. Había querido pensar que había algo en él intentando sobreponerse a los malos recuerdos de su vida, cuando en realidad eran las últimas chispas de su vida apagándose, siendo devoradas por la oscuridad.

Me acomodé en el asiento del coche, me puse los cascos y dejé que la música embotara mis sentidos hasta que los demás regresaron para emprender el camino. Cuando vi a John acercarse hacia el coche, cerré los ojos y fingí dormir. No quería que me preguntaran nada y tampoco tener que dar ninguna respuesta. No quería tener que mirar a ninguno de ellos, especialmente a John.

Simplemente quería dormir y olvidar todo aquello.

Me desperté al sentir que nos deteníamos. Cuando me di cuenta de que sólo íbamos a comprar la que sería nuestra cena, le encargué a Orri un poco de pan y queso. Vi cómo fruncía el ceño al darse cuenta de que no había mencionado ni frutos secos ni patatas

fritas ni galletas ni chocolate, pero no dijo nada. Asintió y desapareció con sus amigos dentro de la tienda delante de la que habíamos aparcado.

La siguiente parada, la que iba a ser la última del día, fue en un paisaje completamente diferente. La planicie desierta que nos había acompañado durante las últimas etapas de nuestro viaje había desaparecido para dejar lugar a un bosque frondoso que rodeaba una explanada irregular llena de coches, tiendas de campaña e incluso alguna pequeña autocaravana todoterreno.

Se me hizo un nudo en el estómago al darme cuenta de que habíamos entrado en un campin mientras estaba dormida. Habría tenido que prever que eso podría volver a pasar; habría tenido que estar despierta para evitar que nos metiéramos de nuevo en un lugar en el que tendría que compartir cama con...



No podía ni pronunciar su nombre, ni siquiera mentalmente.

El motor ya estaba apagado, así que salté del coche sin decir nada y eché a caminar entre las tiendas de campaña y los coches vacíos mientras me colocaba la chaqueta. No

me había alejado ni cien metros del coche cuando oí la voz de Orri.

–¡Laura! ¡Eh, Laura! –Cada vez sonaba más cerca, hasta que finalmente me atrapó y me cogió del brazo. Me zafé de él y seguí caminando. En lugar de rendirse, volvió a insistir–: ¿Qué pasa?

Había esperado el momento adecuado para hablar con él durante horas. Había esperado para preguntarle sobre los *fylgja*, porque sabía que él no sería capaz de mentirme; sin embargo, la oportunidad llegaba demasiado tarde. Aunque deseaba desesperadamente las palabras que alejaran todos mis temores, no era capaz de abrir la boca. El terror atenazaba todos mis músculos. No quería preguntar, porque no estaba preparada para que me respondiera.

Así que tragué saliva y, evitando mirarlo, negué con la cabeza.

–No me encuentro bien. Necesito aire.

–Voy contigo.

–No.

–No voy a dejar que te vayas sola hacia el bosque. Te perderás.

–No soy tan idiota como para adentrarme en el bosque sola –mascullé, y luego señalé el lago que se distinguía entre los árboles–. Iré por la orilla. Ya volveré.

–No.

–Orri, quiero ir sola y voy a ir sola. No te estoy pidiendo permiso, ¿de acuerdo? Déjame en paz. –Mi voz salió con muchísima más rabia de lo que había pretendido, pero surgió el efecto deseado: no dio ni un paso más.

Me quedé sola. Yo, mi libro de crucigramas y mi teléfono, que decidió no dejarme en paz durante la hora siguiente. Rechacé todas las llamadas entrantes. No podía pensar en Larisa ni en mis padres ni en sus preocupaciones. Tampoco contesté a los mensajes; ni siquiera los leí. Dejé que el móvil sonara y vibrara sólo para recordarme que el mundo continuaba girando a mi alrededor y que el tiempo seguía existiendo aunque yo me sintiera flotando en la nada.

Me había alejado de la pequeña cala de piedras que formaba parte del campin hasta dejar atrás a los turistas y los gritos. Había buscado una zona de la orilla en la que no podía oír más que el viento corriendo entre las hojas de los árboles. Me senté a apenas unos centímetros del agua, que lamía la orilla con una calma apacible. No me importaba que las enormes piedras que formaban la playa del lago se me clavaran en el culo y las

piernas. En aquel momento no me importaba nada más que descubrir qué palabra de cinco letras respondía a la definición «dos y dos son cinco».

No quería añadir a nadie más en mi ecuación. No quería más interrogantes que los que me planteaba mi libro de crucigramas.

Nada de pensar. Nada de temores.

A veces la respuesta más sensata es huir, sobre todo teniendo en cuenta que en aquellos momentos la otra opción era sufrir un colapso mental y terminar en un loquero islandés.

Resistí la tentación de echar a correr hacia el bosque y perderme en su inmensidad, donde nadie ni nada pudieran encontrarme jamás. Viviría sola, sin problemas, como una salvaje.

—¿Heima?

Ese nombre, aun desde la lejanía, paralizó cada centímetro de mi cuerpo. Fue únicamente durante unos segundos, porque en el instante en el que mi mente comprendió que sólo una persona usaba ese nombre, mi cuerpo reaccionó y se puso de pie de un salto. No me preocupé por no hacer ruido mientras corría hacia la dirección contraria de la que procedía la voz, y eso fue lo que me condenó.

John siguió llamándome y yo corrí más rápido, tanto como mis piernas me permitieron. Oía sus zancadas acercándose peligrosamente a mí. Sólo había una opción para escapar de él: meterme en el bosque. No conté con el factor de mi poca agilidad. En cuanto puse un pie entre los árboles, supe que estaba perdida. Aun así, seguí corriendo, evitando plantas y raíces y piedras, hasta que mi pie derecho chocó contra una pequeña roca y me caí al suelo.

Se detuvo a menos de un metro de mí. Su rostro era un lienzo de sombras y luces formadas por los últimos rayos del sol al romperse contra los árboles. Se sacó las gafas para secarse el sudor de la cara con la manga del jersey mientras intentaba recuperar la respiración.

—¿Te has hecho daño?

No podría haberle respondido aunque hubiera querido. No sentía nada.

Sus ojos cristalinos estaban fijos en mí, esperando una respuesta que no iba a llegar nunca. Al verlo mover los labios, algo dentro de mí se estremeció. No podía escuchar su voz. Cada vez que lo hacía, sentía una puñalada en el pecho. Y esa palabra, otra vez, constriñendo mi garganta.

—¿Qué te pasa? —insistió él.

Bajé la cabeza y cerré los ojos, intentando controlar mis emociones. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más dura.

—Heima, te estoy hablando.

—Ya lo sé.

—Pues respóndeme.

No lo hice. Exhaló un suspiro y se acercó a mí. Fue inútil intentar ponerme de pie, porque un pinchazo en el tobillo me tumbó en un segundo. Me quedé quieta, sentada encima de la hojarasca, escondiendo la cara en las manos.

—Y al menos finge que existo y mírame, joder. ¿Qué te pasa? No me digas que nada, porque no soy idiota. Desde que he intentado cogerte de la mano antes, no has vuelto a hablar. Te has hecho la dormida durante todo el viaje y cuando hemos llegado te has largado sin decir nada.

—Se lo he dicho a Orri. Y estaba dormida.

—Me da igual. Ya eres mayorcita como para ser capaz de hablar las cosas, no eres una cría de sexto curso. Esto no es un patio de escuela.

—¿De qué hablas? —murmuré, haciendo un esfuerzo sobrehumano para levantar la cabeza y mirarlo.

John soltó una risa nerviosa mientras ponía los brazos en jarras y negaba con la cabeza.

—¿Me estás vacilando? ¿Crees que no tengo ojos en la cara o qué?

—John...

—No me vengas con John. Si tienes algo que decirme, dímelo.

Tragué saliva. Sí, tenía mucho que decir; lo que no tenía era valor.

—No sé de qué me hablas.

—No me tomes por idiota. ¿Crees que no podré encajar un rechazo?

—¿De qué... de qué hablas?

John se llevó las manos a la cara en un gesto exasperado.

—Ayer me besaste, después evitaste hablar del tema y, cuando yo he intentado acercarme a ti para besarte, te has levantado y te has ido. Y luego todo este paripé de niña de preescolar.

John estaba más rojo que de costumbre e incluso le temblaba la voz. Su aura estaba más exaltada que nunca, llena de destellos rojos que durante unos segundos llenaron mi

mente de una dolorosa melodía.

Me dolía el pecho. No entendía a qué venía eso, ni por qué decía que lo había rechazado, pero no era eso lo que me impedía respirar. Rememoré el tacto frío de sus dedos en mi brazo, de sus labios en los míos... La melodía de su aura seguía repiqueteando en mi cabeza, aun cuando había cerrado los ojos para no verla.

Fylgja.

Intenté coger aire una y otra vez hasta que sentí que mis pulmones estaban a punto de explotar. Sentía el terror corriendo por mis venas, emponzoñando todas mis células, sumiéndome en una negrura asfixiante. Quería arrancarme el corazón, lanzarlo bien lejos, dejar de sentir.

—Heima.

El aliento de John sobre mis mejillas hizo que me diera cuenta de que tenía el rostro empapado de sudor.

—Heima, cálmate. Vamos, cálmate —susurró. Me cogió la cara entre las manos para obligarme a mirarlo a los ojos. Era una tortura—. Inspira y espira. Toma aire y suéltalo, lentamente. Así. Poco a poco.

Cerré los ojos e intenté hacerle caso. Centré todos mis esfuerzos en controlar mi respiración hasta que mis pulmones volvieron a un ritmo normal. John me soltó, pero se quedó muy cerca de mí. Aunque ninguna parte de su cuerpo tocaba el mío, y aunque yo tenía los ojos cerrados, podía sentirlo.

—Lo sé.

—¿El qué?

—John —dije, inspirando profundamente después de pronunciar su nombre—. Lo sé.

—Heima, ¿qué sabes? —insistió.

—No me hagas decirlo en voz alta, por favor.

—No sé de qué me hablas. ¿Qué sabes? ¿Que quería besarte? ¿O lo del plan de Orri? Porque yo no he tenido nada que ver con...

—Por qué cazáis *lífsandi*.

Pude captar en el silencio que cayó entre nosotros toda su confusión.

—¿Qué...?

—*Fylgja* —escupí. Sentí cómo la palabra me quemaba la lengua mientras la pronunciaba y el alivio que me inundaba en cuanto la hube soltado.

No podía decir nada más. No era capaz de formular en voz alta todo lo que esa palabra implicaba. Por suerte, fue suficiente. John se quedó rígido. Bajó la cabeza hacia sus manos y murmuró:

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa —murmuré. Porque no importaba. Porque ya no importaba nada—. Yo sólo quería hablar con Orri, porque quería hablar con él, porque habíamos dicho que nada de secretos, porque quería que me dijera que no era verdad, que era una broma, que los espíritus no existen, que lo había entendido mal... Aunque había prometido que no os lo diría, quería hablar con él, pero... entonces... Entonces me di cuenta... —mi voz empezó a quebrarse como una rama seca, y todas sus astillas se clavaron en las paredes de mi garganta—, me di cuenta de que era... Que no era una broma, que es real. Y... yo no... no entiendo...

John me miraba sin dejar traslucir ninguna emoción. No sabía si las estaba conteniendo o es que realmente no sentía nada. Por suerte para él, mis lágrimas aportaban todo el dramatismo necesario a la escena.

—No tenías que enterarte —dijo finalmente, dejando caer la mirada hacia el suelo.

Sentí que mi cuerpo se colapsaba. Una ínfima parte de mí se había permitido el lujo de dudar, de creer que todo aquello no eran más que alucinaciones. Porque, obviamente, era imposible darle cuerpo a un espíritu.

Era imposible que el cuerpo que me había besado el día anterior fuera una ilusión.

Era imposible.

Y, aun así, John había tachado el prefijo de aquella palabra de la forma más sutil y cruel posible. No sólo era posible; era real. John era un *fylgja*.

Toda la tristeza que había sentido hasta ese momento se transformó en una rabia explosiva.

—No... tenía... que... enterarme —repetí lentamente, masticando cada palabra.

—No era...

—¡Que no tenía que enterarme! Joder, John, ¿un puto espíritu? ¿Me tomas el pelo? Os lo conté todo, todos los secretos de mi vida, ¡y me jurasteis hacer lo mismo! ¡Dijisteis que nada de secretos! ¡Un espíritu con cuerpo! ¡Con cuerpo! Un cuerpo que he tocado, que he oído, que he... Y me dices que no debería haberme enterado. ¿A qué juegas, John?

—Heima, tranquilízate.

Se dejó caer de rodillas delante de mí y se inclinó para que nuestras caras quedaran a la misma altura.

—No pienso tranquilizarme. No pienso tranquilizarme. Me habéis mentido. Los dos, Orri y tú. Y tú...

—¿Qué querías que hiciera? Orri quería que vinieras con nosotros. Yo no quería porque la situación era demasiado complicada. Pero ¡no podía decirle que no! ¿Qué querías que hiciera?

—¡No lo sé! Habérmelo contado desde el principio. Haberme dicho a qué me enfrentaba.

—Claro, por supuesto —dijo él, soltando una risa condescendiente—. «Hola, Laura, ¿ves ese chico que viaja contigo? ¡Pues está muerto! Pero no te preocupes, porque no es un zombi ni va a intentar poseer tu cuerpo ni nada por el estilo, ¿eh?» Perdona por no ver que esa era la forma correcta de convencerte para que te fueras de viaje con dos desconocidos.

—Habría pensado que estabais locos, no habría aceptado venir con vosotros. Me habría perdido ver el país, pero al menos me habría ahorrado todo esto.

—¿Ahorrado? ¿AHORRADO? ¿Ese es... tu concepto de la amistad? ¿Eso es lo que te preocupa? Joder, ¡eres una imbécil, Laura! Viajas con una persona que está... que está viviendo sus últimos días y todo cuanto te preocupa eres tú. Porque no hay nadie más importante que tú, ¿verdad? ¡Siempre tú, tú por delante de todos los demás! ¡Eres una imbécil egocéntrica!

—¿Por qué? ¿Por no querer pasar por esto? Dime, John, ¿de qué sirve que esté aquí?

—¡De nada! No sirves de nada, yo no quería que estuvieras aquí, yo quería pasar estos últimos días con Orri, sólo con él. ¡Eres un imprevisto, Laura! ¡No tendrías que estar aquí!

Nunca había visto a John tan alterado. Las venas se le marcaban en el cuello y su piel empezaba a perlarle con un sudor nervioso.

—¿Un imprevisto? ¿Eso es lo que soy, eso es lo que piensas en realidad? Pues podrías haberme dicho eso cuando te pregunté si era una molestia. Te lo pregunté el primer día de viaje, por si no te acuerdas. Habría dado media vuelta —mascullé, aunque era consciente de que no era verdad. Ni siquiera sabía si lo habría hecho sabiendo lo que sabía en aquellos momentos. Era la rabia la que hablaba por mí, así que intenté controlarla para poder preguntar—: ¿Y de qué hablas? ¿Por qué últimos días?

John tardó tanto en responder que no esperaba que lo hiciera cuando oí su voz, aún rota por los nervios.

–Usar los *lifsandi* para dar cuerpo a un espíritu está prohibido, pero cuando alguien muere, alguien cercano a ti, la desesperación te lleva a hacer cosas que no deberías hacer. Al final, más de uno y de dos y de tres lo hacen. Sólo durante unas horas, unos días como máximo, para terminar de atar cabos sueltos.

Así que John tenía algo que hacer antes de... irse. Y yo molestaba, porque había resultado ser un nuevo cabo suelto que debía atar antes de marcharse.

–¿Y después...?

–Cuando el espíritu deja de alimentarse de *lifsandi*, el cuerpo desaparece.

–¿Y después...?

John se encogió de hombros y suspiró. Los labios le temblaron cuando consiguió separarlos para hablar.

–La muerte es un misterio. No lo sé.

Nos quedamos en silencio un buen rato, uno delante del otro. El viento que silbaba a nuestro alrededor había secado las lágrimas de mi rostro, que ahora sentía acartonado. Tenía los ojos fijos en mis manos, y las manos encima de mis piernas. La mano de John apareció de pronto en mi campo de visión, acercándose peligrosamente a la mía, y yo la aparté instintivamente.

–No –dije, con la voz entrecortada. ¿Qué clase de persona era yo? ¿Qué clase de persona le niega consuelo a un muerto?

–De acuerdo.

–John... No puedo.

–Lo entiendo.

–Pero yo no. No entiendo qué quieres de mí.

–Ahora mismo, con besarte me conformaría. O con abrazarte.

–Pero John... ¿Para qué?

–¿Qué?

–¿Para qué? No va a ninguna parte.

–Heima, sólo quiero besarte, no voy a proponerte matrimonio ni que nos fuguemos juntos a Groenlandia.

–¿Se supone que eso tiene que hacerme gracia? ¿Tengo que reírme? No me gusta el humor macabro.

—¿Humor macabro?

—No me hace gracia. Tenías razón, John. No quiero que me beses. La idea de... me entran escalofríos y náuseas y... Además, ¿para qué? En unos días yo tendré que volver a casa y tú... tú... —No podía seguir hablando. Las lágrimas se estaban agolpando de nuevo en mis ojos y la nariz empezaba a picarme. Bastaba un nimio golpecito emocional para que la fuente volviera a abrirse.

—¿Yo qué? —Frunció el ceño. Al ver que no respondía, sacudió la cabeza y me agarró la mano antes de que pudiera evitarlo—. ¿Por qué te preocupa eso? La vida es el presente y, a pesar de todo, este es nuestro presente.

—La vida también es el futuro, John, nos guste o no, y yo no quiero volver a mi vida y pasar el resto de mis días recordándote... No voy a permitir que lo que siento crezca, porque no quiero pensar que me estaba... que estuve a punto de... No quiero que mi futuro sea de un espíritu. Entiende que no puedo hacerlo. Es demasiado para mí... o para cualquiera.

John me apretó la mano que tenía aprisionada entre las suyas para después soltarla lentamente. Dejó que sus dedos se escurrieran por encima de mi piel mientras me miraba con aquellos ojos transparentes como el aire.

—Espera. ¿Crees que...?

—¿Qué? —pregunté, nerviosa. John tenía los labios muy apretados y su aura se había llenado de mil destellos azulados.

Podría haber construido la gran pirámide de Guiza en el tiempo que tardó John en volver a abrir la boca.

—Dame la mano. Dámela, por favor.

Permití que cogiera mi mano derecha y que la acercara hacia él sin oponer resistencia. La apoyó contra su pecho y la cubrió con sus manos, de modo que no podía retirarla. A los pocos segundos, noté un fuerte latido. El latido de un corazón. Me sobresalté y John lo notó.

—A un *fylgja* no le late el corazón.

La cabeza me daba vueltas. Sabía lo que quería decir que estuviera sintiendo el corazón de John bajo la palma de mi mano. Fruncí el ceño.

—Pero... entonces...

Esta vez fue John el que tuvo que buscar aire antes de hablar, el que cerró los ojos para evitar mirarme y ser capaz de darme la noticia que ambos creíamos que yo había

sabido durante todo ese tiempo. Sentí cómo mi pulso se aceleraba y cómo el terror me invadía una vez más. John apretaba mi mano entre las suyas, como si buscara toda la fuerza que le faltaba, y entonces, con la voz más nítida con la que fue capaz de hablar, pronunció la palabra que rompió todos mis esquemas:

—Orri.

22. Lagarfljót

John me abrazaba junto a la orilla del lago mientras me contaba su historia. Me dolía mucho el pie y, aunque yo había insistido en volver andando a la zona de campin, John se había negado en rotundo, así que había llamado a Auður para que nos trajera un bote vacío para cazar energía del lago con la que curarme.

Por desgracia, no había nada que pudiera curar el dolor que estaba desgarrándome por dentro.

No habíamos vuelto a pronunciar su nombre. En lugar de eso, habíamos regresado como habíamos podido a la orilla para esperar a Auður. Me había sentado junto al agua, deseando no haber lanzado al aire mi libro de crucigramas al oír a John. Él me imitó y, sin pedir permiso, me rodeó con un brazo. No sabía si ofrecía o buscaba consuelo; tampoco tenía fuerzas para preguntarle, de modo que dejé que me abrazara. Nos quedamos en silencio hasta que decidió que la tensión era insoportable.

Me explicó que el bosque que quedaba a nuestras espaldas se llamaba Hallormsstaðaskógur y era artificial, replantado en su gran mayoría. No tenía más interés que aquel, además de poseer el título de bosque más grande del país —lo que no tenía mucho mérito, porque era prácticamente el único—.

El lago era algo más interesante; podías llamarlo Lagarfljót o Lögurinn, según tuvieras el día, y si el lago Ness contaba con Nessie, el que teníamos delante poseía su propio monstruo, con un nombre tan impronunciable que resultaba evidente su procedencia: Lagarfljótsormur. La leyenda decía que en las profundidades del lago vivía un monstruo con forma de gusano de enormes dimensiones, y las instituciones turísticas lo confirmaban por razones evidentes. Desde hacía un tiempo, incluso había una pequeña embarcación que llevaba a los turistas de paseo por el lago en busca del monstruo.



John estuvo más de diez minutos despotricando sobre las estupideces que hacían los turistas hasta que consiguió hacerme reír; en cuanto oí el sonido de mi risa, callé al instante. Sonaba forzada, falsa y, sobre todo, irrespetuosa. No podía reírme. No cuando Orri...

Apoyé la cabeza en el hombro de John y esperamos en silencio a que llegara Auður, sin apartar la vista del lago. Después de todo lo que había visto, no me sorprendería ver un gusano gigante emergiendo a la superficie. A esas alturas, incluso ver a una docena de ellos haciendo natación sincronizada al ritmo de algún éxito pop islandés me habría parecido normal.

De hecho, habría preferido tener que enfrentarme a eso que a Auður, que apareció en la cala sin hacer ningún ruido. No la vi hasta que oí cómo dejaba algo de cristal en el suelo. Me volví hacia ella. Tomó aire profundamente, pasó por encima del bote que había dejado sobre las piedras y me abrazó. Me quedé muy quieta, con los músculos en tensión, hasta que el temblor de su cuerpo rompió todas mis defensas y me derrumbé. En

cuanto oí sus sollozos, que intentaba reprimir inútilmente, dejé que mi dolor fluyera con ellos. La estreché hacia mí. Quería hacerle saber que estaba ahí, aunque no cambiara nada.

Auður sustituyó a John mientras iba a cazar la energía del lago para usarla sobre mi tobillo dolorido. No tardó ni diez segundos en empezar a hablar. Con la voz entrecortada, me pidió perdón por el tono que había utilizado conmigo en el mercado, y por mentirme. Nadie vendría a por sus botes ni a castigarlos por dejar que una forastera metiera demasiado las narices en los asuntos de los cazadores de *lífsandi*. Sólo lo había dicho porque no sabía cómo evitar que hablara con Orri del tema.

Me explicó lo que había deseado decirme entonces: que *fylgja* es la palabra que se usa para los espíritus que tienen forma física y tangible, creada a partir de la energía de los *lífsandi*, y que era evidente que Orri era uno de ellos. Aunque yo no lo viera, los que eran cazadores habituales de *lífsandi* tenían los ojos entrenados para descubrir dónde había energía y dónde no, y un *fylgja* era básicamente un recipiente de energía. Era tan imposible que un cazador no percibiera a uno de esos espíritus como que yo no oyera las auras. Dos tipos distintos de intuiciones.

Me sentí avergonzada mientras me explicaba, entre lágrimas, cómo se había enterado de lo que le había pasado a Orri. Al llegar a la casa de huéspedes de Fosshóll, John entró para hablar con ella antes de que viera a Orri. Mientras los celos me removían el estómago, él estaba dándole la noticia que teñiría su aura de violeta y que partiría su vida en dos.

Yo era una persona más horrible aún de lo que pensaba.

Orri sólo quería despedirse de ella. Era una de sus cuentas pendientes: despedirse del que había sido su primer amor. Aunque Auður evitó usar esas palabras, no era tan tonta como para no saber leer entre líneas. Orri debía de haberle contado mi beso con John y mi posterior conversación con él, porque, sin que yo le dijera o preguntara nada, me contó la versión real de la historia. Orri y ella habían salido durante cerca de un año durante su primer curso de carrera. Las cosas no habían funcionado.

Me aseguró que ya no estaba enamorada de él, que su amistad era la misma que la que tenía con John. Estaba segura de que la primera parte era verdad, como estaba segura de que ella sabía que la segunda era una gran mentira. Era evidente que el lazo que la unía a Orri era especial, aunque la clase de amor que hubiera entre ellos ya no fuera el que un día fue.

Por eso se había negado a quedarse en casa. Sus padres no sabían nada de lo que había sucedido, porque, pese a lo que yo había imaginado, no sabían nada de los *lífsandi*; Auður se había enterado prácticamente por accidente. Cuando era niña, iba de vez en cuando a casa de un matrimonio ya entrado en años que vivía cerca de Auður para limpiarles la casa. Un día metió la cabeza donde no debía y encontró uno de aquellos botes lleno de estrellas fugaces. Los ancianos decidieron contarle la verdad con la condición de que no hablara con nadie de aquello, y para comprar su silencio le prometieron que aquel bote sería suyo algún día. No tenían hijos, de modo que para ellos Auður fue la oportunidad de pasarle a alguien el legado.

Ambas partes cumplieron con su promesa: Auður guardó el secreto y el matrimonio le dejó el bote en herencia. Había llegado a sus manos cinco años antes, cuando la anciana falleció, pocos meses después de que lo hiciera su marido. Fue cuestión de tiempo que Auður se encontrara frente a frente con John, por entonces sólo un compañero de clase más, en un mercado. Poco después conoció a Orri y a las pocas semanas ya estaban juntos. Y aunque la relación no hubiera llegado a buen puerto, y aunque ella hubiera vuelto a su casa después de terminar la carrera y la distancia hubiera caído entre ellos, lo que quedaba era tan fuerte que, cuando lo vio aparecer en la casa de huéspedes, sabía que no tenía elección.

Su corazón no le dejaba elección.

Orri no había planeado que se uniera a nosotros y ella sabía que no le parecería una buena idea, al menos al principio; sin embargo, era algo que debía hacer, así que no pidió permiso. Simplemente, hizo la maleta y dijo que haría el resto del viaje con nosotros. No le importaba que tuviera que fingir que estaba bien delante de mí para no levantar sospechas y delante de Orri para no darle más preocupaciones de las que ya tenía.

Dijera lo que dijese, Orri estaba feliz de tenerla cerca.

Mientras hablaba, mi mente iba reestructurando todo lo que había dado por sentado hasta ese momento. Había dejado que las apariencias me engañaran y había creado respuestas para preguntas que ni siquiera me había planteado.

Observé a John y su aura negra como el carbón acercándose. La de Orri era tan luminosa, tan anaranjada, tan feliz... No tenía sentido.

La muerte es tristeza, no alegría. Es negra, no naranja.

John se acuclilló a mi lado y me mostró el bote, que contenía mil hebras azules danzarinas. Su melodía resultaba tan hipnótica que tuve que pedirle a John que repitiera lo que me había dicho, porque no había entendido ni una palabra.

—Sentirás un cosquilleo cuando la energía penetre en tu piel, y es posible que te duela. No te preocupes, es normal. Tú concéntrate en no apartar el pie hasta que yo te lo diga, ¿de acuerdo?

Fue mucho más rápido de lo que había imaginado. Y también más doloroso. El cosquilleo que había anunciado John fue rápidamente sustituido por la sensación de un millón de agujas clavándose en mi piel hasta perforarme los huesos. Por suerte, antes de que pudiera quejarme, ese dolor agudo desapareció y pude soltar todo el aire que habían retenido mis pulmones.

—¿Te duele? —me preguntó John, poniéndome una mano encima del tobillo. Los restos de dolor desaparecieron con la calidez de su piel.

—Un poco.

Nos quedamos en silencio hasta que Auður carraspeó. Ni siquiera recordaba que seguía allí.

—No puedes decirle a Orri que lo sabes —murmuró.

—¿Por qué?

—Porque él no quería que lo supieras —suspiró John—. Cuando me dijo que había invitado a una chica que había conocido en un restaurante a venir con nosotros, me negué en redondo. Él me dijo que sólo quería compañía y que nunca ibas a enterarte de nada. Nunca se ha planteado contártelo.

—Ah. —Soné mucho menos decepcionada de lo que me sentía.

John descifró al instante mi tono, porque se apresuró a decir:

—No quiere decírtelo porque le importas. Prefiere que vuelvas a casa sin saber la verdad. Cree que decírtelo sería cruel.

—No habérmelo dicho ha sido cruel.

—Lo hace lo mejor que puede, Heima.

—Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Tratarlo como hasta ahora?

—Es lo que quiere. Ningún enfermo quiere que lo traten de forma distinta, así que imagina alguien que... —Auður dejó la frase inconclusa.

—No puedo hacerlo.

—No se trata de ti o de lo que quieres o puedes hacer; se trata de hacer que sea feliz en sus últimos días y no va a serlo si está preocupado por ti.

—Vosotros lo sabéis y él sabe que lo sabéis. ¿Por qué tiene que ser diferente conmigo?

—Porque eres la última oportunidad de Orri de ser... de estar vivo. Estar con alguien que no sabe lo que es en realidad lo hace feliz. Lo hace sentir normal.

Inspiré el aire puro de aquella tierra prácticamente deshabitada y cerré los ojos. Aquello no podía ser real. Diez días atrás yo era una joven normal; con una familia desestructurada y el bagaje de una relación sentimental que casi acaba conmigo, y con la secreta capacidad de ver el aura de las personas, estaba en el límite de la normalidad, pero aún me encontraba dentro de ella. A pesar de que el color de mi pelo dejara entender lo contrario, toda mi vida había luchado por ser como una persona cualquiera. No me importaba destacar por mi físico; era mi interior lo que me preocupaba.

Y ahí estaba, a la orilla de un lago del noroeste de Islandia, con dos personas que eran amigos de un espíritu con el que llevaba viajando casi una semana.

La normalidad era mi horizonte personal: por más que intentaba alcanzarla, siempre estaba a la misma distancia de mí. Lejos, muy lejos.

—Su aura es naranja —susurré, olvidando que John y Auður estaban a mi lado. Carraspeé y repetí la frase en un tono mínimamente audible—: Su aura es naranja. Es el color de la felicidad.

John alzó las cejas y se sacó las gafas, como si ese gesto pudiera confirmarle que había oído bien lo que había dicho. Auður se quedó tan impassible como si le hubiera dicho que su amigo tenía la piel pálida.

—¿Es feliz?

—Está en paz —respondí, tras unos largos segundos de duda. Me costaba decir que un muerto era feliz; me daba la sensación de que «paz» era la palabra más adecuada. La paz de los muertos es la felicidad de los vivos—. Aunque suele estar nerviosa y a veces tiene destellos oscuros que parecen estar a punto de estallar. Pero está bien. Mucho mejor que tú... y que tú —dije, haciendo un gesto con la cabeza para señalar a John y después a Auður.

Ella no preguntó por su aura. Quizás prefería no saberlo o quizás Orri le había contado lo que le había dicho el día anterior.

—Orri es así. Siempre feliz y contento y positivo y... —John estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para evitar que su voz se quebrara. Lo cogí de la mano—. Debería

seguir siéndolo. No es justo. Puede serlo y no quiere.

–¿Qué quieres decir?

Auður se le adelantó.

–Guðjon, ya lo hemos hablado –dijo, con un tono de voz tajante que no la había oído usar antes. Después suspiró, echó la cabeza hacia atrás y, mirando al cielo, dijo–: Guðjon pretende seguir alimentando a Orri por los siglos de los siglos. Dile que es una mala idea. A ti te hará caso.

–¿Y por qué no? –respondí.

John se volvió hacia mí, sonrió y luego le dedicó el mismo gesto a una Auður exasperada.

–Laura, no... –murmuró ella.

–Lo digo en serio, ¿por qué no? Sólo tiene que seguir cazando *lífsandi*.

–Él no puede hacerlo –dijo Auður–. El cristal de los botes funciona como un imán para los *lífsandi*, pero sólo se activa con la energía de un ser vivo. El cuerpo de un *fylgja* no tiene energía propia, así que no pueden cazar.

–No quieren entrar en razón –me dijo John, con un tono venenoso–. Ya os he dicho mil veces que yo cazaría para él.

–Guðjon, ya lo hemos hablado: él no quiere.

–No sabe lo que quiere. Está confuso y sólo puede pensar en su hermano. Pero, cuando se despida de él, sé que entrará en razón. Yo estaré con él y vigilaré que nunca le falten *lífsandi*.

–Pero ¡él no quiere que lo hagas! –La voz de Auður sonó atronadora.

–Yo lo convenceré –intervine, decidida. No iba a dejarme amedrentar por un grito mal dado.

Durante un segundo, estuve convencida de que Auður iba a lanzarse encima de mí para clavarme las uñas en el cuello. Olvidaba que aquella faceta no era más que una consecuencia de la desesperación, y que en realidad Auður no sería capaz de hacerle daño ni a una mosca. De pronto, toda la tensión de su rostro desapareció para dar paso a una calma superficial.

–Laura, tú no lo entiendes. Orri no quiere vivir así porque sabe que eso no es vida. Una persona está formada por el alma y el cuerpo y una parte de él ha desaparecido para siempre; su corazón no bombea, sus células no están vivas ni se reproducen... Su cuerpo no es real, y por mucho que intentara mentirse, él sabe que jamás lo será. El Orri que

está en el campin es sólo una parte del Orri real. Su alma está alojada en una jaula construida con la energía de los *lifsandi*; no es un cuerpo verdadero, no crecerá, no podrá tener una vida. Él lo sabe, lo ha asumido mejor que todos nosotros. Sólo quiere despedirse de su hermano antes de marcharse.

–Podría seguir viviendo –logré susurrar.

–Laura, Orri no está vivo.

Esa frase golpeó mi pecho y se hundió en mi carne como una espada. John apretó mi mano, intentando darme toda la fuerza que aquellas palabras me habían arrancado de cuajo.

–No hace falta que seas... –comenzó a decir John.

–Cuanto antes lo asuma, mejor –dijo ella. Estaba observándome fijamente, con los ojos abiertos y entelados por la tristeza–. Orri está muerto. Su cuerpo está muerto. Guðjon, tú fuiste a su funeral. Sabes que su cuerpo está enterrado. Que siga vivo es antinatural, lo que hizo Guðjon está prohibido. Hay que respetar las leyes de la naturaleza. Orri lo sabe tan bien como yo, y tú, Guðjon, deberías ser capaz de entenderlo. Orri sabe que está mal. Sólo lo acepta porque necesita pedirle perdón a Haukur antes de irse para siempre. Aceptad el orden natural de las cosas, aceptad que no sois dioses y, sobre todo, respetad la voluntad de Orri.

23. Atlavík

No tuve que ver a Orri durante el resto del día.

Después de su discurso, Auður se levantó y se fue con el bote vacío bajo el brazo. John y yo decidimos darle espacio, o dárnoslo a nosotros mismos, así que nos quedamos en la playa. No hablamos. Simplemente, nos quedamos sentados, cogidos de la mano, observando la superficie imperturbable del lago. Era mejor callar que decir algo y empeorar un momento que ya había conseguido posicionarse como número uno en el rankin de malos recuerdos.

Ni Auður ni Orri estaban en el coche cuando volvimos, un par de horas más tarde, ni tampoco en la tienda, que habían plantado junto al todoterreno, cerrado a cal y canto. Había perdido mi libro de crucigramas, así que no tenía nada con lo que entretenerme. Me daba miedo escuchar música, porque mi reproductor tenía la capacidad de hacerme escuchar canciones que siempre me hundían más cuando estaba triste. No tenía fuerzas para hacer nada, así que me arrastré hasta el interior de la tienda de campaña, dejé los zapatos manchados de barro junto a la entrada y me estiré en el suelo, mirando al techo. Dormir era la única forma que tenía para dejar de pensar.

Escuché cómo John se quitaba los zapatos y entraba en la tienda para tumbarse a mi lado sin decir nada. Horas, años y eternidades pasaron antes de que se acercara a mí y me cogiera de la mano.

–Estoy aquí –susurró.

Quería poder decirle lo mismo, porque sabía que necesitaba escucharlo tanto como yo, pero no era capaz de pronunciar ninguna palabra con sentido. Me limité a apretarle la mano. Por el momento, debería conformarse con eso.

Me concentré en escuchar la respiración de John, y en sentir la yema de sus dedos repasando los contornos de mi tatuaje una y otra vez.

Estaba profundamente dormida cuando la voz de Orri se coló entre mis sueños y me sacó a patadas de ellos. Abrí los ojos de golpe y ladeé la cabeza para buscar a John, que

se había incorporado. Oí con terror cómo alguien descorría la cremallera que nos separaba del mundo, al tiempo que un escalofrío me recorría todo el cuerpo. No estaba preparada. Aún no.

Cerré los ojos justo en el momento en el que Orri metía la cabeza en la tienda. Lo último que vi fue su cara de sorpresa. Antes de que pudiera decir nada, John se le adelantó y le dijo algo en islandés que sonaba a una invitación, sin posibilidad de ser declinada, a que se fuera. Intercambiaron unas cuantas frases y volvimos a quedarnos solos.

Su rostro me persiguió durante las horas siguientes. Me desperté abrazada al cuerpo de John, sudada y con el corazón bombeándome a mil por hora. Necesitaba aire. Me estaba ahogando.

Me aparté de él bruscamente, me senté con las piernas estiradas e intenté controlar mi respiración. Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar. Inspirar...

—No, por favor, no abras —logré decir al ver que John se acercaba a la puerta y buscaba la cremallera en la oscuridad.

Sabía que me había oído porque se giró ligeramente hacia mí. Aun así, descorrió la cremallera y salió sin decir nada. No tardó ni veintitrés segundos en volver a entrar.

—Están durmiendo —dijo, mientras terminaba de correr la cremallera para que el aire de la noche inundara toda la tienda.

Respiré tranquila. Me quité la chaqueta y me pasé el brazo por la frente para retirar el sudor. No quería mirar a John. Me sentía patética; me había abrazado a él en sueños, había empapado su sudadera con mi asqueroso sudor y era incapaz de formular dos frases con sentido. Me sentía patética y avergonzada. Hacía menos de veinticuatro horas que le había gritado por permitir que su aura ennegreciera por un muerto. Le había dicho que era una falta de respeto deprimirse por la muerte de alguien, y aunque seguía pensándolo, ahora entendía por qué había reaccionado como lo había hecho. No podía evitarlo. El dolor era demasiado intenso.

Aquella era su ocasión para vengarse. Si se le pasó por la cabeza, no lo hizo. Se sentó tan lejos de mí como le permitía la pequeña tienda de campaña y esperó a que me moviera o hablara. Tarde o temprano tenía que reaccionar.

—¿Qué hora es? —murmuré.

—Faltan siete minutos para la una de la noche.

—¿Has comido algo?

—No me he movido de aquí.

Hice una mueca y agaché la cabeza.

—Lo siento.

—No tengo hambre —dijo él, sacudiendo la cabeza.

—Pues yo sí.

Resultó que John estaba famélico. Antes de que pudiera pedirle que fuera al coche a por mi mochila, ya había salido a buscarla. Se comió el bocadillo que había comprado en el pueblo en el que habíamos parado por la tarde y también la parte del mío que yo no quise, y se zampó toda una bolsa de galletas.

—Creía que mi estómago iba a convertirse en un agujero negro y terminaría por engullirme —admitió, mientras se metía en la boca la enésima galleta de chocolate—. No quería dejarte sola. Hablabas en sueños.

—Yo nunca hablo en sueños.

—Hoy sí. No sé qué decías porque hablabas en tu idioma, pero estoy seguro de que estabas soñando conmigo. Es la única explicación para esos sudores —bromeó, hablando con suavidad, como si estuviera tanteando el terreno—. Aún llevas mi sudadera.

Finalmente, sonreí y él me devolvió el gesto.

—Me gusta la piña.

—Tienes que hablar.

—Ya he hablado. Te he dicho que tenía hambre, que no hablo en sueños y que me gusta la piña.

—De Orri —susurró. Noté que a él también le costaba pronunciar el nombre, porque en aquella ocasión mencionarlo era hablar implícitamente de toda su historia—. No quiero que tu aura se vuelva como la mía.

No solía mirarme el aura. Tiempo atrás lo hacía todas las mañanas antes de salir de casa, del mismo modo que muchos se dan un último vistazo en el espejo para comprobar que no les queda nada entre los dientes y que van bien peinados. Sin embargo, durante los meses en los que estuve con Javier, fui siendo testigo de cómo mi aura se iba oscureciendo. Llegó un día en el que me vi incapaz de mirarla, porque no quería ver lo que me mostraba el espejo. La oscuridad conseguía hundirme aún más.

Tampoco me hacía falta mirarla para saber que en aquellos momentos no se diferenciaba mucho de la de John.

Tenía razón. Si no podía hablar de él, ¿cómo sería capaz de hablar con él?

—¿Cuándo murió?

Pese a la oscuridad, pude ver en su cara que se arrepentía de haber sacado el tema. Tardó unos segundos en reponerse.

—Hace doce días.

Usó el mínimo de palabras posible para explicarme que Orri había fallecido en un accidente de coche cuando volvían de cazar viento. No entró en detalles: lo único importante era que el cuerpo de Orri no había soportado la embestida y que él, que iba en el asiento del copiloto, no sufrió ni un rasguño. Casi no le salían las palabras mientras me explicaba que había reaccionado por instinto; después de conseguir salir del coche, cogió uno de los tres botes que llevaban en el maletero y lo abrió junto a Orri, que no respondía a nada de lo que le decía. Lo hizo con la esperanza de que los *lífsandi* curaran sus heridas antes de que fuera demasiado tarde; veía sangre por todas partes y Orri seguía sin reaccionar. Gastó los otros dos botes que llevaban hasta que por fin oyó su voz. No le dio tiempo a alegrarse, porque, en cuanto Orri volvió a hablar, se dio cuenta de que no era el cuerpo que tenía delante el que se movía.

Lo enterraron dos días después. Sólo estuvieron sus padres y John. Orri había decidido no asistir a su propio funeral. No habían avisado a ningún conocido ni amigo de lo que había sucedido. Los únicos que debían saberlo, porque eran los únicos que podían entenderlo, eran sus padres; tenía que ser así para que Orri pudiera tener la oportunidad de estar en paz antes de desaparecer. No querían recibir llamadas diciendo que habían visto a alguien que se suponía que estaba muerto viajando a través del país. Así que lo enterraron en una ceremonia privada y al día siguiente John y él comenzaron su viaje hacia el pueblo donde vivía su hermano desde hacía unos años, sólo que en lugar de ir hacia el este, habían cogido el camino más largo, el que daba la vuelta casi completa a la isla: una de las razones era Auður; la otra era la propia isla. Orri quería ver su tierra una vez más antes de desaparecer. Para él, aquella tierra y su naturaleza eran su templo.

Cuando conocí a Orri en Reikiavik, estaban en su segundo día de viaje. John estaba solucionando unos asuntos con Jóhanna. Tenían que hablar y devolverse sus cosas. Hacer oficial e irreversible la ruptura. Podría haberse unido a Orri y a mí en nuestro día de turismo por la capital, porque no tenía nada que hacer en la ciudad, pero había preferido quedarse solo y pasar el día yendo de bar en bar. En aquella ciudad, era imposible no encontrarse con alguien conocido, así que no le faltó entretenimiento. No quería fingir estar bien con una desconocida que no le importaba lo más mínimo.

Se suponía que tenían que irse de Reikiavik a la mañana siguiente; después de conocerme, Orri volvió al hostel en el que se alojaban con la firme determinación de que iban a quedarse en la ciudad un día más. Era todo cuanto necesitaba para convencerme para que fuera con ellos; John estaba seguro de que no lo conseguiría, así que le había seguido el juego.

Y ahí estábamos. A menos de quinientos kilómetros del pueblo del hermano de Orri. A menos de dos días de viaje.

Entonces empecé a hablar yo.

Habría jurado que el aura de John se aclaraba mientras le describía con detalle el aura de Orri, todos sus colores, matices, brillos y destellos.

—Sobre lo que me dijiste ayer en el volcán, la falta de respeto...

Antes de que pudiera seguir hablando, negué con la cabeza y lo hice callar. Eso había sido cuando creía que hablaba de un amigo al que no conocía, de una idea que no entraba en mi realidad. Ahora era diferente. Ahora que sabía que hablaba de Orri, mi amigo, con el que había compartido coche y bromas, nada de lo que había dicho el día anterior tenía ningún sentido.

—Olvidalo.

—No. Tenías razón. Orri odia verme así y sé que se siente impotente porque nada de lo que me dice me ayuda. Pero no puedo hacerlo, porque cada día que pasa, cada hora y minuto que se escapa, pienso que es uno menos que me queda con él. Hemos estado juntos desde que éramos unos mocosos, no puedo imaginar una vida en la que él no esté. Soy egoísta.

—No lo eres.

—Sí lo soy. Lo primero que me viene a la mente cuando pienso en lo que ha pasado soy yo mismo. Después va Orri, todo lo que va a perderse, todas las oportunidades que no tendrá... Pero primero voy yo. Mi vida sin él. Cuánto lo echaré de menos.

Vi una lágrima solitaria refulgiendo mientras se precipitaba mejilla abajo. No supe cómo reaccionar, así que me quedé quieta, esperando una señal para que me acercara.

Todo cuanto hizo John fue quitarse las gafas y pasarse la mano por la mejilla de forma brusca. Al darse cuenta de que tenía los ojos clavados en él, dijo, con un tono que rozaba lo agresivo:

—Los tíos también tenemos derecho a llorar.

—No sé qué decirte —dije, trabando su mirada con la mía. Me gustaban sus ojos sin cristales de por medio—. Nunca he perdido a nadie, ya te lo dije. Aun así, creo que tienes suficiente con lo que tienes sobre ti como para preocuparte por si eres o no egoísta. Eres humano, con emociones y sentimientos humanos. Que te preocupes por ti no significa que no te importe Orri, y tampoco que te pongas por delante de él. Eres un buen amigo. Le diste una segunda oportunidad. Estás acompañándolo en este viaje, aceptaste que me uniera a vosotros aunque a ti no te hacía ninguna gracia... A mí no me parece una actitud egoísta.

—¿Por qué creías que yo estaba... que era...? —me preguntó, medio segundo después de que terminara de hablar.

No hizo falta que acabara su frase para que entendiera lo que me estaba preguntando. Si yo estuviera en su lugar, también me habría sentido ofendida.

—Tu aura. Y tú... y cómo te comportabas.

Pensé que utilizar el mínimo de palabras posible era la mejor opción. Al ver la reacción de John, me di cuenta de que había sido un error.

—Yo no soy así —dijo él, colocándose de nuevo las gafas. Aunque sin ellas podía ver mejor sus ojos, eran parte de su personalidad. Sabía que la costumbre de limpiarlas cuando estaba agobiado o nervioso no era nueva. El John real, el anterior a la pérdida de Orri, seguía vivo. Era el John que me hacía sonreír. Quería ver más de él. Quería descubrir lo que escondía el iceberg debajo del agua.

—Ya lo sé.

—Y no quiero ser así.

—Lo sé —respondí, lanzando un suspiro al aire—. Cuando supe lo de los *fylgja* y te toqué... Pensé que estabas frío como un cadáver. Fue una de esas cosas que piensas sin querer y que resultan ser la llama para una mecha que ni siquiera sabías que estaba ahí... Recordé tu aura, lo cerrado y arisco que eras los primeros días, cómo te encierras y dejas de hablar sin razón... Ahora sé que hay un motivo, pero entonces no lo sabía. Todo encajaba: la oscuridad del aura, cómo te comportabas... Pensé que eras el amigo que había perdido Auður del que me había hablado Orri.

—Tengo que cambiar —murmuró, en voz tan baja que no me atreví a responder. Parecía que hablara más con él mismo que conmigo. Finalmente, dibujó una sonrisa ladeada—: ¿Es la única razón por la que te has ido hoy, porque creías que era un *fylgja*?

–¿Te parece poco? –Intenté sonreír, pero las comisuras de mis labios pesaban una tonelada.

Sólo lo conseguí a medias. Mantuve el gesto en el rostro sin apartar la mirada de los labios de John. Entre los dos, creábamos una sonrisa completa. Ese pensamiento me inundó el estómago, la garganta y los pulmones.

No dijo nada más. No hacía falta. Yo había entendido lo implícito de su pregunta y él, lo implícito de mi respuesta. Me gustaban nuestros silencios, porque decían más que cualquier palabra.

Compartiendo medias sonrisas y un dolor que, sólo durante unos segundos, a los dos nos pareció más liviano.

24. Jökulsárlón

Deseaba con toda mi alma llamar a Larisa. Quería escuchar su voz diciéndome que todo saldría bien, aunque la promesa de un final feliz resultara inútil a esas alturas de la película. Necesitaba desahogarme y no tenía con quién hacerlo. Sabía que John me habría ofrecido su hombro, pero no podía hacerle cargar con mi oscuridad. No podría soportar tanto peso.

Tampoco podía hablar con Auður; no había suficiente confianza entre nosotras, al menos por mi parte, y, además, era evidente que aún estaba molesta por lo que había sucedido en el lago el día anterior. Estaba volcando toda la ira contenida sobre John y sobre mí.

Y en cuanto a Orri, ni siquiera era capaz de dirigirle la palabra.

No tenía a nadie. Porque si no había sido capaz de contarle a Larisa lo que me sucedía con las auras, si no había sido capaz de ser sincera con ella después de tantos años de amistad, ¿cómo podría hablarle de todo aquello? Además, tampoco podía hacerlo. Era mi dolor, pero no mi secreto.

La luz del nuevo día me infundió ánimos para enfrentarme a la realidad. Había dormido bien; no había tenido pesadillas y me había despertado al lado de John. Me obligué a repetirme una y otra vez lo que le había dicho a John en el volcán. Estaba viva y tenía que seguir adelante con mi vida por Orri.

Me repetí esas palabras una y otra vez como un mantra. Mientras me cambiaba de ropa, mientras desayunaba dos míseras galletas, mientras me acomodaba en el coche para una nueva jornada de viaje. Lo repetí aún con más fuerza cuando me di cuenta de que, cuando nos pusiéramos en marcha, los quinientos kilómetros que nos separaban del final se irían reduciendo hasta que nuestro contador se quedara a cero. Hasta que llegáramos al pueblo donde vivía Haukur, el hermano de Orri. A partir de ahí, no sabía qué sucedería. No había querido preguntar.

John había insistido en que me sentara delante con él. Dijo que me marearía menos, unas palabras con las que quería ofrecerme un refugio dentro de aquel pequeño espacio cerrado. Mientras estuviera delante, no tendría que mirar directamente a Orri.

Fui una cobarde.

Sería noble por mi parte decir, desde el amparo que el tiempo me ofrece, que, de haber tenido una segunda oportunidad, habría actuado de forma diferente. Sin embargo, sé que no lo habría hecho. Las emociones eran demasiado intensas para conseguir controlarlas, y yo demasiado débil. Hice cuanto pude. Todos forzamos nuestros sentimientos hasta llegar a nuestro límite, y yo aquel día descubrí que el mío estaba demasiado lejos de la valentía y demasiado cerca del egoísmo.

Sin embargo, luché con todas mis fuerzas para romper mis límites. Media hora después de habernos puesto en marcha, ya era capaz de escuchar la voz de Orri sin sentir náuseas, y una hora después, podía incluso mantener una conversación con él.

John me iba lanzando medias sonrisas que yo cazaba de reojo.

Orri parloteaba sobre la universidad y por qué él había decidido no continuar con sus estudios. Quería coger el relevo de su padre en la tradición familiar cuando él se jubilase. Adoraba el mar, adoraba la pesca, así que no necesitaba encerrarse cuatro años para escuchar a charlatanes hablando de cosas sobre las que creían saber mucho más de lo que realmente sabían.

–Para eso ya tengo a Guðjon –añadió.

–«Sólo el que sabe es libre, y más libre el que más sabe.» –pronunció John usando su voz más solemne.

–¿De qué muerto es eso? –se rió Orri.

La sonrisa se me heló en los labios al escuchar esa palabra. Me costó unos segundos sobreponerme.

–Unamuno, un compatriota de Heima –respondió John sin vacilar.

–Deberías aprender de Laura. También es universitaria y no por eso va soltando frases de escritores y filósofos muertos en cuanto tiene ocasión.

–Eso es porque a mí me apasiona lo que he estudiado.

Aspiré la indirecta, que se quedó flotando entre nosotros. Lo que no había dicho pesaba más que sus palabras. Intenté escapar de esa trampa hasta que me rendí y me descubrí a mí misma explicando cómo terminé rodeada de leyes, códigos penales y disposiciones jurídicas.

Mi padre era el menor de cinco hermanos, así que, cuando llegó su turno de ir a la universidad, ya no había dinero para él. Trabajó dos años en el taller de coches de su padre para poder pagarse los estudios, y cuatro años más tarde salió de la facultad con su título de Derecho debajo del brazo. Mi infancia estaba llena de escenas en las que mi padre jugaba conmigo a las muñecas, pero, en lugar de jugar a papás y a mamás como cualquier niña de mi edad, jugábamos a las abogadas y a las juezas. Crecí rodeada de sentencias y de una idea inamovible: seguiría con la tradición que había iniciado mi padre, estudiaría Derecho y trabajaría para él en su bufete hasta que él se jubilara. Entonces, el bufete sería mío. Y después de mí, de mis hijos, y luego de mis nietos.

No era un capricho. Mi padre había sudado sangre para conseguir la vida que me había dado. Sólo quería asegurarse de que su esfuerzo no había sido en vano, que su bufete, al que consideraba un hijo, no desaparecería con él y que sus nietos no tendrían que pasar por lo mismo que él pasó para poder labrarse el futuro que deseaba. Sólo quería darme una vida fácil. No hay nada malo en lo fácil, me decía, así que nunca me planteé que pudiera haber otras opciones.

Simplemente, no entraban dentro de mi realidad.

Así que me matriculé en Derecho y me preparé para un futuro fácil. No había tenido en cuenta que felicidad y facilidad no siempre van de la mano. Nunca una sola letra había alejado tanto dos conceptos.

Odiaba los juicios. Me di cuenta al poco de empezar la universidad. La idea de tener en mis manos el futuro de una persona me ponía enferma. Veía a mi padre ensayar para defender a sus clientes y no podía parar de preguntarme si su trabajo condenaría a un inocente o liberaría a un culpable. Tener la sangre fría para no implicarse personalmente en sus casos me parecía algo encomiable; simplemente, no estaba hecho para mí. Yo no estaba hecha de la misma pasta que mi padre.

Aquellos tres islandeses fueron las primeras personas que oyeron esa frase: esa profesión no estaba hecha para mí. El futuro que mi padre había planeado, y que yo había aceptado sin cuestionarlo, no estaba hecho para mí.

Al soltar esas palabras fue como si se desatara un corsé que ni siquiera sabía que llevaba.

Fuera, el océano refulgía bajo un sol cegador.

La pesadilla de todos los transatlánticos. Eso era lo que pensaba mientras desayunábamos en la única cafetería que había junto al Jökulsárlón. Había leído sobre él en mi guía, y también había visto fotografías; era uno de los grandes intereses turísticos del país, así que era imposible llegar sin saber lo que iba a encontrarme. Sin embargo, ni las fotografías de la guía ni las muchas que hice yo aquella mañana podrían hacer justicia a aquel lugar.

La lengua de un glaciar se resquebrajaba y moría en un lago lleno de icebergs. Algunos estaban anclados en un punto fijo, y otros pocos se dejaban llevar por una lenta corriente que iba a vararlos, tarde o temprano, en la playa que había al otro lado de un puente colgante. Los rayos de sol arrancaban destellos cegadores al hielo.

Cuando Auður y Orri volvieron con las bebidas (café con leche a la temperatura de la lava volcánica para todos), inicié la tercera fase de mi entrenamiento personal: ya había podido escuchar a Orri sin que se me revolviera el estómago y también tener una conversación con él, así que debía dar otro paso y aprender a mirarlo mientras hablábamos. En otra ocasión, habría exigido mi tiempo para asimilar y superar todas las novedades, como había hecho con Javier. Sin embargo, cada minuto que pasaba sin poder hablar con Orri era un minuto perdido, y eso pesaba más que nada. No podía permitirme el lujo de exigir tiempo, porque no lo teníamos. Así que me esforcé por mirarlo entre sorbo y sorbo de café. Cuando se me hacía demasiado insoportable, levantaba la cámara y me protegía tras ella con la excusa de inmortalizar el paisaje que nos rodeaba.

La cuarta fase casi consiguió derrumbarme.

John y yo caminábamos uno junto al otro, hablando de las extrañas embarcaciones que llevaban a los turistas entre los icebergs; sobre el agua parecían barcas normales, pero, en cuanto salían del lago, aparecían bajo ellas cuatro enormes ruedas al estilo de un tractor. Estaba tan concentrada sacándoles fotos a esos vehículos que ni siquiera me percaté de que Orri se había colocado junto a John. Evité mirar directamente a ninguno de los dos, porque sabía que Orri percibiría cualquier gesto que yo le hiciera a John, y no podía permitirlo.

—Orri, estamos hablando —oí cómo se quejaba John. Intercambiaron unas cuantas palabras en islandés y finalmente oí unos pasos que se alejaban.

La voz que escuché a mi lado no era la que había esperado. Miré hacia el frente y vi a John acercarse con paso ligero hasta Auður.

A mi lado, Orri caminaba despreocupadamente con la mirada fija en el lago. No me miró cuando repitió lo que acababa de decir, pero podía intuir una sonrisa ladina tratando de esconderse en sus labios.

—¿No tienes nada que contarme?

Algo del tamaño de una pelota de baloncesto emergió en la superficie del lago. Fue sólo durante unos segundos, los suficientes como para que mi cámara pudiera capturarlo, aunque sin la suficiente precisión como para que fuera algo más que un borrón difuso.

—¿Qué era eso?

—Una foca. No cambies de tema.

—No cambio de tema. Yo estoy haciendo fotos y tú has venido a cotillear. Eres tú el que ha cambiado mi tema.

—¿No tienes nada que contarme? —insistió.

Orri era tan cabezota como yo; en condiciones normales, seguramente habría ofrecido más resistencia, pero en aquellos momentos no tenía la fuerza suficiente para hacerlo. Además, algo en mí necesitaba hablar. Si no hubiera descubierto su secreto, le habría respondido sin dudarlo. Debía tratarlo de forma normal, como a mi amigo, no como a un *fylgja*. Era lo que quería y, sobre todo, lo que merecía.

—¿Qué quieres saber? —suspiré, a modo de rendición.

Quería saberlo todo. Quería saber qué había pasado el día anterior con John y, sobre todo, qué había pasado dentro de la tienda de campaña para que su amigo lo echara de tan malas maneras.

Mi decisión de ser completamente sincera se hizo añicos en una milésima de segundo. No podía explicarle la verdad; tendría que conformarse con la versión más cercana a esta. Me zambullí en los recuerdos del día anterior y barrí todo lo que hacía referencia a él. Me di cuenta de que el día quedaba completamente vacío, porque todo lo que había sucedido estaba ligado a él y a lo que creía que era John. Tuve que nadar aún más hondo hasta llegar a mis sentimientos, una parte de mí misma que no me había atrevido a explorar. Si no podía hablarle de lo que había pasado, le hablaría de lo que había sentido.

Fue más fácil de lo que había imaginado. Le dije que había tenido un bajón emocional (que él achacó a algún mensaje, llamada de Javier o noticia sobre él, una teoría que yo no me molesté en desmentir) y que cuando se lo había contado a John, él había insistido en quedarse conmigo para distraerme. Orri iba asintiendo con la cabeza, como animándome a continuar para llegar rápido al punto cumbre de mi relato.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no había nada más que contar. Aquello era todo: John se había quedado conmigo para calmarme. Ni siquiera nos habíamos besado. Se había limitado a abrazarme; sin que tuviera que decírselo, sabía que eso era suficiente, y que en aquellos momentos yo no podía aceptar nada más. Aquello había sido mucho mejor que si nos hubiéramos besado hasta que se nos hubieran caído los labios, aunque Orri no estuviera de acuerdo.

—¿Sientes algo por él? —dijo de pronto, casi susurrando.

Tardé una eternidad en responder, y ni siquiera fui capaz de hacerlo con palabras. Le lancé una mirada rápida a mi amigo, que me observaba expectante, y asentí lentamente. Su reacción fue mucho más rápida:

—No hacía falta que te lo tomaras tan en serio.

—¿Qué?

—Que no pretendía que te enamoraras de él, sólo que... —Se percató de lo que estaba a punto de decir, porque se interrumpió y murmuró—: No lo sé.

—Primero: no estoy enamorada. Y segundo, termina esa frase: ¿sólo que qué?

—Nada.

—¿Sólo que me acostara con él para que olvidara a su exnovia?

—No he...

Ni siquiera lo dejé terminar. Ni siquiera hacía falta que mirara su aura para saber que lo que estaba a punto de decir era mentira.

—Así que tenía razón. Por eso me invitaste a venir: una exótica turista con el pelo violeta y sangre latina para animar a tu amigo deprimido, ¿es eso? Rollo de una noche, rollo de un viaje.

Se me olvidó cualquier decoro, se me olvidó que estaba hablando con un muerto al que debía hacerle sus últimos días más felices y memorables. Estaba demasiado indignada como para pensar en eso. Esperé a que Orri se defendiera con uñas y dientes, pero en lugar de eso chasqueó la lengua y se limitó a decir:

—Te lo dije ayer y te lo repito hoy: sabía que tenías algo especial, por eso quise que vinieras. Eres diferente a las chicas de por aquí, y no sólo porque seas capaz de ver el aura de las personas, y había algo misterioso en ti. Lo de Guðjon fue un... efecto secundario. Ya te lo dije: vi algo entre vosotros cuando os vi juntos. Creí que sería bueno para él darse cuenta de que hay más mujeres en el mundo que Jóhanna, y mucho mejores que ella. Y también para ti, porque ya va siendo hora de que olvides a ese desgraciado.

Así que no te indignes, porque Guðjon también podría hacer lo mismo. Quizás no valoré los riesgos, pero siempre he actuado pensando en lo mejor para vosotros dos.

—¿Qué riesgos?

—No quería que os enamorais y quisierais comprar una casa con jardín y columpios para tres niños y un par de perros e incluso un establo para vuestros propios caballos.

Me eché a reír ante esa imagen.

—Y dices que yo soy exagerada. Te lo repito, Orri: «amor» es una palabra demasiado fuerte.

—Pero sientes algo. Y «algo» suele llevar a amor y amor suele llevar a... —Hizo un gesto esperpéntico con las manos. Sacudió la cabeza—. Al desastre. Tú te irás, él se quedará aquí, los dos lo pasaréis mal y me culparéis a mí por jugar a ser Cupido y encender la llama de una relación que, es evidente, no tiene ningún futuro.

Meneé la cabeza para sacudirme de encima esas palabras. Era la última cosa en la que quería pensar en aquellos momentos. Era lo que menos importaba.

Seguimos caminando en silencio. Llegamos hasta la playa en la que desembocaba aquel lago glaciario. Había decenas de bloques de hielo varados en la arena, y no faltaban los turistas que posaban junto a ellos para tener la foto que certificase que una vez tocaron un iceberg, aunque fuera de proporciones vergonzosas.





Cinco minutos más tarde, me vi convertida en una de aquellas turistas de las que Orri solía reírse. Me sacó mil fotografías delante de aquellos cubitos de hielo gigantes: apoyada en ellos, posando como una modelo, asomando la cabeza por detrás e incluso encima de ellos. Auður y John se unieron a la fiesta de las fotos y en pocos minutos la playa se convirtió en el set de lo que bien podría haber sido una sesión fotográfica para una marca de sudaderas.

Las risas se acabaron en lo que dura una caída.

Estaba intentando ayudar a subir a Auður a uno de aquellos icebergs para hacernos una foto juntas cuando sucedió. Yo estaba de cuclillas encima del hielo, agarrando el brazo de Auður para ayudarla a trepar; ella resbaló tan bruscamente que no le dio tiempo a soltarme, y me arrastró con ella. Lo vi a cámara lenta. Vi su cara asustada y el suelo a lo que parecía un kilómetro de distancia, aunque la realidad es que no llegaba ni a los dos metros. Vi la mano que tenía libre sacudirse en el aire buscando algún punto de

apoyo que no existía, hasta que una mano apareció de la nada y me agarró por el antebrazo para evitar que me cayera encima de Auður.

Una mirada fue suficiente para romperlo todo.

No pude evitarlo.

Sentir la piel de Orri tocando la mía era demasiado. Antes de que me diera cuenta de lo que hacía, le lancé una mirada aterrorizada. Fue sólo un instante, una milésima de segundo en la que Orri entendió demasiado. La forma en la que su rostro se desencajó fue suficiente para hacerme ver que había interpretado mi reacción perfectamente.

Aparté los ojos de él, sin atreverme a retirar el brazo que había apresado entre sus dedos. El tiempo se detuvo entre nosotros. Aunque no los veía, podía notar los ojos de John y Auður fijos en nosotros, expectantes, temerosos. Casi podía oír el latido de nuestros corazones.

Orri dijo algo en islandés y, al no recibir ninguna respuesta, repitió sus palabras en voz más alta. Levanté la cabeza tirada por un hilo invisible, preparándome para lo inevitable.

Aunque no entendí ni una palabra del grito que profirió a continuación, era evidente que no estaba contento. Se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos y la boca a medio abrir, como si quisiera decirme algo pero no se atreviera. Los labios le temblaban.

—¿Laura?

No responder fue un error. Sabía que no decir nada lo pondría aún más nervioso. Era una de las cosas que lo diferenciaba de John: odiaba el silencio. Pero no podía evitarlo; mi boca estaba seca y todas las palabras que deseaba decir se quedaban pegadas en mi lengua.

—Laura —insistió Orri, esta vez con voz implorante. Casi pude oír todas sus defensas quebrándose—. Joder. ¡Joder! ¿Cómo lo sabes? —siseó. Levantó la cabeza y se dirigió a Auður—. ¡¿Cómo lo sabe?!

—No sé nada —me apresuré a responder, sin pensar que era la frase más desafortunada que podría pronunciar en aquel momento. Nadie dice algo así si no sabe de qué le hablan, y mucho menos con la voz compungida que utilicé yo.

—No. Me. Mientas —gruñó Orri, marcando cada una de las palabras—. Te ha faltado sacar un crucifijo y santiguarte en cuanto te he tocado, Laura. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Guðjon o Auður? ¿Quién ha sido?

—Orri, no... —Tenía que intentar calmarlo. Su aura parecía un huracán.

—¿Querías aprender palabras en islandés? Aprende esta: *svikar*. Traidor. Lo que son estos dos. Y ni me molesto en enseñarte cómo se dice amigo, porque no existen, ellos son la prueba. ¡No sabéis lo que es la amistad!

—¡Haz el favor de calmarte! —tronó John, dirigiéndose a Orri con paso decidido.

—¡No te acerques a mí, déjame en paz! Sólo os pedí una cosa, sólo una: que ella no lo supiera. No lo habéis cumplido, porque os da igual lo que yo quiera. ¿Qué hacéis aquí? Os pedí una cosa y me jurasteis, los dos me jurasteis, que no se lo diríais. ¿Eso es la amistad para vosotros? Sólo estáis aquí para sentirlos mejor con vosotros mismos, para poder decir: «Yo lo acompañé hasta el final, ¡soy tan buena persona!». Pues no lo sois. Ni tú, Auður, ni tú, Guðjon. Os da igual lo que yo quiera y os da igual lo que yo os pida, porque vosotros siempre estaréis por delante, ¿verdad? Porque eso es la amistad: yo, yo y luego, si hay tiempo, los demás. ¡Joder!

Estaba fuera de sí. Busqué las miradas de John y Auður, desesperada. No sabía qué hacer. Ambos observaban a su amigo sin pestañear; parecía que hubieran estado esperando aquella escena durante días, porque, cuando John habló, lo hizo con voz calmada.

—Orri, si no te tranquilizas no vamos a responderte.

—Me da igual lo que me digáis. Laura lo sabe y nada va a cambiar eso, ni que siempre antepongas lo que tú quieres a lo que yo necesito. Y lo mismo va por ti, Auður.

Esas pocas palabras consiguieron arrancar las primeras lágrimas de los ojos de Auður, que apretó los labios para evitar soltar algo de lo que luego se arrepentiría.

John parecía inmune a cualquier barbaridad que pudiera decir Orri. Si le importaba que su mejor amigo, el chico que había sido como un hermano para él durante toda su vida, lo acusara de no preocuparse por nadie más que por él mismo, no lo demostró.

—Tranquilízate.

—¡No me da la gana!

Gritó tan fuerte que algunos de los turistas que paseaban entre los icebergs se detuvieron para observarnos, e incluso las aves marinas silenciaron sus gritos ante la furia de aquel chico de mirada desorbitada.

Auður me apartó delicadamente y se colocó entre mi cuerpo y el de Orri. Se quedó quieta entre nosotros durante lo que pareció una eternidad, con el pelo ondeando violentamente al ritmo del viento y los puños apretados junto a sus muslos. Durante unos

breves instantes, creí que iba a devolverle a Orri todos los chillidos o que iba a defenderse con uñas y dientes de sus acusaciones.

Cuando se atrevió a separar los labios, de ellos sólo brotaron cinco míseras palabras:

—No tienes tiempo para esto.

25. Jökulsárlón (2)

John llevaba una eternidad intentando calmar a Orri mientras Auður y yo hacíamos lo posible por no escuchar sus gritos. Estábamos de pie junto al mar, a escasos centímetros de las olas. Hablábamos sin escuchar lo que decíamos, llenando aquel momento incómodo con palabras vacías.

Como siempre, había dejado que mis emociones me dominaran. No había sido capaz de cumplir lo que había prometido apenas hacía veinticuatro horas. Había destrozado los últimos días de Orri. Jamás podría perdonármelo. Ni él, ni yo misma, y tampoco John o Auður. Si no volvían a dirigirme la palabra en lo poco que quedaba de viaje, lo entendería. Sería lo más lógico.

Sin embargo, Auður no parecía enfadada. Todos los milímetros de su rostro mostraban el mismo sentimiento: decepción. Hablaba para evitar que la tristeza se apoderara de sus ojos. Palabras para luchar contra las lágrimas.

A nuestro alrededor, el día parecía mucho más gris de lo que había amanecido. Las nubes se movían lentamente y el mar lamía la arena de forma agónica. Incluso los rayos del sol eran más fríos y lacónicos que de costumbre. El mundo parecía haber perdido toda su energía.

—Heima.

También la voz de John sonaba mucho más apagada. Me costó unos segundos darme cuenta de que realmente había aparecido a mi lado y que no era simplemente su eco jugando en mi mente. Di la vuelta sobre mí misma, pero no vi a Orri por ninguna parte.

—¿Cómo está? —preguntó Auður.

—Quiere hablar con ella —respondió John, señalándome con la cabeza.

Le pedí que viniera conmigo, y también a Auður. Se lo rogué, casi de rodillas, pero fue inútil. Sabían tan bien como yo que necesitábamos hablar a solas y que yo no podía negarme a concederle eso, por mucho que me aterrorizara hacerlo. Auður tenía razón: a

Orri no le quedaba tiempo. Era de las pocas cosas que tenía en esos momentos para ofrecerle.

Lo máximo que conseguí fue que se quedaran cerca, al otro lado del bloque de hielo junto al que me esperaba Orri, que se entretenía dibujando formas abstractas en la arena con la punta del zapato.

Orri tardó en girarse, aunque, por el leve respingo que dio mientras me acercaba a él, era evidente que me había oído. El naranja de su aura había sido sustituido por un remolino de hebras rojas y violetas. Agresividad y tristeza.

Apenas podía mirarlo. Parecía tan real que saber que no lo era, que lo que tenía delante era únicamente energía, que no había ni sangre ni órganos útiles dentro de aquel cuerpo me hacía sentir ganas de vomitar. Y desmayarme. Todo al mismo tiempo.

—Lo siento.

No había visto venir aquello. Era lo último que hubiera esperado escuchar. No era él el que debía disculparse.

—No seas idiota.

—No me gusta admitir que me equivoco, así que no me lo pongas difícil. Si digo que lo siento es porque me he equivocado. Hice mal en pedirte que vinieras. No debería haberte metido en esto. Ha sido cruel. No pretendo justificarme. Lo único que puedo decirte es que no lo hice con mala intención. Me caíste bien y había algo misterioso en ti... Creía que no pasaría nada, que podía ocultarte todo esto hasta que termináramos el viaje. Yo me quedaría en casa de mi hermano y Guðjon te llevaría a Reikiavik, o al aeropuerto, o donde quisieras, y te irías a casa sin saber nada. No tenías por qué enterarte de nada. Es lo único que puedo decir.

Las imágenes de todo lo que había vivido en aquellos últimos días se mezclaron con el dolor que sentía cada vez que miraba al chico que había hecho todo aquello posible.

No debía llorar. No debía llorar. No debía...

Me dolía el corazón. Era como la lengua del glaciar que teníamos a nuestras espaldas, que se quebraba y liberaba los icebergs que llenaban el lago y aquella playa. Así me sentía yo: un cuerpo al que le iban arrancando partes de su ser. Me estaba rompiendo, poco a poco, y no podía hacer nada para detenerlo.

Arranqué una lágrima que había conseguido franquear la frontera de mis párpados con la palma de la mano.

—Esto es lo que quería evitar —musitó Orri, lanzando un suspiro al aire.

–Sigue viviendo –murmuré, entre dientes–. Como has hecho hasta ahora. Sigue.

–No.

–Sé que no quieres que John esté toda la vida pendiente de ti, no hace falta que me lo digas. Hay otras opciones.

–No hay opciones, Laura.

–Claro que sí. Yo puedo hacerlo. Puedo quedarme aquí y ayudarte. John me enseñó a cazar, puedo hacerlo.

Orri se rió. Fue una risa larga que murió en una sonrisa incrédula.

–¿Te quedarías aquí por mí? ¿Tanto me quieres, Laura?

–Sí –respondí, sin dudar–. Claro que te quiero, Orri. He pasado las veinticuatro horas de los últimos nueve días contigo. No sé cuántas horas son exactamente, pero son muchas. Claro que te quiero, eres mi amigo. Y si el precio a pagar para que sigas aquí es quedarme contigo, lo haré. Me da igual.

–No digas tonterías. Tienes una vida propia. Amigos, familia, estudios.

–A la mierda. Me da igual. Puedo hablar con Larisa y con mis padres por teléfono o por Internet y, de todos modos, voy a dejar la carrera. A la mierda. Tú me necesitas más que ellos. Me quedaré aquí, contigo, y no tendrás que... –Tragué saliva, empujando hacia mi interior esa palabra que era incapaz de pronunciar–. Me quedaré contigo, Orri.

–Laura, las cosas no son así.

–Me quedaré. Me da igual lo que digas, no dejaré que desaparezcas.

Antes de que pudiera haber terminado de pronunciar las últimas palabras, Orri me había agarrado de los brazos, clavando sus dedos en mi carne. Me miraba con los ojos muy abiertos y los labios cerrados, exigiéndome sin decir nada que me calmara.

–Las cosas no son así. No sé qué te ha dicho Guðjon para convencerte...

–John no me ha dicho nada. Yo tengo mis propias opiniones.

–Laura, tienes que entender algo: mi cuerpo, lo que estás viendo y estás tocando, es algo que va contra las leyes de la naturaleza. Yo no debería existir. Soy una alteración en el equilibrio del universo. No debo existir.

–El universo no ha explotado. Todo está bien.

–No, no está bien. Guðjon no debería haber intentado curarme cuando era evidente que ya era tarde. Pero lo hizo y me agarré a esa última oportunidad, aunque sabía que estaba prohibido. Sólo quería despedirme de mis padres, de Guðjon, de Auður y de mi

hermano, y ver mi tierra por última vez. Lo último que quería era añadir otro nombre a la lista de cosas a las que tengo que decir adiós.

El violeta estaba ganando la batalla al rojo, y el huracán que había sido su aura instantes antes se convirtió en una brisa tranquila.

—No tienes que decirnos adiós —dije. Estaba dispuesta a repetirlo todas las veces que hiciera falta hasta que consiguiera convencerlo—. No tienes que irte.

No podía descifrar la expresión que cruzaba el rostro de Orri. Ojos entrecerrados, cejas caídas y un gesto en los labios que recordaba levemente a una sonrisa. Me soltó los brazos y trabó su mirada con la mía.

—De acuerdo. Acepto.

Reprimí toda la alegría que de repente había brotado en mi interior y que se iba agolpando en mis ojos en forma de lágrimas de felicidad. Había sido demasiado fácil.

—¿De verdad?

—Claro. Es un plan sin lagunas. Tú dedicarás tu vida a alimentarme para que mi cuerpo no desaparezca. Vivirás toda la vida conmigo, sin separarte de mí. No podrás estudiar ni trabajar y mucho menos tener una familia. Pero es un buen sacrificio, porque, mientras tanto, yo tendré una vida de lo más normal. Sólo que no creceré, porque mi cuerpo no es real, ni podré disfrutar de la comida, porque cuando como es como si comiera aire sólido, ni de un buen masaje, porque no siento nada cuando alguien me toca, ni de nada. Tampoco podré tener pareja, ni formar una familia, ni estudiar, ni trabajar, y mucho menos viajar, porque en los censos yo estoy oficialmente muerto. Será una vida perfecta: yo sin poder hacer nada, sin poder tener amigos o familia, y tú lejos de todo lo que conoces, sola, dedicada en cuerpo y alma a mí. Una vida perfecta. Y nada egoísta por mi parte, debo añadir.

Cada nueva palabra me golpeaba con más fuerza que la anterior. No podía respirar. Las lágrimas dulces que hacía unos instantes habían anegado mis ojos ahora se precipitaban hacia el suelo convertidas en pequeñas gotas amargas y llenas de dolor. Separé los labios para replicar, para buscar alguna solución.

No pude decir nada.

—No quiero una vida así —musitó Orri, alargando una mano hacia mi rostro y dejándola caer antes de llegar a rozar mi mejilla humedecida—. No puedo tener una vida normal, Laura, porque mi parte física y tangible no está viva. No quiero seguir existiendo así.

No respondí.

No podía decirle nada porque tenía razón.

Entendía que no quisiera ser una ilusión, ni sentirse un fraude o una alteración en el orden cósmico, ni vivir una vida que no fuera normal. La vida que él había descrito no era más que un conjunto de días, uno tras otro, sin sentimientos ni sensaciones. Tenía razón. Aquello no era vivir.

No tenía opciones.

Había esperado que comprenderlo me llenaría de paz y me permitiría aceptar su decisión, pero todo cuanto sentía en ese momento era ira quemando mis entrañas. Una parte de mí me odiaba por haberme rendido tan pronto, por haber aceptado perderlo sin presentar una batalla digna.

—Siento haberte arrastrado a esto —dijo.

—Prefiero perderte ahora que no haberte conocido —respondí, con la voz entrecortada.

—Antes me dices que me quieres y ahora esto. ¿Te me estás declarando, querida Heima?

Ahí estaba de nuevo. Esa sonrisa de plástico que había conocido el día que lo vi por primera vez, una eternidad atrás, en aquel restaurante de Reikiavik, en aquella isla urbana en una tierra de volcanes, hielo y lava. Si hubiera sido otra persona, si no lo hubiera conocido tan bien, quizás me habría tomado en serio sus palabras.

—Cállate.

—Porque lo siento, pero por mucha tensión sexual que haya entre nosotros, que la hay, no puedo hacer nada. Hermanos antes que...

—¡Orri! —grité, antes de que pudiera terminar la frase. Lo miré a los ojos y al momento los dos nos estábamos riendo como si nos hubieran contado el chiste más gracioso del mundo.

—Es broma. —Dejó que sus carcajadas se apagaran antes de seguir hablando—. No le hagas daño a Guðjon.

No me lo estaba pidiendo. Me lo estaba exigiendo. Leí en sus ojos la preocupación y el miedo que le provocaban dejar solo a su amigo, y comprendí su necesidad de verlo feliz antes de irse.

No tuve que mentir para conseguir diluir la preocupación de su rostro. No podía poner una etiqueta a lo que sentía por John, y tampoco lo necesitaba para saber que haría cualquier cosa para conseguir que su aura tuviera de nuevo una melodía y un color. Me sorprendió que la sonrisa de tranquilidad de Orri se fuera ensanchando con cada palabra

mía, como si fueran algo nuevo, como si no esperara que John ocupara un lugar tan grande en mi interior.

Me pregunté si él lo sabría.

Seguimos ahí de pie, entre dos trozos de hielo, hablando hasta que el viento se llevó mis lágrimas y mi esperanza.

A Orri se le acababa el tiempo. Estábamos cerca de su hermano, a menos de doscientos kilómetros, lo que significaba que también estábamos cerca de su final. En cuanto pudiera hablar con él, en cuanto su alma estuviera en paz, ya no habría más *lífsandi*.

Se iría apagando como una vela moribunda hasta desaparecer del todo. Y ya no habría más Orri. Ya no habría más sonrisas de plástico, más explicaciones sobre historia o geología, más piropos cutres... Sólo recuerdos.

Pero en aquellos momentos, en aquella playa, Orri aún estaba delante de mí. Aún era capaz de hablar y tocar a mi amigo, de compartir palabras. No necesitaba ningún aparato para congelar esa escena y guardarla en mi memoria, en aquel rincón especial de recuerdos agridulces que siempre me acompañarían.

Años después, cuando me acordase de Orri, la imagen que tendría de él sería la de aquella playa. Sus ojos grandes, su mano cogiendo la mía y aquella sonrisa que intentaba contagiarme toda la alegría que había enterrado bajo la arena y que en aquel momento pensé que jamás iba a recuperar.

26. Kirkjubæjarklaustur

Nueve días de viaje y ochocientas cincuenta y cuatro fotografías. Volví a Reikiavik por enésima vez, y a la Laguna Azul, y a aquel géiser gigantesco, y, antes de lo que había esperado, había retrocedido de nuevo al lago de los glaciares, a hacía tan sólo unas horas.

Fui pasando fotografía a fotografía lentamente, recreándome en todos los detalles, volviendo a contemplar los paisajes que había capturado durante aquel día como si estuviera de nuevo en ellos. Cascadas, bosques, lagos, ríos, lenguas de glaciares y playas que se habían cruzado en nuestro camino y habían alargado un viaje de menos de ciento cincuenta kilómetros hasta más de cinco horas. Todo había quedado inmortalizado en mi cámara, junto a mis nuevos amigos, John, Auður y Orri. Planos generales y primeros planos que evitarían que pudiera olvidar a cualquiera de aquellas personas por mucho tiempo que pasara o por muy lejos que estuviera de ellas.

Mientras iba presionando el botón para pasar de una fotografía a otra, me percaté de un cambio que, aunque ahora me parecía evidente, antes me había pasado desapercibido. Las primeras fotografías en las que aparecían eran de la segunda parada, en la que habíamos paseado por el extremo de la lengua de un glaciar; estaban tomadas desde tan lejos que apenas podía descubrir quién era quién. Parada a parada me había ido acercando, hasta conseguir primeros planos de todos, incluido Orri.

Fue entonces, en aquella cabaña solitaria, cuando me di cuenta de que ya casi no podía percibir el dolor que había agarrotado mi pecho desde que John me había contado la verdad el día anterior. Y aunque yo estaba al otro lado de la cámara, sabía que había compartido las sonrisas que lucían los demás. Sin darme cuenta, había conseguido hacer lo que el día anterior había prometido: tratar a Orri como trataría a cualquier amigo, aunque siguiera mirándolo de forma especial. John llevaba haciéndolo tanto tiempo que no comprendía cómo no se había vuelto loco.

Pese al sabor agridulce que tenía en los labios, había sido capaz de regalarle a Orri lo único que quería de mí: unas horas con sus amigos, sin que nadie le recordara que

formaban parte de una inexorable cuenta atrás. Él era lo único que importaba en aquellos momentos y, pasara lo que pasase, yo seguiría luchando para que mis estúpidas y egoístas emociones no se interpusieran en su felicidad.

John tenía razón: el luto era egoísta.

Alguien llamó a la puerta, arrancándome esos pensamientos de mi cabeza en el momento justo. No podía volver ahí.

Por mucho que insistí, no conseguí que Auður me dejara quedar en la cabaña. Me dijo que ya había tenido mis treinta minutos de «reflexión espiritual» y que era hora de volver al mundo real. En concreto, a la sala de estar, donde los chicos nos esperaban.

Orri había reservado cuatro plazas en la única casa de huéspedes que había en Kirkjubæjarklaustur, uno de los dos únicos pueblos que había antes de Vík í Mýrdal, el pueblo en el que vivía Haukur. Años atrás, Orri y John se habían hospedado en esa casa de huéspedes, y a Orri le pareció una buena idea recuperar el pasado haciendo noche ahí. Me había parecido algo morboso hasta que vi el lugar; la casa de huéspedes contaba con un edificio de dos plantas con habitaciones y con cinco cabañas de madera, dos de las cuales eran para nosotros, distribuidas en una planicie separada por unos pocos arbustos de una pradera irregular llena de pequeños montes cubiertos por un manto de hierba.



Yo me había dirigido a la cabaña que me había señalado Orri arrastrando mi enorme maleta. El interior era tan sencillo como acogedor. Sólo había dos camas, situadas debajo de una ventana y separadas por una mesilla de noche, y un pequeño cuarto de baño separado del resto de la estancia por una puerta sin ninguna guarnición. De una forma decorativamente siniestra, quienquiera que hubiera decorado aquellos bungalós había conseguido meter la naturaleza entre cuatro paredes; en la sala principal todo estaba hecho de madera, excepto los dos colchones, los cristales de las ventanas, las cortinas y las bombillas. En cuanto abrí la puerta del baño y vi que ni el váter, ni la ducha, ni el lavabo eran de madera, me sentí profundamente decepcionada.

John había entrado un segundo para dejar sus cosas junto a la cama y me había dicho que estaría fuera con los demás. No me había pedido que fuera con ellos, así que hice lo que necesitaba en aquellos momentos: tirarme en la cama y repasar fotografías y recuerdos.

Me habían dado todo el tiempo que había necesitado, pero había llegado a mi límite. Tenía que volver al mundo real.

Cuando entramos en el restaurante de la casa de huéspedes, una sala con bufé libre en la que no cabían más de una veintena o una treintena de personas, John y Orri ya nos estaban esperando para cenar.

No me permití el lujo de pensar. Cada vez que mi mente me recordaba que le estaba pidiendo la sal a un espíritu, me obligaba a repetir una y otra vez que no había tiempo para aquellos pensamientos. No solucionaba el problema, pero ganaba tiempo. Ya habría tiempo para regodearme en mis miserias cuando Orri no estuviera.

Después de cenar, paseamos por los alrededores de la casa de huéspedes hasta que Orri empezó a sentirse débil. Recordé todas las veces que se había sentido mal durante los días anteriores y cómo yo lo había achacado a la vagancia o, más tarde, a su plan para que John y yo pasáramos más tiempo a solas.

Pensaba que sería más complicado convencer a John de que me dejara cazar para Orri y que accediera a quedarse con Auður en la casa de huéspedes. Ella insistió en acompañarnos, hasta que John la apartó y le hizo entender lo que él había captado sin necesidad de que yo se lo dijera: necesitaba tener un momento a solas con Orri. Vi en sus ojos que ellos también lo necesitaban; aun así, volvimos al coche, John me dio dos botes vacíos y me ofreció una lección rápida de repaso sobre cómo debía cazar. Manos rodeando el cristal y cuerpo rígido para evitar que la energía me tumbara. En cuanto viera que el bote estaba lleno, lo que sucedería en cinco o seis segundos, debía cerrarlo rápidamente para evitar que lo que había cazado se escapara.

Además, tenía que seguir las instrucciones que me diera Orri al pie de la letra, tanto para cazar como para transferir la energía a su cuerpo. Le prometí que cavaría un hoyo hasta Japón si me lo ordenaba, a lo que él respondió con una mueca sarcástica.

—Ten cuidado.

Se inclinó levemente hacia mí durante unos breves instantes, que terminaron cuando tosió y se echó hacia atrás antes de dar media vuelta y desaparecer hacia la sala de estar.

Elegimos uno de los pocos montículos que había alrededor de la casa de huéspedes y escalamos lentamente hasta su cima. Aunque eran apenas trescientos metros de subida, Orri estaba tan falto de energía que cada paso lo hacía flaquear. En cuanto llegamos a la cima, no esperé a que tomara asiento para dar inicio a la cacería.

Aquella vez, la energía de la luz no pudo conmigo. Estaba preparada para su fuerza y su melodía, así que me eché hacia delante para evitar que me tumbara y, en cuanto vi que la luz del sol de medianoche estaba a punto de rebasar el bote, le puse el tapón y lo dejé a mis espaldas para evitar que su sonido se metiera en mis entrañas.

Repetí la misma estrategia con los dos botes, vigilada atentamente por Orri, de pie a unos veinte metros de mí.

Orri había llenado el silencio de nuestro paseo explicándome lo complicada que era la relación de los *lífsandi* y los *fylgja*. Los espíritus no sólo no podían cazar (algo lógico teniendo en cuenta que no había ningún tipo de energía en ellos que atrajera la de los fenómenos naturales); además, no podían estar cerca de la caza. Dependía de la fuerza del *lífsandi*, pero, como regla general, diez metros era la distancia mínima que debían establecer entre ellos y el cazador. Los *lífsandi* se adherían al cuerpo herido más cercano a ellos, y nada podía haber más «herido» que un *fylgja*; si este se acercaba demasiado al proceso de caza, absorbería toda la energía a medida que el bote la atrajera, con lo que sería imposible atraparla o detener el proceso de caza, lo que podría terminar con una sobrecarga del *fylgja*.

Cuando Orri me había dicho aquello, me había reído, hasta que me di cuenta de que no estaba bromeando. Si un espíritu absorbía demasiada energía, podía colapsarse. Orri lo ilustró comparándolo con una subida de corriente. El *fylgja* se fundiría como una bombilla con poco voltaje.

En cuanto terminé de cazar, Orri se acercó a mí con paso liviano. Iluminado por la luz del sol, parecía que flotara sobre la hierba salvaje.

—¿Qué tengo que hacer? —le pregunté en cuanto se sentó a mi lado.

Veía la luz que había atrapado acariciando su espalda.

—A partir de aquí puedo hacerlo solo.

—No. John me ha dicho que tengo que transferirte la energía de los *lífsandi* y luego volver a llenar el bote que vacíe.

—Ve con Guðjon, Laura.

—No quiero. Dime cómo tengo que hacerlo.

—Claro que quieres. Puedo verlo en los ojos.

—Necesitas gafas, Orri.

—Ve con él.

Crucé los brazos, exasperada, y solté un bufido.

—Orri, voy a repetirlo una sola vez más: no quiero. Prefiero estar aquí contigo.

Esas pocas palabras consiguieron silenciarlo. Dibujé una sonrisa triunfal, que se quebró al darme cuenta de que había hundido la cabeza entre los brazos, apoyados en sus piernas. Unos silenciosos sollozos escaparon de la jaula que formaba su cuerpo. Repetí su nombre hasta que ladeó la cabeza lo suficiente como para que pudiera ver su ojo derecho y parte de su nariz entre el ángulo que formaba su brazo.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? —Tragué saliva.

—Nada —respondió él con un hilo de voz—. *Takk*.

No sabía si debía responder. No necesitaba hacerle ninguna pregunta para saber por qué me estaba dando las gracias. Sin embargo, necesitaba decirle algo, explicarle el motivo de que estuviera ahí y, sobre todo, por qué quería estar ahí. Intentaba conseguir crear alguna frase con sentido cuando los sollozos que había escuchado segundos antes se intensificaron.

Orri había vuelto a esconder la cabeza entre sus brazos para evitar que lo viera, y estaba luchando para reprimir dentro de él aquel llanto que forcejeaba por escapar.

Mi cobardía me impidió ponerme de pie y abrazarlo. Me quedé observándolo, con la estúpida esperanza de que me mirara y descubriera que en realidad no estaba llorando, que estaba fingiendo para reírse de mí.

Pasaron más de tres eternidades antes de que lo hiciera. En cuanto vi su mirada, que había esperado encontrar detrás de un velo de lágrimas, algo se rompió dentro de mí. Me di cuenta de que había esperado un imposible: no había lágrimas en sus ojos. Orri no podía llorar. Sin embargo, o precisamente por eso, su rostro desencajado resultaba aún más turbador. Podía leer el dolor en cada uno de sus gestos, un dolor tan palpable que sentí cómo mis entrañas lo absorbían sin que yo lograra evitarlo. Orri me había dejado desnuda y sin defensas.

—Tengo miedo —murmuró.

—No creo en Dios, ni en el cielo o el infierno, Orri. No sé cómo...

Él negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Sé que cuando mi cuerpo desaparezca, mi espíritu se desintegrará, como una estrella al morir, y se unirá a la naturaleza. A los árboles, los glaciares, las montañas... No me da miedo lo que vaya a pasar; hace tiempo que asumí que era algo inevitable. Es inútil preocuparse por eso, porque va a suceder. No, lo que me aterroriza es dejarlo todo atrás. A mis padres, a todos mis amigos, a Guðjon... Sobre todo a él.

Siempre hemos estado juntos, siempre me ha ayudado cuando he tenido problemas y yo le he ayudado a él. Sé que tiene muchos colegas, porque gusta a todo el mundo, pero colega no es sinónimo de amigo. Él no necesita estar rodeado de gente; necesita a alguien que lo escuche cuando lo necesite. Voy a dejarlo solo cuando más me necesita. – Hablaba tan rápido que casi me costaba seguir sus palabras–. Y mi hermano. Estoy aterrorizado, Laura.

–¿Por qué?

Negó con la cabeza.

–No me he portado bien con él. Hace... hace mucho tiempo que no nos hablamos. No sé si va a perdonarme.

–Te perdonará.

–Eso no lo sabes. No lo conoces.

–La familia siempre perdona, Orri. El amor está por encima de todo –respondí, antes de darme cuenta de lo cursi que sonaba lo que estaba diciendo.

Orri dibujó una línea con los labios remotamente parecida a una sonrisa.

–Ojalá tengas razón.

–Yo siempre tengo razón.

–Como cuando creías que el *fylgja* era Guðjon –respondió. Esas palabras se quedaron flotando entre nosotros, susurrándonos al oído todo lo implícito que había en ellas, hasta que Orri les dio voz a esos pensamientos–: ¿Tan mal está su aura?

John y Orri eran como la noche y el día, aunque cuando estuvieran juntos se convirtieran en un término medio. Juntos eran el sol de medianoche. Por separado, Orri se quedaba con toda la luz y la alegría, mientras que John se inclinaba por la oscuridad. Siempre había sido así. Recordé lo que me había dicho John días atrás sobre su padre: prefería no tenerlo a tener uno que no había querido traerlo a este mundo. Ese abandono, anterior a su nacimiento, a su existencia, había forjado toda su visión del mundo. Era incapaz de darse cuenta de que, como decía Orri, era un milagro, el hijo de una mujer a la que los médicos le habían dicho que nunca los tendría.

John era un milagro y no se daba cuenta. No quería verlo, porque lo único para lo que tenía ojos era para el rechazo de su padre. Se veía como una alteración, como alguien que ni siquiera debería haber nacido. Alguien a quien el mundo no deseaba.

Entendía que a Orri le diera miedo dejarlo solo. John era de aquellas personas que se hunden cuando se ven solas. A pesar de que no fuera voluntario, y de que las

circunstancias fueran completamente distintas, la desaparición de Orri no dejaba de ser otro abandono. Otro adiós.

No tuve que hacerle promesas que no estaban en mi mano, ni asegurarle que John estaría bien; Orri no necesitaba ese tipo de consuelo. Sólo quería sacar aquellos miedos al exterior para que dejaran de atormentarlo. Compartía esa creencia de que las penas compartidas pesan la mitad.

Sí pude responder algo con sentido después de que me contara lo que había sucedido con su hermano. Había esperado una historia de sangre, grandes traiciones o robos donde sólo había orgullo y un corazón roto.

Un tiempo después de haberlo dejado con Auður, Orri conoció a una chica en un bar, Íris. Salieron unas cuantas veces sin que llegara a pasar nada, algo que según él era una señal de que ella le interesaba de verdad. En su cuarta cita, se encontraron con el hermano de Orri, Haukur, y algunos amigos en un bar. Empezaron a charlar y sin darse cuenta terminaron sentados con ellos hasta pasada la medianoche.

La relación con la chica cambió a partir de esa noche. Empezó a poner excusas para quedar de nuevo y cuando Orri estaba a punto de perder la cabeza preguntándose qué había hecho mal, descubrió la razón. No fue nada que hubiera hecho él, ni tampoco fue culpa de nadie, aunque, cuando se dio cuenta de aquello, ya era demasiado tarde.

Haukur e Íris estaban juntos. No se enteró por otras personas, ni tampoco por accidente; ellos mismos fueron a hablar con él para explicárselo antes de que lo descubriera por otro lado, y él no quiso escucharlos. En cuanto oyó la palabra «relación», no quiso saber nada más de ninguno de los dos. Se fue del bar en el que estaban y los dejó ahí, sin darles ni siquiera la oportunidad de justificarse.

La discusión que tuvo esa noche con su hermano fue de proporciones épicas. Los gritos tenían que oírse en cinco kilómetros a la redonda. Haukur intentó explicarle que no era algo que hubieran buscado, que Íris le había pedido el teléfono el día que se conocieron en aquel bar y que, en cuanto le dijo que Orri y ella sólo eran amigos y que no había pasado nada entre ellos, se lo dio. Habían salido unas cuantas veces desde entonces, las suficientes como para saber que lo que había entre ellos era real y tenía futuro.

Unas cuantas citas habían sido suficientes para su hermano, mientras que él ni siquiera había conseguido un beso de la chica de la que se estaba enamorando.

Debería haberse dado cuenta entonces, pero el orgullo lo cegó. Sólo veía que su hermano le había robado a la chica que él quería, en lugar de ver que entre él e Íris no había nada, ni lo habría, al menos por parte de ella. Todo en cuanto podía pensar era que había sido incapaz de conquistar a una chica. Él, que con parpadear y sonreír se las llevaba a todas de calle.

Desde aquello, la relación con su hermano no volvió a ser la misma. Con el tiempo se fue desgastando cada vez más y se rompió por completo cuando anunció que Íris había recibido una oferta de trabajo en Vík í Mýrdal y que se mudaría ahí con ella para no tener que separarse.

De eso hacía casi dos años, y no habían hablado desde entonces más que en las cenas de Navidad.

Sólo cuando la noche había alcanzado su punto máximo de oscuridad, Orri fue capaz de admitir que, a pesar de que todo lo que había dicho era verdad, lo aterraba desaparecer. Dejaba demasiadas cosas atrás, demasiadas personas a las que no podría cuidar.

Sólo me atreví a moverme cuando dejó de hablar, cuando dejó de llorar sin lágrimas. Me puse de cuclillas y me arrastré sin ninguna elegancia hasta su lado para abrazarlo. Abrí la boca, con la esperanza de que aquel gesto consiguiera poner en mis labios alguna frase inteligente con que aliviar su desesperanza. Volví a cerrarlos al darme cuenta de que no podía decirle nada. Así que hice lo único que podía hacer por él en aquellos momentos: darle un poco más de tiempo. Observé cómo la luz de la luna fluía como un riachuelo desde el bote que aguantaba entre mis manos hasta Orri. Su cuerpo se iluminó como si su interior estuviera formado por una galaxia entera y su rostro se vio invadido por una paz que se apagó tan pronto como absorbió la última pizca de luz de luna.

Fue entonces cuando lo vi. Aunque intentara esconderlo, su terror traspasaba su piel y sus gestos. Orri, detrás de su aura anaranjada y sus sonrisas y risas permanentes, era incapaz de pronunciar la palabra a la que pronto debería enfrentarse.

Muerte.

27. Kirkjubæjarklaustur (2)

Abrí los ojos. El amanecer iluminaba sombríamente la habitación. John dormía con una pierna encima del edredón y la cara hundida en la almohada. Si no hubiera sido por su fuerte respiración, que estaba a medio decibelio de convertirse en un ronquido, habría pensado que estaba muerto.

Saqué la mano de debajo de la calidez que me proporcionaba el edredón para coger el móvil que descansaba encima de la mesilla de noche. Encendí la pantalla y fruncí el ceño, tan sorprendida por el hecho de que aún fueran las seis y media de la mañana como por tener siete llamadas perdidas y un mensaje. El mensaje y dos de las llamadas eran de Larisa. El resto eran todas de Javier.

Aquello fue suficiente para terminar de despertarme. Larisa no me llamaría a las tres y media de la madrugada para contarme que no podía dormir, y que a sus intentos de dar conmigo los acompañaran tantas llamadas de Javier no podía ser casualidad.

Abrí el mensaje y me preparé para lo peor.

En cuanto terminé de leerlo por cuarta vez, me di cuenta de que no me sorprendía. De algún modo, había estado esperando que aquello sucediera.

Javier había vuelto a llamar a Larisa, y no había sido tan amable como había fingido ser cuando la había llamado unos días atrás para descubrir dónde estaba, con quién y cuándo pretendía volver. En aquella ocasión, el alcohol hizo que su máscara se cayera por completo. La había llamado con cinco copas de más, soltando un insulto por cada dos palabras con sentido que decía, exigiendo saber dónde estaba, con quién y cuándo volvería. Larisa se había puesto a la defensiva, le había gritado y amenazado con llamar a la policía como se atreviera a acercarse a su casa o a la mía. Javier había conseguido asustarla de verdad, y Larisa no era de esas personas que pierden los nervios con facilidad. Seguramente la había amenazado, como tantas veces me había amenazado a mí, diciéndole cualquier barbaridad, como que quemaría su casa hasta los cimientos. Y

aunque yo sabía que era demasiado cobarde para hacer nada de lo que decía, que su valentía se limitaba a la intimidación, eso Larisa no lo sabía.

Me quedé mirando el móvil, con la vista fija en aquel número de teléfono sin nombre que tanto me había amargado durante tantos meses.

Aquello debía terminar.

No tenía por qué aguantar que siguiera metiendo la cabeza en mi vida o en la de Larisa, y mucho menos que se atreviera a amenazarnos. No podía seguir esperando a que Javier cambiara, porque sabía de sobra que jamás lo haría; no le gustaba perder, ni que nadie lo rechazara. Era demasiado para su ego.

Mi paciencia se había agotado, junto con mi silencio. Era hora de hablar. Alto y claro.

Me levanté de la cama y arrastré conmigo el nórdico hasta el baño. Me senté en el suelo de parqué, junto a la ducha, me eché el nórdico por encima y le di al botón verde.

Un pitido.

Dos pitidos.

Tres piti...

—Cielo. —La voz de Javier sonaba ronca. Después de la borrachera del día anterior, seguramente lo había despertado en plena resaca, aunque también era posible que ni siquiera hubiera llegado a meterse en la cama—. Qué sorpresa.

¿Debía pasar al ataque o debía saludar primero? Oí la voz de mi madre en mi cabeza recordándome la importancia de los buenos modales. Así que decidí ser educada, aunque sólo fuera por el placer de verlo bajar sus defensas antes de darle la estocada final.

—Hola, Javier.

Habría preguntado cómo estaba, pero no me apetecía escuchar su respuesta, fuera la que fuese. No me interesaba nada de lo que pudiera decirme. No percibió el tono hosco de mi voz, porque se aclaró la garganta para hablar con su voz más dulce:

—Te echo de menos, princesa. Me gust...

—¿Qué querías? Me has llamado cinco veces esta noche.

Vaciló unos segundos antes de responder. No estaba acostumbrado a que le replicara, y mucho menos a que lo cortara cuando estaba hablando.

—Quiero verte.

—Pues es un problema, porque estoy fuera.

—Ya lo sé. ¿Dónde estás? ¿Y con quién?

—Javier —intenté sonar calmada, a pesar de que me moría de ganas de gritarle e insultarlo—, ya no estamos juntos, así que lo que haga o con quién esté no es asunto tuyo.

—Pero, princesa...

—Larisa me ha contado que la llamaste ayer.

—Yo no... no... No me acuerdo.

—Lo que me extrañaría es que te acordaras. Ibas borracho como una cuba. ¿Quieres saber lo que le dijiste? Puta fue lo más suave. Nos llamaste putas, a ella y a mí, y la amenazaste si no te decía dónde estaba. De hecho, dijiste que ibas a ir a su casa e ibas a quemarla. Luego le dijiste que cuando yo volviera, iba a saber quién eres tú. Que me arrepentiría de haberte dejado.

—¿Está loca? ¿Cómo voy a decirle esas... esas barbaridades? Sabes cuánto te quiero, princesa. Larisa siempre ha estado celosa de lo nuestro. Intenta separarnos, ya lo sabes.

—Deja de decir gilipolleces, Javier. Me has amargado la vida durante mucho tiempo, me has alejado de mis amigos y de mi familia, y me has cambiado completamente para convertirme en la persona que quieres que sea, alguien que esté siempre a tus pies y a tu disposición, que haga siempre lo que a ti te dé la gana. He intentado ir por las buenas, pero está claro que no vas a aceptarlo. No te preocupes, hay otras soluciones.

—Larisa te ha comido la cabeza. Yo sólo quiero lo mejor para ti, princesa.

—Entonces déjame en paz.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Me necesitas —susurró finalmente, mucho menos seguro de lo que había pretendido.

—No. Tú hiciste que te necesitara. Yo no necesito a nadie que me cuide o me proteja o me diga cómo tengo que vestirme o lo que tengo que decir.

—Yo nunca...

—Así que voy a denunciarte —dije, antes de que pudiera echarme atrás—. A no ser que me dejes en paz. Si vuelves a llamarme o a llamar a Larisa o a cualquier persona que tenga una relación directa conmigo para preguntarle por mí, te juro que lo haré. Y cuando vuelva, te limitarás a un hola y a un adiós si nos cruzamos en el portal. Te juro que si intentas ponerte en contacto conmigo o con mi familia o mis amigos, te denunciaré.

—¿Que vas a denunciarme? —Se rió, incrédulo—. ¿Por qué, por llamarte?

—Por malos tratos.

—No seas absurda. Yo nunca te he puesto la mano encima.

—El maltrato psicológico es una forma de violencia, Javier, pregúntaselo a cualquier juez. Pero, si eso no te basta, puedo denunciarte por acoso y pedir una orden de alejamiento. Lo que no te hará demasiada gracia, porque vives justo encima de mí. Tendrás que mudarte.

Su risa se esfumó con esas palabras.

—No seas ridícula. Yo nunca...

—Mira, Javier, ni siquiera voy a perder el tiempo explicándote otra vez todo lo que me has hecho pasar. Lo he intentado muchas veces y siempre encuentras excusas o le das la vuelta a la tortilla. Ya estoy harta de tus manipulaciones. No me pongas a prueba, porque te juro que lo haré. Como vuelvas a llamarme, te denunciaré. Tengo a mi propio abogado en casa, te lo recuerdo.

—Princesa, tranquilízate.

—Ni soy tu princesa ni voy a tranquilizarme. Ya te he aguantado suficiente, así que tú decides: o me dejas en paz o nos vemos en los juzgados.

—No seas tan melodramática.

Sentí la sangre hirviendo en mis venas, la misma sensación de impotencia e inferioridad que tantas veces me había inundado al escuchar aquellas palabras en su boca. Sin embargo, había una diferencia: en aquella ocasión, yo sabía que no estaba exagerando.

—Adiós.

—Princesa, sabes que te quiero. Yo...

—Pues que lo disfrutes.

Y colgué.

Me quedé unos segundos con el teléfono en la mano, incapaz de apartar la mirada de la pantalla del menú. Esperé unos largos minutos a que Javier me devolviera la llamada, pero el móvil no sonó. Tampoco llegó ningún mensaje.

Nunca el silencio había sonado tan maravillosamente bien.

Me quedé ahí quieta, hecha un ovillo con la cabeza apoyada en la mampara de la ducha, saboreando aquel triunfo. No tenía ninguna intención de denunciar a Javier. Lo conocía lo suficiente como para saber que ahora que le había plantado cara de verdad se tomaría en serio mis amenazas. Aunque, si se empeñaba en no dejarme seguir con mi vida, lo haría. Era la última preocupación que necesitaba en aquel momento, sobre todo

porque implicaría tener que contarles a mis padres todo lo que había pasado entre nosotros, pero lo haría. De todos modos, tarde o temprano tendría que hablar con ellos.

Si algo había aprendido durante aquellos últimos días es que no se puede confiar en el tiempo, porque nunca sabes cuándo va a quedarse vacío tu reloj de arena.

Estaba medio adormilada cuando la puerta del baño se abrió.

—¿Has dormido aquí?

John parecía un zombi, aunque sin jirones de piel ni pestilencias. Tenía el cabello alborotado y los ojos entrecerrados, quizás por las legañas o sencillamente porque no veía nada sin las gafas.

—Estaba hablando —respondí, sacando la mano en la que tenía el móvil de debajo del edredón por el que aún estaba envuelta.

Antes de que me diera cuenta, John se había sentado a mi lado, se había tapado las piernas con parte de mi edredón y me miraba en silencio, como si intuyera que necesitaba hablar.

—Javier. —Suspiré.

—¿El imbécil? —John hizo una mueca de disgusto.

—El mismo. —Le resumí la conversación que acababa de tener con él y cómo la idea de la denuncia se había ido gestando con el paso de los meses hasta cristalizarse en una amenaza real. Las amenazas a Larisa habían sido la gota que había colmado el vaso. Era ahora o nunca. No podía seguir esperando.

Tenía que llamar a Larisa. Llevaba tanto tiempo aguardando el momento en el que fuera capaz de plantarle cara a Javier que, cuando volviera, seguramente me recibiría con fuegos artificiales y una banda municipal. Y también tenía que llamar a mis padres. Hacía días que no hablaba con ninguno de los dos, y aunque eso era algo habitual en nosotros, necesitaba escuchar sus voces. Es más, necesitaba explicarles todo lo que había sucedido en mi vida durante el último año y medio. Si quería que las cosas cambiaran, tendría que ser sincera con ellos y darles la oportunidad de estar ahí para su hija.

En aquel momento, sin embargo, me conformaba con que John escuchara cómo había sido capaz de cantarle las cuarenta a Javier sin que me temblara la voz y, sobre todo, sin que él consiguiera que dudara de mí ni un segundo.

A medida que hablaba, su expresión se fue relajando hasta transformarse en una sonrisa.

Cuando terminé de hablar, John se mostró tajante: tenía que denunciarlo, aunque no volviera a molestarme. Me costó hacerle entender por qué no quería hacerlo: todo lo que había sucedido entre nosotros era parte del pasado. Si me dejaba en paz, denunciarlo sólo serviría para tener que hacerle de nuevo hueco en mis pensamientos y en mi vida. Ya había desperdiciado más de un año pensando en él; no se merecía ni un segundo más de mi tiempo. Eso sí, mi advertencia era clara: una palabra fuera de lugar, sólo una, y la denuncia sería inmediata.

Fue lo último que dije antes de salir dignamente del lavabo, arrastrando detrás de mí el nórdico como si fuera una reina el día de su coronación. Y la verdad es que me sentía así: con todo el mundo bajo mis pies, con poder para hacer cualquier cosa que quisiera.

Estaba intentando colocar el edredón sobre la cama cuando oí a John carraspeando desde el umbral de la puerta del baño.

—Sé que no es el mejor momento, pero... —Dejó la frase inconclusa. Levantó la cabeza y buscó mis ojos hasta que nuestras miradas quedaron unidas—. Necesito saberlo.

—¿Qué? —susurré, aun sabiendo lo que iba a decir a continuación.

Esperé a que hablara, quieta, con un extremo del nórdico aún en la mano. Separó los labios para volver a cerrarlos casi inmediatamente, como si se hubiera repensado lo que estaba a punto de decir. Arrastró los pies hacia mí, hasta que sólo unos centímetros nos separaron. Casi podía notar su aliento en mi piel. Permaneció inmóvil, mirándome a los ojos, y me di cuenta de que no tenía intención alguna de responderme. Al menos, no con palabras.

Los centímetros que había entre nosotros parecían años luz.

Necesitaba eliminar aquella distancia que de repente se había tornado tan asfixiante que me había dejado sin respiración. Los ojos de John eran hipnóticos. No podía dejar de mirarlos, de desear que se acercaran y que me dijeran todo lo que estaba pasando por su mente.

—Me gusta el color de tus ojos. Son como pequeñas auroras boreales —susurró.

El corazón me latía tan rápido y tan fuerte que temí que rompiera la frontera de mis huesos y mi piel.

Lo había besado antes. Podía volver a lanzarme contra él; sabía que me devolvería el beso. Sin embargo, aquello era distinto. No era fruto de un arrebato. Aquello tenía un significado, uno mucho más profundo de lo que estaba dispuesta a reconocer en ese instante. Permanecimos quietos, resistiéndonos a caer aun cuando sabíamos que

teníamos los dos pies fuera del acantilado, resistiéndonos a participar en un juego donde los dados ya se habían lanzado.

En cuanto nuestros labios se rozaron, un millón de estrellas explotaron en ellos. Lo besé suavemente, dejándome llevar por mi cuerpo y mis sentimientos, sin pensar en lo que estaba haciendo ni en que aquel momento de rendición suponía un punto final a una época de mi vida que se me había quedado pequeña. Me dejé llevar por la dulzura de John, que pronto se convirtió en una pasión que consiguió tirarme encima de la cama. Nos reímos entre beso y beso, enredados en el edredón que aún no había soltado, envueltos por una pasión que yo había olvidado.

Dejé que mis sentimientos me guiaran y desterré cualquier pensamiento racional. Obedecí a todos mis impulsos y deseos, y me sumí en una galaxia en la que sólo había lugar para nuestros cuerpos.

Sus sonrisas entre beso y beso. Sus mordiscos, sus caricias, sus palabras a mi oído, sus ojos recorriendo todas las curvas de mi cuerpo para descubrir todos sus secretos. Su piel contra mi piel. Su cuerpo contra el mío. Dos planetas sin estrella que por fin habían encontrado en el otro su órbita.

Tres estrellas murieron durante el tiempo en el que estuvimos allí, en aquella burbuja que se había formado a nuestro alrededor, en la que no existían ni los segundos ni los minutos ni las horas.

Sin problemas, sin preocupaciones. Sólo nosotros, nuestros cuerpos y nuestras palabras y suspiros.

28. Vík í Mýrdal

Orri habló de los campos de lava que nos acompañaron durante prácticamente todo el viaje durante treinta de los cincuenta minutos que estuvimos en la carretera. Nosotros lo dejamos hablar, interviniendo sólo cuando era estrictamente necesario. Necesitaba distraerse y dejar de pensar que a cada minuto que pasaba estábamos más cerca de su hermano. Antes de que nos diéramos cuenta estaría en su casa y, por mucho que Orri se hubiera mentalizado para afrontar ese momento, no estaba preparado. El miedo lo atenazaba. Su aura había recuperado su característico color anaranjado, pero no había perdido del todo la oscuridad que la había teñido el día anterior.

Haukur e Íris vivían en una casa de dos plantas alejada del centro del pueblo, si es que se podía llamar así a aquel conjunto desorganizado de casas entre el mar y la montaña. Imaginé lo tranquilos que debían de vivir ahí: sin coches, sin aglomeraciones... Sólo la naturaleza y un pueblo en el que todo el mundo se conocía. Claro que seguramente tampoco habría cines, ni centros comerciales, ni mucho más que hacer además de ir a pescar a la playa, un pasatiempo que no terminaba de convencerme.

John apagó el motor del coche, que se llevó consigo nuestras voces. Nadie se atrevió a hacer nada; nuestros ojos estaban clavados en la casa que había al otro lado de la ventanilla, y aunque no podía saber qué estaba pasando por sus mentes, no sería algo muy distinto de lo que revoloteaba por la mía. Ahí dentro había una pareja joven que no sabía que su vida estaba a punto de partirse en dos. Orri llamaría a su puerta y su felicidad se resquebrajaría en mil pedazos.

Orri se desabrochó el cinturón y abrió la puerta para que el aire entrara en el coche, cuyo ambiente se había vuelto irrespirable en cuestión de segundos. Se quedó ahí parado, con un pie dentro y otro fuera. No tenía que inspeccionar su aura para ver que estaba atemorizado.

–Voy contigo –dijo Auður, que ya estaba abriendo la puerta.

La negativa de Orri sonó tan tajante que al momento suavizó su voz para añadir:

—Tengo que ir solo.

Antes de que pudiera echarse atrás, cerró la puerta y cruzó la carretera de tierra casi corriendo hasta llegar al porche de la casa, donde se permitió sólo dos segundos de duda antes de llamar al timbre. En el coche, no nos atrevíamos ni siquiera a pestañear, por miedo a perdernos algo de la escena. De repente, cuando creía que Orri iba a dar media vuelta para volver con nosotros, la puerta se abrió. Desde la distancia, todo cuanto pude ver fue la sombra de un hombre alto con una frondosa barba. Antes de que pudiera salir al porche, Orri se metió en la casa.

La puerta se cerró.

Habría dado cualquier cosa por tener mi libro de crucigramas; era lo único que podía calmarme en los momentos en los que la realidad conseguía superarme. Sin él, todo cuanto podía hacer era mantener la mente entretenida contando una y otra vez hasta cien. Cuando iba por el cuarto ochenta y siete, la voz de Auður hizo que me descontara.

Me giré hacia ella, que repitió lo que acababa de decir. Debía de necesitar tanto como yo una distracción, porque prácticamente acababa de rogarme que le hablara de la gastronomía típica de mi país.

Funcionó.

Diez minutos más tarde aún estaba explicándole cómo hacer una buena tortilla de patatas, y a la media hora, intentando hacerle entender por qué una paella valenciana de verdad no lleva chorizo. En ningún caso. Y cuando llevábamos más de una hora encerrados en aquel coche, John y Auður estaban uniendo sus cerebros para hacerme una detallada lista de todas las formas en las que se podía cocinar el bacalao de sus costas, además de intentar explicarme a qué sabía la ballena (a un atún gigante, según John), el *skyr*, un queso fresco con una textura parecida al yogur, o el famoso tiburón podrido (fermentado, en realidad), del que me habían hablado días atrás.

Acallé esa parte de mi conciencia que me decía que era una falta de respeto estar hablando de comida mientras a menos de trescientos metros a dos personas se les estaba haciendo añicos el corazón. Tenía que luchar para mantenerme a flote, y entretener la mente con cualquier estupidez era la única solución que conocía.

Pasó otra hora antes de que la puerta de la casa se abriera de nuevo. Se asomó el mismo hombre alto y barbudo que había divisado cuando Orri había llamado al timbre, sólo que en esa ocasión salió hasta las escaleras del porche.

La tristeza azul de su aura inundó mi mente y mis ojos. Parpadeé, azorada, hasta que el mundo volvió a ser en blanco y negro. El hombre dio un paso hacia delante y nos hizo un gesto nervioso con la mano para que bajáramos del coche y fuéramos hacia la casa. John y Auður salieron del todoterreno al instante, sin decir ni una palabra; yo me quedé quieta donde estaba, sin atreverme a respirar. No podía salir ahí afuera, ni entrar en esa casa. Había tantas razones que ni siquiera podía comenzar a ordenarlas. Para empezar, yo no encajaba en aquel rompecabezas; todos ellos tenían una historia común, un pasado que los unía. Yo era una desconocida que jamás tendría la oportunidad de llegar a conocer a Orri como ellos lo habían hecho. No pintaba nada en aquella casa. Y además, tampoco tenía fuerzas para bajar del coche, y aunque aquello era lo que me mantenía pegada a mi asiento, en mi cabeza sonaba mucho mejor poner por delante los sentimientos de la familia y los amigos de Orri.

Sin embargo, el hombre barbudo no tenía intención de darme la oportunidad de mentirme a mí misma. Me miró directamente y me hizo un gesto para que moviera el culo y saliera del coche yo también.

No tenía ninguna excusa para no hacerlo. Mis sentimientos, mi luto, ya eran egoístas; no podía permitir que mi comportamiento lo fuera también.

Me concentré en la barba del hombre, que a medida que me acercaba parecía más y más gigantesca. Era una maraña de pelo grueso y despeinado que le confería un aspecto rudo que no casaba en absoluto con su voz, suave como la brisa de otoño.

—Soy Haukur —se presentó en inglés, después de saludar con un abrazo a John y a Auður, mientras me alargaba la mano a modo de saludo.

—Laura.

Sólo supe que me había escuchado porque asintió durante una milésima de segundo antes de volverse hacia John para decirle algo en islandés. A mi lado, Auður me tradujo en voz baja lo que estaban diciendo. Haukur le había reprochado a John que no le hubiera avisado de lo que le había sucedido a su hermano y que no le hubiera dicho que iban a visitarlos. John se excusó diciendo que era la voluntad de Orri, y que tanto sus padres como él habían tenido que aceptarlo. A juzgar por la expresión sombría de su rostro, era evidente que tampoco él estaba de acuerdo con el modo en el que Orri había hecho las cosas. Sin embargo, lo había aceptado porque era su voluntad. Su última voluntad.

Ese pensamiento me erizó la piel.

—Pasad.

El recibidor que nos esperaba al otro lado de la puerta podría haber aparecido perfectamente en cualquier guía de viaje para ilustrar las casas típicas de Islandia. Las paredes eran de un color claro que armonizaba perfectamente con el parqué. Como en el bungaló en el que habíamos dormido, tanto las paredes como el techo eran de madera, aunque esta tenía un tono más oscuro y estaba cubierta por una capa de laca que le daba vida. Junto a la puerta de entrada había un espejo colocado encima de una pequeña mesa en la que había un bol con llaves y un jarrón lleno de flores.

Haukur señaló la puerta que quedaba a nuestra izquierda. Iba a pasar cuando John me agarró del brazo y me avisó de que tenía que quitarme los zapatos. Estaba tan ocupada examinando la casa que no me había dado cuenta de que tanto él como Auður lo habían hecho. Según me explicó mientras avanzaba descalza hacia la sala de estar, ahí era habitual quitarse los zapatos para andar por casa, incluidos los invitados.

Orri estaba sentado en un sofá de rombos, inclinado hacia delante, con los brazos apoyados en las piernas. Un haz de luz lo separaba de una chica menuda, con la cara pecosa y los ojos claros, que nos observaba sentada en el reposabrazos del sofá.

Haukur fue a buscar algo para beber mientras Íris se presentaba. Ni siquiera intentó ocultar que había estado llorando. Tener los ojos hinchados y el rímel corrido era la última de sus preocupaciones en aquellos momentos.

Auður se había ido hacia la playa con los ojos rojos y el aura agitada, llena de destellos azules. La comida no había sido fácil para ninguno de nosotros. Haukur e Íris habían insistido en que nos quedáramos a comer, y aunque creímos que estarían mejor en familia, fueron tantos los ruegos que no pudimos decir que no. Era evidente que ninguno de los dos sabía cómo manejar la situación. Los sentimientos eran demasiado intensos y la noticia, demasiado reciente.

Sin embargo, se esforzaron por mantener una conversación con Orri, y durante algún tiempo incluso lograron que aquella mesa fuera un lugar normal con gente normal, sin preocupaciones más allá del pan demasiado tostado o la cerveza demasiado caliente. Luchaban por mantener a raya sus emociones y por evitar recordar que uno de los cuerpos con el que compartían mesa no era real. Su entereza era únicamente exterior, porque sus auras eran un desastre: de un azul negruzco la de él y de un violeta apagado

la de ella. John se había mostrado sorprendentemente entero, y yo había sobrevivido contando el número de guisantes que había entre mi filete de cordero y el puré de patatas.

Auður no había podido con la situación. Apenas había tocado la comida, y se había excusado de la mesa más de cinco veces para encerrarse en el baño, de donde volvía con los ojos hinchados y una sonrisa nerviosa.

Mientras la veía alejarse hacia la playa, con el cabello recogido en un moño desgarrado, pude ver en aquella chica rota una fortaleza distinta a la que había conocido hasta entonces. Nadie diría de Auður que era valiente, ni fuerte, ni capaz de resistir las embestidas de la vida; de hecho, el poco tiempo que hacía que la conocía había sido suficiente para saber que era de esas personas con los sentimientos a flor de piel, a quienes una palabra a destiempo podía herir de muerte. Sin embargo, estaba ahí. Aun sabiendo que aquellos últimos días con Orri iban a destruirla, había decidido ir con él, sin esperar a que él se lo pidiera, rechazando todas sus negativas. Sabía que la necesitaba a su lado y había arrinconado todos sus sentimientos para poder darle a su amigo lo que necesitaba.

—¿Sabes qué?

John habló sin previo aviso, y yo cogí aire para poder soportar el golpe que pudiera asestarme con lo que fuera que iba a decirme.

—¿Qué?

—Muy de vez en cuando —dijo, sin apartar los ojos de Auður—, llegan osos polares a la costa, montados en trozos de hielo.

—¿Osos polares? —repetí, intentando contener la risa tras mis dientes.

—A las costas del norte, desde Groenlandia —asintió él—. Es por culpa del deshielo. El hielo se desprende de los glaciares y los pobres osos se ven arrastrados con ellos. Cuando se dan cuenta de que se han alejado, es demasiado tarde.

—Ah —dije, ahogando la risa. Dejé pasar unos segundos para asegurarme de que John no tenía intención de decir nada más, y murmuré—: ¿Por qué me cuentas eso, John?

—No lo sé. Me he acordado al mirar a Auður —dijo, apartando la mirada hacia las olas que acariciaban la arena—. A veces uno no se da cuenta de que está perdido hasta que es demasiado tarde.

—Ya —respondí. Entendía lo que quería decir, y el miedo que asomaba entre sus palabras. Por Auður, pero también por él.

—¿Tú también crees que aún lo quiere?

También nos dirigíamos a la playa, aunque en dirección contraria a Auður. Quería estar sola.

—No estaría aquí si no fuera así. Aunque hay muchas formas de querer.

Estaba convencida de que lo que existía entre Auður y Orri eran las cenizas de lo que tiempo atrás había sido amor. Aun así, aun siendo cenizas, constituían una unión indestructible entre ellos. El amor se había convertido en una amistad sin condiciones ni reservas.

La playa estaba desierta cuando llegamos, a excepción de una pareja de ancianos que paseaban por la orilla y de la silueta borrosa de Auður alejándose a nuestra izquierda.



Nos sentamos a pocos metros del agua, uno junto al otro, sin rozarnos, y nos quedamos quietos escuchando el calmante efecto del océano en nuestros cuerpos. Casi podía sentir el agua introduciéndose en mi cuerpo y llevándose con ella todo el dolor.

John me golpeó el hombro con el brazo y me indicó con la cabeza que mirara la arena. En el pequeño espacio que quedaba entre nosotros, había escrito una única palabra: *takk*.

Le cogí la mano y la estreché entre mis dedos, intentando responder sin palabras. Sabía por qué me estaba dando las gracias, porque era lo mismo que yo debía agradecerle: estar ahí.

—No sé cómo he podido hacerlo —murmuró.

—Lo importante es que lo has conseguido.

—Creía que no podría, que cuando viera a Haukur me derrumbaría —susurró. Le temblaba la voz—. ¿Cómo está?

Sabía lo que me estaba preguntando.

—Azul oscuro.

—¿E Íris?

—Violeta. Creo que no han terminado de... digerirlo. En la comida parecían autómatas. Se estaban esforzando demasiado.

—Es normal.

—Sí —respondí, aunque esa sería la última palabra que habría utilizado para definirlo.

No había nada normal en compartir mesa con tu hermano muerto y sus tres amigos, y tampoco una lista de experiencias previas que determinaran cuáles eran los comportamientos habituales en aquellas situaciones. Si llamara a mi puerta para decir que Larisa, que era lo más parecido que tenía a una hermana, había muerto pero que la traía consigo para que pudiera despedirse de mí, probablemente me rompería en mil pedazos. Literalmente. Mi cuerpo no podría soportar tanta presión y estallaría.

Haukur e Íris aún estaban en la primera fase del duelo. Les quedaba un largo camino por recorrer antes de poder vivir en paz con la vida que les dejaba la ausencia de Orri.

—Heima... Necesito que hablemos. Ya sé que no es el mejor momento, pero... lo necesito. No puedo tener tantas cosas en la cabeza.

Iba a hacerme hablar sobre lo que había sucedido el día anterior. Mantuve la respiración.

—¿Qué?

—Sobre lo que pasó...

A medida que iba diciendo aquellas palabras, sentí cómo se me aceleraba el corazón. No estaba preparada para hablar de aquello, porque no sabía qué decir. No me había permitido revivir todo lo que había sucedido. No me atrevía. El simple recuerdo de su

piel rozando la mía me hacía estremecer. Sin embargo, sabía que John tenía razón al querer hablar de ello: no habría un momento mejor, porque nuestro futuro más inmediato no era precisamente de color de rosa.

John se dio cuenta de que no iba a decir nada si él no lo hacía antes, así que volvió la mirada hacia el océano y separó los labios. Fue en ese segundo, en ese instante antes de que la primera palabra saliera de su boca, cuando lo supe. Me di cuenta de que, aunque me hubiera negado a pensar en lo que había ocurrido, no necesitaba hacerlo para decidir qué era lo que sentía. Ya no tenía elección. Un terror frío me paralizó. No quería escuchar lo que John estaba a punto de decirme, porque era evidente por dónde iba a ir su discurso. Unas palabras de perdón, de arrepentimiento, y una constatación de lo evidente: lo que había entre nosotros era imposible.

John volvió a juntar los labios y me soltó la mano. Dejó pasar unos segundos antes de deslizarla sobre la arena y, justo debajo del *takk*, escribir lentamente tres palabras sobre ella: *Ég elska þig*.

—¿Qué significa?

—Te qui...

—No.

Me arrepentí al momento por no haber controlado mi tono, porque la expresión de John se contrajo al instante. Había sido una reacción automática: esas palabras eran las últimas que había esperado oír, y aunque había una parte en mi interior que estaba resplandeciendo, no estaba preparada para escucharlo. O, mejor dicho, no estaba preparada para reaccionar ante eso, y mucho menos para responderle.

—Vale.

—Aún no. Es demasiado pronto.

Aunque era un día nublado, el sol arrancaba destellos de la superficie del océano. John se relajó y consiguió dibujar media sonrisa.

—Cada vez que miro a Orri siento lo mismo: que cada día que pasa es una oportunidad que pierdo —susurró. Asentí; entendía lo que quería decir. Mirar a Orri era mirar a los ojos a un futuro truncado. Comprendía esa sensación de ir contrarreloj—. ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé.

—¿Cuándo te marchas?

Tragué saliva antes de responder. No quería pensar en el futuro, en lo que iba a suceder a partir del día siguiente. No quería pensar en la vida que me esperaba después de que Orri desapareciera para siempre.

—No lo sé.

—Podría ir contigo.

—John...

—Lo digo en serio. Ya sé que acabamos de conocernos, pero hemos pasado muchas horas juntos. He pasado más tiempo contigo que con mucha gente con la que compartí clase en la universidad durante cuatro años. Te conozco, y tú a mí, y sé que lo que siento por ti... Sé en lo que se están convirtiendo esos sentimientos, y no quiero apartarlos ni olvidarlos... Ni a ti —dijo. Sonaba seguro. Era evidente que había ensayado ese discurso y que creía en todas y cada una de las palabras que estaba pronunciando—. A no ser que tú quieras hacerlo.

—No —respondí rápidamente.

No quería que pensara eso ni por un segundo; no había ido a Islandia buscando nada, y todo lo que había encontrado me sobrepasaba. Lo último en lo que pensaba mientras hacía la maleta para salir de casa era en conocer a nadie, porque hacía demasiado poco que había conseguido expulsar a Javier de mi vida; sin embargo, había aparecido John y ya era demasiado tarde para volver atrás en el tiempo.

No quería olvidar la forma en que limpiaba las gafas cuando estaba nervioso, su mirada enfurruñada si hacíamos algo que no le parecía bien, su manera de citar a muertos de cinco continentes, su forma de acariciar mi piel, como si fuera de porcelana... No quería olvidar los sentimientos que todo aquello hacía aflorar en mí, porque no quería olvidar que la felicidad era posible, incluso en un momento en el que mi mente creía que sólo existía el dolor. Bajé los ojos hacia las tres palabras en islandés que había escrito entre nosotros y tomé aire antes de responder.

—Entonces...

—¿Tenemos elección? —susurré.

—«Cada hombre tiene que inventar su camino.» Jean Paul Sartre.

Se me escapó una risa, que borré al instante sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Es imposible.

—«Yo amo a aquel que desea lo imposible.» Goethe.

—John...

–No digas mi nombre en ese tono.

–Es imposible. Odias mi tatuaje –dije, intentando bromear sin ningún éxito. No pude ni siquiera llegar a esbozar una sonrisa.

–No lo odio.

–Sí lo odias. Somos muy diferentes.

–De ti me gusta incluso lo que no me gusta, Heima. Ya sé que somos diferentes, pero eso no es malo. Sólo quiero tener la oportunidad de saber si somos demasiado diferentes o si nuestras diferencias nos hacen encajar perfectamente.

Conseguía desarmarme. No entendía por qué necesitaba estrellas para conquistar a nadie. Sus palabras eran más que suficiente. Y su voz. Y su sonrisa insegura.

–John...

–Puedo ir contigo –repitió él–. Sólo durante una temporada, para saber qué es lo que hay entre nosotros y adónde puede llevarnos.

–¿Y de qué vas a vivir?

John se encogió de hombros.

–Ya te he dicho que no tengo problemas con eso, puedo trabajar de cualquier cosa.

–No conoces el idioma.

–Lo aprenderé, y mientras tanto, puedo valerme del inglés.

–John, escúchate. Es una locura. ¿Quieres dejar toda tu vida aquí por alguien a quien acabas de conocer?

–Aquí sólo me queda mi madre.

–Y Auður –le recordé.

–Sí, y muchos otros amigos. Y todos pueden vivir perfectamente sin mí.

–No voy a dejar que lo hagas.

–Entonces, nos damos la mano, nos decimos adiós y nos quedamos con el recuerdo de lo que nunca pudo llegar a ser.

–O podría quedarme aquí el resto del verano –dije, antes de pensar siquiera en todo lo que implicaba aquel plan: gastar un dinero que no tenía, darles más explicaciones a mis padres. No había gastado ni siquiera la mitad de lo que había sacado en Reikiavik para los gastos del viaje, pero, aun así, con lo que me quedaba no me daría para vivir ahí ni dos semanas completas, y eso suponiendo que encontrara un buen hostel en el que quedarme y comiera cada día en un restaurante de comida rápida–. Olvídalo.

–¿Por qué?

—No tengo suficiente dinero. Mis ahorros no dan para tanto y ya me siento suficientemente culpable por todo el dinero que saqué de la tarjeta que me dio mi padre. Además, en cuanto le diga que no voy a seguir con la carrera, se va a poner hecho una furia y no va a darme ni un céntimo más. Y yo no puedo trabajar aquí, sólo puedo decir cuatro palabras en islandés y ni siquiera estoy segura de que alguien pueda entender mi pronunciación.

John se quedó pensativo, concentrado en buscar todas las soluciones posibles. Finalmente, dibujó una sonrisa dubitativa y dijo:

—No hace falta que trabajes. Podrías quedarte en mi casa. Es decir, en la casa de mi madre. Con nosotros. Como invitada. En mi casa. A mi madre le encantan los invitados.

—No creo que...

—Podríamos estar juntos, conocernos mejor y después del verano...

—¿Después del verano qué? Yo tendré que hacer algo con mi vida... aunque aún no sepa qué, y tú tendrás que quedarte aquí y seguir con la pesca.

John se encogió de hombros.

—Ahora mismo estoy de baja indefinida. Es lo bueno de tener como jefe al padre de tu mejor amigo. Cuando nos despedimos, me dijo que no me preocupara, que volviera al trabajo cuando me sintiera preparado. Si no quiero volver, lo entenderá. No tengo ataduras. Y en cuanto a ti... Aquí puedes intentar descubrir qué quieres sin que tus padres te presionen. Después del verano... ¿Quién sabe? Quizás te das cuenta de que en realidad me odias y huyes de mí. Si no es el caso, ya buscaremos alguna solución.

—No lo sé, John.

—No hace falta que me des una respuesta ahora. Sólo prométeme que vas a pensarlo. Suspiré, incapaz de apartar los ojos de las dos líneas escritas sobre la arena.

Takk.

Ég elska þig.

Asentí lentamente y él extendió los labios hasta formar una media sonrisa, que completaba la que acababa de aparecer en los míos.

No quería olvidarlo, no quería dejar atrás la facilidad con la que aquel chico de pelo casi blanco me hacía sonreír.

Yo también tenía derecho a elegir, y a luchar, aunque no lo hubiera hecho nunca. Aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para empezar a hacerlo.

—De acuerdo.

–*Takk*.

Me acerqué un poco más a su cuerpo para apoyar la cabeza en su hombro, y él deslizó su mano hasta rodear mi cintura para atraerme aún más hacia él. Nunca era demasiado cerca cuando se trataba de nosotros.

–*Takk* –repetí yo.

El sol fue cayendo y la marea subiendo. No hablamos del futuro, ni de Orri, ni de nada que pudiera hacernos recordar que pronto tendríamos que abandonar esa playa para volver a la decolorada realidad. Recuperamos toda nuestra historia, desde el momento en que lo había visto en el todoterreno con expresión de mal humor, hasta aquella playa, riéndonos de nosotros mismos, de todas nuestras reacciones, de nuestros sentimientos, de todo cuanto habíamos creído creer del otro y de nosotros mismos. Compartimos risas que nos despejaron la mente y sonrisas que dieron un poco de calor a un día frío como el hielo.

Cuando nos fuimos de la playa, las palabras que John había escrito entre nosotros seguían ahí, intactas, como una declaración silenciosa del lazo que siempre nos uniría, pasara lo que pasase con nosotros, aunque la marea subiera y el mar se las tragara.

29. Vík í Mýrdal (2)

Eran las tres y media de la mañana cuando el sonido de una puerta cerrándose me arrancó de una pesadilla agobiante.

La sala de estar estaba iluminada por la luz del amanecer, que conseguía traspasar las delgadas cortinas que nos escondían del exterior. John respiraba plácidamente sobre unas mantas colocadas en el suelo al lado del sofá donde dormía yo. Me puse de pie sobre el sofá y salté ágilmente por encima de John para escabullirme hacia la cocina. Quienquiera que estuviese ahí sería mejor compañía que mis pensamientos.

Íris estaba sentada ante la pequeña mesa de la cocina, vestida con un pijama de verano y removiendo lánguidamente un vaso de alguna bebida que tenía toda la pinta de ser alcohólica con los ojos fijos en la puerta de la nevera.

La tristeza empapaba el ambiente.

Necesitaba hablar, así que le di lo único que podía ofrecerle: mi atención. Me explicó la historia que yo ya conocía sobre cómo había roto la relación entre Haukur y Orri. Era lo último que había pretendido hacer, y había hecho todo lo que estaba en su mano para evitarlo, pero Orri puso demasiado poco de su parte. Al final, tanto ella como Haukur tuvieron que aceptar que tenían que decidir. Eligieron el amor, con la esperanza de que con el tiempo Orri se diera cuenta de que no podía cortar la relación con su hermano por una chica con la que no había salido ni media decena de veces.

Las disculpas habían llegado demasiado tarde.

No por ellos, se apresuró a añadir. Aunque le guardaran cierto rencor por haber hecho tambalear su relación, tanto Haukur como ella querían recuperar a Orri. Cada uno a su modo, lo querían. Y Haukur, aunque no lo dijera en voz alta, lo echaba de menos. Necesitaba a su hermano pequeño. Siempre habían tenido la puerta abierta para cuando él quisiera regresar, y habían seguido llamando a la suya de vez en cuando con la esperanza de que algún día quisiera abrirles.

Las disculpas llegaban tarde porque no iban acompañadas de una segunda oportunidad. Ellos no querían una palabra, una sonrisa y un abrazo. Querían recuperar a su hermano, a su amigo.

Aquello era demasiado cruel.

Lo habían perdido incluso antes de volver a tenerlo.

Me sorprendió la fortaleza que, pese a sus lágrimas, demostraba Íris. Era consciente de que aquel no era el momento para mostrarse débil. Tendrían muchos días, meses y años para llorar a Orri; ahora necesitaban estar bien y poder compartir sus últimas horas con él. Por eso había salido de la cama: para expulsar todas las lágrimas y dejar que todo su dolor se secara para, cuando llegara la mañana, poder fingir ser fuerte delante de él y de todos. A las cuatro, John se despertó y se unió a nosotras. Endulzamos la conversación con chocolate caliente y un drástico cambio de tema. Hablamos de nuestro viaje alrededor de la isla, del trabajo de Íris, de la experiencia como estudiante de intercambio de John en Londres y de todo lo que nos vino a la cabeza que no incluyera ni el nombre ni el recuerdo vivo de Orri. En cuanto apareció Haukur, decidió que la mejor forma de combatir la falta de sueño era jugar a las cartas.

Lo que había empezado como un relato de tristeza y desesperanza se convirtió en una charla distendida y alegre entre chocolate caliente y un juego de cartas por parejas en el que John y yo éramos invencibles. Aunque la sombra de Orri planeaba sobre nuestras cabezas, habíamos conseguido sacarla durante un rato de nuestros corazones. El ambiente volvía a ser respirable.

Eso fue lo que se encontraron Auður y Orri cuando salieron de la habitación de invitados y siguieron el rastro de las voces: un cuarteto de insomnes jugando a las cartas y haciendo bromas. Todos nos giramos hacia ellos y cerramos la boca, con la sensación de que reír en un momento como aquel era una falta de respeto. La reacción de Orri fue instantánea: recogió todas las sonrisas que habíamos dejado en el aire y arrastró a Auður hasta la mesa luciendo la mejor de sus sonrisas encantadoras. No logró esconder el cansancio que desde el día anterior se iba apoderando de él. Se movía lentamente, arrastrando los pies y levantando los brazos como si pesaran media tonelada cada uno. John me lo había explicado mientras volvíamos de la playa: al no recibir alimento, el cuerpo de Orri se iría debilitando hasta desaparecer.

Haukur hizo más chocolate y le explicó las reglas del juego a Auður mientras Orri iba a buscar dos tazas limpias. Él las conocía de memoria: era el juego al que jugaban con

sus padres cuando eran pequeños.

Las risas que habían invadido la cocina horas atrás se habían apagado y, como el fuego se convierte en cenizas, se habían transformado en sonrisas escurridizas. Unas sinceras, otras nerviosas. Pero sonrisas al fin y al cabo.

Ni Íris ni Haukur lloraron cuando no muchas horas más tarde nos despedimos en el porche de la casa.

Un «hasta pronto» para John y Auður y un «hasta siempre» para Orri.

30. Skaftafell

No quería entrar en esa cueva.

Estaba tan nerviosa que ni siquiera me preocupaba el hecho de que estuviera a punto de meterme debajo de un glaciar. Ni siquiera me importaba que Orri hubiera elegido una cueva de hielo que podía colapsar en cualquier momento, porque lo único en lo que podía pensar era que, cuando saliéramos de ahí, lo haríamos sin él.

Él y Auður fueron los primeros en entrar. John y yo nos tomamos unos segundos para coger aire antes de seguirlos, cogidos de la mano, sin saber exactamente quién estaba dándole fuerzas a quién.

Bastó que pusiera un pie en el interior de la cueva para que comprendiera por qué Orri la había elegido. Valía la pena haber tenido que conducir una hora y media deshaciendo el camino que habíamos hecho el día anterior. Aquel lugar parecía sacado de un cuento de hadas. El techo asemejaba un océano de gelatina congelado, iluminado por los rayos del sol, que lo atravesaban e iluminaban la cueva con una luz grisácea, que para el mundo real era de un intenso azul eléctrico, un color que nacía del juego entre el hielo y la luz natural y que convertía aquel lugar en una maravilla de la naturaleza. Al menos eso fue lo que me había explicado Orri mientras caminábamos hacia ella. Cuando entramos, sólo vi un gris infinito con mil brillos y tonalidades distintos.

Estuvimos examinando la cueva en silencio hasta que sus quejidos empezaron a ponernos nerviosos. Orri nos calmó explicándonos que el glaciar estaba siempre en movimiento, y que de ahí nacían aquellos crujidos. Terminó su intervención diciendo que, aunque el verano no era la mejor época para visitar una cueva glacial, dado que el hielo no estaba tan duro como en invierno, y que el riesgo de colapso era siempre permanente, estábamos fuera de peligro. Aquella cueva era estable.

No nos tranquilizó en absoluto, porque, aunque nadie dijo nada, en pocos minutos estábamos sentados a pocos metros de la entrada, lo suficientemente lejos de ella como

para poder admirar la belleza de la cueva de hielo desde dentro y lo suficientemente cerca para poder huir de ella si la belleza se transformaba en horror.

La calma que había conseguido crear aquella mañana en la cocina de Íris se estaba tambaleando. Me ponía nerviosa no saber qué iba a suceder. O, mejor dicho, cómo y cuándo iba a suceder. Me acerqué a John, que en aquellos momentos estaba entretenido acariciando con el índice la pared de hielo.

Ponerme a su lado y llamar su atención para que me mirara fue suficiente para que me entendiera. No hizo falta que dijera nada para que él respondiera a la pregunta que estaba hirviendo en mis venas. Se cercioró de que Orri no podía oírlo antes de empezar a hablar.

—Hace más de treinta y seis horas que no se alimenta. Su cuerpo ya se está debilitando. Poco a poco, irá desapareciendo.

Mientras John hablaba, no pude evitar volverme para observar a Orri, que charlaba con Auður tranquilamente, ambos sentados sobre una de las pocas zonas en las que no había ni hielo ni agua. Tenía un aspecto frágil, y, de no ser porque era incapaz de borrar la sonrisa de su rostro, diría que enfermizo.

El aspecto de John era aún peor. Me miraba con ojos lánguidos, a través de unos cristales tan limpios que eran prácticamente invisibles, y no podía levantar la comisura de sus labios más de dos milímetros. Lo cogí de las manos mientras me esforzaba por dibujar una sonrisa con la que contagiarlo. No podíamos permitirnos el dolor en aquellos momentos.

—Guðjon. —Auður se acercaba a nosotros arrastrando los pies sobre la arena. Por primera vez desde que la conocía, se había dejado el pelo suelto, que le caía sobre la cara como una cascada. Cuando llegó junto a nosotros, entendí por qué; era su refugio. Detrás de los mechones de pelo escondía el sufrimiento que no quería que viera Orri. Con él podía disimular el temblor de sus labios o el nerviosismo de sus pupilas—. Quiere hablar contigo.

No hacía falta que añadiera nada más para que tanto John como yo comprendiéramos lo que quería Orri. Se estaba despidiendo.

El tiempo pasó demasiado rápido, porque, antes de que hubiera terminado de pensar qué quería decirle, llegó mi turno. No hizo falta que John me lo dijera para que supiese que también quería hablar conmigo; se limitó a acercarse a mí y a darme un beso en la

mejilla, que durante unos segundos sentí arder, como un recordatorio de las palabras que me había dedicado en la arena el día anterior.

Me senté delante de Orri, con las piernas cruzadas, sobre el suelo desigual y frío, y esperé a que dijera algo. Tenía que ser el primero en hablar. Tenía que concederme eso, sólo eso.

—Me gusta tu pelo.

Era lo primero que me había dicho. Lo recordaba perfectamente, porque había sido la táctica más trillada de cuantas podía haber escogido para abordarme. Me daba la sensación de que aquello había sido en otra vida, y que la Laura que escuchaba entonces aquellas palabras no era la misma que lo había hecho en aquel restaurante de Reikiavik.

—Es mi color natural. Cuando era pequeña era verde.

Sonreímos al mismo tiempo.

—No me equivoqué contigo —dijo Orri, torciendo los labios para evitar que su sonrisa se transformara en una mueca de melancolía—. Has sido uno de los mejores imprevistos de mi vida.

—Y tú de la mía, Orri.

Pensaba que en cuanto intentara decir algo inteligente, algo que implicara alguna emoción y que no fuera una broma para aliviar la tensión, mi voz se quebraría o mi garganta se constreñiría y no saldría ningún sonido de mi boca. Sin embargo, soné tan segura de mí misma que me asusté.

Orri esperó unos segundos antes de volver a hablar. Jugaba distraídamente con las pequeñas piedrecitas del suelo para evitar tener que mirarme.

—No soy un sentimental. No me gusta decirle a la gente lo que siento, porque creo que quien me importa ya lo sabe. Aun así... —Tragó saliva y se mordió los labios—. Te quiero, Laura. No de esa forma, no como Guðjon. Simplemente, te quiero. Eres mi amiga y te quiero. En poco más de una semana has conseguido convertirme en una de mis personas favoritas. Sé que lo sabes, pero necesitaba estar seguro antes de irme.

No conseguí reprimirme. Me lancé sobre él y lo abracé con toda la fuerza que quedaba entre mis brazos mientras hacía un esfuerzo titánico por no llorar. Su cuerpo estaba blando, como si su piel fuera una nube de algodón de azúcar. Asentí con la cabeza y, antes de separarme, murmuré:

—Te quiero.

—Quiero que sepas que aunque me odie por haberte complicado la vida, no cambiaría lo que hice. Si pudiera volver atrás, volvería a saludarte en aquel restaurante de Reikiavik, y volvería a invitarte a venir con nosotros. No me perdería la oportunidad de conocerte, aunque sea lo más egoísta que haya hecho nunca.

—Ya sabes que yo tampoco lo cambiaría —murmuré.

—Y Laura... no desperdicies tu vida. Si cometes errores, no dejes que tu orgullo te impida corregirlos. Pide perdón y aprende a perdonar de verdad. Al final de tu vida, te arrepentirás de no haberlo hecho... Sólo te arrepentirás de lo que no has hecho, créeme. Y soy consciente de que voy a sonar como una revista cutre para mujeres o un libro de autoayuda, pero sé siempre fiel a ti misma. No dejes que nadie te diga qué pensar, cómo vestir o qué hacer con tu vida. Haz lo que quieras, aunque no sea lo que la sociedad diga que toca. Sólo tienes una oportunidad. No hay botón de reinicio. Prométeme que vas a ser feliz.

Habría dicho algo de no ser porque sabía que Orri aún no había terminado. Necesitaba soltar todo lo que llevaba dentro antes de desaparecer, asegurarse de que las personas a las que quería seguirían siendo felices sin él. Lo único que podía darnos eran sus consejos y su experiencia.

—Y Guðjon...

—Ya lo sé.

Él negó con la cabeza.

—Sobre lo que te dije el otro día, en Jökulsárlón... —Suspiró—. No era verdad. Es decir, yo no esperaba que ninguno de vosotros sintiera algo más allá de atracción física. No había esperado que surgiera algo más, en eso no te mentí. Pero cuando te dije que no teníais futuro y que era una relación abocada al desastre, no lo decía de verdad. La preocupación hablaba por mí. Lo último que quiero es que Guðjon sufra más. Ya ha tenido suficiente.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes. No hace falta que me lo digas. Me basta con ver cómo eres incapaz de separarte de esa sudadera —me dijo, señalándome con la barbilla.



Otro día más, me había puesto la sudadera de la piña. Incluso cuando Orri nos había advertido que debíamos abrigarnos para entrar en la cueva, me había puesto el forro polar y encima la sudadera. Ya no olía a John, pero seguía siendo suya. Y un poco mía, lo que creaba un «nosotros» que me embriagaba. Dentro de ella me sentía a salvo.

–Si te preocupa lo que vaya a pasar...

–Lucha –me interrumpió Orri–. Si Guðjon es lo que quieres, lucha por él. Buscad soluciones y cread vuestro propio futuro. Sé que el amor no es algo mágico que puede con todas las barreras y obstáculos de la vida, pero la voluntad sí lo es. Cuando uno lucha por algo con todo su cuerpo y su corazón, no hay barreras que no se puedan derribar. Si quieres estar con él, no te resignes.

–No lo haré –dije. Cuando descubriese lo que quería, lucharía por ello, y si lo que quería era a John en mi vida, lucharía por él–. Te lo prometo.

–No le hagas daño. Para él, tú eres su *heima*.

Era demasiado para mí para decirlo en voz alta, pero en aquel momento yo ya sabía que él era la mía. Algo en él me había atrapado y sabía que el vínculo que nos unía no iba a desaparecer fácilmente. Las palabras que la tarde anterior había escrito sobre la arena seguirían uniéndonos aunque el mar se las hubiera tragado ya.

Orri sonrió cuando le prometí que haría todo cuanto estuviera en mi mano para conseguir que el aura de John volviera a brillar. Era lo único que deseaba.

–*Takk* –murmuré, antes de que pudiera decir nada más. Yo también necesitaba darles alas a los sentimientos que revoloteaban en mi interior.

–¿Por qué?

–No me hagas hacer una lista. Por todo. Por haberme dado la oportunidad de conocerte –balbuceé, luchando contra las lágrimas que estaban invadiendo mis ojos. La piel de Orri estaba perdiendo su brillo. Sus contornos habían empezado a difuminarse y su aura se estaba apagando lentamente. El final estaba cerca–. Te echaré de menos.

Tardó tanto en responder que temí que sería incapaz de volver a hablar. Sin embargo, separó los labios lentamente, como si pesaran tres toneladas.

–Yo no creo en Dios. Al menos, no creo en el dios en el que creen mi padre y mi madre, el de la Biblia, el hijo clavado en la cruz y la paloma. No creo que haya cielo ni infierno. Ya te lo dije el otro día: yo creo que Dios es la naturaleza, porque nuestro universo, nuestra tierra, es el principio y el final de toda vida. Y creo que cuando alguien desaparece, su alma se rompe en mil pedazos, y estos van al aire, a los pétalos de las flores, al agua de los ríos, a los glaciares, a los volcanes, a los lagos, a la tierra... Creo que ahí es adonde iré yo –dijo, con un hilo de voz–. Cuando me echas de menos, piensa que no me he ido del todo.

Las palabras que no quería decir, las que necesitaba sacar, el dolor y la impotencia se agolpaban en mi garganta y en mi boca. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para conseguir hablar.

–No quiero decirte adiós.

–«Nunca digas adiós, porque decir adiós significa irse, e irse significa olvidar.» James Matthew Barrie –recitó. Al ver que abría los ojos, sorprendida, se rió, con una fingida indignación–: Yo también puedo citar a muertos. Aunque es una de las citas favoritas de Guðjon. Lo dice siempre que tiene que decirle adiós a alguien al que no verá en mucho tiempo. A él tampoco le gustan las despedidas.

–Te echaré de menos –repetí, incapaz de encontrar otras palabras que expresaran mejor lo que estaba sintiendo en aquellos momentos.

–No me olvides, Laura. Estaré contigo mientras me recuerdes. Te lo prometo.

31. Skaftafell (2)

Se había ido. Lo único que quedaba de él era su ropa tirada en el suelo.

Su sonrisa de plástico, su voz dándome clases magistrales de geografía e historia, su risa, sus abrazos. Orri se había ido y se había llevado con él todos sus personajes. Ya no habría más Orri el Seductor, ni Orri el Geólogo, ni Orri el Guía Turístico. Ya no era más que un recuerdo doloroso en mi corazón y un montón de ropa tirada en el suelo, justo en el punto donde había esperado a que la naturaleza se lo llevara.

Habíamos compartido con él su última hora, los cuatro sentados en círculo, sin dejar que el silencio cayera ni un segundo entre nosotros. Cuando él ya no tenía fuerzas para hablar, lo hicimos nosotros. Le explicamos lo que haríamos los días siguientes, y aunque eran planes que improvisábamos a medida que hablábamos y que probablemente nunca llegaríamos a cumplir, él sonreía cada vez que hablábamos de los lugares a los que iríamos. Yo le conté cómo le había plantado cara a Javier y cuando cerró los ojos, completamente falto de fuerzas, Auður le dijo trescientas cuarenta y siete veces cuánto lo quería.

Su cuerpo se fue difuminando como una nube deshecha por el viento hasta que la ropa que instantes atrás había llevado cayó al suelo a cámara lenta.

Orri y su aura habían desaparecido.

Me sentía vacía.

Ni siquiera podía acompañar las lágrimas que recorrían silenciosamente los rostros de John y Auður. Sentía que mi cuerpo estaba hecho de piedra, que no podría volver a respirar o a moverme. No era capaz de apartar los ojos del punto en el que reposaba la ropa de Orri.

No podía creer que se hubiera ido.

Y no podía creer que yo siguiera ahí.

Y que el mundo siguiera ahí. Como si nada hubiera pasado, como si Orri no hubiera desaparecido para siempre. ¿Por qué no había colapsado el glaciar y por qué no se había

abierto el cielo y por qué el sol seguía brillando? ¿Por qué podía seguir existiendo? El universo debería haberse partido en dos. No podía seguir funcionando como si nada, porque Orri era una pieza clave en él. El mundo no tenía sentido si Orri no formaba parte de su engranaje.

La vida no podía continuar como si nada, no cuando el reloj de Orri se había quedado sin arena.

Pasé una eternidad intentando hacer lo que me había dicho, buscándolo en las paredes del glaciar y en la gélida brisa que lamía mis mejillas. No sentí nada, ni siquiera miedo al oír los crujidos del hielo. El dolor impedía que cualquier otro sentimiento entrara en mi cuerpo. Orri no estaba allí, y, sin embargo, yo no podía sacarme su voz de la cabeza, los recuerdos de cuanto habíamos vivido juntos y la certeza amarga de todo lo que no íbamos a poder compartir.

No lograba moverme, ni hablar, porque cualquier gesto de mi cuerpo me recordaba que Orri jamás podría hacerlo. No podría volver a respirar, a mover la mano, a mirar el sol, a sentir el viento en su cara ni a saborear una galleta. Nunca más vería su amada tierra, ni encontraría el amor de su vida, ni vería envejecer a sus padres, ni viviría el perdón de Haukur. El cuerpo que yo había conocido se había esfumado como humo en el viento. El real estaba enterrado en algún lugar, condenado a una eternidad de no existencia.

No tenía energía para seguir funcionando. Sólo quería cerrar los ojos y abrirlos en el restaurante de Reikiavik y volver a conocer a Orri y volver a vivir ese día y ese viaje sin llegar nunca a ese glaciar que había congelado mi alma y mi carne. Sólo quería abrir los ojos y ver a Orri junto a mí una vez más, una última vez.

Y que aquella última vez no se apagara nunca.

John fue el primero en levantarse. Sin decir nada, cogió lo que había quedado de su amigo y salió de la cueva sin esconder sus lágrimas ni secarlas. Quizás esperaba que el aire del exterior fuera el que hiciera el trabajo. Quizás esperaba, como yo, que las palabras de Orri fueran ciertas, para poder sentir su presencia una vez más.

—Salgamos de aquí. —Auður se puso de pie y me tendió la mano.

La realidad nos cegó al dejar atrás la cueva. El sol seguía brillando sin que ninguna nube amenazara su reinado y los pájaros continuaban volando por encima de nosotros.

El tiovivo seguía dando vueltas, y no podíamos seguir mirándolo desde el suelo con miedo. Teníamos que volver a subirnos a la atracción en marcha, porque no iba a detenerse por nosotros. El mundo seguía girando.

Reuní todo el valor y la energía que quedaban en mi cuerpo para hablar:

—¿Y ahora qué?

Durante unos segundos eternos, temí que John y Auður se me echaran al cuello. Me mantuve firme, esperando el ataque; teníamos que hablar de lo que íbamos a hacer, porque ya habíamos traspasado nuestra línea de meta, y si no sacábamos la brújula y elegíamos una dirección, jamás conseguiríamos avanzar. Permaneceríamos ahí, en medio de un glaciar, viendo pasar las estaciones hasta el fin de nuestros días.

Auður se quedó mirándome con la boca abierta, a punto de lanzarme un dardo venenoso, hasta que dejó caer la cabeza con un suspiro, rendida.

—Volvamos al coche.

Deshicimos el camino que nos había llevado hasta ahí, escuchando el silencio del glaciar, conscientes de que las suelas de nuestros zapatos y nuestro estado emocional no jugaban a nuestro favor. Lo último que necesitábamos en aquellos momentos era encontrar una placa de hielo bajo la nieve que nos hiciera caer pendiente abajo.

Llegamos al coche veinte minutos después, sin más accidentes que dos caídas sin importancia que me dejaron el culo magullado.

No hizo falta que ninguno de los tres dijera nada para ponernos de acuerdo: teníamos que salir de ahí para poder pensar con claridad. Mientras yo me abrochaba el cinturón de seguridad del asiento del copiloto, John dejó la ropa de Orri en el maletero.

—Estás loca si crees que voy a dejar...

—No te estoy pidiendo permiso, Guðjon.

Estábamos en medio de la nada, sentados sobre los montículos de piedra que había formado la lava al endurecerse. John y Auður llevaban discutiendo sobre lo mismo más de diez minutos, mientras yo los observaba sin abrir la boca. Auður pretendía que John la llevara a la ciudad más cercana para que pudiera alquilar un coche con el que volver a su casa. John no quería ni oír hablar del tema. No iba a permitir que condujera sola los más de quinientos kilómetros que la separaban de su casa; por mucho que John amara la

soledad y el silencio, sabía que estos serían los peores enemigos de Auður en esos momentos.

Auður no estaba de acuerdo. No iba a permitir que hiciéramos toda esa vuelta sólo para llevarla a casa, sobre todo cuando podía hacerlo sola.

–Laura tendrá que volver a su casa –dijo, casi desesperada, cuando vio que John hundía todos sus argumentos.

No le faltaba razón. Sin embargo, ni mis padres ni Larisa me necesitaban en esos momentos, al menos no tanto como ella, y yo estaba de acuerdo con John: no podíamos dejar que Auður hiciera aquel viaje sola. No estaba en las mejores condiciones para ponerse al volante de nada que pudiera correr a más de veinte kilómetros por hora. Además, había algo que me preocupaba más que los posibles accidentes de tráfico: ella misma. Aquel viaje la volvería loca. Tendría demasiado tiempo para pensar.

–Mi casa no se va a mover de donde está –respondí.

Además, eso me daba más tiempo para valorar la propuesta de John y yo quería más tiempo con él. Tampoco estaba preparada para la soledad y el silencio.

Auður puso los ojos en blanco.

–¿Y qué vais a hacer? ¿Acompañarme hasta casa y luego volver a dar la vuelta a la isla? ¿Cuánto tenéis de aquí a Þorlákshöfn o a Reikiavik? Trescientos como mucho. De trescientos kilómetros a los mil que tendríais que hacer para acompañarme... hay una buena diferencia.

Ni siquiera con sus cálculos logró que cambiáramos de opinión. Me daba igual lo que dijera, porque era consciente de que Auður sólo rechazaba aquel plan para evitarnos molestias. John también lo sabía, de modo que cuando se cansó de fingir que había alguna forma de que aquella discusión terminara con una victoria de su amiga, se puso de pie y utilizó su voz más seria para decir:

–Orri no quería que volvieras sola a tu casa y yo no voy a permitir que lo hagas, así que pónnoslo fácil y colabora un poco. Queremos llevarte a casa y lo haremos, con o sin tu colaboración. Tú decides.

Auður tardó en reaccionar. Se puso de pie lentamente, mirando al suelo y mordiéndose los labios. Se tragó las palabras que era incapaz de pronunciar y asintió lentamente. Se acercó a John y, sin decir nada, lo encerró entre sus brazos.

Lo único en lo que podía pensar yo era en que Orri no podría volver a sentir la calidez del abrazo de un amigo.

Aquellos quinientos kilómetros no fueron lo que había imaginado. A pesar de que el plan inicial era conducir hasta llegar a Fosshóll, sin más paradas que las necesarias para llenar y vaciar depósitos y descansar, terminamos deteniéndonos cada media hora. Algo dentro de nosotros nos obligaba a parar el coche para volver a pasear por los lugares en los que habíamos estado con Orri. En cuanto pisábamos esos sitios, todo el buen humor que habíamos conseguido cultivar en el coche se marchitaba en cuestión de segundos.

John volvía a encerrarse en sí mismo y en su oscura aura, que de repente absorbía todos los brillos de color, y Auður se soltaba el cabello para poder llorar sin que viéramos sus lágrimas. En cuanto a mí, los recuerdos me golpeaban con tanta fuerza que era incapaz de moverme, así que me sentaba en cualquier parte y me limitaba a pasear la mirada, dejando brotar mi dolor por todas mis heridas abiertas.

A pesar del dolor, y de que me juraba que si volvíamos a parar yo no bajaría del coche, en la siguiente parada volvía a hacerlo, volvía a buscar un lugar desde donde observar el paisaje y volvía a dejar que la desesperanza se apoderase de mí. Era algo más que masoquismo; debajo del sufrimiento que me provocaba revivir todos mis recuerdos, asomaba un rayo de luz. Visitar aquellos lugares era una forma de recordar a Orri y de hacer de su recuerdo algo tangible, de recordarme que no era únicamente un nombre y una cara en mi mente. Había sido alguien real, aunque el mundo no se hubiera partido en dos al perderlo.

Así pasamos por cascadas, por el lago Jökulsárlón, por el bosque donde había descubierto el secreto de Orri, por campos de lava y prados infinitos y por todas las carreteras que días atrás habían visto pasar un todoterreno con cuatro ocupantes y un saco lleno de secretos.

El aura de John recuperó sus brillos, que a cada minuto que pasaba refulgían un poco más e iluminaban una oscuridad cada vez menos sombría. Auður consiguió bajar del coche sin romper a llorar y yo empecé a sentir que el dolor ya no me atenazaba los músculos y los pulmones. Volver a ver los lugares que había compartido con Orri me hacía recordar sus palabras: él estaría en los árboles, los ríos y el viento, y aunque no lo sintiera, el simple hecho de volver a escucharlo en mi cabeza, recordándome qué debía hacer cuando lo echase de menos, me reconfortaba.

La noche iba dejando paso al amanecer, que, aunque divisábamos aún muy lejano, empezaba a iluminarnos.

Cuando dos días después nos despedimos de Auður, la hegemonía violeta de su aura había dejado paso a unos sutiles destellos anaranjados que sonaban a esperanza. Era capaz de sonreír sin sentirse culpable de hacerlo y podía nombrar a Orri sin romper a llorar.

Decirle adiós fue más duro de lo que había imaginado. Pese a que aquellos pocos días que habíamos pasado juntas no habían sido suficientes para convertirnos en amigas del alma, lo que había compartido con ella nos uniría siempre de un modo especial. Habíamos compartido sonrisas y lágrimas, y fuéramos adonde fuésemos, aquel recuerdo estaría siempre con nosotras. Siempre formaríamos parte la una de la otra.

Le escribí en un papel mi correo electrónico y mi teléfono y la abracé hasta que se me cansaron los brazos. Después de todo lo que habíamos vivido, la distancia no iba a ser ningún obstáculo para nosotras.

Volví al coche para dejar que ella y John se despidieran sin testigos, llevando en la mano los datos de Auður para ponerme en contacto con ella.

Aunque lo peor hubiera pasado, yo seguiría necesiándola tanto como ella a mí. Nuestro viaje no terminaba ahí.

Heima

Levanté la mano, con la piedra entre los dedos, mientras corría hacia John con todas mis fuerzas. Estaba sentado en el maletero de su todoterreno, con las piernas colgando hacia fuera y el macuto que escondía nuestro tesoro junto a él. La liviana oscuridad del crepúsculo tardío no conseguía esconder la sonrisa que asomaba en sus labios.

—Otra más —dije, mientras guardaba la piedra dentro de la mochila cuidadosamente, como si fuera una piedra preciosa.

John había empezado con aquella tradición en el glaciar donde le habíamos dicho adiós a Orri, y había seguido haciéndolo a escondidas hasta que yo me había dado cuenta de que en cada parada que hacíamos cogía una piedra, apuntaba algo en ella con un lápiz y la guardaba en la mochila de Orri. Noté su vergüenza al explicarme que era su forma de honrar la memoria de su amigo. Había querido viajar alrededor de su tierra para contemplarla una última vez; para él, eso era Dios, el poder último, el bien y el mal, el cielo y el infierno. John recogía todas esas piedras para guardarlas en un jarrón de cristal y así construirle su propio templo a Orri, un lugar donde él estaría siempre vivo.

Hacía ya once días que viajábamos solos, deshaciendo el viaje anterior y desviándonos hacia el interior de las penínsulas del norte por las que no habíamos pasado en el viaje de ida. Tomábamos cualquier camino practicable que nos permitiera alejarnos unas horas o unos días más de nuestro destino, y cada vez que bajábamos del coche, los dos volvíamos con piedras de diferentes formas y tamaños, elegíamos la más bonita, escribíamos sobre ella en qué lugar la habíamos recogido y la guardábamos en la mochila de Orri. Encerraríamos las playas, los volcanes y los glaciares de Islandia en un jarrón.

Agarré a John de la mano y tiré de ella para que saliera del coche. Caminamos en silencio hasta el pequeño acantilado que delimitaba el curso del río. Recordaba perfectamente aquel lugar.

Hraunfoss. La cascada imposible, formada por finos hilos de plata corriendo entre las rocas volcánicas que formaban la caída de agua, coronada por una alfombra de vegetación. El agua brotaba de la nada, de algún lugar oculto debajo del campo de lava que había más allá de las plantas.

Era más hermosa de lo que recordaba. La luz del atardecer hacía refulgir el agua, que brotaba sin descanso, transformando el silencio de aquel paraje en una canción de cuna eterna. Apoyé la cabeza en John, que me había rodeado con un brazo para atraerme hacia él.

Me sentía en paz.

Dos días después de dejar a Auður en su casa, había reunido la fuerza necesaria para sincerarme con mis padres. Por suerte para mí, habían accedido a verse para que pudiéramos hablar los tres a la vez. Probablemente no hubiera sido capaz de repetir dos veces la historia de todo lo que había vivido con Javier, de decirles que la forma en la que me utilizaban en sus discusiones estaba acabando conmigo o de anunciarles que iba a dejar la carrera. Mi padre no reaccionó como había esperado, quizás porque se sentía culpable por todo lo que le había echado en cara, porque no podía creer que su hija hubiera pasado por aquella relación de pesadilla sin que él se hubiera dado cuenta, o, sencillamente, porque era mucho más comprensivo de lo que yo había creído. En lugar de enfadarse, suspiró y murmuró que lo principal era que yo fuera feliz.

Cuando colgué, sentía un nudo en la garganta. Por supuesto que lo único que quería él para su hija era felicidad; había hecho lo que había creído mejor para guiarme hacia ella. Su único error había sido que sus propios deseos lo habían cegado, como el mío había sido no ser capaz de sincerarme con él.

En cuanto a Javier, no debieron de terminar de procesar toda la información mientras se lo explicaba, porque mi madre tardó tres días en reaccionar. Me llamó, completamente alterada, insistiendo en que tenía que denunciarlo en cuanto volviera, fuera dentro de diez días, de un mes o de un año.

Esa fue la única pregunta a la que no había podido responderles, porque en aquel momento ni yo misma sabía lo que iba a hacer. Había muchos factores dentro de la ecuación, y no quería volver a equivocarme. No quería tomar una decisión sabiendo que me arrepentiría, sólo porque era lo más lógico. Conseguir que entendieran que necesitaba aquellos días para mí sin mencionar a Orri me costó menos de lo que había temido. Me bastaron dos promesas: llamarlos o enviarles un correo electrónico todos los días y

devolverles la mitad de lo que había gastado. Podía considerar la otra mitad como un regalo de cumpleaños por adelantado. Me dieron un margen razonable de tiempo para devolverles el dinero y no me cobrarían intereses, de modo que acepté las condiciones.

El aire me parecía mucho más ligero después de sacarme aquella losa de encima.

Abrí los ojos para observar a John, que tarareaba una alegre canción islandesa. Las hebras negras lo habían abandonado, y en su lugar habían aparecido mil y un colores, en los que predominaba una paleta infinita de azules verdosos.

–Tu aura parece una aurora boreal –susurré.

Él se volvió hacia mí y me agarró por la cintura con el brazo que le quedaba libre para quedarnos cara a cara. Dejé que los colores y sus melodías invadieran mi mente. Nadie diría que era un sonido armonioso; sin embargo, después de tanto tiempo de silencio, no podía describirlo más que con esa palabra.

–Tú tienes auroras en los ojos y yo en el aura –dijo él, sonriendo con la mirada.

Empezábamos a cumplir las promesas que le habíamos hecho a Orri. Ya podíamos hablar de él y sonreír al mismo tiempo sin sentirnos culpables por ello, y podíamos volver a lugares en los que habíamos estado con él sin derrumbarnos. Cuando alguno de los dos flaqueaba, John utilizaba su voz de profesor para citar a Lao-Tsé y la que se había convertido en su cita célebre favorita del mes: «Un viaje de mil millas comienza con un solo paso».

–¿Qué vamos a hacer?

La pregunta había escapado de mis labios antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo. Aunque nuestro viaje espiritual estaba empezando, el físico estaba a punto de llegar a su fin. Nos encontrábamos a unos cien kilómetros de Reikiavik y a unos ciento cincuenta del pueblo de John. No podíamos seguir dando vueltas por Islandia para escapar de la realidad. Debíamos salir de la carretera para volver a nuestros caminos, lo que significaba elegir cuál queríamos recorrer.

Habíamos hablado muchas veces de aquello, y a medida que pasaban los días, yo estaba más segura de lo que quería. Sin embargo, no habíamos conseguido tomar una decisión.

John me soltó y se quedó con los brazos colgando a los lados del cuerpo, inertes, sin fuerza.

–No lo sé –dijo en un susurro, al tiempo que se sacaba las gafas y empezaba a frotarlas como si lo que tuviera entre las manos fuera una lámpara mágica.

–Puedo quedarme aquí.

–¿El resto del verano?

–¿Sigue en pie la oferta?

–Claro que sigue en pie. Pero... ¿qué vamos a hacer después?

Esos diez días viajando juntos, compartiendo nuestro dolor y todas nuestras horas, habían sido más que suficientes para saber que queríamos mucho más que un mes uno al lado del otro. No hacía falta que ninguno de los dos lo dijera en voz alta para que el otro lo supiera.

Yo me encogí de hombros.

–No lo sé. Cuando decida a qué quiero dedicarme o qué quiero hacer con mi vida...

–Podría irme contigo, Heima –terminó John, aunque no con las palabras que tenía yo en los labios.

Heima.

Me gustaba que me llamara así. Era una parte de la herencia de Orri. Era el nombre que me había puesto antes de conocerme y que había cobrado sentido en los labios de John. Tenía la sensación de que con aquel nombre había nacido alguien nuevo. Una nueva versión de mí, que pese a que en aquellos momentos tenía el corazón roto, era mejor que la que había pisado aquella isla por primera vez hacía casi un mes. Era alguien que había dejado atrás sus miedos, que había perdido a una de las personas que más había querido. Alguien que, aun con el corazón hecho añicos, era capaz de sonreír y mirar hacia delante.

–O podría quedarme aquí.

–O podemos encontrarnos a medio camino, irnos juntos a cualquier otro lugar. Londres es una ciudad bonita, y tengo amigos ahí.

John volvió a colocarse las gafas y parpadeó tras los cristales.

Si era cierto que Orri aún estaba ahí, en el viento, las plantas y el agua de los ríos, estaría sonriendo. Al despertar cada día me repetía lo que me había dicho en el glaciar: iba a luchar por lo que quería, iba a crear mi propio futuro, porque no hay nada que la voluntad no sea capaz de derribar.

Quería un futuro en el que me dedicara a algo que me apasionara, y aunque no sabía qué sería, sí tenía claro que quería compartirlo con John.

Ese chico pálido no era mi fuente mágica de felicidad, no había escapado de un cuento de hadas y princesas para hacer que la vida fuera de color de rosa. No era perfecto. Era

mejor, porque era real, con sus luces y sus sombras.

Era alguien con quien había compartido un viaje de ida y vuelta a las profundidades del dolor, alguien con quien mi sonrisa encontraba su otra mitad.

John era mi *heima*.

Orri se había equivocado: no hacía falta que soplara el viento o corriera un río para que lo sintiera conmigo. Jamás podría decirle adiós, porque guardaba una parte de él en un lugar tan profundo de mi corazón que jamás nadie podría encontrarlo. Desde aquel lugar secreto me hablaba, me consolaba y me hacía reír. Su voz estaría siempre conmigo, y su presencia jamás desaparecería, porque sería incapaz de romper la última promesa que le hice. Jamás podría olvidarlo, porque jamás podría decirle adiós.

Me concentré en la brisa que me envolvía. Si después de todo él tenía razón y estaba en las montañas y los glaciares y el mar y el viento, si de verdad Orri estaba abrazándome y escuchándome en aquellos instantes, sólo había una cosa que podía decirle. La misma palabra que repetía cuando volvía a ver los lugares en los que había estado con él, la única que jamás me cansaría de repetir, sólo para Orri:

–*Takk*.



Agradecimientos

Como sucede en cualquier buena historia de amor, yo no esperaba encontrar lo que encontré en ese viaje, ni esperaba volver cambiada. Pero el amor es lo que tiene: llega sin avisar y te deja una huella imborrable.

Islandia me cautivó en el verano de 2006, y desde entonces supe que algún día le escribiría una historia. Este es mi homenaje a la tierra que me robó el corazón. El viaje por carretera que hice ese verano con mi familia y otros amigos es el principal culpable de que ahora tengas este libro en las manos, pero no el único. *Heima es hogar en islandés* nunca habría llegado a su destino sin todas aquellas personas que en un momento u otro de mi viaje se han sentado en el asiento del copiloto.

Gracias a mis padres, por darme alas y animarme a volar, por enseñarme que la felicidad está en hacer lo que uno ama y por creer que podría cumplir mis sueños. Gracias por haberme llevado con vosotros a recorrer mundo, por esos miles y miles de kilómetros en autocaravana que han hecho de mí quien soy y por decidir que queríais descubrir las maravillas ocultas de esa joya helada del Atlántico. Gracias por vuestra fuerza, vuestro amor y vuestra valentía. Jamás podré devolveros todo lo que me habéis dado. Os quiero.

Gracias también a mi hermana, Laura, que sueña con imposibles que yo sé que ella puede hacer realidad. Gracias por prestarme tu nombre y tus recuerdos para reconstruir nuestro viaje en coche por Islandia.

A Dani, mi querido Da, gracias por ayudarme a darle color a Heima y por permitirme compartir tus palabras y tus sonrisas. Eres la aurora que cualquier noche helada desea.

A Miqui, por tener una respuesta a todos mis interrogantes, por escuchar mis desvaríos literarios y por ser mucho más de lo que jamás había soñado. Gracias por querer caminar conmigo más allá del horizonte. *Ég elska þig*.

A Raquel, por enamorarte de Heima, por todos estos años, por estar cerca incluso cuando estamos lejos y por demostrar que una amistad no la rompe un océano.

A Anna, por compartir las emociones y la magia de esta historia, y por mucho más. *Takk*, siempre.

A Iria, por todas tus grandes ideas, por tu amistad y por ser la mejor compañía que una pueda desear para luchar contra los piratas de la segunda estrella a la derecha.

A Ale, que tiene magia y arte corriendo por sus venas.

A Xenia, Guille, Ferna, Jesús, Laia, Jordi y Andrea, simplemente por estar y por describir la amistad cada uno con vuestros propios colores.

A Miriam Malagrida, que ha creído en mis palabras desde el minuto cero. Gracias por tu pasión y por trabajar tan duro para que *Heima* pudiera brillar.

A mi tía Núria, otra vez, por ese «lucha por tu felicidad luchando por tus sueños» que lo empezó todo.

A Drew, que le ha regalado a esta historia una bonita canción.

A todos los que compartisteis mi primera novela. Gracias por vuestra confianza, cariño y apoyo. Esto es mucho mejor cuando al otro lado te esperan tantísimas sonrisas.

Y gracias a todas aquellas personas que la literatura ha puesto en mi camino y de las que aprendo día a día.

Un gracias lejano y especial a la música de Sigur Rós, porque le ha dado melodía y alma a esta novela y porque consigue que Islandia esté siempre conmigo.

Y, puestos a agradecer, gracias a Islandia, simplemente por existir. Nos vemos pronto.

A todos: *takk*.

¿Quieres saber cómo suena
Heima es hogar en islandés?

[Pincha aquí](#)

¡Gracias a Drew Tuá!

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

[**www.plataformaneo.com**](http://www.plataformaneo.com)

[**www.facebook.com/plataformaneo**](https://www.facebook.com/plataformaneo)

[**@plataformaneo**](#)



Los días que nos separan

Soler, Laia

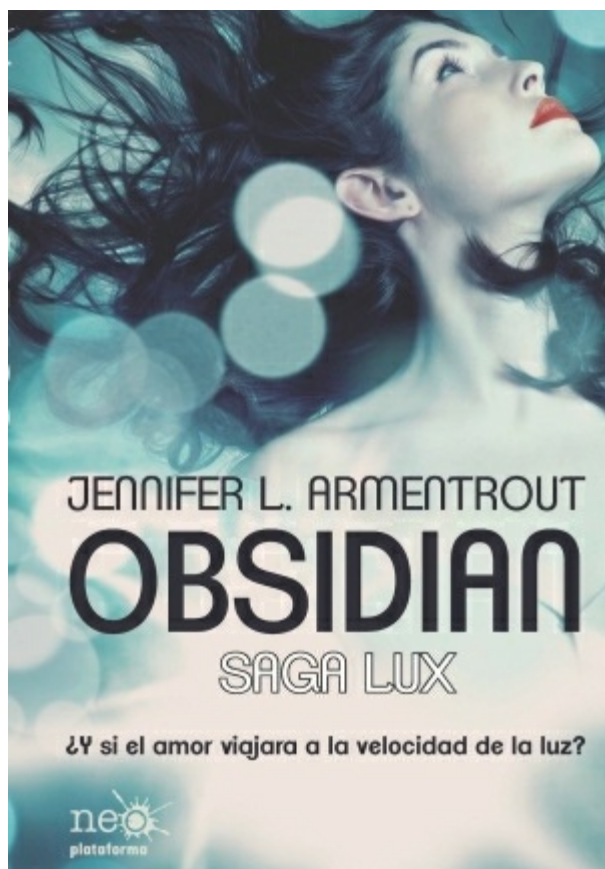
9788415880066

416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Abril está obsesionada con sus sueños. Desde que se cruzó con ese desconocido en la biblioteca, él se le aparece cada vez que se queda dormida. En su mundo onírico, el chico es Víctor, un burgués de la Barcelona de 1914, y ella... Ella ni siquiera es ella misma, sino Marina, una obrera que vive en el mismo edificio que Víctor. Mientras la historia de los dos jóvenes del pasado avanza noche tras noche, Abril lucha por mantenerse al margen de las emociones de Marina e intenta descubrir qué significan esos sueños. "Los días que nos separan es un asombroso debut, tanto por la juventud de su autora como por la elaborada magia que emana esta novela." Francesc Miralles

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Obsidian (Saga LUX 1)

Armentrout, Jennifer L.

9788415750826

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando nos mudamos a Virginia Occidental, justo antes del último curso de instituto, creía que me esperaba una vida aburrida, en la que ni siquiera tendría internet para actualizar mi blog literario. Entonces conocí a mi vecino, Daemon. Alto, guapo, con unos ojos verdes impresionantes... y también insufrible, arrogante y malcriado. Pero eso no es todo. Cuando un desconocido me atacó, Daemon usó sus poderes para salvarme y después me confesó que no es de nuestro planeta. Sí, lo habéis leído bien. Mi vecino es un alienígena sexy e inaguantable. Resulta que, además, él y su hermana tienen una galaxia de enemigos que quieren robar sus poderes. Y, por si fuera poco, ahora mi vida corre peligro por el simple hecho de vivir junto a ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El suspiro del infierno (Los Elementos Oscuros 3)

Armentrout, Jennifer L.

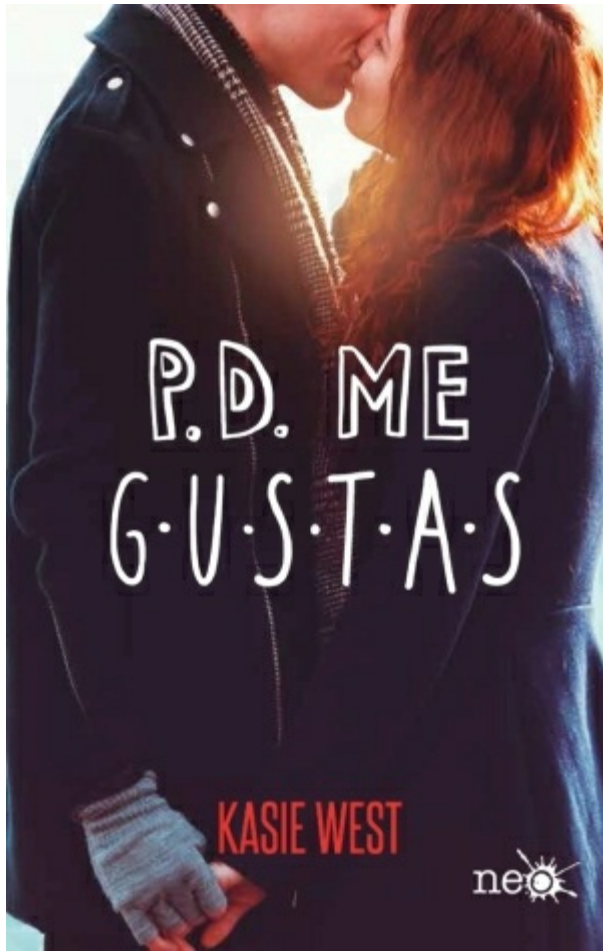
9788417114053

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ALGUNOS AMORES DURARÁN HASTA EL ÚLTIMO SUSPIRO Toda elección tiene sus consecuencias, y Layla tiene que hacer frente a elecciones especialmente complicadas. Luz u oscuridad. Roth, el diabólicamente sexy príncipe de los demonios, o Zayne, el atractivo Guardián que nunca creyó que podría ser suyo. Sin embargo, la elección más complicada que debe tomar Layla es en qué parte de sí misma debe confiar. Además, Layla tendrá que hacer frente a un nuevo problema. Un Lilin, el demonio más letal de todos, anda suelto, y está creando caos entre aquellos que la rodean..., incluyendo a su mejor amiga. Para salvar a Sam de un destino mucho mucho peor que la muerte, Layla tendrá que hacer un pacto con el enemigo para salvar de la destrucción la ciudad y a todos los seres humanos. Dividida entre dos mundos y dos chicos distintos, Layla ya no está segura de nada, ni siquiera de su supervivencia, especialmente cuando reaparezca un antiguo trato que los atormentará a todos. Pero a veces, cuando los secretos están por todos lados y la verdad parece indescifrable, tienes que escuchar a tu corazón, elegir un bando y darlo todo en la lucha.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



P.D. Me gustas

West, Kasie

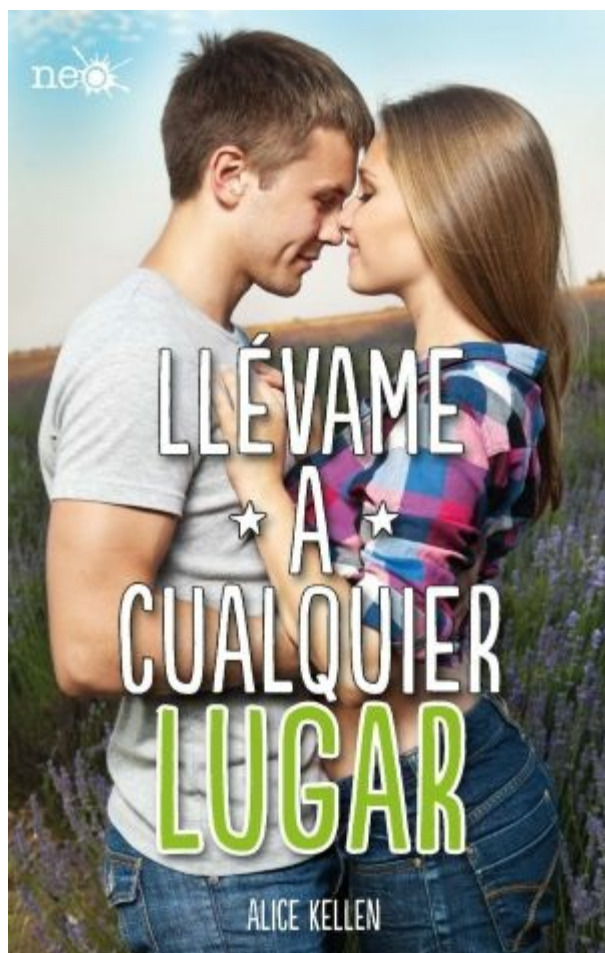
9788417114770

235 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

FIRMADO, SELLADO, ENTREGADO Para distraerse en clase de Química, Lily escribe en la mesa un fragmento de la letra de una de sus canciones favoritas. Al día siguiente, descubre que alguien escribió la continuación de la letra de la canción, y que además le había dejado un mensaje. ¡Qué intriga! Pronto, Lily y su misterioso amigo por correspondencia empiezan a intercambiar cartas enteras en las que comparten secretos, se recomiendan grupos de música y se sinceran el uno con el otro. Lily empieza a enamorarse. Pero ¿quién es él? Mientras intenta resolver el misterio y hace todo lo posible por compaginar el instituto, las amistades, los flechazos y su alocada familia, descubre que a veces es imposible poner por escrito los asuntos del corazón. Kasie West vuelve a enamorarnos con una historia de amor irresistiblemente ingeniosa, cálida y llena de luz.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Llévame a cualquier lugar

Kellen, Alice

9788416096879

360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Léane y Blake, ella francesa y él inglés, no son dos piezas de un puzle destinadas a encajar. En realidad, ni siquiera se soportan cuando el concurso de periodismo de la universidad los sitúa en el mismo punto de partida. Él valora sus sueños por encima de todo y no dejará que nada se interponga en su recorrido hacia la meta, ni siquiera el seductor acento de Léane. Ella necesita el dinero del premio y utilizará todos sus encantos para convertirse en ganadora. Ambos están dispuestos a todo, incluso a ignorar el magnetismo que poco a poco irá surgiendo entre sus artimañas y discusiones. Pero, cuando el calor de la atracción entre en su punto álgido, el frío de la realidad les demostrará que a veces los caminos más largos deben realizarse con alguien que te lleve de la mano

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Epígrafe	6
Dedicatoria	7
Prólogo	8
Parte 1	15
1. Reikiavík	16
2. Sólfar	28
3. Bláa lónið	39
4. Strokkur	50
5. Laugarvatn	59
6. Barnafoss	68
7. Snæfellsnes	82
8. Snæfellsjökull	87
Parte 2	97
9. Hvítserkur	98
10. Blönduós	111
11. Siglufjörður	120
12. Húsavík	131
13. Fosshóll	146
14. Goðafoss	153
15. Mývatn	161
16. Dimmuborgir	171
17. Hverfjall	182
18. Ásbyrgi	190
19. Ásbyrgi (2)	203
Parte 3	210
20. Hofteigskirkja	211
21. Hallormsstaðaskógur	224
22. Lagarfljót	235
23. Atlavík	243

24. Jökulsárlón	250
25. Jökulsárlón (2)	262
26. Kirkjubæjarklaustur	268
27. Kirkjubæjarklaustur (2)	277
28. Vík í Mýrdal	284
29. Vík í Mýrdal (2)	296
30. Skaftafell	299
31. Skaftafell (2)	306
Heima	312
Agradecimientos	318
Apéndice	320
Colofón	321